



JILL BARNETT

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MI ALGO MARAVILLOSO

LAS HERMANAS DE ESCOCIA

Mi Algo Maravilloso
Jill Barnett

Traducido por Maria Carolina Ayala

“Mi Algo Maravilloso

Escrito por Jill Barnett

Copyright © 2019 Jill Barnett

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Maria Carolina Ayala

Diseño de portada © 2019 Dar Albert

“Babelcube Bo... —. —Babelc... —son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Mi | Algo | Maravilloso](#)

[Libro | Primero](#)

[Prólogo](#)

[Nada llega más claro a la luz que lo que ha sido largamente escondido.](#)
[Proverbio Escocés](#)

[Capítulo Uno | Las Islas Occidentales](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro | Quince años atrás](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete | Quince años atrás](#)

[Capítulo Ocho | La costa occidental de Escocia](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Capítulo Treinta y Tres](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Nota del Autor](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)

Mi
Algo
Maravilloso

A mis lectores maravillosos, quienes esperaron tanto por otro romance histórico, estoy de regreso en la montura. Disfrutemos la cabalgata.

Libro
Primer
Serie Escocia

Prólogo

El grito de una mujer perforó el aire, haciendo eco en las altas copas silentes de árboles ancestrales. Con el ocaso en la cúspide del horizonte, la luz apenas comenzaba a tornar, en color de espuelas de caballero, los bordes del cielo oriental. La niebla matutina en la hierba húmeda estaba quieta y opaca y escondía lobos salvajes que asechaban un cerco de matorrales en el pequeño claro, donde en una gran tienda listada ondeaba el pendón de la real casa de Escocia, y dos guardias, caballeros leales, cuidadosamente seleccionados para cumplir su deber, vigilaban, prestos a proteger a la dama de su señor.

Dentro, una temerosa dama trataba de consolar a su señora con hojas de gaulteria para aliviar los mordisqueados labios y una tela húmeda en la sudada frente, pero sus manos temblaban cuando la comadrona se inclinó a los pies del camastro, con la mano en el cuchillo de su cinturón, lista para separar a la cría de su madre. La labor había sido larga y la pobre joven reina estaba exhausta, con el vientre inmenso —el más grande que, según la comadrona, había visto jamás.

Aunque por las venas de la reina corría sangre real, su vientre era como el de cualquiera; se retorció y contorsionaba con dolores atroces de parto, que los hombres de iglesia afirmaban eran castigo de la mujer, legado de Eva por extraviar a Adán.

La dama presionaba la tela en la frente de la reina. De seguro, su amada señora no había hecho nada para merecer esto. ¿Podía Dios ser tan terriblemente cruel?

En su delirio, la reina primero había llamado, y después maldecido a su amado esposo por haberle dado, no uno, sino dos bebés. Él estaba en el valle, bajo el Bosque de Glengarran, en una ancha planicie, bramando junto a sus guerreros los gritos de batalla, mientras la hierba bajo sus monturas se tornaba roja por la sangre derramada. Allí encontró y luchó contra los traidores y contra los enemigos que destruirían su reino y robarían su derecho de sangre a gobernar la tierra.

Dentro de la tienda, la urgencia de la reina por pujar era abrumadora y llegaba en oleadas de dolor fuertes y rápidas, que arruinaban su cuerpo sensible y abultado. Gritó de nuevo y pujó hasta sacudir el cuerpo entero, desesperada por expulsar los bebés, para luego colapsar en el camastro. —

Sácales. —Su voz era débil y menguante—. El dolor es mucho. Saca a los bebés... yo no puedo hacerlo...

La comadrona haló el cuchillo del cinturón y la dama entró en pánico y detuvo su mano. —¡No! ¡Deténgase! ¡Espere! —Lloraba cuando levantó a su blanda y sudorosa señora del camastro.

—Puje, miladi. Usted puede. Por favor, ¡puje!

Y los bebés llegaron, la primera niña nacida tan pacífica y tranquila como el ocaso, la otra, con la cara enrojecida y chillando con intensidad, con sus pequeños puños al aire mientras llegaba a un mundo tan amenazante y sediento de sangre. La pálida y débil reina miró a su bebé y con decreciente pero tierna voz, nombró a la primogénita Glenna, y a la otra, Caitrin, al comienzo, con expresión de alegría, luego frunciendo el ceño, gimió débilmente. —Santa María Madre de Dios... —Sus ojos se pusieron en blanco y la sangre manó a borbotones como un río de entre las piernas trémulas. En cuestión de segundos, se le había desangrado la vida y se había ido.

Ambas mujeres permanecieron silentes alrededor del camastro, donde la muerte había llegado en un mero parpadeo y el aire se sentía extrañamente vacío. Las dos infantas yacían en los brazos de su madre muerta, una aún llorando y la otra quieta y dulce, inocentes de lo que había sucedido. La dama hizo la señal de la cruz y se arrodilló, con las cuentas del rosario colgadas de su cinturón de cadenas, apretadas en su mano, mientras solamente se componía en su necesidad de rezar por su señora.

Curiosamente, la comadrona miró con detenimiento el vientre de la finada mujer. —¡Por los clavos de Cristo! Su barriga se mueve...

La dama no respondió y permaneció de rodillas en el suelo, recitando su oración con la cabeza descansando en la esquina del camastro.

—¡Hay otro niño! —gritó la comadrona—. ¡Levántate! ¡Levántate del suelo y ayúdame, muchacha! Si necesitas rezar con ese abalorio tuyo, reza por este último chiquillo. —Cortó al último infante, otra niña, del vientre de la mujer y limpió el moco del rostro pequeño y azul, antes de alzarle y sacudirle en el aire. Luego localizó el pie mustio de la niña. Le miró y dijo tristemente —. Mejor si no respira, si su vida ha de ser condenada y plena con nada más que infelicidad. Ningún hombre la tendrá jamás.

Y la beba lloró.

La dama, quien había amado a su señora, rompió en ira y tomó a la pobre y minúscula niña de la amargada comadrona, antes de que las maléficas profecías auguradas sobre tan pequeña e inocente criatura, le maldijesen. La

beba tenía los más pálidos flequillos de cabello plateado, como los de la reina, cuya cabellera había capturado y brillado con ambas luces del sol y de la luna.

Limpió a la niña y la envolvió en pañales para esconder sus pies. Bajo el envoltijo, deslizó un ramito de muérdago para la suerte y la sanación, y algo de gaulteria para mantenerla a salvo. Acunándola en sus brazos, le balanceaba y observaba el rostro perfecto de un ángel. —Es hermosa como su madre.

—Te equivocas, anciana. Que ella viva es un verdadero milagro. Esta es la niña más fuerte. Dios no le maldice; le cuida. —La dama enfrentó a la comadrona e hizo la señal de la cruz—. Ante el Señor, digo que será nombrada Innes, y no vivirá para hombre simple alguno.

*

El conde de Sutherland cabalgó por los bosques con los cascos de su caballo de guerra silenciosos sobre la tierra mojada. En el valle detrás de él, la batalla aún se encolerizaba incesante, pero en la quietud del espeso bosque, la falta de sonido no era pacífica, sino extraña y portentosa. Había pasado la mayor parte de su vida siendo un guerrero, así que se sentaba erguido en su montura, un acto que le era instintivo; el silencio usualmente significaba emboscada o muerte. El aire era pesado y húmedo y se sentía lento, sin el eco del resonante choque de espada contra espada o gritos de hombres y caballos, los sonidos que le habían rodeado durante las últimas horas.

Al momento de llegar al claro, juzgó que las noticias no eran buenas. Sangre y muerte eran esencias demasiado familiares a sus sentidos. Desmontó con pesadez, la empuñadura de su espada rechinó contra su cota de malla. La batalla había hecho estragos en su cuerpo, las armas habían mellado su malla y los músculos de sus piernas se sentían pasados como granito. Los guardias de la reina, valerosos caballeros para ella y para el rey, caminaron hacia él. Sir Hume Gordon se inclinó hacia la tienda. —La reina ha muerto, milord. —Su voz era áspera de emoción, y el otro caballero, Sir Balin de Dundee, hizo el signo de la cruz.

Cualquier cosa que Sutherland pensó y sintió ante la noticia, la escondió bien, una habilidad adquirida y perfeccionada con años de lidiar con enemigos y traidores. No dijo nada mientras daba grandes zancadas hacia la tienda, alzó la solapa y entró. La reina yacía en el camastro, cubierta con una manta de

terciopelo color zafiro, sus ojos cerrados y su rostro cargado con el inconfundible clarión de la muerte.

Se volvió hacia Jonat, la joven y devota dama de la reina, a quien demasiados hombres habían codiciado, pero por sus lazos con su majestad, ninguno había ganado todavía. Tenía el cabello del color de las llamas de una hoguera, trenzado y llevado hacia atrás de su alta y regia frente. Era una pena que, con la muerte de su señora, la dama no viviría para ver otro amanecer.

Sus brazos cargaban a las dos infantas, una llorando a ratos, con diminutas manos anudando y agitando el aire, mientras ella le apretaba un poco más hacia su pecho.

—¿Dónde está la comadrona? —preguntó él mirando alrededor.

—Se ha ido, milord. Corrió no mucho después de nacer la última bebé.

La comadrona no era tonta. Debió haber sabido que ella también sería silenciada. Él percibió el acerado olor a sangre y dio un tirón a la manta que cubría a la reina. Su vientre había sido destrozado. —¿La comadrona hizo esto?

—Había otro bebé, y la reina ya había muerto. Para salvarle, le arrancó de su vientre. —Jonat dio un paso atrás con las infantas, alejándose de él, y para su total consternación, él vio una tercera niña en una bolsa de mimbre en el suelo.

Le miró fijamente y gimió con incredulidad. —¿Hay tres?

—Si, milord. Todas niñas.

Primero había pensado que la otra niña de la cual ella hablaba, era la segunda bebé en sus brazos. ¿Ahora qué? El cuidadoso y bien pensado plan de suseñor supremo, tomó provisiones para dos bebés. —Entrégame a las infantas y tú trae a la otra.

Ella colocó las niñas en sus brazos y la chillona, paró de llorar, lo que hizo que él hiciera una pausa. Su rostro estaba enrojecido y caliente, arrugado como una manzana seca al sol, pero él supo que ella era una verdadera Canmore, coronada con un espeso copo del cabello negro de su padre y considerando los berridos que había dado, tal vez tenía también su temperamento. La otra se asemejaba con exactitud a la aulladora, mismo cabello oscuro, pero dormía calmadamente con el puño en su rosada boca.

Sus órdenes habían sido claras: debía cabalgar lejos del campo de batalla, dejar a su soberano, amigo y regidor supremo, el hombre que él había jurado por su honor proteger, a fin de ejecutar el real plan y asegurarse de que la reina y las recién nacidas estuviesen a salvo.

Echó un vistazo de las niñas al cuerpo de la reina y se percató de que no quería quedarse dentro de la tienda por más tiempo, así que cargó con las infantas y salió, y la dama Jonat pisándole los talones. —Llegó el momento de servir. —dijo a los dos caballeros, quienes juntaron sus monturas y se le unieron. A Jonat le dijo—. Necesito saber el orden de nacimiento. ¿Quién es la primogénita?

—Es la más calmada, milord, envuelta en el cobertor carmesí que la reina cosió ella misma con grajos negros y bordes de blancas rosas y doradas trenzas. Miladi la nombró Glenna, milord.

Jonat apuntó a la durmiente beba envuelta en suave tela de seda del color de los rubíes y acunada en su brazo izquierdo.

—Gordon. —dijo al caballero más alto, quien montó su caballo y tomó a la primogénita—. Buena suerte.

Sir Hume tenía sus órdenes y eran cabalgar hacia el oeste, a un lugar muy lejano de las maquinaciones de los poderosos, y donde la niña nombrada Glenna, sería educada en secreto, protegida e inocente. Sutherland le observó alejarse.

Inmediatamente, la beba en los brazos de Sutherland —la guerrera Canmore— comenzó a llorar de nuevo. Con el llameante rostro, apretó sus puños y una parte absurda de él, se preguntó si ella se habría dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Ella fue nombrada Cairin, la segunda hija —le dijo Jonat.

Sutherland bajó la mirada hacia ella y tocó su mejilla con un dedo. Dejó de llorar, mirándole con ojos húmedos y negros cual cielo nocturno.

Su fina manta era igual a la de su hermana mayor, hecha de terciopelo sedoso en el púrpura más profundo, con un círculo de rosas rojas cosidas alrededor de un grácil cisne blanco de largo cuello que vestía un collar dorado.

Sir Balin adelantó su montura, pero Sutherland le detuvo con la mano libre, incapaz de apartar la mirada de la niña en sus brazos. —Espera. Tú, muchacha. Entrega a Sir Balin la última bebé.

Jonat tomó la cría de pálidos cabellos fajada en arpillera de la cesta de mimbre y se la entregó a Sir Balin diciendo. —Ella es la menor y fue nombrada Innes.

El caballero metió a la infanta en su jubón y le envolvió con su pesada capa forrada de piel para protegerla de los fríos trozos de hielo que recién comenzaban a caer.

—Tienes tus órdenes. Dios esté contigo. —dijo Sutherland bruscamente, y Sir Balin de Dundee cabalgó hacia el este con la nena nombrada Innes. Después de desaparecer entre los abedules y serbales, Sutherland se volvió, sabiendo que todavía debía encargarse de silenciar a la dama de la reina.

Jonat le observó por un rato, y alternando la mirada de su mano a la empuñadura de su espada, agitó su cabeza, con el miedo palideciendo aún más su piel, y sus manos frente a ella mientras se alejaba. —No, no, milord. Yo rezo... Miladi me lo advirtió antes, pero no creí que su muerte también traería consigo la mía. Por favor. Le ruego, tenga misericordia.

Sutherland dio un paso y ella se volvió y corrió hacia el claro como una cierva asustada. Su capa de terciopelo marrón quedó atrapada entre los matorrales y ella la halaba llorando histéricamente, hasta que rasgó los hombros de su toga, volando los imperdibles enjorjados, y sollozando, trastabilló en la oscuridad de los árboles del bosque. El cielo arriba en lo alto, creció negro y amenazante, y un blanco velo de nieve comenzó a caer.

En el momento en que se disponía a perseguir a la dama, la nena en sus brazos comenzó a chillar de nuevo, así que le colocó bajo su abrigo, escudándole del congelante clima. Pero se detuvo en el borde del claro, al escuchar el sonido de lobos rugientes más allá, en las profundidades del bosque. La adorable Jonat tendría pocas oportunidades de sobrevivir. Podría ser que los lobos ya hubiesen percibido su esencia. Para perseguirla y atraparla, tendría que dejar a la niña sola en el claro, donde podría ser una excelente carnada.

Los lobos y el clima tomaron la decisión por él. Necesitaba quemar la tienda y el cuerpo de la reina con ésta. Nada podía quedarse atrás. Con la niña aún en sus brazos, construyó una pira alrededor del cuerpo de la reina, con la tienda y sus exiguas pertenencias, y la encendió, parado al lado de su montura, mientras las llamas ardían lo suficiente para derretir la nieve que caía, lo cual hizo crepitar y crujir al fuego.

La niña aún lloraba. —Quieta ahora, pequeña. —dijo, incapaz de creer lo que estaba a punto de hacer. Había jurado por su nombre al padre de la niña, y ahora por su honor, que haría lo que fuera necesario para mantenerle a salvo.

Los chillidos se volvieron gemidos lastimeros y de alguna manera, se ataron a una parte débil de él, que pensaba que había perdido, una dulzura que había sentido únicamente por su hermano menor, quien había muerto el pasado otoño. Apretó a la niña más cerca de él.

Cuando no hubo quedado nada que pudiera ser reconocido en los ennegrecidos restos, Sutherland se hincó de rodillas e hizo una breve oración por la dama de su señor, antes de montar y cabalgar hacia sus tierras en el norte, con la recién nacida berreando una vez más en sus brazos. Él, agresivamente maldijo a los cielos por su escogida lealtad, mientras en su mente, planificaba la fábula que esparciría acerca del nacimiento de la niña.

*

La isla se sentaba cual camello durmiente en el horizonte occidental, rodeado por un gran océano enturbiado de invierno del color del granito azul. El viento era glacial, frío y podía ser brutal a lo largo de la costa, pero la nieve había parado hacía horas, cuando él había contratado una mojada nodriza para servir a las necesidades de la infanta acurrucada en lo profundo de su capa.

Sir Hume Gordon llegaba a su hogar. Hogar de sus dos jóvenes hijos, el menor, nacido cuando aún él se encontraba lejos, hogar de un futuro que era pacífico. No más llamados a la guerra. El único deber que le habían dejado, era proteger a la hija de su señor supremo, su rey, un hombre que había conocido desde antes que William se coronase rey, antes que el rey se hubiese enamorado de la angelical hija de un gran señor supremo del norte y de que la peor plaga de traición y guerra encendiesen la tierra.

Se volvió hacia la mojada nodriza y dijo. —Cruzaremos el Estuario, luego es sólo un día a caballo.

—Debemos detenernos antes. Para alimentar a su hija, sir. Ella debe estar hambrienta.

Su hija.

—Ya habrá tiempo antes de que zarpe el barco.

Y la mentira comenzó.

Nada llega más claro a la luz que lo que ha sido largamente escondido.

Proverbio Escocés

Capítulo Uno

Las Islas Occidentales

Bajo el resplandor de un sol extremo, Glenna Gordon corrió por los páramos de la isla hacia los brutales acantilados de la costa, con su salvaje cabello negro tan libre como las aves marinas que daban vueltas más allá en el despejado cielo azul. Un bestial perro marrón del tamaño de un pony, corría a grandes pasos a su lado, dejándola sólo para jugar y ladrar a los cuidadosos chorlitos ahuyentados de los matorrales. Aún en verano, era raro ese ambiente tan excesivamente caluroso; su calidez e intensidad habían consumido cualquier rocío lloviznado en los pensamientos silvestres de los brezales, y el bárbaro calor del día anterior había secado los racimos de maleza lo suficiente para crujir bajo sus pies.

Durante esta época del año, sólo sucedían unas pocas horas de oscuridad en la isla y la noche anterior había sido corta, y el aire cálido e inmóvil cual piedra. Y así, la promesa de otro día de eterno verano, uno de brisa chamuscada y piel sudorosa, le envió a ella a una caminata de medio día hacia la costa. En la ensenada bajo los acantilados, el aire era fresco. La tierra terminaba allí y comenzaba el grande y ancho mar que partía hacia los confines del mundo.

Grupos de frailecillos oscilaban de arriba abajo en el agua más allá del oleaje, y las gaviotas yacían en bultos marrones sobre las rocas costeras, gritando y chillando a nada más que el aire y el mar. Su perro corría delante de ella en el agua poco profunda, así que sacó sus zapatos de madera, los lanzó en una roca y le persiguió a lo largo de la dorada media luna de arena húmeda, donde el salado azul verdoso del agua hacía espuma y la marea halaba sus tobillos.

—¡Fergus! ¡Ve por él! —Gritó Glenna al perro, y caminando hacia aguas más profundas, lanzó una cuerda de protuberantes algas marinas. Él ladró, se zambulló y al surgir su cabeza, mordía la cuerda de algas entre sus sonrientes dientes. Ella se rio de él antes de que una ola la golpeara hundiéndola, y emergió escupiendo agua salada y buscando un punto de apoyo.

Un trozo de madera decolorada a la deriva sobrepasó el oleaje. Ella lo aventó en el aire hacia él. Los dos jugaron con la rama por largo rato,

deteniéndose para chapotear juntos en el calmado mar entre las olas, hasta que ambos estuvieron frescos y respirando con dificultad. Ella caminó fatigosamente a través del agua con la fuerte marea tirando de sus ropas, antes de detenerse en la arena para alzar su túnica y apretar el cordón, ajustando el cierre de sus mojadadas bombachas de campesina.

En el borde norteño de la ensenada, las grandes rocas de granito estaban tibias por la brillante luz del sol; ella se trepó en la cima de una roca plana sin gaviotas encima, y se tumbó de espaldas con las manos sobre sus ojos. Una gaviota cercana graznó, pero no se dignó a moverse. Fergus saltó cerca de Glenna, dibujando dos círculos a su alrededor, antes de acomodarse para tomar una siesta, con el pelambre de su hocico mojado descansando en sus enormes patas. Pronto ella se quedó dormida.

No podría decir lo que la despertó, pero la cabeza de Fergus se disparó con ella y gruñó modestamente. Un caballo y su jinete vinieron del lejano borde sureño de la ensenada, donde había una senda más pequeña y menos rocosa que llegaba desde los acantilados hacia el mar.

—¡Ven, Fergus! ¡Rápido! ¡Abajo! —Glenna rodó sobre sí misma y bajó detrás de la roca, volviendo alrededor de la cima, de tal manera que quedaba escondida entre las gaviotas.

¿Quién era este hombre?

Ella y sus hermanos vivían en los bordes del medio oeste de la isla, muy, muy lejos de la única villa al este. Aún los nórdicos en la punta del extremo norte de la isla se mantenían apartados, así de derrotado y sombrío era el terreno aquí. No había valor en la tierra o en lo poco que en ella crecía; vivían en completo aislamiento, lo que sus hermanos afirmaban, era lo que su padre, agotado de batallas, había querido: esconderse al final de la tierra, donde nadie lo llamaría a la guerra o tendría razón para adentrarse, incluso con una cabalgata de medio día.

Ella no tenía armas. Su cinturón con el cuchillo yacía al lado de su camastro en la cabaña. Error de tontos. Lentamente, se colocó entre un grupo de gaviotas para atisbar al extraño; luego, con rapidez, empujó hacia abajo la cabeza de Fergus, cuando él decidió seguirle los pasos.

—Quédate abajo. —le susurró; él gimoteó y puso su hocico sobre sus patas, en claro descontento.

Cuando el hombre cabalgó cerca de la orilla del agua, pudo ver con facilidad su rango de noble guerrero ataviado para protegerse con un acolchado gambesón de cuero y una malla que cubría sus piernas. Cabalgaba

sin hombres, aunque ella echó un vistazo al acantilado en busca de otros, pero no había nadie. Volvió su mirada hacia él. Un escudo engalanado con un dorado león rampante en campo azul celeste colgaba de su borrén delantero, y pronto el sol atrapó el destello de su espada; ella divisó varias piedras grandes, del tamaño de manzanas silvestres, incrustadas en la funda sujeta a sus caderas. Su riqueza era evidente; su caballo era uno de los más finos animales que ella hubiere visto: alta cabeza, perfecto arco del cuello, crin negra y cola suelta. Y observó, de algún modo perdida en la belleza de aquellos dos: caballo y hombre entallaban una exquisitamente apuesta figura atravesando la arena, con el mar rociando tras ellos y tornando en arco iris el resplandor de la brillante luz del sol.

Desmontó, lanzando las riendas por encima de la montura y se paró a la orilla del agua, mirando hacia el mar, con las manos descansando en sus estrechas caderas, y ella se preguntaba qué estaría pensando y por qué estaba en este singular y solitario lugar. En un momento, se desabrochó la espada y la tiró en la arena, se quitó sus botas, gambesón, malla y ropaje, hasta que quedó allí, bella y maravillosamente desnudo, una imagen dorada caminando hacia el agua, casi como si un ídolo nórdico viniera a la vida; el hombre era oro puro, desde la espesa cabellera que terminaba en sus anchos hombros, hasta cada pulgada de piel que ella podía ver. Por tan sólo un pequeño momento, el sol apresó el resplandor de una cruz dorada que pendía de una cadena alrededor de su cuello; ella sonrió —tal vez él era su regalo de Dios.

Él se zambulló bajo una ola que a ella le habría tumbado, su cabeza surgió tras el oleaje como una gaviota y nadó en el agua, remontando las olas y nadando de regreso, con sus brazos dando poderosos golpes que parecían cortar con facilidad el jalón del mar.

Glenna observó al caballo, luego al hombre, quien nadaba aún más allá, hacia oleajes más lejanos. Ella recostó una mano en la roca mientras se deslizaba en sus zapatos de madera, uno a la vez. —Tonto desnudo. —masculló—. Juguetear en el océano mientras aquel fino, fino animal se queda allí... extremadamente abandonado. —Suspiró como lo haría alguien que no tuviese elección de hacer lo que estaba a punto de hacer, y fue hacia el adorable caballo con Fergus a la zaga, y comenzó a hablarle al negro con melódica y baja voz.

Las orejas del animal se alzaron y se crisparon, pero ella tomó las riendas fácilmente, acariciando la cabeza. —Bien... bien, mi dulce y adorable cosa. —

Ella comenzó a canturrear con suavidad y vio la confianza ablandarse en sus ojos.

Suavemente, guio al caballo en semicírculo hasta que la bestia estuvo frente al ropaje del hombre, escondiéndole de la mirada de éste, antes de halar el escudo de león de la montura que cayó pesadamente en la arena; luego levantó la sólida espada y su vaina con ambas manos y un gruñido, y la enganchó sobre el borrén delantero, rápidamente tiró sus ropajes, el gambesón de cuero y, finalmente, la pesada malla encima del caballo.

—¡Por la sangre de Cristo! ¡Oye, tú! ¡Aléjate de ese caballo! —Sir Dorado Mismo nadaba de regreso a la orilla.

Era una pena, realmente, la cruz dorada. De seguro le habrían dado un buen penique por ella.

—¡Dije que te alejes! ¡Ese caballo te pisoteará antes que le dejes tocar! ¡Aléjate! —Una ola le tumbó y él surgió detrás de esta, parado en el agua, con su piel mojada, resplandeciendo como una joya en la brillante luz del sol, el cabello hacia atrás y su cara roja e iracunda mientras daba zancadas, hundido hasta la cintura, a través del fuerte tirón de la marea.

Pobre tonto, pensó. No se movía lo suficientemente rápido. Ella sujetó el caballo, colocó un pie en el estribo y montó, inclinándose sobre él para acariciar el arqueado cuello negro. —Tú no me harás daño, dulce muchacho. ¿Verdad que no? —Con las riendas en sus manos, volvió la mirada hacia el hombre, tan enorme y tratando de hacerse camino a la orilla a través del agua, entre el reflujo marino y las siguientes olas.

—¡Qué haces? —Bramó tan fuerte, que su voz hizo eco en las cavernas del acantilado y los pájaros volaron al cielo.

Glenna dio vueltas con el caballo. —¿Yo, buen hombre? ¿Por qué? Estoy robando su adorable espada y bellas joyas —palmeó la funda significativamente—. También sus ropas —añadió mientras el negro daba pasos de costado en la espuma del mar que se rizaba en la arena alrededor de sus cascos—. No se inquiete, le dejaré sus más preciosas joyas. —dijo intencionadamente—. Y su escudo para protegerles.

—¡Bájese del caballo!

—¿Este caballo? Creo que no. Pero ¡le agradezco por él! —Saludó con la mano por última vez al pobre hombre y salió disparada de la playa en aquella poderosa bestia negra, con los cascos martilleando la dura arena húmeda, cabalgando como viento que se aleja del tonto dorado, Fergus obligado a correr detrás, y su dulce y malvada risa haciendo eco en la cálida brisa.

A medio día de distancia de la ensenada, sólidamente construida al pie de una pendiente cubierta de hierba, había una cabaña de piedra con techo de césped que se mezclaba con el terreno, y dentro, en el salón principal, se erguía una larga mesa con caballetes de madera y cicatrices en el tope. Los postigos abiertos en los huecos de la ventana, dejaban pasar plenamente el aire y la luz de un persistente sol aún brillando pasada la tarde.

Glenna presionó la espada contra la marcada superficie hacia su hermano mayor, Alastair, quien estudiaba de cerca las joyas incrustadas, mientras su hermano menor, Elgin, hurgaba las pertenencias del hombre.

—Estas son esmeraldas y rubíes. —le dijo Alastair, probando la empuñadura y sosteniendo la gran espada—. Y la piedra más grande en el centro es un zafiro, que sería considerado raro, aún teniendo la mitad de su tamaño. —Se quedó parado y se movió alrededor del pequeño salón, meciendo la espada ante oponentes imaginarios. Por un tiempo, su padre había comenzado a entrenar a Al en el arte de la guerra, pero Sir Hume Gordon, cuya esposa falleció justo después de que él retornase de la guerra, murió de repente y arrebató a su hermano mayor cualquier sueño de acoger la caballería.

—Miren esto. —Dijo Elgin—. Maná del cielo. —Colocó sobre la mesa cinco bolsas regordetas de peniques de plata, un cuchillo para carne de plata con puño de filigrana de oro, rodeado con rubíes y un tenedor de dos puntas, que hacía juego. Había un librito escrito a mano de papel de pergamino con cubiertas de cuero labrado atadas con una trenza de seda azul celeste y dorada, un cáliz de vino con incrustaciones de marfil y tallo en forma de un león rampante dorado, el sello en un anillo otra vez con el león y un manojito enrollado de papeles marcados con un lacre que parecía importante.

Sólo Alastair sabía leer y escribir, y a menudo sacudía su cabeza muchas veces al tratar de descifrar algún documento o carta, así que Glenna creía que no comprendía realmente todas las palabras que trataba de leer. Él tenía diez y dos años cuando su padre murió, Elgin nueve y ella, apenas cuatro. Ellos solos habían enterrado a su padre y ella recordaba que, en su vida, sólo habían sido ellos tres.

Alastair recogió los papeles y arrugó la cara para concentrarse. Pasó largo rato hasta que alzó la mirada. —Estos papeles son un seguro de pase libre. — (salvoconducto. N del T.)

—Su pase libre no estaba seguro con Glenna. —Rio Elgin.

—No cuando le das la espalda por apenas un momento. —añadió Alastair.

—¿Y qué con estas ropas? —preguntó ella, desenrollando y ordenando el pesado gambesón acolchado de cuero. ¿Podemos venderlas?

—No puedo creer que hayas tomado las ropas del pobre hombre. —dijo Alastair, tratando de parecer serio, pero ella sabía que tenía problemas con eso. Sus hermanos nunca podían regañarle ni permanecer mucho tiempo enojados con ella.

—No es la primera vez. —dijo Glenna con facilidad—. Y estas ropas no son sino pobres. —Tomó una pierna de capón rostizado de una fuente frente a ellos, hincó los dientes, y añadió mientras masticaba—. Él las dejó al lado de su pobre caballo. Parece propio que alguien debía liberarle de ellas, particularmente cuando daba la impresión de que no le importaban un ápice.

Alastair meneó su cabeza. —Glenna... Glenna... ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿No dijo Hércules a los aurigas que ‘los dioses ayudan a aquellos que se ayudan a sí mismos’? —Ella se encogió de hombros limpiando un pequeño hueso—. Sólo me considero a mí misma una hábil estudiosa de Hércules —me ayudé a mí misma. La verdad es que, dudé de que pudiésemos vender su escudo, así que lo dejé. El tonto es afortunado de tenerlo.

—No cuando el escudo del hombre es lo que le identifica. —Elgin parecía no poder parar de reír; siempre había sido el más alegre de los tres—. ¿Puedes verle? Desnudo como el día en que nació, buscando su camino a casa con nada más que un escudo, uno que dice exactamente quién es.

—Ah... pero de aquél minúsculo, una pizca yo vi. —dijo Glenna intencionadamente—. El hombre no tenía mucho qué cubrir. Su escudo era más que largo. Y ahora que lo pienso, creo que su anillo, bien podría haber hecho el trabajo. —Ella lanzó un huesito.

Sus hermanos rieron a carcajadas y ella trató de no sonreír ante su mentira, pero cuando Elgin, con lágrimas en los ojos de tanta risa, bufó como un cerdo, perdió la compostura y rio; la imagen de Sir Dorado Mismo con nada más que su blasonado escudo para esconder su desnudez, era más gracioso de lo que ella pretendía ignorar. —Debían haberle visto, arrastrándose en el agua para atraparme —de verdad, el hombre era un caballero en una cruzada perdida.

Elgin se puso el gambesón, que le colgaba de los hombros, sobrepasaba sus manos y el dobladillo de cuero caía cerca de sus rodillas. Caminó trabajosamente alrededor del salón como un bufón parodiando al caballero en el agua con una voz cantarina. —¡Devuélvame mi caballo! ¡Devuélvame mi

caballo! ¡Usted, maldita ladrona! —se detuvo de repente y se enderezó con una mano en el aire—. Sepa, muchacha, que debe usted liberar mis ropas, que pagaré una fortuna —cinco bolsas de plata y todas mis posesiones de este mundo— para proteger mis pobres huevos.

—Pobres huevos minúsculos. —Interrumpió Glenna.

—Me retracto. —dijo Elgin, pausando antes de extender sus brazos a los lados—. Para proteger mis pobres *minúsculos* huevos del caliente sol quemándoles hasta el color de las brasas si soy forzado a caminar desnudo por el campo.

Durante los siguientes minutos, se burlaron del hombre, y entonces, Alastair se paró y se estiró. —Debo alimentar a los caballos.

—Siéntate. —dijo Glenna tomando una manzana de un tazón y deslizándola en su bolsillo—. Yo iré. Quiero revisar al negro. —Su perro estaba parado en la puerta, meneando la cola y la lengua colgando de su boca—. No, Fergus. Quédate. —Él gimoteó y se echó junto al hogar, con la nariz en sus patas. Ella caminó hacia afuera e hizo una pausa.

Al oeste, el sol finalmente comenzaba a rezagarse en el cielo, y el horizonte distante se tornaba en violeta profundo y oro. El estrecho sendero que ella siguió, serpenteaba sobre una loma y bajaba hacia los establos, que, como la cabaña de piedra, habían sido construidos en la pendiente y una amplia caballeriza contigua contenía todos los caballos que no estaban en sus cuadras o siendo alimentados.

Su padre había cruzado y criado caballos y los había vendido muy lejos, en tierra firme, hasta el día en que cayó de un asustado gris en el prado y murió. Sus hermanos, Alastair y Elgin continuaron criando a ambos: a la excelente caballería Gordon y a Glenna. Entonces, creció rodeada de caballos, bestias de hasta diez veces su tamaño, así que no albergaba miedo hacia ellos. Su don: no había todavía un caballo al que ella no pudiese hablar con dulzura y montar.

Glenna abrió la puerta hacia el prado externo y lo cruzó para acarrear agua del establo, vertiéndola en los abrevaderos, antes de rellenar el alimento y espantando las moscas de su cara. Habló con cada uno de los animales mientras buscaba el biello en las cuadras, entonces se volvió rápidamente al sentir que alguien la observaba.

Desde la última cuadra, los ojos oscuros de ciervo del negro la observaban. Él gimoteó y sacudió su regia cabeza mientras ella se acercaba.

—Eres una gran belleza. —dijo quedamente, acariciándole entretanto sacaba la manzana y le dejaba mordisquearla de su palma.

—Mira cuán gentilmente comes de mi mano. No eres un salvaje, mi dulzura. —Y recorrió su pelaje con la mano. Los cepillos de curry colgaban de ganchos en la pared, ella tomó uno y entró en la cuadra—. Eres una bestia demasiado fina para un hombre tan tonto. —le dijo sin dudar, canturreando y cepillando su brillante pelaje. Pronto las palabras salieron de su boca cual miel, con voz rítmica que cantaba:

Hubo un día un dorado caballero,
Quien no pudo predecir su aprieto,
En páramos de brezal cubiertos cabalgaba,
gallardo, valiente y tan audaz, andaba
Y hasta la ensenada marina llegó,
abandonó su caballo y al agua saltó,
el mar se tornó caliente pronto,
pero el hombre, no era más que un tonto...

Canturreando, rodeó al caballo, cepillando su pelaje, y el hombre salió de las sombras más rápidamente que una serpiente al ataque, tomándola por detrás, retorciéndole el cabello alrededor de su puño. Su mano libre la sujetó con fuerza contra su tibia y húmeda piel. Liberó su cabello y se inclinó acercándose a su oreja. —Ahora, ¿quién es el tonto? —refunfuñó con rabia y suavemente presionó los dientes de un bieldo contra su cuello.

Capítulo Dos

Tenía a la bruja ladrona justo donde la quería. Tan furioso estaba, que se forzó a recordar que ella era la razón por la que él se encontraba allí. Ella comenzó a gritar, y morder, y patear, entonces él dejó de lado el bieldo, desplazó su mano y rasgó la manga de la túnica. De haber estado menos iracundo, el pánico en sus ojos le hubiera detenido, y habría aliviado su mente. Claramente, pensaba que intentaba violarla. Pero estaba tan de pésimo humor, habiendo caminado desnudo por demasiado tiempo bajo el inclemente sol, que le dejó pensar lo peor. Ella necesitaba ser aterrorizada y que entendiera quién tenía el poder después de aquella escapada en la ensenada. La amordazó con la manga desgarrada, tomó de nuevo el bieldo, y con un chillido bajo su brazo, la sacó cargada.

A medio camino de la cabaña, haló su cabeza y verificó la mordaza. Ella se contorsionaba y pataleaba, no obstante, aún se hallaba sujeta a su lado, y él la aplastaba, por seguridad y también por venganza. Sin embargo, ella contraatacaba pellizcándole y retorciendo su piel agresivamente hasta tornarla azulada. —Por las piernas de Dios, mujer. —masculló y se sacó de encima las manos de ella, luego luchó, lanzándola como un saco de nabos, hasta sujetar sus manos a los lados y de nuevo, la inmovilizó bajo su brazo sin problemas.

El elemento sorpresa estaba a su favor. Cruzó la ondulante colina y pronto se encontró frente a la cabaña, con ella todavía luchando. Con un veloz movimiento, pateó la puerta de la cabaña quedando parado en la entrada abierta; la mujer ahora se hallaba comprimida entre su pecho y el bieldo contra su pálida garganta. Él estaba tan furioso como el infierno y desnudo como el día en que llegó al mundo —él y sus ‘pobres huevos minúsculos’.

—No se muevan si valoran su vida. —advirtió a los dos jóvenes quienes se congelaron en sus asientos. El perro se levantó del hogar, gruñendo y desnudando sus largos dientes—. Detengan al perro. —Apuntó el bieldo hacia el can, y la chica gritó tras la mordaza y trató de luchar. Él apretó más su brazo alrededor de ella.

—¡Fergus! ¡Quieto! —Dijo uno de los hombres, y el perro obedeció, pero permaneció con las orejas despabiladas y los ojos afilados.

—¿Dónde está Sir Hume Gordon?

Hubo un latido de insólito silencio y el hombre que había acallado al perro, apuntó su mirada a la chica, quien aún estaba quieta como una roca.

Lyall esperó, antes de decir con calmada y mortal voz. —Si mueves tu mano bajo la mesa otra vez, estarás muerto y atado al infierno antes de que puedas pensar en moverte de nuevo.

—Nuestro padre está muerto. —dijo el otro rápidamente—. Soy Elgin Gordon. Él es Alastair, el mayor. Tú estás agarrando a nuestra hermana, Glenna.

—Sé bien quién es. Ella es la razón por la que he venido a estos confines olvidados de Dios. Soy el Barón Montrose de Rossie, vasallo del rey, y estoy aquí para proveer protección y pase seguro para ella. Y ella no es más hermana tuya de lo que yo soy.

Él la escuchó respirar agitadamente, pero no desvió la mirada. El parpadeo en la expresión del Gordon más viejo y la ligera caída de sus hombros le dijeron a Lyall todo lo que necesitaba saber. Alastair Gordon sabía exactamente quién era ella. —Ya puedes detener tu mentira. —le dijo Lyall—. He venido por orden del rey.

Glenna permanecía aún quieta como una roca.

—¿Cuál mentira, Alastair? De seguro que Glenna es nuestra hermana. —dijo Elgin, mirando a uno y otro.

—Montrose dice la verdad. —respondió Alastair a su hermano, luego pasó una mano por su cabello y sacudió la cabeza afligidamente, mirando a Glenna con preocupación en sus ojos—. Te ruego que la dejes ir, milord.

—Primero, dame mi espada. —Lyall recostó el bieldo en la pared, pero no le soltó.

Alastair se paró y alcanzó la vaina.

—¡Espera! —Elgin agarró su brazo.

—Él no le hará daño. —Alastair le dio el arma a Lyall y se volvió hacia su hermano—. Por amor de Dios, El. Devuelve las ropas al *Barón* Montrose.

El énfasis que Alastair Gordon puso en la palabra *barón* era obvio para todos. Lyall observó a Elgin quitarse el gambesón de cuero tan rápido, que fue casi cómico.

El hermano menor reunió el resto de las ropas robadas de Lyall y las tiró a los pies de este, antes de alejarse dos pasos. —Ahora la dejará ir, milord. —Dijo Elgin protectoramente, tratando de parecer más alto. Aún así, apenas llegaba al hombro de Lyall.

Lyall la liberó y ella se alejó revolviéndose, pero no buscó a sus ‘hermanos’. Se alejó de todos, mirando insegura y temerosa, como un animal herido y acorralado. Él decidió no sentir nada por ella. Cualquier herida infligida a su mente y corazón por la verdad, no era su problema. Ella habría averiguado que no era una Gordon en algún momento.

Se vistió con rapidez y se movió hacia la mesa. Después de un día de caminata, durante demasiadas millas de incomodidad a través de los páramos entre los helechos, el sol abrasando su piel y las zarzas taladrando sus pies, no estaba de humor para charlar. Moría de hambre, así que terminó un tazón medio lleno de cerveza, lo rellenó del jarrón y se sirvió de la carne y del pan. Cuando su panza estuvo cerca de estar llena, se volvió hacia ella y la observó mientras limpiaba el último bocado de pan en la cerveza. Ella no decía nada. Sus ojos a veces seguían los movimientos de él, aunque su expresión permaneció tercamente vacía. Solamente una vez la vio quebrar su compostura —ella había alejado furiosa a sus hermanos, y luego volvió hacia ellos cuando trataron de hablarle.

Aquellos dos imbéciles habían sido tan descerebrados al haberla incluido en su banda de ladrones, especialmente por robar caballos, lo que era castigado con la horca. ¿No habría sido esta una gran y bienvenida historia para todas y diversas personas, particularmente por el regreso del rey, cuando una vez más, pusiera sus pies en suelo escocés? ‘Saludos, Sire, su hija mayor fue colgada por robar caballos, entre otras cosas’.

Su botín estaba en cada grueso estante y rendija en el salón; pilas, sacos y grandes cofres, todos repletos de lo que solamente podía ser el resultado de su latrocinio, mucho de lo cual, veía que estaba organizado por tipo de artículo: carcaj y flechas en un rincón, al lado de puñales variados y cuchillos, mazas y espadas, aunque ningún arma tan magnífica como la suya.

Colgados de las paredes, había artículos de cobre y grupos de antorchas de hierro forradas en cuero y candelabros, bisagras de puertas y armarios, cerraduras, cestas de hierro y pinzas de herrero, varillas para herrar, y estantes con cacerolas, sartenes y calderos. Dos grandes trompetas de latón, un laúd, tambores, armónicas y un clavecín recostado en la pared cercana a las puertas interiores. Objetos de cuero, zapatos y botas, rollos de tela de lana, bolsas, talegos y pequeños cofres de madera con robustas cerraduras permanecían en línea recta sobre repisas de pared, al lado de una fila entera de frascos de especias que se veían como si hubieran sido arrancadas de una exhibición de feria. Percibió la esencia de cardamomo y nuez moscada en el momento en que

puso un pie en el salón. Debajo de esas cajas de especias, había barriles de sal, sacos de granos de pimienta y pesados jarros de vinagre, junto a costales repletos de manzanas, nabos, cebollas y otras raíces vegetales.

Las habitaciones traseras del establo estaban prácticamente iguales, con ordenadas filas de sillas de montar y bridas, barriles de aceite y sacos de alimento. Recordó cuando, siendo un muchacho, caminaba por el patio del castillo hacia las cocinas, donde el cocinero y los lacayos de cocina colocaban, por órdenes de su propia madre, pulcramente arreglados todos los comestibles, vinos, barriles de cerveza y carnes saladas en reglamentadas filas a lo largo de los estantes y en las bodegas. Él sospechaba que Glenna, con su mente de mujer, sabía el lugar exacto para cada artículo robado.

Se sirvió otro tazón de cerveza y dijo. —Deberías empacar tus pertenencias, muchacha. Nos iremos al amanecer.

—¿A dónde?

—Son órdenes del rey.

—¿Cuál rey? —rio.

—William de Escocia.

—Ah... el rey exiliado que vive en Inglaterra con su cercano amigo Henry. Él no es mi rey. ¿Acaso ha puesto un pie en Escocia durante toda mi vida? No. No lo ha hecho.

—Glenna. —dijo Alastair Gordon en tono de advertencia.

La mirada que le dio habría derretido el hielo. Enfrentó a Lyall. —Yo no he acordado ir contigo.

—No es tu decisión. —respondió Lyall—. El rey lo ha ordenado.

Se acercó con las manos en sus caderas y la cabeza en alto. —Y, ¿por qué debería yo obedecer a un rey que no ha estado en esta tierra en años y a quien jamás he visto ni conocido? Este rey tuyo no es nada más que una fábula para mí.

—¿Glenna! —dijo Alastair.

Ella giró hacia Gordon, acercándose a un pie de distancia de él. —No me hables como el hermano mayor que fingías ser. Me mentiste. Cada día de mi vida me has mentido. Me hiciste creer que estaba a salvo y que era amada y que estaba atada a ti por nuestra sangre. —Las lágrimas corrían libres por su rostro y su voz temblaba.

—Te he amado como a una hermana, con lazos de sangre o sin ellos, y porque te amo, te advierto: hasta las mujeres son ahorcadas cuando hablan como tú lo acabas de hacer acerca del rey. —respondió Alastair.

—También ahorcan mujeres por robar caballos. —cortó Lyall severamente—. Cualquiera que roba una mera nuez puede perder una mano, sea mujer, hombre o niño. Al verdugo poco le importa. Ella podrá maldecirte por haberle mentido, y eso es entre ustedes dos; pero yo espero que el rey imparta su castigo por involucrarla en una vida de pillaje. Miren todo esto. Ustedes, ambos son idiotas al implicarla en su latrocinio. ¿Qué estaban pensando? Él señaló a Alastair—. Si sabías la verdad, Gordon, entonces también sabías que tu padre juró protegerla. Asumo que fuiste tú quien envió noticias de ella todos estos años. Alguien se ha estado comunicando. Estas cartas fueron firmadas por Sir Hume y lacradas con su propio anillo.

—Alastair tiene mi lamento —Glenna parecía atragantarse con sus palabras. El anillo de *su* padre—. Y yo hablaré como quiera acerca del rey, porque sus exiliados oídos no están todavía en su propia tierra y no lo han estado durante demasiados años para contarlos. ¿Cuán bueno es un rey que huye de su tierra?

—No eres diestra en lecciones de política. El rey no es cobarde, sino un hombre atrapado en la tormenta de poder, un destino deparado a él, sólo por su nombre de nacimiento. No espero que tú, mujer, entiendas los caprichos, las glorias o demonios que impulsan a hombres, reyes o traidores. —dijo Lyall negativamente.

—Me importa un bledo el rey. —dijo Glenna agitando su mano—. Sin embargo, no hay duda, ninguna en absoluto, acerca de quién es el traidor en este salón. —Miró con furia a Alastair, quien bajó la cabeza sin poder mirarla, y por un breve momento, Lyall casi sintió pena por él. Alastair Gordon tenía toda la apariencia de un hombre quebrado por la culpa y el dolor.

—Iré con usted, milord. —continuó—. Sólo porque no me quedará un día más en esta casa, a la que no pertenezco. Pero sepa esto: no me importa nada el rey o sus reales proclamas.

—Sugiero que busque un modo de que le importe y mucho, lo que el rey quiere y proclama, Glenna Canmore, porque él es su padre.

Glenna yacía acurrucada sobre su colchón de paja, con la verdad punzando su cabeza. Fragmentos de pensamientos, la mayoría atemorizantes, le mantuvieron insomne. Sir Dorado Mismo, Barón Montrose, yacía como un montículo

atravesado en la puerta. La luz del hogar esbozaba su quieta forma. ¿Habría escogido dormir allí para evitar que ella escapase? No. Allí estaban los postigos de madera que podía fácilmente haber trepado. Y, además, a su entender, Montrose no era aquel tonto al que ella había nombrado. Dormía tan pacíficamente, que se preguntaba si estaría de veras dormido.

Desde las otras habitaciones, donde sus hermanos yacían en sus jergones, podía escuchar sus dirigidos ronquidos y una vez más, maldijo a Alastair por su hipocresía, y por atreverse a dormir con tanta facilidad, cuando ella no podía.

Estar furiosa con él era más fiable que pensar acerca de la verdad —quién era ella realmente, lo que le parecía imposible— y cómo ese conocimiento sacudió profundamente sus huesos. ¿Su padre, el rey? No, sacudió su cabeza y las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Ella estaba asustada, más asustada de lo que quería admitir. No sabía nada de damas y palacios, castillos y reyes, sólo las historias que Alastair le contara cuando niña, ¿Y qué sabía él? Las mujeres de la realeza deben tener sirvientes y habilidades, y ejércitos enteros para protegerles, mientras que ella creció echando heno y recogiendo estiércol... y robando.

Podía cabalgar como el viento, pero no sabía utilizar aguja e hilo y tampoco sabía qué hacer con eso. El único traje que le había pertenecido, lo había tenido que robar, sólo para ponérselo y descubrir que era demasiado largo y demasiado grande, así que lo cortó con una daga, y ahora el vestido estaba más corto de un lado que del otro y la tela se había deshilachado.

¿Cómo podrían sus habilidades con los caballos significar un ápice para un rey? El rey con sólo mirarla una vez en sus harapos de campesina o en su vestido escarpado, bien podría desterrarla, particularmente, una vez que viera cuán pobres habilidades tenía y lo terriblemente ignorante que era.

¿Qué rey toleraría una ladrona como hija? O bien podría encerrarla en una torre. Él era el rey. Se estremeció ante las imágenes que aparecieron en su mente: el cadalso, la piedra del verdugo. Cerró sus ojos con fuerza y sus manos se apretaron en entumecidos puños.

Tal vez haría algo peor que encerrarla.

Con ese pensamiento, perdió el control y sollozó entre sus manos con las rodillas en el pecho. Necesitó voluntad de hierro para dejar de estremecerse. Contuvo el aliento y se sintió morir por dentro. Su destino estaba trazado. No podría traer nada más que vergüenza a su padre, a su nombre y a toda la corte,

cuando sus mayores cualidades eran la habilidad de hurgar un bolsillo y robar un caballo.

Sus tontas lágrimas no cambiarían el mañana. Las lágrimas no traerían de regreso el ayer, cuando su nombre era Glenna Gordon y era feliz con sus hermanos. Llorando como tonta logró un poco más que haciendo arder sus ojos y moquear su nariz. Se enjugó el rostro y se incorporó, abriendo los postigos de la ventana encima de su camastro.

Fuera, había un claro cielo nocturno, siendo la oscuridad tan extraña en pleno verano y tan fugaz, con apenas unas horas de luz de las estrellas. El único cielo que ella conocía era este—grande y eterno sobre el pequeño estrecho de tierra que siempre había sido un hogar para ella. Los páramos y el mar, los caballos que amaba y a los que cuidaba, sus hermanos con quienes se sintió segura y amada...

Ahora tendría que enfrentar todo lo desconocido—lugares y personas, un viaje desconocido con un extraño. Aún su propia identidad era un misterio. No había nada que ella pudiese atesorar que fuese verdadero y familiar. No tenía idea de cómo afligirse por lo que había perdido, porque la verdad era que su vida, tal y como la conocía, no era suya.

Al siguiente día, Lyall se aseguró de que todas sus pertenencias estuvieran en su lugar, en particular, su dinero. Aunque había dejado una bolsa de plata con los Gordon, no habría apostado a que esos dos rateros no la hubieran intercambiado. Enganchó una gruesa piel a la funda de su silla y observó a Glenna alistándose a montar un vivaz alazán que Elgin había traído del prado. Lyall estudió el caballo apreciativamente. —Dime ya, si existe la posibilidad de que vaya a ser perseguido desde aquí hasta el Reino Por Venir, por el verdadero dueño de ese caballo tuyo.

—No tiene nada qué temer, Montrose. —dijo Glenna con altivez, utilizando el título como una noble experta—. Yo estuve allí cuando ella era un potrillo, y desde entonces, yo la he alimentado y entrenado. Nadie más. Skye es mía.

—Está bien, entonces. Nuestro viaje será largo y no me deleito con escapar del nudo del ahorcado —dijo. Bromeaba, pero ella no respondió y no le miró siquiera. Él rio suavemente.

Ella le miró. —¿Qué es tan gracioso?

—¿Skye, Glenna? ¿Tu montura tiene nombre? —Rio con entusiasmo y pensó en su hermana, quien, de niña, había nombrado todas las pulgas de su perro.

—¿Por qué nombrar un animal es tan gracioso? ¿Cómo llama a ese, sobre el que sienta su trasero? ¿Caballo? —Ahora ella reía—. Mejor aún... cargador de traseros.

Él achicó los ojos. —Es mi caballo. Un magnífico animal, pero nada más.

—Entonces debió dejármelo a mí, ya que le importa tan poco, que no puede darle un nombre, siquiera.

—Para mí no hay necesidad de nombrar mi caballo.

—Quizá. —dijo dulcemente—. De haberle dado un nombre con el que le hubiera podido llamar, yo no lo habría robado tan fácilmente... milord. —Alcanzó el otro lado de la silla y colgó un pequeño arco y un carcaj de flechas en la montura.

—¿Qué es esto? —Preguntó Lyall observando las armas.

—Mi arco y mis flechas.

—No necesitarás armas, mujer.

Ella le enfrentó. —¿Cómo lo sabe?

—¿Crees que puedes salvarnos de un ataque con esto? —Se burló Lyall. Un sable la partiría en dos antes de que ella hubiere colocado una flecha en el arco.

—Yo no cabalgo sin ellos.

—Yo no cabalgo con ellos.

Intercambiaron la misma mirada, entonces, Lyall dijo. —Bien. Entrégamelos. —Él agarró su mano—. No cabalgaré con una mujer armada. Encontraremos problemas. Podrías herirme al tratar de montar una flecha en eso.

—Usted no sabe nada.

—Entrégamelos. —No discutiría más con ella, era como tratar de bajar un puente levadizo con la cabeza.

Ella puso sus ojos en blanco y se los entregó. —Aquí los tiene, milord. No quisiera que temiese por su vida por culpa de una mujer armada.

Fue allí donde él ya tuvo suficiente. Rompió el arco en dos y todas las flechas, luego las lanzó a un lado, ignorando su resoplido. —Ahora no habrá razón para continuar discutiendo.

La mirada que ella le dio, podría haber causado un incendio. A él le importó un bledo, pero se sentó observándola hasta que ella sacudió la cabeza

y desvió la mirada, claramente enfurecida.

Una abeja zumbaba alrededor de su cabeza y él la espantó, pero aterrizó en su cuello y le aguijoneó. Maldijo y le dio un manotazo, tirándole y a su aguijón lejos de su piel. Tenía el ceño fruncido con el insecto muerto cuando ella dijo medio sonriente. —Sin duda, atraída por sus dulces maneras, milord.

Ella revisó el fardo enrollado que había atado a su caballo, y sus bolsas de cuero; luego recorrió con sus manos las patas del caballo y examinó los cascos antes de ajustar las bridas de nuevo. Esta era la tercera vez. Estaba retrasando la partida.

—Vamos ya. No podemos perder más tiempo. —le dijo con agudeza—. Debes despedirte de tus hermanos. Ellos están esperando.

—Lo haría, si los tuviera. —Glenna ajustó las bridas por cuarta vez.

Él comprendía el orgullo, y su caída. Mirándole, escuchando sus palabras y modales, le hicieron ver que había más de la sangre de su padre en ella, de lo que ella pensaba, había más entre ellos que la mera similitud con el hombre. Una cosa que nadie podía cambiar era quién les había engendrado. Sangre era sangre. Eso lo sabía demasiado bien.

—Glenna. —Había dolor verdadero en las palabras de Elgin mientras se acercaba—. No sabía nada de esto. Te ruego no me echés la culpa.

Lyall pudo ver, por la posición forzada de sus hombros, que ella batallaba contra su propia amargura. El silencio cayó sobre ellos y ella permaneció quieta. Cerró sus ojos brevemente y luego giró. —Oh, El... —lanzó sus brazos alrededor de él y sollozó entre su cuello.

Elgin le palmeó con gentileza. —Debes perdonar al pobre Alastair. Te ama como yo. Debes saber, Glenna que siempre serás mi propia hermana. —Habló salvajemente y con gran corazón.

Alastair permaneció atrás y alejado, escuchando, mirando incómodo, pero claramente asustado de acercarse por temor a su rechazo. Sus palabras debieron herirle muy profundo. Ciertamente Lyall había sentido el látigo de la lengua de una mujer, y sabía bien cuánto podía engullir la culpa a un hombre después de escuchar las palabras, y la mujer que las había dicho, había muerto.

Glenna dejó de abrazar a Elgin y retrocedió. Él le alcanzó su sombrero de ala ancha. —Aquí tienes. Dobla tu trenza y viaja segura.

Ella dobló la gruesa y larga trenza de cabello negro alrededor de su cabeza y dejó caer el sombrero encima, sonriendo a Elgin Gordon. Él ató las cuerdas bajo su mentón y le devolvió la sonrisa. Ella parecía un muchacho y

Lyall se preguntaba cuántas veces habrían hecho aquello; parecía un ritual entre los dos. Ella tomó las manos de Elgin y las besó, su expresión se suavizó por apenas un latido, luego le dejó y lanzó una ojeada a Alastair.

Alzó su mentón. Todo en ella gritaba *¡Traidor!*

Así y todo, Alastair valientemente acertó la distancia entre ellos. —Aquí. —Le entregó un pequeño bulto envuelto en tela sencilla.

—¿Qué es? —preguntó—. No quiero regalos de despedida de ti.

—No es un regalo. Lo había olvidado hasta esta mañana. Esto te pertenece. Cuando nuestro padre te trajo a casa, estabas envuelta en esta manta infantil. Me dijo que tu madre la había hecho y que tú deberías tenerla algún día.

Tomó el atadizo y se volvió para ponerlo en su fardo.

—Para mí también, Glenna, siempre serás mi hermana. —Acercó su mano para tocar su mejilla, pero se detuvo. Los dos se miraron con detenimiento el uno al otro, buscando respuestas. Alastair desvió la mirada tratando de encontrar el valor para decir las palabras. Cuando la miró de nuevo, dijo. —Atesoraré todos estos años que tuvimos y no he de olvidar nunca la manera en la que me veías. En mi corazón, yo siempre seré tu hermano mayor. Jamás olvidaré cuando eras pequeña y te sentabas en mi regazo cada noche, rogándome por otro cuento, otra antigua fábula. Recuerda esto: yo no era más que un muchacho inmaduro entonces. Criarte a ti y a El yo solo... fue lo que me convirtió en un hombre.

El rostro de Glenna cayó ligeramente y sus ojos oscuros, casi negros, se humedecieron. Se enderezó y mantuvo su cabeza aún más en alto.

—Aquellas historias que te contaba en la noche, tampoco eran verdad, pero creciste al conocerlas, y yo crecí al relatarlas. No me importan las mentiras que tuve que contarte o lo que hice. Lo que siento es haberte herido. Pero estás viva y bien, y vas a casa ahora. Proteger tu destino fue la tarea que mi padre me dejó, y yo lo hice lo mejor que pude, por ti, con tan poco conocimiento de cómo se suponía que debía hacerlo. Yo sí te amo sinceramente, hermana mía, y he de extrañarte cada mañana y cada noche, hasta el día en que muera.

Glenna no apartó la mirada, pero tampoco le fulminó con aquel abrasante y amargo atisbo de la noche anterior. Sin embargo, había gran tristeza y decepción en ella y Lyall pensó que había sorprendido un destello de humedad en sus ojos oscuros. Montó a horcajadas el alazán, acomodándose en su silla,

bridadas en las manos, antes de voltearse y decir simplemente. —Adiós, Alastair.

De lo que Lyall observó esa mañana, aquellas fueron las primeras palabras que dijera a Alastair Gordon desde que había gritado abiertamente la noche anterior llamándole traidor. Esta vez, sus palabras no fueron dichas con rabia ni frialdad.

Acercó lentamente su montura al lado de Lyall. —¡Fergus! ¡Ven!

El perro trotó desde donde había estado echado junto a sus hermanos, caminó en círculos y se dejó caer cerca de ella y su caballo, esperando. Lyall miró al perro con horror.

—Estoy lista, milord.

—El perro se queda.

Su mirada era frágil.

—Cabalgaremos arduamente. —dijo él con severidad—. No dejaré que ese perro nos retrase.

Ella rio sin humor. —¿Fergus? Le aseguro que mantendrá el paso, milord.

El perro se sentó allí, con la lengua colgando en su hocico, echándole una mirada de humano, que ningún can debería tener. Él era un muchacho la última vez que un sabueso le había visto de aquella manera. Lo que pasó en aquel tiempo, no tenía nada que ver con lo que sucedía ahora con el perro, ni tampoco con sus opciones. De algún modo, sabía que Glenna pelearía más de lo que a él le gustaba. Sus manos apretaron las riendas. No quiso doblegar su voluntad tan pronto.

—No me iré sin él. —dijo de nuevo, comprendiendo rápidamente su poder con claridad.

Sí... ella era la hija de un rey.

Él no dijo nada, pero le dio una afilada inclinación de cabeza y tomó la delantera al cabalgar juntos por las lomas cubiertas de hierba, con Fergus corriendo a largos pasos fácilmente al lado de ella. Él cabalgó sin mirar atrás, esperando que ella aprendiese a seguirle el paso, pero estaba consciente, por el sonido de los cascos de su caballo, que ella le seguía muy de cerca. Su montura corrió con vigor por la ladera, galopando más alto y más lejos, hasta que él alcanzó la cima.

—¡Montrose! —llamó—. Espere.

Él maldijo en silencio. Lo sabía. Ya el perro daba problemas. Tiró de las riendas y giró, esperando ver al perro rezagado. No obstante, se hallaba sentado a su lado, sonriendo como un bufón que acabase de representar su

mejor acto. Por un momento, se preguntó si también podía hacer malabarismos.

Pero Glenna había girado en su montura para mirar hacia abajo, a la cabaña medio escondida y las oscuras y distantes figuras de dos jóvenes que habían quedado allí.

No se habían movido.

Permaneció en los estribos y saludó vigorosamente con la mano, asemejando a la niña que una vez fue. Él estaba cautivado, mirándole. Entonces esperó, descansando los brazos en el borrén, permitiendo despedirse cuanto necesitara, y preguntándose si ella se había percatado de que sonreía.

Conocía el poder de la sonrisa femenina; tuvo madre y hermana, quienes también comprendían el poder que tenían sobre el hombre, y se recordó que no estaba en posición de renunciar a nada por una mujer. Su objetivo era sólo uno, una misión que completar. Aquello era todo. Era suficiente.

Cuando ella hubo terminado, se acomodó en la silla y esperó. El perro ladraba ansiosamente, listo para correr. Lyall estudió a Glenna buscando algún signo de debilidad femenina, un indicio de lágrimas, o de tensión en su fuerte orgullo, las cosas que ocultarían lo que estaba sintiendo. Después de un momento, ella le echó una ojeada bajo la ancha visera de su sombrero, con su mentón en alto. Tuvo el malsano pensamiento de que escucharía la profunda e imponente voz del rey, derramarse de sus labios, tanto se asemejaban ambos en la misma oscura e imperial mirada.

—Venga ya. —dijo ella con sorna. —Para un hombre en tal aprieto, Barón, ciertamente se entretiene mucho, perdiendo el tiempo.

Sus propias palabras arrojadas de vuelta hacia él.

Antes de poder hablar, ella giró su caballo y salió disparada hacia el otro lado, con el can corriendo juguetonamente a grandes zancadas a su lado.

Lyall observó su espalda angosta y rio en voz alta, cabalgando tras ellos, dirigiéndose hacia el este, consciente de que el viaje que tenían por delante, distaba de ser aburrido.

Capítulo Tres

El viento cargaba el salobre sabor del mar sobre los páramos y los pájaros costeros de ancha envergadura y llamadas tristes, buscaban comida formando espirales en la cristalina luz del sol. Todo a su alrededor esparcía tierra, después de rodar por un montículo de brezo del mismo color de los bordes de un amanecer temprano. Uno nunca entiende las glorias de un lugar hasta que debes dejarle. Ella jamás podría volver allí, y quizá aquello le hacía mirar todo a su alrededor con diferentes ojos, ojos que necesitaban memorizar todo lo que veía, pues si llegase el día en que no pudiera tener esta imagen en su mente, no tendría pasado tras de sí, y los años que había vivido antes, carecerían de sentido. Ella no sería nada. No tendría nada... ni tan sólo un recuerdo.

Fergus retozaba algo lejos de ella, con sus larguiruchas patas lanzando al aire polvo y trozos de brezo púrpura. Jugeteaba y ladraba como si el brezo fueran abejas y moscas que venían a atraparlo. Glenna tuvo que reírse de él, de su tontería, como aquella vez en que vio a un tonto en la Feria de Michelmas. Fergus le trajo gran alegría, y ella sintió un poco de paz, durante apenas un instante.

Siempre que tuviera a Fergus a su lado, ella no estaría completamente sola en el mundo.

Las últimas dos semanas de verano en la isla siempre se llenaban de color y luz del sol. Por aquellas pocas semanas alegres y gloriosas, la vista del amanecer sobre su cabaña, siempre había sido aquella de ricas olas de calor sobre la escabrosa tierra, de suaves colores brillantes contra el despejado azul de los interminables cielos y sus paisajes insulares de inmensos acantilados de granito e inclinadas pendientes de oscura roca gris.

Pero ya esta no era más su isla. Ahora que amaba más el lugar, el que ella le estuviese dejando, resultaba aún más agri dulce. Los pensamientos de la casa y de El y Alastair le hicieron sentir más sola. Su humor se volvió pesado y deseó que llegaran las tormentas, que siempre fueron las primeras señales de que el verano tocaba a su fin. Esto habría hecho que la partida fuese más fácil de tragar. La tristeza parecía crecer cuanto más hacia el este cabalgaban, pero no quería sentir nada, y tercamente se armó de nervios de acero contra la

debilidad de su corazón y los recuerdos que no era digna de poseer. Ellos pertenecían a la niña que había tenido hermanos.

No había sangre Gordon en sus venas y no podía ser una hermana simplemente por anhelarlo, simplemente por haber creído las mentiras que le habían dicho por años, o por querer regresar al ayer, antes de que un encuentro y algunas palabras lo cambiaran todo y de que ella descubriera que estaba sola en un mundo lleno de extraños.

Su piel comenzaba a escocer y se movía inquietamente en la montura. Montrose la observaba. Su fría mirada azul no era fácil de ignorar, así que ella se puso una coraza de hierro para que él no pudiese notar que, muy adentro, era una mera caldera hirviente y agitada de debilidad y dudas.

Al y El siempre se quejaban de su terco orgullo, afirmando que le era natural. El orgullo era su amigo cercano, y le daba fuerzas cuando las apuestas eran altas.

Ella consideraba que estas apuestas eran altas; se rehusaba dejar que Montrose viera fragilidad en ella.

La verdad era, que no sabía qué pensar de él, de su diversión en la ensenada del día anterior. La visión de él en el mar, un dorado león marino cabalgando las olas, llegaron sin invitación a su mente, y sintió una extraña tibieza cuando su sangre corrió a través de ella. Sintió la repentina urgencia de correr tan lejos de él como le fuera posible.

¿Quién era este hombre cuyo tono era a menudo áspero y severo? Cuando él le miraba, no lo hacía con rabia o disgusto, al menos no como en aquel momento fuera de la cabaña, cuando ella le había pateado y mordido. Entonces estaba comprensiblemente furioso, y permaneció molesto cuando estaba desnudo en el establo. Su cuerpo se había sacudido con esto. Había pensado que la mataría.

En vez de eso, hizo algo peor. Mató a la persona que creía ser. Pero desde entonces, él parecía diferente, como si comprendiera que le había dejado plena de dolor y, ciertamente, habría pensado que sus palabras eran gentiles, de haber sido dichas por Al o El. Se preguntó si esta era la verdad, o únicamente si su juicio tendría tantos defectos, que ella creía que era la verdad. Ya no tenía fe en nada, pues no podía confiar ni en su propio criterio.

Un rápido vistazo a Montrose no le dijo nada. Parecía que él sólo quería cabalgar, algo que ella suponía, era mejor. No podía dejar atrás sus propios pensamientos, y no podía correr y esconderse en la isla. Nadie parecía cuestionar que iría por propia voluntad a encontrar su destino en manos de un

poderoso e imponente padre quien no la conocía. Tontos... Su única elección había quedado clara —esperar a que las probabilidades de escapar estuviesen a su favor. Y necesitaba más que los cuchillos que había escondido. Necesitaba su arco y sus flechas.

Volvió a echarle una ojeada. El silencio se había extendido entre ambos. Si ella no podía ponerle en su lugar, entonces tampoco le hablaría. Las preguntas vagaron en su cabeza. ¿Por qué había venido justamente ahora? El destino era un cruel y amargo enemigo. ¿Qué había en este particular momento en su vida que debía ser arrancada de las islas del extremo norte? ¿Por qué él? ¿Quién era el Barón Montrose para su padre? ¿Qué tipo de hombre era su padre?

Un cobarde, pensó con rencor. Sus manos apretaban con fuerza las riendas y Skye se oponía al freno. Glenna aflojó y tomó largo aliento. Conocía las historias de la gran casa de Canmore, algunas simplemente contadas por Alastair al pasar de los años, un hecho que inmediatamente la hizo dudar de la precisión de lo que le habían contado.

Montrose afirmaba que ella era una Canmore. El nombre era mítico, y no parecía quedarle. Todo lo que había escuchado acerca del infame rey Canmore, había sido que de joven se topó con una damisela en los Bosques del Norte que había caído de su caballo, y estaba herida e incapacitada para caminar, asustada y sola.

Con su largo cabello plateado en trenzas gruesas como manos que le llegaban a las rodillas, piel ahogada en fresca leche y ojos de color del más profundo cielo, ella era para el rey una aurora boreal, un ángel caído del cielo. La cargó en su gran caballo blanco, bajo la protección de sus sólidos brazos, y cabalgó sin miedo y sin escolta hasta la fortaleza de su enemigo, la morada de invierno del Gran Príncipe del Norte, arriesgando todo lo que era, para llevarla a salvo a casa.

Oh, pensó Glenna, si tan sólo eso fuera verdad...

Su amor se grabó en sus corazones desde el momento en que se conocieron, el tipo de romance y aflicción de las leyendas épicas. Con el tiempo, el Gran Príncipe del Norte supo que perdería a su amada hija si no accedía a dársela al joven rey, quien no deseaba la mano de ninguna otra.

Así que se desposaron en paz, felicidad y alegría, demostrando su amor abiertamente, para que todos lo vieran. Y por un corto tiempo, no hubo guerras. No más ataques. No más saqueos. La mayoría entendía que los saqueos nórdicos habían finalmente terminado con un tratado de lazo de sangre y el matrimonio de dos grandes linajes. Y la paz sólo abrió la puerta a otra

guerra más insidiosa, porque muchos en su propio país odiaban al galante y valiente joven rey, le odiaban por su justicia e inteligencia, mientras que otros le odiaban por su éxito, por su pasión y otros aún más por elegir a una reina del Norte.

Glenna nunca podía pensar en la historia sin preguntarse por ese tipo de amor legendario y épico. Durante toda la vida de ésta, el rey había vivido en el exilio después de que un grupo de hombres sedientos de poder, impugnasen a su soberano el derecho a gobernar y se levantasen en armas con la ayuda del rey Enrique de Inglaterra, derrotando al joven rey. Su amada esposa había muerto en el parto, junto a su infante.

El corazón de Glenna se detuvo. ¿Era ella este infante? ¿Podría ser verdad? Cerró sus ojos. El mundo estaba lleno de mentiras.

¿Una niña muerta que había sido criada como alguien más?

¿Cómo podía ser? ¿Aquella encantadora hija del príncipe nórdico era realmente su madre? Ella se parecía a la realeza nórdica lo que un rubí a un bulto de carbón. Su cabello y sus ojos negros no denotaban nada del color de los nórdicos. Pero, pensó, quizá eran Canmore puro...

Aquella historia romántica era sobre gente de la que Glenna sabía muy poco. No podía esperar por un amor legendario. Los ladrones no se enamoran. Eventualmente, mueren con una soga al cuello o desangrados por haberles cortado las manos, o podridos en una húmeda prisión llena de ratas. Ella podía robar un vestido, un caballo vivaz, podía robar un bolso y una caja — cajas— de especias, pero no tenía esperanzas de robar un corazón galante.

Presionó la mano contra su estómago, que gruñía como un lobo. No quería que Montrose escuchara. Era lo que faltaba para que su humillación fuese completa. Esta mañana, había estado tan ajetreada, haciendo que los hombres de su vida se sintiesen tan miserables como ella, que se había olvidado de desayunar o empacar algo de comida.

Respiró profundamente, obligándose a tragar el aire, y miró fijamente al horizonte sureño, donde no había granjas en las cuales detenerse y comprar comida, ni cabañas de pescadores con arenques secándose al sol. Adelante, solamente quedaba la pedregosa naturaleza, cuya superficie ningún hombre podía arañar siquiera con la espada más afilada, ni el brezo crecía en acres de piedra desnuda y abigarrada, que formaban láminas y peñascos cubiertos cerca de la corriente, con líquenes verdosos, producto de la humedad del agua. No había nada qué comer, más que su propia hambre.

Lejos en la distancia, el mar azul se mezclaba con el cielo, sin poder divisarse dónde terminaba uno y comenzaba el otro; hacia el suroeste se hallaba el distante montículo de la Isla de Bjorn, con la niebla matutina aún envolviendo sus bordes costeros. Galopando sobre el arco de una ladera, hallaron un par de ciervos rojos pastando, hasta que alzaron sus miradas y se quedaron muy quietos, inmóviles, observando antes de recortar camino hacia el follaje de los arroyos cuesta abajo a través de la senda de rocas que llegaban a las empinadas laderas cerca de los acantilados marinos.

Su estómago volvió a rugir y por un breve momento una fuente de rolliza y jugosa carne de cisne apareció ante sus ojos, rodeada de sabrosas cebollas salteadas y nabos.

Galoparon encima de otra colina dorada que le recordaba el pan horneado fresco, y su mente se llenó de miel de diente de león goteando de un tofe y corriendo como ámbar líquido sobre aquel pan tibio...

Su dirección les llevó hacia un túmulo de rocas que parecían ciruelas o castañas, o quizá grosellas silvestres, y ella pensó que podría morir con la necesidad de masticar algo más que sus labios.

Sin mediar palabra, Montrose recortó las riendas y desmontó.

Ella casi galopó encima de él y tuvo que halar con fuerza las riendas. Skye se encabritó de inmediato y únicamente las habilidades consumadas de Glenna con los caballos, la mantuvieron en su montura.

Montrose maldijo y trató de alcanzar las riendas.

Pero Glenna alejó a Skye, fulminándole con la mirada. —Alguna advertencia de que iba a detenerse, habría sido de ayuda. —Ella le lanzó una devastadora ojeada, y se volvió hacia Fergus, quien llegó a grandes pasos desde la loma y corrió más allá, hacia el arroyo.

—Acostumbro viajar solo.

Ella supuso que eso era lo más cercano a una disculpa de Montrose.

—Hay agua por allá, para los caballos y el perro. —Se volvió hacia ella, dirigiendo las manos a su cintura.

Ella dio un tirón a las riendas y se alejó de él. —He montado por tanto tiempo como puedo recordar, milord. No necesito ayuda para bajarme, lo que haré cuando esté lista. —Tenía un propósito: permaneció en la montura porque le podía mirar a él desde arriba.

Con un silencio intencionado, él la estudiaba estrechando sus ojos que probablemente se detuvieron para cortar su cabeza, o quizá su lengua. Ella comprendió que le había hecho enojar, lo que había sido su finalidad, pero se

preguntó por qué tenía la repentina urgencia de disculparse. ¡Bah! Ya estaba cambiando y convirtiéndose en alguien que ella misma no conocía.

Inmediatamente se enderezó en la silla y su sonrisa se derritió en una delgada línea. —Tengo una pregunta. ¿Quién es usted para mi padre?

Él la miró como si fuese una pulga que arrancara de su camisa.

Ella deseó tener pulgas... podría habérselas comido.

—Desmonta, Glenna. —Fue todo lo que dijo.

—No ha respondido a mi pregunta.

—Los animales necesitan agua y descanso. Tú también.

—Puedo cuidarme yo sola. No necesito que un hombre me diga cuándo parar, cuándo desmontar o cuándo dar de beber a mi caballo, amigo —Al y El aprendieron muchas veces esa lección. Sería bueno que aprendiera bien eso. —Su estómago se tensó de nuevo y comenzó a gorjear y agitarse; cerró brevemente los ojos, deseando que su hambre, su ira y su herida se fueran muy lejos.

Mira cuán bien ha cuidado de sí misma. Era una tonta cuyo orgullo importaba más que empacar algo de comida.

En silencio, Montrose no se movió. Parado allí, mirándolo todo, demasiado poderoso, ataviado con cuero acolchado, pesadas mangas y sus poderosas piernas en altos forros; ella tuvo que mirar a otro lado, por lo que la vista de él le producía. Fergus se divertía en el arroyo, ladrando y salpicando agua. Su boca estaba seca, su cabeza aligerándose. Suspiró pesadamente y desmontó. Maldito orgullo, el agua llenaría su rugiente estómago. Y estaba el hecho de que su orgullo se heriría dolorosamente si se desvaneciera en mortal desmayo frente a él.

Hizo lo que le pedía y llevó su caballo al arroyo, pero sólo porque era lo que ella habría hecho. Montrose la siguió. Ignorándolo, tiró su sombrero hacia atrás, se arrodilló y ahuecó sus manos para beber.

—Tengo un odre para el agua.

Limpiando su boca, se volvió y le miró parado frente a ella, todo noble barón, quien solía decir a todos lo que tenían que hacer. —Siéntase libre de usarlo, milord. —Continuó bebiendo del frío arroyo hasta saciarse y lavar su cara del polvo, que se sentía pegajosa por el sudor y la mugre, luego la secó con la manga de su túnica. Se sentó sobre sus talones; estaba llena de agua, pero aún hambrienta, y observaba sin fuerzas el frío y claro arroyo saltar sobre rocas brillantes con líquen verde y formando charcos que reflejaban el azul despejado del cielo sobre sus cabezas. Ella deseó que fuese sopa.

Caldo de guisantes con cerdo salado.

Un río de potaje de guisantes.

Algo abundante y sustancioso para llenar sus tripas.

Pan. Oh, dulce Señor...daría su corazón por una hogaza de pan.

En ese preciso momento, su estómago le traicionó y gruñó muy alto. Su imaginación se deslizó y presionó su puño contra su panza.

Montrose se volvió, juró bajo su aliento y la levantó hasta ponerla de pie. —Debiste decirme que necesitabas detenerte.

—No necesitaba detenerme. —dijo quietamente, tropezando junto a él, antes de echarse débilmente sobre una roca plana en forma de pastel. — Necesito comer.

Sacó una manta de sus bultos, se arrodilló cerca de ella y desdoblado la manta le mostró un pan (desde las orejas de Dios hasta su boca) y una grasienta cuña de queso blanco. —Aquí tienes, Glenna. Come.

No más orgullo. Tomó la manta ignorando la suave mirada que ella atisbó en sus ojos. —tan azules que reflejaban el cielo—y trató de no devorar enteramente la comida. —Si no hubieras destruido mi arco y mis flechas, podríamos tener carne.

—Imagino que aquella carne sería mi hígado rostizado en un asador.

No estaba equivocado.

Sentada transversalmente, le miró mientras comía. Fergus estaba húmedo y desarreglado, trotando de un lado al otro entre ellos, luego se sacudió encima de Montrose que tenía el ceño fruncido. Glenna miró a otro lado para esconder su risa. El perro se echó al lado de ella y le dio un trozo de queso.

—¿Le recompensas por su comportamiento? —Montrose rellenó su odre de agua agachado en el borde del río, y sus hombros eran tan anchos, que bloqueaban la vista.

—Le alimento. También él está hambriento. ¿Harás que mate de hambre a los animales?

Él sólo meneó la cabeza y continuó haciendo lo que hacía. Sus claros cabellos colgaban hasta sus hombros y comenzaban a rizarse en las puntas. Ella notó que no llevaba su anillo de sello en su bronceada mano. Ella se había probado el anillo mientras cabalgaba a casa desde la ensenada el día anterior y era grande y pesado. Dos de sus pequeños dedos podrían casi haber cabido en el anillo.

Se incorporó con la facilidad de un león y ella se concentró en su comida y le dio a Fergus más queso, observándole de reojo. Él tomó una manzana de su

bolsa y se sentó sobre una roca cerca de ella, utilizando un pequeño cuchillo para cortar un trozo. Hizo una pausa y se lo entregó.

Miró la comida en su regazo y notó que ella y su perro se habían comido casi la mitad. Él debe estar hambriento también, pensó. Una tibia descarga de vergüenza la sorprendió, así que se concentró en doblar la manta.

—Glenna.

Alzó su mirada con brusquedad. Su nombre en los labios de él sonaba excepcionalmente raro y extranjero. No como las agrias notas de la trompeta o del laúd, sino más bien bajo, y era casi como si sintiese su voz por todo su cuerpo, hasta los dedos de sus pies.

Ante ella estaba la mano extendida de él; su pulgar presionó el cuchillo y acercando el trozo de manzana hacia ella, le dijo. —Tómalo.

Ella lo hizo y luego le entregó la manta con un tranquilo. —Gracias.

—Termínalo tú.

—No. Ya me he saciado. —Ella se inclinó hacia adelante y colocó la manta de comida en sus rodillas. Apoyándose sobre sus codos, se estiró, cruzó sus pies sobre los tobillos, acercó la cuña de manzana a su boca y comenzó a hablar pese a que masticaba. —Coma usted. La verdad, Montrose, es que no necesito que usted se desmaye a medio camino a donde quiera que nos dirigimos. Usted es enorme y no creo que yo pudiera levantarlo. Creo que tan sólo su dura cabeza sería suficiente para romper mi pobre y minúscula espalda. —Hizo una pausa y añadió intencionadamente: —milord.

Él rio a carcajadas vigorosamente por largo rato y el sonido hizo correr algo tibio a través de ella. La diversión cambió su cara, hizo brillar una especie de resplandor dulce en sus ojos azules y se revelaron repentinos hoyuelos en sus fuertes mejillas. Ella se encontró sonriéndole de vuelta.

Montrose era un hombre hermoso. No olvidaba la imagen de él a la orilla del mar, la que fue abrasada en su memoria, sólo para retornar sin invitación y fastidiarla con demasiada frecuencia para su gusto. ¿Y eso había sido ayer, apenas?

Quizá él dominara sus pensamientos por ser algo nuevo y diferente. En los últimos tiempos, su vida había sido rutinaria y sin novedades; había pasado la mayor parte de la última primavera y verano en tierra firme, donde robaban sus provisiones y tuvieron tiempo más que suficiente para comerciar.

Tenía un fuerte perfil, su nariz era larga y noble, y ella notaba, ahora que reía, que su boca era ancha, tenía todos sus dientes immaculados como las conchas blanqueadas por el sol en la playa y perfectamente alineados, no muy

separados como maderos de vallas, ni cruzados uno encima del otro como estacas de leña.

Hubo un tiempo en que ella tuvo que sacar los dientes de Alastair después que éstos supurasen, y el año anterior, Elgin perdió un diente delantero por una fuerte caída sufrida al entrenar un caballo. Sus propios dientes estaban torcidos en la base, demasiado cerca uno del otro y la comida se atascaba a menudo. Ahora se preguntaba si tendría trozos de pan o queso entre ellos y dejó de sonreír.

—Preguntaste quién soy yo para tu padre. Dijiste que tenías preguntas. — Su voz era tranquila, más amable y ella pensó que ambos podían llegar a un nuevo tipo de tregua. Él masticó un bocado de queso que había envuelto en algo de pan.

Su mente voló. Podría necesitar cambiar de táctica. Probar las aguas, por así decirlo. Necesitaba encontrar la manera de ganar su confianza. Cuando el lugar y momento le fueran propicios para huir, estaría mejor servida si le atrapase completamente desprevenido. —Sí. Pregunté porque no le conozco ni se nada de usted. Y aquí estamos, juntos. —Se levantó y se inclinó hacia adelante. —Usted afirma que tiene un deber hacia el rey. —Hizo una pausa—. Me sentiría más cómoda de saber a lo que me enfrento.

Él terminó la manzana y enfundó el cuchillo antes de hablar. —Mi padre luchó con el tuyo, eran amigos cercanos, pero él está muerto. —La mirada en sus ojos se tornó repentinamente distante. —Nuestra familia ha estado unida a la tuya desde hace mucho, por juramento y por lazos de sangre. Mi madre, a través de su propia madrastra, era prima lejana de tu padre, como lo fue mi esposa.

—¿Tu esposa es mi prima?

—Fue. —dijo intencionadamente—. Está muerta. —Sus sencillas palabras no entrañaban pizca de emoción y, casualmente, lanzó a Fergus una miga de pan. Él no la miró, pero parecía estar en otro lugar.

Había más allí que no pudo esconder, aún sin mirarla. ¿Qué hallaría en sus ojos si ella pudiera mirarles ahora? Se preguntó si Montrose y su esposa habían tenido un gran y legendario amor como el de sus propios padres. ¿Acaso su frialdad escondía una profunda pérdida? Ciertamente explicaría por qué él era silente y áspero —hizo una pausa en sus pensamientos— no que a ella le importase nada de aquello. Herido o no, el corazón del hombre —si tuviese uno— no le concernía. —Así que, es justamente por el honor de su familia y sus profundos lazos con la mía, que llegó hasta los mismísimos

confines de la tierra para llevar a casa a la hija perdida del rey. —dijo ella con brusquedad, utilizando sus propias palabras. —Donde quiera que esa casa esté. ¿Dígame dónde está mi hogar, cuando mi padre es un rey que ha estado exiliado durante diecisiete años?

—Hay muchas propiedades reales. —dijo él.

—Y usted, Barón Montrose, ¿posee muchas propiedades?

—El Castillo Rossie, hogar de la baronía, en el Río Esk.

—¿Es allí a donde me lleva?

—No. —Su voz era áspera de nuevo.

Ella esperó, pero él no profundizó. —¿A dónde, entonces? —preguntó finalmente.

—A un lugar seguro. —fue todo lo que el zoquete idiota dijo. Él comenzó a comer el último bocado de queso, y observaba a Fergus, quien lentamente, se escabullía más cerca de él y lejos de ella. Pero ya ella no tenía comida...el muy traidor.

Montrose echó un ojo a Fergus por un momento y luego le lanzó el queso. Él se incorporó. “Ven. Los caballos están descansados y necesitamos estar en Steering antes de que la marea nos retrase un día entero.

Steering. ¡Por amor de Dios! Ella no dijo nada, pero cerró sus ojos y le siguió, confiando en que ya pensaría en algo para salvarse antes de llegar allí.

Cabalgaron por el inicio de un camino rugoso que comenzaba desde las piedras erguidas próximas a Callenish, y en la tarde llegaron cerca del borde exterior de la única aldea costera en los confines sureños de la isla, donde pasaron por algunas granjas que apilaban cortes cuadrados de turba seca dentro de carretillas para los próximos meses de invierno, y donde el aire olía a suelo fresco y fuego ahumado. Glenna sabía que el camino iba hacia el centro de Steering y llegaba directamente hasta el mercado viajero que estaría allí durante la última semana de verano. De ser afortunada, el mercado ya habría empacado y se habría ido hasta el próximo año.

Mientras más se acercaban, más sudorosas se volvían sus manos y crecía su incomodidad. La suerte no le acompañaba. Pudo ver las tiendas coloridas del mercado de verano, y sus brillantes banderines ondeando en el viento marino. El sudor comenzó a gotear en su frente. Sus manos apretaron las riendas y Skye caminó de lado. Miró a su perro. Tenía tanta responsabilidad como ella.

—Fergus. ¡Presta atención! —susurró duramente, con el pánico corriendo a través de ella. Se bajó aún más el sombrero, y orilló su caballo hacia el lado

izquierdo de Montrose, esperando que su tamaño la escudase. Debería haber cortado su cabello y haber cabalgado sin sombrero. Debería haber encontrado la manera de que Montrose rodease la villa. Debería haber, debería haber, debería haber...

Él era un barón, y uno que no iba a pasar desapercibido en una villa en tierra firme, mucho menos dejarían solo a tal hombre noble en una remota aldea isleña. Su presencia demandaba atención, este hombre con bolsa gorda parecerá grande a cualquiera de los vendedores. ¿Escabullirse? ¡Ja! Sería como tratar de esconder el sol.

Estaban a corta distancia de los puestos del mercado. Su corazón se aceleró. Miró en la dirección opuesta y mantuvo a Skye emparejado con el gran caballo negro, y luego, llegó la primera llamada. —¡Milord! —dijo el quincallero—. ¡Linternas y candelabros! ¡Hervidores y cacerolas! ¡Sólo los mejores artículos!

—¡Pasteles frescos, milord!

—¡Lana de Flanders!

—¡Especias, milord! —La voz era familiarmente alta como una verdulera.

Oh no... Glenna cerró los ojos.

—¡Piel y pelos de marta frescos!

Momentos más tarde, un terrorífico aullido hizo a Glenna retorcerse y encorvarse.

—¡Tú! —La esposa del mercader de especias le miraba y gritaba de nuevo, agarrando y sacudiendo el brazo de su esposo—. ¡Es él! ¡Mira! ¡El mocoso ladrón! ¡Allí está! ¡Detenlo! —La mujer se movió del puesto más rápido de lo que Glenna creía posible. Inclinandose más, Glenna hincó sus talones en Skye y despegó. No miró atrás, pero por el rabillo del ojo pudo ver un poquitín del pelambre en la cabeza de Fergus; estaba con ella, justo a su lado.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón! —llegaban incesantes los aullidos.

La maldición de Montrose sonó como un grito de guerra e hizo eco detrás de ella.

Su corazón palpitaba al ritmo de los cascos de Skye. Por encima de su hombro, vio el frente del caballo de él y un momento después, tronaba tras ella, con su cara espantosamente intensa.

Una cacofonía repentina de voces gritaba. —¡Detengan al ladrón! —El mercado era un total caos, mientras un variado contingente de mercaderes la perseguían, blandiendo unos cuantos palos y largos cuchillos, hierros de

marcar y apagavelas, y la esposa del especiero les lideraba, corriendo tras ella y ondeando un hacha. Los aldeanos les siguieron y la multitud creció.

Era una práctica común cortar la mano de un ladrón. Y a los ladrones de caballos se les colgaba del árbol más cercano. Las leyes de la isla eran dictadas por los isleños, sin un lord residente que les supervisara y sin hacer muchas preguntas. Ninguna que ella pudiese responder, al menos.

El frío recorrió la espina de Glenna. Todos la perseguían todavía.

Delante de ella, donde el camino se estrechaba junto a una forja, un arriero luchaba con una pesada carreta de heno y un caballo que rehuía.

Piensa rápido.

Montrose se acercaba.

—¡Quédate a mi lado, Fergus! —Chasqueó sus dedos y él ladró. Ella sonrió—. Buen perro.

La carreta se había detenido, bloqueando la mayor parte del sendero. Ella no aminoró la marcha, y pasó tan veloz que su pierna peinó la carreta.

Al pasar delante del caballo de carga, chasqueó sus dedos y Fergus ladró, espantando al caballo y haciéndole parar en dos patas. Fergus pasó a grandes zancadas a salvo.

Más de las maldiciones de Montrose llenaron el aire al desparramarse la carreta con un fuerte chasquido bloqueando su paso. El heno voló en todas direcciones, y el ruido de repente se convirtió en el que se oía en un campo de batalla.

En el caos, una chispa del fuego de la forja atrapó el heno. El humo formó una nube hacia arriba. Hubo un grito —una advertencia de fuego— y un latido después, todo ardía como hoguera en solsticio.

Delante de ella, estaban los largos muelles y el final del camino. Los hombres en el embarcadero, descargaban cajas de un barco hacia una carreta y otros rodaban barriles de pescado en escabeche desde la plataforma hacia el muelle.

No había manera de continuar cabalgando. Giró a la izquierda de una fila de cabañas de piedra ubicadas desordenadamente, y pasó por la vereda trasera cercana al tonelero, flanqueada por grandes barriles vacíos de cerveza y aceleró el paso a través de una senda de piedra que llevaba hacia las dársenas.

En la distancia tras ella, el ruido y los gritos se debilitaban, así que redujo la velocidad de Skye hasta una caminata y con facilidad volvió sobre sus pasos alrededor de la senda, donde, delante de ella y como respuesta a un

padrenuestro, halló las puertas abiertas de un establo detrás de una taberna cercana a los muelles. Cabalgó hacia adentro y desmontó antes de que su caballo hubiera siquiera parado. Rápidamente, empujó al alazán y a Fergus juntos hacia la cuadra, murmuró las gracias y corrió a cerrar y atrancar las puertas del establo, inclinada contra estas, y su corazón martillando sus oídos.

¿Ahora qué?

El heno volaba por todas partes en una nube de paja voladora, y al asentarse, Lyall vio la carreta y el caballo bloqueando todo el camino. Maldiciendo, no tuvo otra opción, más que tirar las riendas. Más allá de la carreta, pudo ver a Glenna doblada encima de su caballo, mirando por encima de sus hombros y galopando como si los perros del infierno estuviesen tras ella, con su propio perro del infierno, todo patas, pelambre y cola, a su lado.

El colorido grupo de furiosos mercaderes venían en torno a él, gritando masivamente, armas levantadas y una multitud de aldeanos curiosos pisando sus talones. Él sabía que no estaban tras él. Para conservarla a salvo, no tuvo otra opción más que mantenerles lejos de ella. Lyall volteó su caballo, se alzó en los estribos y tomó un puesto, sacando la espada de su vaina. La sintió extrañamente rara y desconocida en su mano.

Una espada era una espada, se dijo e instintivamente le sobrepasó. Dio un grito de batalla: —*¡Por Robertson!*— Se fijó en lo que había dicho y quiso tragarse sus palabras. Esto no era una batalla. Se maldijo por idiota y blandiendo la espada gritó. —*¡Alto! ¡Todos ustedes! ¡Aflojen!*

La multitud se detuvo de inmediato, con los ojos muy abiertos, murmurando. Unos cuantos mercaderes en la retaguardia, echaron una mirada a su espada, se volvieron y corrieron. Un mercader en el frente, el quincallero, miró inquieto, antes de abrir desmesuradamente los ojos, dejó caer su hierro de marcar y frenéticamente comenzó a señalar. —*¡Milord!*

Alguien gritó. —*¡Fuego!*

—*¡Detrás de usted!*

Hubo un fuerte zumbido. Una ráfaga de calor le golpeó la espalda y su caballo se encabritó. De repente se encontró cayendo en el aire —aire extremadamente caliente— y brillantes llamas fulguraban a su alrededor. El fuerte y repentino olor a humo llenó su nariz y sus pulmones, y golpeó con fuerza la tierra al aterrizar boca arriba. Su cabeza disparó punzadas de filoso

dolor. El impacto sacó el aire de su pecho. Las palabras no llegaron; fueron atascadas en su garganta. No podía hablar ni moverse, sólo mirar hacia arriba rendido, congelado en el suelo, viendo el mundo girar en imágenes tan nubladas como si hubiese bebido demasiado vino.

El tiempo se movía demasiado despacio y los bordes de su vista se tornaron blancos y comenzaron a desvanecerse. No podía respirar y el dolor serpenteaba en olas por todo su cuerpo. La espada en su mano pesaba y estaba tibia, y el metal se ponía más y más caliente. Quemaba su mano. ¿Por qué sólo podía quedarse allí?

La ceniza quemada se arremolinaba en su campo de visión. Parpadeó. El fuego rojo y las llamas lamían todo a su alrededor. Como antes. Demasiado como antes...el aire ardía sofocante y abrasador. Casi como si alguien le cocinase vivo.

¡No! ¡No! gritaba su mente. Estaba regresando a su propio infierno. Algo quemó sus ojos y casi gritó, tratando de tomar aire y sintió sus pulmones, finalmente llenos, pero el aire se atragantó con humo. —Malcolm. —murmuró como si el rostro de su hermano nadase ante él. La oscuridad descendió y no vio ni escuchó nada más.

Capítulo Cuatro

Quince años atrás

Lyall tenía apenas diez años aquel día cuando deseó escapar de los oscuros humores de su hogar y se durmió en los profundos bosques, contra el grueso y nervudo tronco y expandidas raíces de un antiguo árbol rivereño. Entre aquellas raíces se hallaba su caña de pescar y cerca de un afloramiento de rocas planas donde una estrecha, clara y veloz sección de corriente del Río Tay, cortaba el denso bosque hacia el sur del Castillo Dunkelden.

Encima de él, a través de soplidos en la corona de oscuras hojas de encaje del árbol de tejo, el sol calentaba, brillaba y moteaba la tierra como la piel de la más dulce trucha. Él abrió sus ojos y bostezó. Su perro lobo Atholl yacía a su lado, roncando con el hocico en su regazo.

Antes de que Lyall pudiera moverse, una abeja zumbó cerca de su nariz, así que se quedó muy quieto. La abeja se posó en su mano que descansaba en sus costillas y Lyall retuvo su aliento. Alguien le había advertido que, si se quedaba quieto, una abeja nunca le agujonearía, en lugar de eso, se daría cuenta de que no estaba hecho de dulces pétalos y se iría.

La abeja se sentó tan quieta como él, con las alas abajo y la cola arriba, se dejó caer y le agujoneó. Él aulló y saltó, bailando y sacudiendo su mano con el agujón en su piel. Atholl se levantó y le retaba como si hubiese hecho algo malo. Sacó el agujón de su piel y metió su mano en la fría agua del río. —Quédate quieto. —murmuró—. Y una abeja no te agujoneará.

Cuando su mano paró de arder, la sacó del río. Atholl se sentó esperando, mirándole con sus familiares y confiables ojos marrones, mientras su gruesa cola comenzaba a golpear el húmedo suelo. Lyall se incorporó y reunió sus cosas. —Ven tú, perro inútil. —dijo con cariño, sobando las orejas de su mascota antes de doblarse, recoger un saco lleno de recién capturadas truchas y amarrarlo a su cinturón. —Vamos tarde.

Mirando hacia arriba, estudió el movimiento del sol a través de una cuña de cielo azul, que le dijo que habían estado lejos de casa por demasiado tiempo. —Madre estará preocupada. Ven, o de otro modo enviará a Malcolm a espolearme a casa con una sola de sus botas, y él estaba de pésimo humor esta mañana. Si tiene que perder su tiempo en mi búsqueda, estará furioso y violento y se rehusará a jugar damas conmigo.

Atholl se sentó a los pies de Lyall con la cabeza ladeada y escuchó. — Sabes cómo la ira de Malcolm se inflama y luego es tan imposible vivir con él, como lo es vivir con el inglés. —Rio a carcajadas, porque bromeaba, preparando sus agudas palabras para la charla nocturna con su hermano mayor. La verdad era que adoraba a Malcolm, quien cumpliría diez y tres y no era mucho mayor que él. En menos de dos semanas, Malcolm debía dejar Perthshire y Dunkelden por Angus, hasta Castillo Rossie, donde sería acogido. El acuerdo había sido demarcado y sellado antes de que su padre fuese asesinado —razón por la cual su hogar era tan incómodo y su madre les daba tantas vueltas, acercándose demasiado a ellos, y a veces parecía estar en un lugar muy, muy lejos del resto del mundo. Sin su padre, Madre no era la misma mujer y añadido a su inquietud, estaba el hecho de que pronto su primogénito se iría.

Después de que el cuerpo de su padre fue traído a casa y enterrado en la pequeña y encalada capilla cerca de Dunkelden, Malcolm vagó por el castillo entero con sus manos en puños porque no quería irse y peleó contra todo aquel que escuchaba y aún contra aquellos que no lo hacían. Igual, perdió su frenética campaña; todos le dijeron a Malcolm que debía hacer lo que su padre quería: ser acogido por Ramsey. A su hermano se le recordó repetidamente el honor y el respeto por cumplir los deseos de su padre. Ahora que Ewan Robertson, el gran guerrero y amigo del rey había muerto, el acuerdo que había hecho para Malcolm era aún más importante.

Esa misma noche de la muerte de su padre y bajo la luz de la luna llena, Malcolm arrastró a Lyall al parapeto de la torre, pinchó su mano con un cuchillo y le hizo el juramento de sangre de que protegería a su madre y hermana en su ausencia.

Lyall comprendió que su hermano se iría muy pronto. Su corazón se volvió más pesado y aminoró sus pasos, pensando en los deseos de su padre. Él, el menor, no sabía lo que su padre había querido para él, más que convertirse en un hombre de honor. No le gustaba pensar en su padre, quien siempre le había hablado como si no fuera demasiado joven para entender, y quien, en repetidas veces, descansó sus fuertes manos cómodamente en los hombros de Lyall mientras le hablaba y le contaba acerca del mundo en que vivían y del tipo de hombres que en él habitaban.

Aquellos momentos en los que olvidaba su determinación y pensaba demasiado en su padre, su aflicción regresaba dura y fuerte. No se avergonzaba y lloraba de nuevo como lo había hecho cuando enterraron el

cuerpo de su padre, en las profundas entrañas de la capilla familiar. Algún día, él también sería un gran caballero; sería como los hombres de los que hablaba su padre, el orgullo y el bien, y los caballeros no lloraban. Yendo más rápido a través de los bosques, pisoteaba el suave mantillo de hojas bajo sus pesadas botas con Atholl jadeando fielmente a su lado.

Una vez que Malcolm fuese acogido en Rossie, todo cambiaría. No sabía qué haría cuando dejara Dunkelden con la pulga de su hermana, quien le perseguía cual sombra por casi todos lados y le alejaba cada día con su molestia, y con su madre, quien le mimaba y le cuidaba como un bebé y quería saber todos sus movimientos.

Pateó una piedra. ¿Cómo practicaría con su arco? ¿Quién sabe cuándo podría irse de pesca otra vez? Ahora podía espiar una trucha y ensartarla con un simple tiro de su flecha. Sus habilidades desarrolladas con dificultad crecerían con lentitud, al quedar atascado a los lados y a las sombras de sus mujeres.

Pronto estaba corriendo. Atholl le pisaba los talones mientras jugaba a la guerra y giraba y brincaba en su camino a casa a través de gradas de alerces y pinos, corriendo más rápido y esquivándoles como si cada uno fuesen enemigos que venían hacia él con lanzas y espadas, escudos y mazos. Sus pies eran rápidos, él lo sabía, pero no tan rápidos como los de su hermano. Se juró a sí mismo que practicaría su juego de pies. Cuando Malcolm regresara para las fiestas de Yule, Lyall juró que sería el más veloz.

Con su mano libre extendida, se movía con mayor rapidez hacia un infame y antiguo árbol de tejo y con sus dedos rasguñaba la ancestral madera a su paso. Algunos decían que el viejo árbol de grandes y desgarradas raíces había sido plantado por los druidas para marcar un pozo sagrado. Él no conocía nada acerca de pozos sagrados, pero sabía, tan cierto como que el sol salía cada mañana, que, si pasaba por el tejo y tocaba su tronco, atraparía tantos peces como necesitara, lo que siempre complacía a su madre. Y servía para irritar a su hermano mayor, quien no podía atrapar ningún pez. Su hermano podía estar desde el amanecer hasta el anochecer en el arroyo o en el lago y regresaría sin nada. Malcolm aceptó su inhabilidad, aunque eso le frustraba, especialmente, cuando los peces parecían aterrizar en las manos de Lyall. Malcolm juró que, si un arroyo pleno de salmones saltarines nadase en dirección a él, igual terminaría con las manos vacías.

Su hermana Mairi decía que la mejor forma de lograr que Malcolm atrapase un pez era que alguien le lanzase uno a él.

Lyall se dio unas palmadas orgulloso por su trabajo del día —un saco lleno de gordas y moteadas truchas de río— pero se paralizó cuando escuchó el repentino crujir de una rama tras de él. Atholl ladró. Sus nervios de pronto se abrieron, y el latido de su corazón se escuchaba fuerte en sus oídos.

—¡Ah! —Escuchó un inquieto grito. Y una voz familiar.

Se volvió lento y furioso, plantó las manos en sus caderas y miró hacia arriba.

Los pies de su hermana y las rollizas piernas pendían de un gran árbol de tejo encima de él.

—¡Mairi! —Le gritó. Ella estaba sentada en una rama alta, y él no podía verle la cara—. ¿Cuándo dejarás de seguirme? Ven, Atholl. —Y se marchó.

—¡Lyall! ¡Espera! —Se meció hacia abajo, agarrándose de las ramas, mientras se colgaba del árbol—. ¡Detente! ¡Por favor!

Él escuchó el pánico en su voz.

—¡Détente, Lyall!

¿Acaso lloraba? Preocupado, regresó hacia ella. —¿Qué pasa?

Su rostro estaba pálido y realmente sentía pánico. La alcanzó y la bajó del árbol.

—Malcolm me dijo que me escondiese aquí. Que te esperase.

Se aferró a él, agarrando su túnica con los puños apretados y enterrando la cara en su pecho. —Oh, Lyall. Están atacando Dunkelden.

—¿Qué?

—¡Mira, allá! —Señaló al aire, donde por encima de los altos árboles, una nube oscura de humo se hinchaba en el cielo azul.

—¿Quién?

—No lo sé, pero dicen que papá era un traidor y esos hombres colgaron la bandera del traidor en las puertas. Dijeron que él sufrió la muerte del traidor y que había traicionado al rey.

—Nuestro padre no era un traidor. —dijo con fiereza. —¿Dónde está Malcolm? ¿Y Madre?

—Malcolm me sacó por las cuevas traseras y me hizo jurar que te esperaría aquí en el árbol. Regresó por mamá. Pero, Lyall, eso fue hace mucho, mucho tiempo. —Comenzó a gemir.

—Está bien, Mairi. Ya no llores. Tenemos que ser valientes.

—Tengo miedo.

—Ven. —dijo con facilidad, pero sintiéndose tan aterrado como ella. Sabía que su padre se avergonzaría si su hijo menor mostraba miedo ante su

hermana, a quien él recién había jurado proteger y no asustar tontamente. Tomó una respiración profunda—. Mantente cerca. Estoy aquí para protegerte. Por eso Malcolm te envió aquí para que me esperases. —Tomó su mano y se movió más sigilosamente entre los bosques, con el perro a su lado. Quería correr. Quería ver qué estaba sucediendo, quería tratar de ayudar a su hermano, pero el sentido común le dijo que protegiese a su hermana y que se moviese con cautela. Echando un vistazo hacia ella, le dio cierta tranquilidad el ver que había dejado de llorar.

Dunkelden era de construcción normanda, edificado sobre un montículo de tierra amurallada; la muralla exterior funcionaba como el corazón del castillo de madera. Como protección, un foso de agua y una cortina de madera puntiaguda como empalizada, circundaban su elevado montículo; los profundos bosques de Dunkelden rodeaban la mitad de la parte posterior y le situaban a cierta distancia del este y del sur. Las dos cuevas traseras habían sido excavadas por órdenes de su padre y guiaban hacia el este con el plan de escape por el que uno recorrería las pocas yardas de campo abierto hacia una buena cubierta dentro del denso bosque, que era como Malcolm había escapado con su hermana.

Su padre les había hecho practicar la ruta repetidas veces. Una vez, cuando Malcolm preguntó por qué necesitaban cuevas de escape si todos estaban bajo la protección del rey, su padre le respondió que no debían tomar promesa de protección o fidelidad por garantizada. Dijo que confiar era un regalo que podían dar, y uno que podrían no recibir a cambio, y que, sólo un tonto, un tonto muerto, creería lo contrario. —Presten atención: deben prepararse para salvar sus propios cuellos, hijos míos, y no depender de alguien más que los salve por ustedes.

Aquellas palabras adquirirían aún mayor significado ahora que su padre se había ido. ¿Por qué y quién haría esto? ¿Quién acusaría falsamente a su padre —un gran y leal amigo del rey— de traicionar a un hombre al que había amado como a un hermano? Lyall se movió más hacia adelante, y su corazón palpitaba en su pecho y el sudor goteaba en su ceño, intensamente consciente de que Malcolm no había retornado con su madre todavía. No era una buena señal.

Aunque aún se hallaban a cierta distancia, al acercarse a los linderos del bosque se detenía cada pocos pasos para escuchar con atención. Pero no escuchaba el caos que esperaba, y sólo una vez oyó un distante tronar de caballos. Se volvió hacia su hermana. —Quédate aquí. Siéntate. Atholl se quedará contigo. Regresaré. No me sigas. No te muevas. Quédate aquí. Debes

jurármelo. —Se arrodilló frente a ella y tomó sus manitas entre las suyas—. No tengas miedo. Regresaré. No me sigas. No te muevas. Quédate aquí. Debes jurármelo. —Desató el saco de pescado y lo dejó caer en la tierra.

—Lo juro por mis ojos. —dijo con solemnidad, y él no supo entonces la ironía de sus palabras.

—Atholl. Quédate. —ordenó. Su perro se sentó cerca de Mairi, y él se fue sin mirar atrás, gateando a través de un matorral de bayas con su arco atrapando las ramas, pero tenía miedo de permanecer por mucho tiempo en el campo abierto, estando tan cerca del castillo. Cuidadosamente, enfiló hacia otra arboleda, y se orilló hacia el borde del bosque, moviéndose de tronco en tronco, utilizándoles como escudo.

Bajó hasta un pequeño saliente y montó encima de un afloramiento de piedras desde donde podía, finalmente, observar la escena. En horrorosa quietud, se hundió en un árbol, mirando algo que nunca pudo imaginar, antes de que sus rodillas cedieran y aterrizase en la tierra, sobre sus manos y rodillas. Su respiración se hizo tan rápida, que jadeaba. Gateó hasta el borde de un saliente rocoso y observó hacia abajo la increíble escena.

Todo estaba en llamas. Las torres de vigilancia habían desaparecido. El puente levadizo que atravesaba el foso, estaba abajo, abandonado. No había guardias, ninguno de los hombres de su padre, aunque, desde su muerte, muchos habían regresado con sus propias familias por deseos de su madre.

Las llamas fulguraban en la alta empalizada, construida de grandes y densos leños de cerca de cuatro veces la altura de un hombre. Los leños habían sido tallados en puntas filosas que permanecían como primera defensa al pasar el foso y rodeaban enteramente el montículo, para proteger los edificios interiores. El techo y el parapeto superior del alto salón de madera, estaban ardiendo. Y las estructuras que no habían sido quemadas cercanas a la tierra dentro de la muralla, enrojecían el aire en mortales y brillantes llamas, enviando grandes nubes de humo negro al cielo. Miró algunos sirvientes que abandonaban el castillo y corrían hacia la vereda, con sus brazos llenos de gallinas, gansos u otros víveres.

En el ala oeste del salón, su hermano corría hacia las escaleras exteriores del edificio en llamas, halando a su madre, ataviada en su familiar capa roja con capucha que flotaba tras de sí mientras corrían. Llegaron al rellano del tercer piso, y Lyall vio con horror cómo la capa atrapaba el fuego y las llamas se avivaban detrás de ella y aumentaban gradualmente en sus ropas. Él gritó, pero ellos no pudieron escucharle.

Sin pensarlo, dio un brinco y saltó hacia abajo, a la suave tierra bajo las rocas, haciendo una pausa sólo para equilibrarse, luego corrió como si el diablo estuviese tras él, hacia el borde del bosque, directamente en frente de la cueva del castillo. Miró con rapidez y salió despedido hacia el claro y cayó en el foso, donde se golpeó con fuerza y rodó, enredando su brazo con el arco y el carcaj clavado en su espalda. El hedor de la brea y el aceite utilizados para incendiar la pared de madera, estaba a su alrededor. Trepó por un lado, arañando tierra, rocas y lodo con sus manos, la ceniza se arremolinaba en derredor y el humo escocía sus ojos.

Una vez dentro de la oscura cueva, aminoró la velocidad; su respiración llegaba jadeante y su pecho apretaba por la dura brea. Estaba oscuro y oscurecía aún más a cada paso, hasta que casi no llegaba la luz proveniente de la pequeña entrada, ahora lejos de él. El aire humeaba y sus ojos lloraban. Alcanzó la escala de madera de memoria y por el tacto, y aunque entonces, debido a la constante insistencia de su padre de que practicasen el escape cada dos semanas, por lo que él y Malcolm se habían molestado —tan tedioso les resultaba—, ahora probaba haber valido la pena más allá de cualquier pensamiento razonable.

Los peldaños de la escala terminaban en la puerta de una trampilla de madera; él se detuvo y escuchó con atención; luego la empujó, abriendo con un crujido y exploró las puertas de la bodega trasera de la sala de cerveza, la edificación más cercana al salón principal. Rápidamente saltó afuera y cerró la trampilla, gateó hasta la pared y se movió sigilosamente hasta la puerta abovedada, que permanecía abierta con el humo arremolinándose en el interior, y las llamas comenzaron a quemar peligrosamente las altas vigas encima de su cabeza. Esperaba haberse encontrado ya con Malcolm y con su madre, abriéndose camino hacia las cuevas.

¿Dónde estaban? Él sobresalió de la puerta, hacia las sombras de la pared sur del salón, acercándose al rincón donde terminaban las escaleras exteriores. Escuchó un gemido lastimero. No venía desde la vuelta de esquina, sino desde los establos en llamas.

Dentro era un infierno, las cuadras todas abiertas y vacías, las provisiones habían desaparecido y las llamas lamían las paredes. Su madre yacía extendida encima, la manga azul de la túnica de su hermano se veía debajo de ella y la capucha de su capa cubría a medias su cabeza. La otra mitad de la capucha y algo de la capa, habían sido consumidas por las llamas; ella lloraba históricamente.

—¡Madre! ¿Malcolm?

Ella miró hacia arriba, su hermosa madre. La mitad de su rostro estaba rojo y ampollado, sus ojos lagrimosos, rojos e hinchados. —¡Lyall!

—¿Quién hizo esto?

—Ya se han ido. Los cobardes amenazaron a todos en el castillo, luego encendieron fuego y se marcharon. Ven. ¡Rápido! Ayúdame. Ayuda a tu hermano. —Ella extendió su brazo ciegamente hacia él—. No puedo ver con claridad. Mi piel arde y hay cenizas en mis ojos. Malcolm yace aquí y no habla. Ayúdame a levantarlo. —Sus manos estaban en el pecho de su hermano — Quería ayudarme y pensó que sería más rápido cabalgar conmigo para buscar ayuda para mis heridas. Trató de montar el caballo de tu padre, pero éste le tumbó.

El caballo no se veía por ningún lado.

—No ha hablado ni ha despertado desde que cayó. Por favor, hijo, ayúdame. No me atrevo a dejarle. —Su voz se contrajo y lloró de nuevo—. Lyall. No puedo escuchar su respiración.

Lyall observó a Malcolm y tomó una larga y temblorosa respiración. Podía apostar por el ángulo del cuello de su hermano, que había muerto. Alrededor de su cuello roto, pero en el oscuro fango del establo, yacía la preciosa cruz dorada que Malcolm siempre traía, regalo de su padre, quien, a su vez, la había recibido de su padre, pasando de primogénito a primogénito por generaciones.

—Ven, Madre. —dijo con gentileza asiendo sus hombros—. ¿Dónde están todos? ¿Los guardias? ¿Los sirvientes?

—Todos se marcharon. Corrieron por sus vidas después de quedar claras las intenciones de esos hombres. Algunos pretendieron quedarse, pero les dije que se fueran, o también ellos serían llamados traidores. No dudaban en levantarse en contra de ellos. Vinieron en el nombre del rey. Lyall... tu padre ha sido acusado de traicionar a la corona, y ellos colgaron la bandera del traidor en la puerta, y luego con antorchas y aceite, lo quemaron todo. Pero no es posible, lo que ellos dijeron. —Sacudió su cabeza. —No es posible. Ewan jamás traicionaría la confianza del rey.

El fuego se encolerizó alrededor de ellos y una celosía ardiente cayó con fuerza en el piso detrás de ella, las chispas volaron hacia arriba y sobre ellos. Su madre se quedó sin aliento y se encogió de miedo, acobardándose en el suelo del establo. Cenizas calientes sacudieron el aire y se escupieron dolorosamente en sus ojos. Él gimió y los limpió parpadeando. Sabía que tenía

que sacarla del edificio antes de que todas las vigas se viniesen abajo. —Ven. Debemos salir de aquí.

—No sin Malcolm. Por favor, llévalo a él primero.

—Nadie puede salvarle. No ahora.

El lamento que llegó de su madre fue el peor sonido que había escuchado jamás.

—Madre, mamá... Por favor. Ven. Debemos salir de aquí. —dijo quietamente, y se las arregló para llevar su silueta llorosa afuera y llegar hasta el pozo del castillo, donde posó las manos de ella encima de las rocas—. Este es el pozo. Quédate aquí. Regresaré por Malcolm.

Ella se aferró a su mano, aún llorando. —¿Quién es este Dios? ¿Este Dios que toma todo lo que amo?

Oh Padre, ¿por qué me has abandonado? Las palabras hacían eco en su cabeza y no pudo responderle, así que apartó su mano. ¿Cuál Dios? Pensó enojado. Dejó caer su arco y su carcaj al suelo.

Dos profundas respiraciones y regresó corriendo adentro, con los brazos en alto y luchando contra cenizas y madera ardiente que venían hacia él. El viento caliente del fuego aullaba a su alrededor, y sus ojos escocían y lagrimaban. Tomó el brazo de su hermano y le arrastró afuera del establo justo antes de que éste colapsara.

Afuera, Lyall cayó de espaldas al suelo, ahogado y tosiendo. Sus ojos se sentían ásperos y su respiración era superficial e irregular. Malcolm yacía muerto donde él le había arrastrado, apenas a un pie de distancia. El fuego crujía y escupía a su alrededor y escuchó otro edificio estrellarse al colapsar. No obstante, lo peor era el sonido del llanto lastimero de su madre.

Alrededor de él, su mundo entero se derretía entre las llamas. Se paró y guio a su madre hacia el bosque, y aún más lejos. Llevó a Mairi y a su madre hacia el arroyo, donde se sirvió del agua fría para calmar sus quemadas. Les dijo que regresaría, arrancando la promesa de Mairi para que no se moviesen, y les aseguró que estarían a salvo con Atholl sentado entre ellas. Luego se marchó.

Al pasar por el viejo árbol de tejo, no volvió a tocar el tronco. La habilidad de creer en cualquier cosa, especialmente cosas tontas como la suerte, los deseos y lugares sagrados, le había abandonado.

Lyall caminó de regreso a Dunkelden sin pensar que debía tener cuidado, fuera de la protección de los bosques y en el campo abierto. Caminó hacia la entrada principal y encima del puente, pero hizo una pausa cuando sus ojos

percibieron un fragmento enlodado de amarillo que yacía en el foso. Saltó hacia abajo y lo recogió —la bandera del traidor, un estandarte amarillo con una ‘S’ de la serpiente del Jardín del Edén pintada encima del emblema de su padre. Escaló de regreso al puente con la bandera en su puño y hacia las calcinadas puertas exteriores y las cenizas de la caseta del centinela.

Nada permanecía frente a él, más que ruinas ennegrecidas, edificios colapsados y llameante fuego, restos incinerados de gallinas y liebres enjauladas que no habían sido llevadas por los sirvientes. Los pisos superiores del salón, no eran más que una gran madeja de madera que aún ardía.

Nadie más había en aquel lugar, excepto él. Ni gallina, vaca, cordero o paloma en el redil de su madre, aún las ratas que a menudo se quedaban en la cueva, habían huido. El suyo era el único corazón que latía en medio de lo que un día les había pertenecido.

También se habían marchado los hombres que habían hecho esto. Los sirvientes, los animales... al menos los que no habían sido abrasados o estaban muertos. Dejó caer la bandera de sus entumecidos dedos... el muchacho más solitario en el mundo, parado en lo que se sentía como el infierno, con todo lo que había conocido como seguro, ahora destruido y calcinado a su alrededor.

Tenía dos opciones: derretirse bajo el peso de todo aquello, caerse en redondo y llorar tontamente como un niño pequeño —con sus piernas trémulas y su sangre desbocada, esto habría sido lo más fácil— o elegir el camino que sabía que su padre y hermano habrían escogido. Su edad era sólo una suma de números que no tenía nada que ver con nada. Sus elecciones y acciones eran todo lo que importaban. Cuando se enfrentó con la opción de la cobardía —correr solamente, correr muy lejos, hacia cualquier lugar, tan rápido como sus piernas pudieran llevarle— se percató de que no podía; su verdadero corazón no podía ir allí. Su padre no era un traidor, y juró que lo probaría, y que la vida de su hermano había sido terminada inútilmente. Malcolm sería vengado. Alguien había mentido. Y esas mentiras habían puesto todo esto en marcha.

Momentos después, arrastró el cuerpo renqueante y roto de su hermano hacia las escaldadas ruinas de la capilla y buscó en la muralla hasta que encontró una pala en las brasas de un cobertizo cerca de los establos. El asa estaba caliente y utilizó su túnica para levantarla y la lanzó luego en un cercano abrevadero donde chisporroteó chamuscada, al tocar el agua como si acabase de ser fundida por la forja. Pronto estaba de regreso, parado en medio de negras cenizas y menguante humo, al lado del cuerpo sin vida de Malcolm y

la plana piedra tallada que formaba la cripta de su padre. Lyall enjugó sus ojos y comenzó a cavar.

Pasó largo tiempo antes de colocar la última roca en el montón de piedras donde Malcolm yacía. Exhausto, cayó de rodillas al lado de las tumbas, la cruz dorada de su hermano se hallaba en sus manos, su rostro hacia el cielo, sus brazos extendidos y su cabeza hacia atrás, y juró por el nombre de su hermano y por el de su padre, que enmendaría el daño hecho este día a la casa Robertson.

Levantó su arco y sus flechas y se marchó; nunca miró atrás, pero caminaba con lentitud, deliberadamente. La carga en su corazón se le hacía muy pesada. La carga en su alma y en su memoria, le afectaba en cada pulgada de su sangre y huesos con profundidad, hasta su misma carne, y pensó entonces que comprendía al hombre que cargó su propia cruz hasta el Gólgota.

Cuando se unió a su madre y a su hermana en los bosques, su hermana estaba sentada en un árbol, como él lo había estado más temprano aquel día, su cabeza se balanceaba hacia adelante; se veía agotada. Supo que estaba aterrorizada. Hoy había visto demasiado de la vida. Levantó el saco de pescado, atándole a su cinturón mientras estudiaba a su madre. Sus ropas estaban chamuscadas, su rostro rojo e hinchado, una mejilla arrugada por el fuego y su piel ennegrecida; no podía ver por uno de sus ojos, y una mano asía la tela húmeda que él había rasgado de su capa. Se sentó sobre una piedra cerca del agua fría del arroyo tan serena como si no tuviese cicatrices, ni estuviese medio ciega, ni de duelo. Su falta de emoción decía cuán realmente quebrada estaba.

Su necesidad de venganza le sobrepasó en olas casi incontrolables. Su cuerpo se sentía grueso de ira, que corría caliente a través de su sangre, avivando la necesidad en él de asesinar a los hombres que habían hecho esto. Mantener su control y su cordura no era fácil, pero precisaba ser capaz de mirar a su madre y hermana, quienes necesitaban de él, y no el rojo calor de la vendetta.

Se arrodilló al lado de su hermana. —Mairi, ven. Súbete a mi espalda. Yo te cargaré. —Movió su pequeño y agotado cuerpo, el arco y el carcaj y se puso de pie con ella a sus espaldas. La seda de su magnífico cabello cepilló su rostro, al posar su durmiente cabeza en su hombro. Su respiración superficial estremecía su pecho y sus lágrimas silentes goteaban en su llagado cuello escocido por el fuego.

Aquello casi lo quebró; su propia garganta le ahogó repentinamente con la urgencia de llorar, pero él comprendía claramente su deber y se volvió, parándose frente a su madre.

Ella trató de alcanzarle con su mano, pero sólo tocó el delgado aire; su ojo bueno tenía lágrimas y el otro, únicamente una mirada vacía en la arrugada piel quemada a un lado de lo que una vez había sido un hermoso rostro que quitaba el aliento. —¿Lyll?

—Estoy aquí. —dijo.

Se volvió para mirarle con su ojo bueno. —¿Dónde está Mairi?

—Está dormida. La tengo aquí, en mi espalda. ¿Ves? —se volvió—. Toma mi mano. Es hora de irnos. La ayudó a ponerse en pie y juntos marcharon muy, muy lentamente.

Capítulo Cinco

Glenna abrió la envejecida puerta del establo, apenas lo suficiente para atisbar la estrecha vereda trasera, que estaba vacía. El olor a humo y el sonido de distantes voces, llegaban hasta ella. Antes de cerrar la puerta, apareció el negro repentinamente, trotando por la vereda a la vuelta de la esquina.

¿Montrose?

Oh Dios... Se movió con rapidez, abriendo la puerta del establo y corriendo por la sombría vereda hacia el caballo que estaba asustado y parecía que saldría huyendo, de haber habido cualquier señal de campo abierto.

Susurrando y hablando con suavidad, se le acercó observando el aleteo de sus orejas y sus ojos apuntando a los de ella, y tomó las riendas con facilidad. —Ven, mi muchachito. —le dijo—. Ven... —A mitad de camino, guio al caballo hacia el establo. Montrose estaba en problemas. De ir hacia él, la multitud le reconocería y le atraparían.

Sus pensamientos se aceleraron para urdir algún plan, y un momento después, se sacó el sombrero, desató su cabello y caminó con determinación hacia la cuadra y hacia Skye. Dentro de su bolsa estaba el atadizo que Alastair le había dado, y lo tocó antes de sacar el vestido robado, el único que había poseído. Tenía una sola oportunidad. Seguramente, la esposa del especiero sería la única persona en reconocerlo. Ella lo había hurtado hacía tres largos veranos. Cambió sus botas de campesina por un rojo par de zapatos de costosa piel de cordero labrada y curtida con destreza, que sólo podía estar al alcance de una mujer noble. Los había robado cerca de Invergowrie y sabía que sobresaldrían de los dentados bordes del traje, como prueba de lo que estaba a punto de reclamar. Pero eran demasiado grandes, y se deslizaban al caminar. Pasó los dedos por su larga cabellera completamente ondulada después de tan apretadas trenzas, y sintió gran alivio en su cráneo antes tensado por su cabello. Respiró profundamente y echó un vistazo puertas afuera.

No se atrevía a abandonarlo, pues le necesitaba para salir de la isla y así, escapar sin problemas. No era seguro para una mujer ni para una muchacha viajar sola y cruzar el estrecho canal en la barcaza. Tanto El como Al, le habían hecho jurar que jamás trataría de hacerlo.

Así que se dijo a sí misma que necesitaba de Montrose por su propia seguridad.

Minutos después, su negro cabello fluía encima de sus hombros y espalda, tenía el anillo de sello en un puño y su rodilla elevada, cerca del borrén delantero y cabalgó precariamente en la espalda del negro por la vereda, rogando tener el equilibrio y el valor mientras se dirigía al camino principal, esperando que pudiese salir adelante con su disfraz.

Lo que vio delante de ella, hizo poco por aliviar sus nervios. Una multitud se cernía a los lados de Montrose, quien se hallaba extendido e inmóvil en el piso y, a juzgar por el rastro de tierra, le habían arrastrado a un lado de la carretera. Un grupo de hombres se pasaban cubetas de agua salada para apagar las llamas que abrasaban el heno y la carreta. El humo estaba en todas partes, y ella lo sintió ardiendo en su pecho.

—¡Aléjense de él! —Ordenó Glenna y espantando el humo con la mano, cabalgó directo al centro de la multitud. La muchedumbre se separó ligeramente. Montrose estaba casi irreconocible. Su piel no estaba quemada ni chamuscada —Glenna había visto, desafortunadamente, un hombre incendiado una vez y había sido terriblemente inolvidable— sin embargo, su rostro estaba completamente negro por las cenizas y el humo, y sus ropas chamuscadas o abrasadas donde esquivas de cenizas y trozos de heno ardiente las cubrían. Aún su dorado cabello era gris. Había una costra de profundo rojo azulado en la piel de su palma que provenía de la forma de crucifijo de la empuñadura de su espada que yacía abatida al lado de su mano sin fuerza. Estaba tan quieto, que su corazón se detuvo.

Entonces, gimió con intensidad, lo que le dio a ella gran esperanza, y liberó el aliento que no sabía que había estado reteniendo.

—¡Ese es mi vestido! ¡Lo cosí yo misma! ¡Mírenla! ¡Lleva puesto mi vestido!

Glenna se volvió y cabalgó directamente hacia la esposa del especiero, a una mera extensión de mano de distancia de la terca mujer, alzó su mentón para poder mirarla hacia abajo y ondeando su brazo dijo: —¿Qué es esto? Te preocupa un mísero trozo de tela y no la vida de milord, el Barón Montrose. —Hizo una significativa pausa antes de añadir—. No saben que todos ustedes en Steering han herido gravemente al emisario del Mismísimo Rey.

La mujer se apartó y estrechó sus ojos con incredulidad, silenciosa, pero mirando intencionadamente el vestido de Glenna y luego su rostro. Abrió su boca para hablar, pero el esposo la empujó hacia atrás sin mucha gentileza,

hablando duramente a su oído. El que Glenna hubiese implicado que toda la villa era responsable de la condición de Montrose, era amenaza suficiente.

Se volvió y recorrió la poca distancia que le separaba de Montrose, la muchedumbre se apartaba del negro mientras ella le guiaba hacia adelante; se detuvo y desmontó. Montrose yacía quieto como piedra. Se arrodilló buscando algún signo de movimiento en su pecho, alguna señal de respiración, pero no vio ninguna. —¿Milord?

Nada. El pánico se apoderó de ella. Se inclinó encima de él, su cabello les escudaba acumulándose en su pecho cubierto de cenizas. —¿Montrose! —susurró ásperamente en el borde de su negra oreja—. ¿Puede escucharme? ¡Montrose!

Él gimió de nuevo y sus palabras se perdieron y sonaron profundas y rasposas como el gruñido de un lobo. Ella se relajó de alguna manera. El hombre no estaba muerto. El sonido le hizo preguntarse si su garganta se había quemado y si estaría gravemente herido. Su pecho apretaba y tocando su mandíbula, susurró. —Lo siento.

Se volvió hacia los hombres que se mantenían alrededor de ellos. —Ayúdenle. Por favor.

Le miraron perplejos, parados allí, tan inútiles como orejas sobre piedras.

—Soy Lady Montrose. —mintió fácilmente y sacó su anillo de sello como prueba—. Deben ayudar a mi señor esposo.

De repente, los hombres comenzaron a moverse con rapidez diciendo serviciales palabras bondadosas. El herrero y su muchacho se apuraron en traer una larga puerta de madera y cuatro de los hombres levantaron al barón sobre ésta.

—¿A dónde podemos llevarle? —Preguntó mirando arriba y abajo de la abarrotada carretera de la villa—. ¿Hay alguna sanadora? Debe haber alguien que pueda ayudarme.

—¡Tú, muchacho! —dijo el herrero a su joven aprendiz con un gentil golpe en su cabeza—. Ve y busca a la vieja Gladdys.

Alguien resopló. El herrero les ignoró y se volvió hacia ella. —Debemos llevarlo a la taberna, miladi. La anciana vendrá y le ayudará a cuidarle.

Un murmullo temeroso se esparció en la multitud. —¿Vieja Gladdys? ¿La bruja? Ella no, seguramente...

Glenna afrontó al herrero. —¿Por qué se preocupan?

—La anciana llegó de tierra firme en la barcaza un día. —explicó.

—Fue el día del solsticio de verano. —dijo alguien más, con nefasto tono de un coro griego.

El herrero miró a Glenna moviendo su cabeza con exasperación. —Ella no es más que una vieja arpía que afirma tener poderes curativos. Algunos son suspicaces. Otros le llaman bruja por sus pociones y extrañas maneras galesas, y ella misma clama ser una clase de druida, como si aún existiesen. —Se carcajeó con la idea.

Una mujer mayor que estaba de pie cerca de ella, masculló algo oscuro acerca de que brujas y hechicería habían existido más allá del tiempo.

—Por los muchos que creen que es una bruja, o cuestionan su sentido y palabras. —continuó el herrero—, hay dos veces más personas que han sido salvadas por sus pociones y que dirán que es un verdadero ángel.

—Si, miladi. —dijo otra mujer abriéndose paso a codazos hacia el frente de la multitud—. Vieja Gladdys salvó a mi esposo cuando fue herido con una guadaña y se le ulceró el brazo.

—¡Ella salvó a mi bebé! —dijo otra.

—Y a mi hija en el parto.

—No me importa cómo le llamen. —dijo Glenna—. Sólo que sea hábil.

—Tenga solaz, miladi. Ella aún no ha mandado una sola alma a su tumba.

—Aunque al mirarla, seguramente podría pasar. —dijo un joven y algunos de entre la muchedumbre rieron a carcajadas—. La suya no es la cara de un ángel.

Los hombres ya levantaban la tabla con Montrose en sus hombros y moviéndose lenta y cuidadosamente, se dirigieron a la taberna. Glenna se volvió para seguirles, pero una áspera mano en su brazo la detuvo. La mujer del especiero no dejaría las cosas así.

—Le aconsejo que quite su mano, especiera. —dijo Glenna imperativamente y confrontó a la mujer una vez más. Luego, echó un vistazo por encima de su hombro hacia los hombres que cargaban a Montrose y notó que el esposo de la mujer estaba entre ellos.

Su vista encontró a la de la mujer brevemente y volviéndose hacia la montura del negro, alcanzó las bolsas de Montrose. Con una mano llena de plata, suficiente para comprar más finos vestidos de lo que pudiera imaginar, presionó las monedas en las rugosas manos de la mujer y luego las sostuvo apretadas en las suyas propias. —Te digo que mi hermano menor me dio este vestido como regalo. ¿Qué dices tú, vendedora de especias?

La mujer abrió ligeramente sus manos y echó un vistazo, su primera reacción fue de conmoción cuando las monedas atraparon la luz solar y brillaron en su palma como piel de pescado, miró a Glenna y sonrió tan resplandeciente como el sol al responder. —Digo que su hermano tiene buen ojo, miladi.

Dentro de la cervecería de Steering, los hombres que cargaban a Montrose juntaron dos mesas de roble, le colocaron encima y permanecieron a su alrededor discutiendo acerca de lo que debía ser hecho en primer lugar, todos hablaban a Glenna al mismo tiempo. La esencia de cerveza rancia hizo que su estómago se revoliera y su cabeza diera vueltas. Estaba muy preocupada. Montrose aún se hallaba mal.

Toda la villa, con curiosidad y ruido, trataba de entrar en la pequeña sala para ver al gran señor caído y casi abrasado hasta morir, en medio de Steering. Una de las taberneras colocó una bandeja con algunos trozos de lino en un cazo de madera y un aguamanil con agua en la mesa de al lado. La chica llamó a Glenna miladi, así que estaba menos temerosa de ser descubierta y tenía más miedo de qué haría si Montrose no se despertaba.

Mientras todos discutían remedios y curas que incluían cataplasma de mostaza, sangre de ganso y babas de vaca en una tisana de hierba de San Juan, Glenna exprimió la tela que estaba en el agua fría y la colocó encima del mugriento ceño de Montrose, pensando que debía verter algo de agua sobre su cabeza como había hecho cuando El se emborrachó el año anterior, cayó del caballo y no despertaba. Si aquello no le hacía volver en sí, al menos limpiaría su rostro, pensó con un humor tan negro como su tiznada piel.

De la entrada llegó un extraño y repentino murmullo y la muchedumbre se apartó ligeramente, cuando una pequeña anciana se abrió paso a codazos y torció su camino hacia el grueso gentío reunido en el saloncillo trasero de la taberna. Vestía una larga túnica de lana oscura con paneles laterales bordados de coloridas imágenes de soles, lunas en creciente y figuras semejantes a animales en extrañas posiciones. Una gran criatura parecida a un gato parada en sus cuartos traseros, trataba de alcanzar una gran luna de plata cosida enteramente con hilo plateado. La túnica estaba atada a su delgada cintura con un ceñidor de metal en forma de martillo que tenía extraños y antiguos símbolos grabados. En su mano derecha, aferraba un largo bastón de sauce que

sujetaba un cordel con pequeñas bolsas de tela de brillantes colores que contenían hierbas y de una de ellas, sobresalía una prominente rama de espadaña. Una gran gaita de vejiga también colgaba en el doblez del bastón.

—¿Dónde está él? Ese hombre noble que fue herido. —decía, y su voz clara y tan melódica como música de harpa, contrastaba agudamente con su cabello y rostro. Utilizando su bastón, dio un empujón a un joven granjero y le reprendió por no moverse con suficiente rapidez.

—Vieja Gladdys. —escuchó a algunos susurrar al paso de la mujer.

—Paren ya de hablar y salgan de mi camino. ¿Acaso no es todo un gran señor ese que está muriendo?

Glenna supuso que, si hubiese un druida que viviera en aquel tiempo, habría tenido el mismo aspecto de Gladdys. La mujer galesa tenía rizado y salvaje cabello blanco, un rostro curtido por el sol (y quizá por el viento, un fuerte viento... una tormenta... una tormenta embravecida) cual salchicha moteada, los negros ojos afilados y una nariz como el pico del halcón peregrino. Como hubiera dicho El: —Ella tiene cara de queso, uno que podría cortar la leche.

Sólo que entonces, ya Glenna había notado en muchas ocasiones que a los hombres les bastaba con el aspecto y la figura de la mujer y les importaba un bledo su mente, y aún menos, su lengua. Sus hermanos no eran diferentes. Ella prefirió creer que quizá Gladdys podría haber sido una bella mujer en su juventud, lo que parecía haber sido hace un largo, largo tiempo atrás.

Gladdys echó un vistazo a Montrose, puso una delgada y protuberante mano en su garganta por un momento, luego miró hacia otro lado. Desenganchó su gaita de vejiga y sopló una alta y discordante nota que aquietó las voces en la sala y dijo. —¡Alejarse, ustedes! —Comenzó a tararear y girar, dando vueltas en un círculo, y su largo y blanco cabello del color de la niebla matutina volaba hacia afuera al girar, sus brazos extendidos, el bastón casi golpeaba las cabezas de algunos de entre la muchedumbre, quienes se apartaban velozmente. Su tarareo cambió con rapidez a un cántico:

—Ina, mina, mona, enana
Vasca, tora, hora, hermana
Huga, buca, buera,
Huevos, pan, queso, huerta
Palo, cepo, piedra muerta.
¡F-u-e-r-a! ¡Fuera!

En pocos latidos, la sala se había despejado casi por completo, la mayoría huyendo de la anciana como si su cabello estuviese en llamas. Aún los ojos de los creyentes se habían abierto desmesuradamente y se habían escurrido. Únicamente dos mercaderes y el herrero se quedaron.

—¿Necesita nuestra ayuda con su señor, miladi? —preguntó el herrero amablemente—. Nos quedaremos.

Glenna negó. —No necesitan quedarse. Mis gracias a ustedes, a todos ustedes. Milord estará agradecido. —añadió al plantar una pieza de plata en cada una de sus manos y se dirigieron a la puerta.

—Si necesita nuestra ayuda, envíe a alguien. —Y el herrero se marchó, pero no sin antes echar una ojeada a Gladdys, sacudir su cabeza y mascullar algo acerca de ella echando leña al fuego de los tontos.

Con la sala vacía, excepto por Montrose y ellas dos, la anciana se fue quedando en silencio y lentamente paró de girar. Por apenas un latido, Glenna pensó que Gladdys podía verla por quien ella era, y no era, que miraba su pasado y su futuro, sus debilidades y aún su plan de escape. Era perturbador tener a alguien mirándole como si pudiese ver, no sólo lo que escondía del mundo, sino también lo que tenía dentro, hasta los rincones más profundos de su corazón y de su mente.

La anciana dio tres golpes al suelo con su bastón y observó a Glenna con agudos y concedores ojos. Un timador sabe quién también lo es.

—Curiosa demostración, la suya. —dijo Glenna con tono escéptico, ondeando su mano por la actuación de la anciana—. Dime. ¿Qué es exactamente lo que sana tu cántico?

La anciana le miró por largo rato, y luego sonrió con bastante perversidad al decir. —Una sala muy abarrotada.

Glenna rio a carcajadas. Pero Gladdys ya no la veía y en cambio, se había vuelto hacia Montrose. Se inclinó encima de él y utilizó la tela para limpiar sus ojos y algo de hollín de su rostro. Al percatarse del ceño fruncido de la anciana, la sonrisa de Glenna se desvaneció y se acercó. —¿Él se levantará?

Gladdys la miró. —¿Eres tú la *esposa*?

—Sí. —Mintió Glenna, tratando de contemplar su nariz como desafiando a la anciana a dudar de su palabra.

—Eh. —fue todo lo que Gladdys dijo, una palabra que acarreaba un montón de dudas, y se volvió a Montrose, abrió cada uno de sus párpados con el pulgar y le miró de cerca. —Sus ojos estar hinchados y rojos por ceniza. —

Ella levantó su cabeza de la mesa y la palpó por debajo—. Y tiene un nudo de tamaño de mi puño detrás de su coco.

Apartó la mano y comenzó a limpiar su rostro, frente y alrededor de sus ojos cerrados. Como Glenna rondaba a su alrededor, Gladdys le alejó agitando su mano y dijo con tono irritante. —Ve y hace de ti algo útil. ¿Ves allá? —Señaló su bastón inclinado contra una silla. —Traerme aquella bolsa marrón, y el verde también. —Utilizó sus inusuales manos de dedos largos para estrujar y presionar con cuidado su pecho hacia abajo, y él gimió de nuevo.

Glenna se detuvo, preocupada.

—¡Traerme los bolsas! Él no está muriendo. Esto es por sus costillas, porque su respiración es tan poco profunda, parece muerto. De seguro es que rompió uno o dos huesos de costilla. Ve a buscar un tazón y cuchara de la sirvienta, y otro aguamanil de agua. Ve, ve...

Glenna pasó los siguientes minutos apresurándose de allá para acá, y haciendo exactamente lo que Gladdys demandaba, incluso cuando le pidió mandar a alguien por una taza de agua de mar del cercano canal. Hizo un emplasto, lo untó en su pecho y utilizó lino para vendarlo.

La anciana mezcló el agua de mar con algunos polvos de las bolsas, y abriendo sus párpados, utilizó la cuchara para colocar el brebaje en sus ojos, luego esperó, contando en galés. —*Un, dau, tri, pedwar... deg.* —antes de verter más líquido. El ritual continuó unas veces más, luego apartó el tazón y la cuchara y se incorporó, observándolo de cerca como si esperase algo.

Después de algunos tensos momentos, rio a carcajadas y apuntó con el dedo hacia él. —Esto. Allí ¿ver? El emplasto y vendas son bien. Él respirar más profundo.

Glenna observó el profundo subir y bajar de su pecho, contempló la cruz dorada alrededor de su cuello al moverse con cada inhalación más honda que la anterior, y se sintió aliviada. Él tomó otra intensa respiración y la cruz colgada en la cadena cayó a un lado, revelando una marca roja y brillante cerca de su garganta. Como la impresión de la espada en la palma de su mano, esta era una marca de quemadura provocada por la cruz, que debió calentarse demasiado por el ardor del fuego. Le quedará una cicatriz, pensó.

Él murmuró algo que ella no escuchó.

—Mirar allí. —dijo Gladdys con una ligera carcajada. —Está llamando a su mamá.

—No hay de qué avergonzarse por llamar a su madre. —defendió con rapidez Glenna y su mirada encontró a la de la anciana.

—Si tienes una. —dijo Gladdys con agudeza.

—Sí. —La voz de Glenna se apagó—. Si tienes una. —Y apartó la mirada.

Gladdys puso una mano en el hombro de ella y dijo amable. —Temer no, chica. Confía en vieja Gladdys. Todo va a estar bueno, pero tomará algún tiempo para ti. —Recogió el jarro, metió su dedo y le observó brillando por el agua, luego miró dentro del aguamanil por un momento. Alzó la vista—. Yo creo que está suficiente frío. —dijo y vertió el agua en la cabeza de él.

Lyall se irguió, tosiendo y ahogándose. Sus ojos muy abiertos, pero pudiendo ver sólo luz borrosa y sombras. Inhaló una larga bocanada de aire y el dolor se disparó desde su pecho como una flecha a través de su cuerpo, y gimió en voz alta, se dobló y una maldición blasfema salió de sus labios. Sus costillas se habían fracturado muchas veces en torneos y en las pendientes del campo. El dolor era demasiado familiar. Sus ojos lagrimaron por ello, lo que no ayudó; se sentían llenos de arena, y sacudió su cabeza... su mojada cabeza... y su cabello le abofeteaba y se pegaba a sus mejillas. Desorientado, instintivamente buscó su arma, pero el cinturón de su espada no estaba. Echó un vistazo entrecerrando los ojos a las borrosas figuras más pequeñas, mujeres, paradas cerca de él.

El frágil hedor a humo y a madera quemada, un olor y sabor de su juventud que jamás olvidaría, estaba alojado en su nariz y en su lengua seca. Con la cabeza liviana, levantó su mano hacia su frente, que dolía, luego la deslizó por su nuca, donde la piel se sintió irritada, como quemada por un sol caliente. ¿Qué era esto? Él era un hombre, no un muchacho de diez años. ¿Dónde demonios estaba?

Una mano gentil le tocó, seguido de una sombra de mujer, su largo y fluido cabello rozándole el brazo. —Estás en Steering, milord. En una taberna. Te has caído de tu caballo.

Todo regresó a él, inundándole. —¿Glenna?

—Sí.

—Esposa tuya. —dijo una mujer con voz musical.

—¿Mi qué? —Lyall meció sus piernas hacia un lado y trató de pararse. La sala flotaba y él se agarró de la mesa hasta que sus nudillos se sintieron

blancos.

—Milord, esposo. —dijo Glenna rápidamente, tomando la mano de él entre la suya y casi estrujándole la sangre. Colocó su otra mano en el hombro. —Vuelve a recostarte, amor mío. —dijo apretando los dientes. —Te golpeaste la cabeza y estás divagando. No temas. Estoy aquí contigo.

Él le siguió la corriente, permaneció en silencio y dejó que le acostara de nuevo, curioso de ver esta interpretación. Su vista aún estaba nublada y se hallaba desarmado. —¿Dónde está mi espada? Tráemela.

—Debes descansar. —insistió alejándose.

La tomó de la mano y la haló hacia abajo lo suficientemente cerca, para susurrarle al oído. —¿Temerosa de que la use contra ti... esposa?

—No más de lo que lo estabas tú de mi arco y mis flechas. No necesitas armas. —murmuró entre dientes. —No hay nadie aquí ahora, más que la sanadora. Estás a salvo.

—Que me halle aquí, acostado y medio ciego, es prueba de que no estoy a salvo contigo cerca. —dijo.

—Apartarte, miladi. —dijo la voz melodiosa. Una extraña y peluda sombra de luz y oscuridad se cernió sobre él. —Dejarme poner más mixtura en sus ojos.

Él libero la muñeca de Glenna y ella se apresuró a alejarse. —¿Mis ojos? ¿Cuál mixtura? —preguntó a la sombra.

—Para lavar ceniza y hollín y tranquilizar tus pobres ojos tuyos.

—La carreta de heno se incendió. —dijo sin emoción, recordando; se recostó y dejó que la sanadora le administrara su medicina.

—Esto aclarar tu visión, milord.

Así que, parpadeó y le dejó añadir más.

—¿Poder ver ya?

—Pronto. Trata otra vez. —dijo alentándola, mientras vertía más líquido en sus ojos. Estaba funcionando. Ella repitió el proceso y cada vez que él parpadeaba, su visión se aclaraba; entonces, la sombra encima de él tomó una forma afilada.

Su primera reacción fue encogerse ante ella, pero de hacerlo, la habría insultado. Apreciando la ayuda de la mujer, le retornó la mirada amablemente. Se sentó de nuevo.

—¿Puedes ver con claridad? —Glenna se acercó.

—Sí... esposa. Tan claramente como el día de nuestra boda. —dijo irónico y contempló su rubor. —¡Ah! Uno de mis recuerdos favoritos. Seguramente tú

también lo recuerdas bien.

—Sí. —coincidió, mirándole con suspicacia.

Él arrebató su mano y la atrajo hacia sí, deslizando su brazo alrededor de su cintura y descansando la mano en su suave y redondeado trasero. —Cuenta nuestra historia a la milagrosa sanadora aquí. Estoy seguro de que encontrará nuestro gran romance, vastamente interesante... una historia digna de ser cantada por los bardos.

Sus ojos se estrecharon peligrosamente y él sonrió y frotó su espalda masajéandola en círculos, una y otra vez. Ella parecía lista para salir huyendo, así que él la tomó con más fuerza. Turnándose, ella se aclaró la garganta en voz alta y presionó su codo cerca de sus costillas rotas y él hizo una mueca de dolor y asió su codo con un fuerte apretón.

Pagará por esto, pensó él. Ella trató de alejarse, pero él la halo de nuevo, golpeando su trasero con más fuerza. —Quédate cerca de mí, mi dulce, y cuéntale la historia.

—Fue en la primavera. —comenzó Glenna.

—Invierno, cariñito. —corrigió él—. Después de la primera nevada. De seguro lo recuerdas igual que yo como si hubiera sido ayer, en lugar de apenas dos años.

—Seis meses, por tanto. —se ofreció al mismo tiempo, y rápidamente agregó. —Dos años y seis meses.

—El aire invernal era claro y abrupto.

—Era primavera. —dijo intencionadamente. —Escucha, Montrose. ¿Quieres que cuente la historia o no? Recuerda, amor mío. —dijo con dulzura. —que recién has recibido un tonto golpe en la cabeza, lo que no habría sucedido si yo hubiese tenido mi arco y mis flechas.

—Pero ni siquiera un soplo en la cabeza podría hacerme olvidar cuando te conocí.

—Muy probablemente porque tu cabeza es tan dura. —dijo ella bajo su aliento.

—Continúa, esposa. Cuenta la historia.

—Yo no lo creo, pues no sabes la estación del año en que nos conocimos, cierto es que aún estás demasiado imbécil por tu dura experiencia. Debes descansar ahora. —dijo, palmeando la mano de él con fuerza en demasía. —Uno odiaría encontrarte esforzándote y luego convertido en un mentecato.

—Se requiere más que un porrazo en el coco para hacerme olvidar aquel día... arpía. —La aferró a su lado con un apretón de hierro. —Ella era como

un gato en el fuego, tan apurada estaba por un buen hombre. Llevé los rasguños en mi espalda durante semanas. —Rozó su mentón con los nudillos. —Cierra tu boca, amor, de otro modo atraparás moscas.

—Eres tú, mi señor *esposo*. —dijo calmadamente—, quien está hecho del mismo material que atrae a las moscas.

—Así es. Dulce como la miel. —contestó en voz alta y alegre. —Esto seguramente es nuestro amor. Dulce. Dulce. Dulce. —Él acarició su oreja con la nariz. —Podría lamerte toda.

Ella resopló y se alejó.

Él le echó una exagerada mirada. —Veo que nuestro gran romance no será contado este día. Por tanto, me disculpo, madame. Creo que mi *esposa* se ha tornado repentinamente modesta.

La anciana se volvió y agarró su bastón, pero no sin antes guiñarle el ojo rápidamente. Lyall desplazó su mirada alrededor de la sala y ubicó sus alforjas en el rincón, junto a las pertenencias de Glenna. Notó entonces, de que el gran perro no se hallaba al lado de ella y se preguntó dónde estaría. Lentamente, se incorporó y sintió la solidez del suelo con alivio, sus piernas firmemente plantadas y su cabeza ya sin balancearse, su visión clara, quizá, sorprendentemente más clara que antes de que el heno se incendiase.

Unos minutos más tarde, entregó algo de plata a la sanadora. —Tiene mi gratitud, anciana.

—Soy Gladdys. —dijo, dedicándole una larga, silenciosa y penetrante mirada.

Su humor, ligero por toda la tontería con Glenna, menguó con celeridad, y pensativo, incrementó su tranquilidad por la mirada cómplice de la anciana.

Hizo una pausa en la entrada y les afrontó, golpeando su bastón contra el suelo tres veces, hasta que, también Glenna se volvió y ambos prestaban atención.

—Esta sala está todavía mucho abarrotada. —dijo directamente a Glenna—. El engaño pesar mucho en el aire.

Él observó larga y rígidamente a la mujer. ¿De qué se trata?

—Conozco a ti, muchacha. —continuó—. Yo no tener cántico para arreglar los problemas que te plagan en el aquí y ahora.

Lyall vio la infeliz reacción de Glenna —su piel pálida, sus labios y mandíbula apretados. No le gustó lo que escuchó.

La mirada sabia y oscura de la mujer se movió hacia él. —Tampoco poder enmendar sus problemas, milord. Encontrarás aquel premio que buscas y todo

lo que con ello viene... aquello que los tontos creen que quieren, lo que los guía a hacer lo que harán. Pero comprendan y crean en yo, cuando digo a ustedes dos... hay muchas, demasiadas mentiras en esta sala. —Y les dejó solos.

La sala se volvió pesada con el silencio y la extraña e inquietante verdad en las palabras de la mujer.

Después de otro tenso momento, Glenna se volvió y rio amargamente. — Tonta mujer y sus predicciones. ¿Druida? ¡Bah! ¿Mentiras? Sí, hay muchas mentiras. Después de ayer, he tenido mi vida llena de mentiras. —Se movió en dirección a los establos—. Voy a los establos. Necesito echar un vistazo a los animales. —Y cerró las puertas sin mirar atrás.

No trató de detenerla, pero lo que Gladdys había dicho le llegó hasta la médula... no lo de las mentiras, sino lo de las verdades, y pronto, él también se levantó y se marchó.

Capítulo Seis

Era tarde cuando Lyall regresó a la taberna, lo más cercano a un hospedaje en la pequeña villa costera al sureste de la isla. Su planificada ruta de viaje estaba lista, segura incluso antes de haberse aventurado en esta hazaña secreta, una que podía resultar su más grande estupidez. Aunque su destino estaba hacia el sur, él había escogido Steering por una razón, sin saber entonces, la verdad acerca del comercio de objetos robados que habían tenido los Gordon durante los años anteriores, algo que había abierto una grieta en sus bien hechos y bien meditados planes.

Aunque el lado sur de la isla tenía un puerto y el paso era más corto, desembarcarían en los bordes nororientales de Skye, parte de las tierras de Leod, y Leod tenía fuertes lazos con el Rey de Mann. Mientras más supiesen lo que estaba en marcha, más alto era el riesgo de fallar, así que la decisión había sido llevar a Glenna por el camino más largo. La mayoría de los problemas vendrían con los imprevistos. ¿Quién sabe cuántas víctimas más de las excentricidades de los Gordon tendría aún que enfrentar... y sobornar?

Lyall salió en búsqueda del dueño de la taberna e hizo arreglos para procurarse comida caliente y colchones de paja. Temprano a la siguiente mañana, tomarían el primer barco que les llevaría a través del Minch de regreso a tierra firme. Pagaría una buena suma por el barco más veloz de los dos que había disponibles, uno de larga vela, lisa proa, y remeros más fuertes. Pero lo que más caro le había costado había sido el rescate desembolsado a los vendedores de la feria mercante, donde sus emblemas trajeron recompensa y promesas de paz por todos los bienes que Glenna y los ladrones Gordon habían robado... y probablemente por algunos bienes nunca robados, considerando la suma final que tuvo que sufragar por sus votos de silencio.

Por todo el griterío y las muchas historias que llenaron sus adoloridos oídos, el trío había estado robándoles ciegamente por largo tiempo. Sus posesiones, habidas duramente a través de torneos y ofreciendo sus servicios como espadachín —no podían comprar de vuelta las tierras de su familia, pensó amargamente, pero habían comprado silencio en Steering.

El saloncillo trasero de la cervecería estaba vacío cuando regresó, no obstante los postigos se hallaban firmemente cerrados y un fuego inclinado arrojaba una luz ámbar al quemarse en el hoyo de una piedra al centro del

salón, donde el humo se elevaba hasta un agujero en el techo y salía al exterior. Tomó un farol y fue en busca de Glenna a los establos, su intención era cuidar de su caballo y arrastrarla luego de regreso a la taberna.

El aire era excesivamente tibio y el calor en la caballeriza hacía aún más repugnante el olor a sudor de caballo, estiércol y heno. En la cuadra más cercana, el alazán de ella había sido cepillado y alimentado, mientras que su propio caballo, también cepillado, comía cómodamente de un pesebre a medio llenar de avena fresca.

Glenna no estaba por ningún lado. Se volvió para marcharse, preguntándose dónde demonios habría ido, cuando escuchó un ruido sordo en los tablones de madera que venía de una de las cuadras traseras.

Dentro estaba el perro de orejas caídas mirándole como un mentecato, ferviente y más mendigo que perro. La boca colgaba abierta, la lengua repantigada como si estuviese sonriendo y la cola tamborileaba excitadamente contra la madera de la cuadra.

Acurrucada a su lado en una cama de paja yacía su dueña. Dormía profundamente, su cabeza descansaba en un trozo de terciopelo carmesí bordado con trenzas doradas, la cola de un grajo negro asomaba bajo su mejilla. El harapiento faldón de su vestido estaba levantado y revelaba una bien torneada pierna, pantorrilla, rodilla y cadera, tan blanca leche como la immaculada piel de su rostro. La imagen de ella desnuda, aquella piel pálida como nieve fresca, subió corriendo a su mente.

Con su mano descansando en el poste de la cuadra, Lyall no pudo moverse por un momento e internalizó la belleza que se hallaba ante él. Su larga cabellera negra era tan oscura como la media noche, contrastaba con su piel y se extendía alrededor de sus hombros, enrollándose como la abundante lana de Shetland. Parado y mirándola así, no había cómo negar su linaje; ella era la hija del rey, un tesoro escondido del mundo, y su propia salvación.

¡Oh! Si tan sólo pudiera zafarse de esto. Él desvió su mirada y se frotó la nuca para encontrarse de nuevo mirándole. A primera vista, uno pensaría que parecía una niña abandonada en las calles de Edimburgo, con su vestido de escarpado dobladillo mal tendido, acostada allí, dormida en una cama de paja, su cabeza descansando en lo que claramente era un trozo de costoso bordado. Uno de los extremadamente grandes zapatos de cuero rojo estaba a medio calzar, revelando un tobillo de fino hueso.

Zapatos rojos. Sacudió su cabeza de nuevo y sintió una sonrisa tocar sus labios. Se alejó del poste y se arrodilló en la paja, estirando su mano hacia

ella. Pero el perro se adelantó a empujar su palma y así, rozó las blandas orejas del can.

—Glenna... Despierta, corazón. —dijo quietamente, luego se dio cuenta de cómo le había llamado y quiso tragar sus tontas palabras. Miró al perro que estaba contemplándole expectante. Seguramente estaría muriendo de hambre —. Afortunadamente para mí, ella duerme como un peñasco. —dijo al perro e hizo una pausa—. Dos días con ella y me he vuelto loco... estoy teniendo una conversación con su perro. —dijo consciente más que nunca de que había sufrido un duro golpe en la cabeza aquel día.

La alzó en sus brazos y se retorció cuando un afilado dolor se disparó en sus costillas. Hizo una pausa, luego atravesó la corta distancia hasta las puertas del establo. —¡Ven, perro! —dijo agudamente rehusándose a llamarle por algún tonto nombre. La bestia anduvo a zancadas felizmente tras él. Pateó las puertas más fuerte de lo necesario y regresó al saloncillo trasero de la taberna.

Ella gimió calladamente y se contoneó, la mejilla en su hombro, la tela de terciopelo desparramada sobre su brazo, su boca suave del color de una baya madura y sus labios separados. Su larga cabellera caía como seda negra y rozaba su muslo al caminar. Su reacción no le complació.

Dentro del saloncillo trasero, él la acostó en un jergón de paja en el rincón. El calor parecía rodearle y se sintió arder. Rápidamente puso distancia entre ellos y se desplomó miserablemente en una silla, sus costillas mandaban mordaz dolor por todo su torso. Estiró sus largas piernas hacia el frente y bebió copiosamente de un cáliz de vino, ignorándola, mirando todo amenazadoramente, aún a la tabernera que les había traído pan de avena, mantequilla y algo de potaje de habas.

Más temprano, la tabernera había dejado claro que era bienvenido a su cama en el piso superior de la cervecería. Le lanzó una moneda y le vio salir del salón. Ella hizo una pausa en la puerta, lo afrontó aparentemente inafectada por su repugnante humor e ignorando la existencia de Glenna y sonrió encantadoramente. —Si cambia de parecer, milord, sabe dónde estaré.

Se volteó para mirar la figura durmiente en el rincón, frotando su boca con la mano, el codo descansando en el brazo de la silla. Ahora cuando su cuerpo podía servirse de un buen divertimento y rápida revolcada, no debía dejarse ir hacia la sirvienta, cuyo suave cuerpo entero prometía satisfacción y cuya exótica y endrina mirada le decía que le quería dentro de ella. Cerró sus ojos, ignoró sus costillas y terminó el vino.

Dientes del infierno... la mitad de la villa creía que Glenna era su esposa —un hecho que no detendría a muchos hombres de su clase a buscar comodidad doquiera que se ofreciera. Nadie en Steering sabía la verdad... excepto aquella vieja bruja galesa, quien sabía demasiado.

Su vista vagó de regreso a Glenna; no necesitaba tanto a una mujer como para insultarla, aún cuando su matrimonio fuese una farsa. Llevó una mano a su cabello, luego frotó su tenso cuello. La declaración pública de ella y la concordancia de él, equivalía a un contrato y a un compromiso público obligatorio. Afortunadamente para él, Glenna no era Lady Montrose. La mitad de la villa pensaba que Glenna era su esposa. La verdadera Lady Montrose no había muerto, sino que vivía y muy probablemente feliz, sentada ante su soporte de bordado en el salón de la torre de Rossie.

La decepción tenía sus ventajas.

El contrato de casamiento se suponía que era una conveniencia, y existía aquí, en una tierra cuya amplitud y salvajes extremismos, hacían posible celebrar las ceremonias de casamiento sólo cuando había un clérigo en las cercanías. Los hombres de Dios se hallaban prontamente disponibles para la opulenta nobleza (la iglesia y la moneda de un hombre a menudo no estaban muy apartados el uno del otro). La plata y el oro traían la absolución y la penitencia, compraban ceremonias de bautismo, funerales y matrimonios.

Pero para las personas de las villas, de las casas señoriales y los castillos cuyos amos iban con frecuencia a la guerra —a las cruzadas, por diplomacia, o forzados por juramentos de honor y fidelidad durante ocho meses al servicio de su señor feudal— las leyes del contrato hacían posible el casamiento sin esperar meses y aún años por un sacerdote que lo efectuara. Una declaración pública de marido y mujer hecho por un hombre y una mujer, era un contrato obligatorio de matrimonio, y si el casamiento era consumado, el matrimonio era legal.

La consumación... Tomó un trago de vino. La lujuria que estaba sintiendo era de los mil demonios —al menos aquello era lo que mentalmente canturreaba una y otra vez, cuando su mirada repetidas veces merodeaba de vuelta al rincón donde ella dormía, con sus piernas desnudas otra vez descubiertas, llamándole. Se movió incómodo en la silla, rellenó su cáliz y bebió copiosamente diciéndose que él controlaba su cuerpo, y no al revés. Pero la verdad era que estaba viviendo su propio infierno, donde las llamas lamían sus pies... y entre sus piernas.

Reconoció el peligro ante él, aunque también sabía que, si la deseaba, podía tenerla. Un joven de torneo sabía más que técnicas de guerra. La seducción era un arma, al igual que su espada finamente forjada y como joven negligente había utilizado ese poder, simplemente porque podía, o para pasar el tiempo y satisfacer su propia curiosidad —un deseo de aprender a extender el poder de un hombre sobre una mujer— ¿cuán lejos podría llegar? Aprendió que podía llegar tan lejos como quisiera.

Pero ya no era un joven imberbe, cuya lujuria guiaba sus acciones, quien hundía su espada precipitadamente en su presa —había vivido esa lección— y su ego no era aquel que necesitaba tachar de la lista otra conquista. Las consecuencias eran un alto precio a pagar, y él había esperado un largo, largo tiempo por Dunkelden.

El jarrón medio lleno de vino se hallaba frente a él, y rellenó su copa. Su deseo y energía para recuperar lo que les habían quitado era lo que le consumía —una obsesión que estaba detrás de cada pieza de plata u oro que había obtenido, y detrás de las alternativas que ahora elegía. Apuró el cáliz y lo colocó en la mesa con un golpe, secando su boca con la otra mano. La chica no importaba. Ella era meramente un medio para un fin.

—¡Levántate!

Glenna se despertó con la punta de la bota de Montrose. Desorientada, abrió sus ojos. La pared de madera se hallaba apenas a unas pulgadas de su nariz. Tuvo que volverse para enfrentarle e hizo un gesto de dolor.

Él se paró frente a ella, su rostro rígido y sombrío, sostenía una antorcha cuya brillante luz amarilla titilaba sobre sus tensos rasgos.

Ella colocó su brazo sobre sus ojos y se quejó.

—¡Por los ojos de Dios, mujer! ¡Cúbrete!

¿Qué pasaba con él? Pateó y contoneó su vestido hacia abajo, sobre sus piernas desnudas. Él refunfuñó algo y se alejó, así que ella cerró sus ojos. Un poquito más de sueño...

—¡Levántate! ¡Arriba! —dijo con impaciencia. —El barco zarpa con la primera marea. —Hizo una pausa y luego bramó—. ¡Glenna!

¡Dios, pero qué alto habla ese hombre! Ella tomó un largo y sufrido aliento y se sentó, quitando el cabello de su cara y frunciendo el ceño por la intensidad que vio en su mirada. —¿Por qué estás tan molesto?

—Es tarde.

—Pero aún está oscuro.

—Cambia tu vestido y ponte esto. —Le lanzó sus ropas de campesina—. No tenemos tiempo de discutir.

—No estaba discutiendo. Sólo señalé un simple hecho.

—No tenemos tiempo para conversación ociosa. —Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta del establo. —¡Perro, ven!

Fergus corrió a zancadas a su lado —el muy traidor— y un minuto después la puerta se cerraba con un resonante golpe seco. El deseo de lanzar un zapato al animal era avasallador, pero ella estimaba aquellos zapatos rojos y no se arriesgaría a dañarles. Aunque... de haber continuado parado frente a ella, ladrándole —Montrose, no Fergus— se habría aventurado con su zapato por la alegría de mirar cómo rebotaba en su dura cabeza.

Ella hizo una pausa y recogió la manta infantil, tocando casi con reverencia los puntos que formaban el intrincado diseño. *Su madre había hecho esto para ella.* Mordió su labio por las tontas lágrimas que sintió caer. Rápidamente lo dobló y guardó antes de que Montrose regresara a rugirle para que se apurase. Se vistió, deslizando con cuidado sus botas de campesina — los zapatos rojos habían sacado ampollas en sus dedos— y trenzó su cabello murmurando una letanía de nuevos nombres para él. —Milord Judas... —No, ese era el perro. —Milord Cráneo Grueso. Milord Cabeza de Cabra. Milord Falto de Humor. —Todos con una cierta tonada satisfactoria.

Cuando él regresó y atravesó la puerta y Fergus a su lado, ella estaba lista para partir y parada, abrazaba su fardo apretándole contra su pecho, tercamente determinada a permanecer en silencio. Aparentemente, él aún se hallaba molesto, pues fulminaba todo con la mirada. Se dobló para recogerle el sombrero y dijo. —Cubre tu maldito cabello.

En silencio, arremolinó sus trenzas bajo el sombrero y ató los cordones bajo su mentón. Como un lacayo, le siguió afuera donde esperaban sus monturas. Se dirigieron hacia los muelles con él sermoneándole acerca de actuar como una muchacha —aparentemente, había tiempo para conversación ociosa— antes de quedarse malhumoradamente silencioso. Desde entonces, no volvió a hablar, excepto para advertirle que se mantuviese alejada de todo el mundo y para que continuase con ‘ese sombrero puesto.’

—Según mis hermanos, milord, ni siquiera un muchacho está a salvo de algunos hombres a bordo de los barcos, así que no veo por qué dejarme el sombrero puesto, importaría.

—Sólo haz lo que digo. —dijo con apretados dientes, estrujando su brazo y casi arrastrándola por el camino.

—Extraño no escuchar alguna pregunta... únicamente una orden.

Él pronunció su nombre como si se tratase de una palabra maldita.

¡Bien! Haz lo que él arrogantemente demanda, pensó miserablemente y estuvo a punto de decirlo, hasta que le echó una ojeada a su rostro. Claramente, él deseaba arrojarla al agua y acabar con ella. En la rampa de embarque, le soltó y permaneció agitado mientras ella guiaba a Skye hasta la cubierta de madera, luego comenzó a ladrarle instrucciones y advertencias que eran completamente innecesarias, pues Skye subió a bordo rápidamente y con agilidad. Montrose siguió con su caballo que se opuso y retrocedió ante el freno, dándole problemas. Ella sonrió e hizo eco de sus advertencias, las cuales le ganaron una fría mirada que advertía que no estaba de humor.

Por órdenes del capitán, el pobre Fergus fue almacenado en la oscura barriga de la cubierta media con los caballos y la carga, bajo la cubierta de remos. Después de quitar la montura a Skye y asegurar sus pertenencias al lado de los fardos de Montrose, hizo una pausa y se volvió hacia las escaleras, pero Fergus le echó aquella mirada de ojos grandes y solitarios. Ella comenzó a alejarse con su cabeza en alto. —No me mires para que te compadezca, tú, perro traidor. Vuelve tus miradas de lamento hacia tu nuevo amo, Milord Cráneo Grueso, Cabeza de Cabra, Falto de Humor Montrose.

Fergus lloriqueó penosamente.

Entonces Glenna corrió de regreso y frotó las grandes y peludas orejas de Fergus y bajo su mentón. —Eres un ingrato cachorro.

Con los ojos abiertos y contritos, lamió su mano amorosamente.

—Regresaré más tarde. —prometió justo cuando Montrose asomó su cabeza por el hueco con una brillante linterna colgando del puño —el hombre tenía una afición por cegarla— y le bramó para que subiera.

—¿No me escuchaste? —Le medio gritó.

Cegarla aparentemente, estaba en segundo lugar, y en primero, su afición por gritarle...

El sol aún no salía y ya le dolía la cabeza por todos sus rugidos. ¿Acaso ese hombre no entendía el concepto de palabras melosas?

—¿Estás sorda?

Ella se detuvo. Su hermano El se habría vuelto y habría corrido como si el mismísimo diablo estuviese a sus espaldas por la mirada que le dio a

Montrose, pero él aparentaba estar completamente impasible. Mientras más le intimidase, más intensa era su necesidad de escupirle.

Ella se tomó su tiempo, moviéndose tan despacio como podía sin parecer exageradamente obvia. Luego se detuvo, haciendo un gesto de dolor. —¡Oh! ¡Hay una piedra en mi zapato! —Se quitó el zapato, lo sacudió y lo miró por dentro, tomando su tiempo.

Estrechando sus ojos la pinchó con una mirada rígida, que advertía que saldría vapor de sus orejas. Con una voz seria y mortalmente calmada, dijo. —Estarías mejor servida si te movieses con mayor rapidez.

—Con una piedra en mi zapato, milord, es difícil moverse y mucho menos con mayor rapidez. —dijo dulcemente para luego pretender que su zapato se había caído. —¡Oh! —Se dobló para recogerlo y se recostó contra un travesaño para equilibrarse, mientras se tomaba su tiempo deslizándolo de nuevo en su pie y atando los cordones.

Los ojos de él se cerraron y sus labios se movieron como si estuviese rezando... o contando.

—Oh. Espera. —dijo ella. —¿Cómo demonios sucedió esto? —Suspiró exageradamente. —Mira esto. —Tiró de uno de los cordones del sombrero. — Los cordones de mi sombrero se han soltado. Cuán afortunada soy de haberlo notado. No querríamos que mi sombrero cayese y revelase mi maldito cabello. —Comenzó a hacerlo con torpeza por un momento, y luego otro, y otro antes de comenzar a atar los cordeles... tan rápido como una anciana ciega.

Era bastante agradable cuando, habiendo terminado, levantó la vista y miró su mandíbula apretarse con tanta fuerza. Ella resistió la urgencia de silbar una vivaz melodía al caminar tranquilamente hacia la escalera que llevaba a la cubierta superior.

Él estaba contando.

Ella trató de no echarse a reír. Un maldito ojo por ojo... Un maldito diente por diente...

El viento levantó poco después del amanecer, y los remeros pateaban los tablones y hundían sus remos. Las velas cuadradas atrapaban el aliento del viento, se hinchaban y chasqueaban mandando al barco a cortar el agua hacia afuera, al estuario abierto, donde los mares eventualmente crecían tan salvajes

como los cielos en lo alto, y se tornaban tormentosos y grises...del mismo color, notaba Lyall, que la piel de Glenna.

Durante la mayor parte del día, el barco rodaba sobre el creciente mar y ella se aferraba a la barandilla cerca de popa, colgándose allí, sin fuerzas, y pronto su palidez ya no era gris, sino verdosa, como si hubiese comido hierba. Yacía con su mejilla presionada a un lado del barco, su brazo echado encima de su cabeza.

Él le puso una mano en el hombro.

Ella abrió sus ojos y observó débilmente sus botas. —Si viniste a gritarme de nuevo, no lo hagas... por favor... sólo mátame y acaba con mi miseria.

Ella se veía miserable. Pensó ayudarla y trató de darle algo de agua, pero gimió, levantó su mano y le dijo que le dejase tranquila.

Cuando, momentos después, le ofreció un pastel de avena, ella murmuró una maldición que él jamás había escuchado de los labios de una mujer.

Las aguas crecieron, las olas salpicaban la cubierta, enviando al barco tambaleante encima del oleaje y él se preocupaba por ella. Esperó más de lo que quería antes de acercarse de nuevo y le dijo que debería refugiarse bajo la lona donde estaría a salvo.

Ella le respondió expulsando el contenido de su estómago a sus pies, así que él se fue a lavar las botas. La tripulación parecía estar demasiado ocupada para notarla, o si lo hacían, habían escogido ignorarla. Pero Lyall continuó vigilándola con el arma en su mano.

Arriba de sus cabezas las nubes aumentaban su tamaño y grosor, y con el tiempo, lo bloquearon todo. La única luz que él podía ver venía de las chisporroteantes luces de los rayos y no podía decir qué hora del día era. El viento se volvió fuerte y salvaje; comenzó a aullar como un lobo y el barco se inclinaba y se sacudía violentamente, cuando el mar chocaba contra él.

El cielo se volvió más oscuro, al igual que el mar, y algunos hombres de la tripulación se apresuraban a bajar las velas antes de que el viento las hiciera colapsar. Él podía escuchar al amo de los remeros gritando órdenes en la cubierta. Donde quiera que el barco volteara, los hombres cortaban el agua en un desesperado intento por conservar el curso.

Aunque Glenna se aferraba a un lado y continuaba rogándole que la dejase tranquila, Lyall se mantuvo decididamente detrás de ella, preocupado porque no estuviese ya a salvo allí, tan débil como se veía; las aguas crecían en una tempestad, inundando el barco hasta el tope sobre el agitado mar.

Las nubes se abalanzaron ominosas, oscuras y bajas. La lluvia comenzó a escupirse en el barco; el oleaje aumentó de tamaño considerablemente y una ola bañó peligrosamente las cubiertas mientras la pronunciada proa arqueada caía en picado en la parte trasera de la aún más empujada ola.

Al precipitarse con la siguiente ola, y la siguiente, Lyall vio a los remos subir a estribor y el barco se inclinó pronunciadamente. Los hombres gritaban y uno de la tripulación fue el primero en amarrarse al mástil. Lyall sujetó con fuerza a Glenna a la traca del barco con su cuerpo entero y sus costillas protestaron. Con la cabeza repantigada, su empapado sombrero aún puesto y sus trenzas caídas, miró a Lyall como si deseara que alguien le echara por la borda.

Él tomó una bocanada de aire y la alzó en sus brazos, con la intención de ponerla a salvo a pesar de su testarudez, a pesar del dolor.

Ella asió un manojo de cabellos en su puño y tiró fuerte. —¡No! Por favor... no te muevas. No te muevas. —gimió y puso su mano en la boca justo cuando una ola barrió un lado de la embarcación y los lanzó a ambos chocando contra la cubierta y deslizándose hacia abajo por la inclinación del barco.

El agua se metió en su nariz y en sus ojos. No logró retenerla más, el dolor le apuñalaba a través de su pecho y la cubierta parecía oscilar, sacudirse y resbalarse.

Él la escuchó gritar su nombre.

—¡Glenna! —la llamó, pero el sonido fue tragado por la tormenta.

El pánico le golpeó. Por fortuna, o por obra de Dios, él había sujetado parte de su mojada túnica y se enganchó a la piedra de lastre con su otro brazo mientras otra ola les bañaba. De no haberse roto las costillas antes, de no haber conocido ese dolor, no sabría de cierto si hubiese podido salvarla. El bajel se enderezó y él aferró con fuerzas su ropa. Ella tosió y escupió. El agua salada entró en sus ojos, lastimándoles, luego la sintió moverse, arrastrándose hacia él y aferrándose a sus muslos con los brazos.

—Montrose. —Su voz estaba inundada, aterrada.

Él la haló hacia arriba, hasta su pecho con una mano y la sujetó con auténtica determinación. —Pon tus piernas alrededor de mi cintura y tus brazos alrededor de mi cuello. Agárrate fuerte. —Trepó encima de la cuadrada piedra, halándose hacia arriba y sus pies resbalando en la suave cubierta, pero asió un cabo sobre sus cabezas que les mantuvo firmes. Antes

de que la siguiente ola barriera la cubierta, hizo un recorrido por el cabo, resbalando y deslizándose hasta recorrer el último trecho.

La escotilla de madera se hallaba cerrada, y él se apoderó del anillo de hierro antes de que el movimiento del navío les enviara hacia los tablones de la cubierta. Él yacía encima de ella, protegiéndole con su cuerpo entero mientras la embarcación se movía hacia arriba en el lado de la ola y más agua se vertía y les bañaba; el barco se precipitó hacia abajo de nuevo y golpeó el piso de una ola tan fuerte, que él la escuchó resoplar por el impacto y el dolor en sus costillas casi le cegó.

Tomó dos profundas respiraciones, se arrodilló velozmente, de un tirón abrió la escotilla, empujó a Glenna hacia abajo y cerró de golpe, justo cuando otra ola llegó y le envió revolcándole hacia la cubierta. Chocó contra la pared del barco. Sus costillas mandaron punzante dolor a todo su cuerpo. El aire abandonó sus pulmones.

De repente, el agua estaba levantándole, arriba, arriba. Estiró el brazo a ciegas y agarró una cuerda, halándose mano sobre mano hasta que se topó con el nudo atado a una línea de anclaje de hierro y se aferró a él con todo lo que tenía.

En las cubiertas inferiores, los hombres aún remaban, su amo gritaba y su voz sonaba distante en el viento y en el salpicado mar, casi como si estuviesen en un barco distinto. Calado hasta los huesos, las pesadas ropas de Lyall le empujaban hacia abajo. Trató de sacarse el gambesón, pero estaba atascado en un hombro, tirando de él y halándole con la siguiente ola. El herraje dentro de éste hacía imposible cortarle con el cuchillo, así que dio hachazos a la costura de cuero, la hoja rebanó su brazo y sintió al instante el escozor del agua salada.

La escotilla se abrió con rapidez con un fuerte golpe seco, y la cabeza de Glenna se asomó, con su negro cabello mojado, rezagado y suelto. — ¡Montrose! —gritó.

Él se dio cuenta de que ella treparía y trataría de alcanzarle. — ¡No! ¡Quédate allí! ¡Cierra la escotilla!

Pero ella únicamente le veía con tal mirada de fiera determinación, que él supo lo que haría. Tontamente, aferró sus manos a la esquina del asidero y comenzó a subir para salir.

Él tenía sólo una oportunidad, un receso entre las olas y los cabeceos de la tormenta, y fue a regañadientes desde un lado del barco, deslizándose, casi nadando, a través de la cubierta hacia ella. Sus manos se hallaban ya cerca del

borde de la escotilla. Así que, ella le haló hacia abajo, de cabeza, con sus puños tiró de su empapada camisola y cayó hacia adentro.

El agua entró con prisa y les alcanzó, una linterna cercana siseó y la vela de sebo se salió, pero otras linternas con velas tan gruesas como su antebrazo se mecían y titilaban colgadas en ganchos de hierro a mitad de los travesaños. De algún modo, ella se las arregló para cerrar de golpe la escotilla. Parada en la escalera, se volvió hacia él. —¿Montrose?

Incapaz de moverse, yacía liso de espaldas sobre las tablas mojadas, el aire fuera de su pecho, como si se hubiese caído de un caballo. Pudo escuchar los gritos de pánico de los caballos atrás en la cubierta de popa, oyó los cascos pisoteando la madera. Trató de moverse pero los bordes de su visión comenzaron a oscurecerse. Estaba a punto de desmayarse. El pánico se apoderó de él al ver el mundo desvanecerse...

Finalmente, descrita en su último círculo de visión, estaba Glenna, su cabello como una maraña de algas negras, agachada cerca de él. Sus ojos asustados buscaron su rostro.

Un momento después, su pequeño puño golpeó con fuerza su estómago.

Él se quedó sin aliento, inhaló un suspiro y el aire, el dulce aire, el húmedo aire llenó su pecho... Sus costillas protestaron y sintió un dolor como una lanza clavada en su costado derecho. Un cisne de estrellas brillantes apareció ante sus ojos mojados. Cuando las sombras de dolor desaparecieron, respiraba de nuevo, superficialmente, porque sus costillas todavía estaban tan maltratadas, que no se atrevía a tomar siquiera media respiración profunda.

Ella agarró su camisa y le sacudió. —¿Montrose? ¡Montrose! ¡Montrose!

—Te escucho. —dijo, luego con un gesto de dolor. —Para ya de sacudirme, mujer. —Ella le dejó y él, despacio, se incorporó retorciéndose, con su cabeza baja por un momento, sus brazos descansando en sus rodillas levantadas. Su búsqueda de más aire, no era sencilla.

Cuando sintió que podía hablar, encontró su vista preocupada con una mirada sombría. —Esto fue lo más tonto que pudiste hacer.

—¿Golpearte en el estómago? Creo que no. Puedes respirar de nuevo.

—No. No tu puño en mi barriga. Te agradezco por eso. Fue un sinsentido que abrieses la escotilla.

El barco cabeceó de nuevo y ella cayó encima de él. Él la atrajo hacia sí y ella no se resistió; se colocó a su lado tan fácil como si estuviese agradecida por su presencia. No hablaban y se preguntó si los pensamientos de ella eran

iguales a los suyos: ¿qué hubiera podido suceder? ¿Se preguntaría ella por cuánto tiempo habría él aguantado los tormentosos mares?

En la cubierta inferior los hombres aún gritaban sus órdenes. Los remos chocaban contra el agua y uno de ellos gritó que su traca se había roto. Había un alboroto. Los caballos estaban inquietos; él pudo escuchar el ruido sordo de los cascos pisoteando los tablones y el perro de Glenna se levantó y caminó silenciosamente hacia ellos.

La comprensión de cuán cerca habían estado de la muerte le golpeó y pensó en Robert Grey, el esposo de Mairi, quien se había ahogado el último invierno en un naufragio. ¿Qué habría podido suceder a su hermana de haber él encontrado una muerte igual? Lyall cerró sus ojos y respiró profundamente.

Glenna se movió y colocó su brazo alrededor del perro, quien echó su gran cabeza peluda en su regazo y puso una pata en la pierna de Lyall. El bote se balanceó de nuevo, con fuerza, tambaleante, como si estuviese listo para cabecear, ella miró por encima de ellos, hacia las gruesas vigas de madera que chirriaban y gemían peligrosamente, pareciendo a Lyall que sonaban como si también las costillas del barco estuviesen a punto de romperse.

—Puedes decir que mis acciones fueron un sinsentido, Montrose, pero yo no. —dijo Glenna. —Es muy probable que muramos en medio del estrecho. —Alzó su mirada hacia él, su cara era ilegible. —Llámame tonta, pero me sentiré mejor si morimos juntos.

Él cerró sus ojos y descansó el mentón en su húmeda cabeza, consciente de que ella probablemente, había salvado su vida. Él podía sentir la tibieza de su pequeño cuerpo y de la cercanía del peludo perro, y pudo aflojar su apretada mandíbula... un truco que solía utilizar para evitar que sus dientes castañearan. Sintió relajar su brazo sujetándola cómodamente —a esta mujer, quien había tomado tal riesgo para salvarle, y su memoria retrocedió años atrás... a otra época.

Capítulo Siete

Quince años atrás

Lyall Robertson había dejado de ser el niño que vagaba y jugaba a la guerra con los altos árboles del Bosque de Dunkelden, el chico que había superado a su hermano mayor en la pesca, y que creía que, al tocar el tronco de un árbol, podía cambiar su destino. Las imágenes carbonizadas de la absoluta destrucción de su amado hogar, de aquella amarilla bandera del cobarde, y la amarga figura de su hermano muerto, abrasaban profundamente los más oscuros recodos de su joven mente y nada, ni aún la lenta curación del tiempo, podía desvanecer sus recuerdos o tocar la desolación en él, donde las acusaciones permanecían inmutables: él era el hijo de un traidor. No se permitía siquiera recordar al niño que una vez fue. El pasado había terminado; era inalterable.

El día en que pisó Castillo Rossie se asustó con la vista de aquella inmensa edificación de piedra, tan imponente comparada con una fortaleza de madera como Dunkelden; también se hallaba secretamente temeroso de lo que sucedería una vez que aquellos moradores viesan a la enlodada familia del traidor Ewan Robertson parados frente a sus puertas. Rossie era intimidante por su tamaño y por su fuerza, aún por su posición, brotando como un gigante de piedra defendido y guardado por un enorme desfiladero cortado por un gran río.

Castillo Rossie era, con facilidad, cinco veces más grande que Dunkelden y evidenciaba a quienes lo contemplaban la riqueza, fuerza y poder del hombre que lo había construido. Las tierras de Ramsey corrían por leguas alrededor de la edificación, casi hasta el mar, de seguro hasta el horizonte que la vista de un hombre podía abarcar.

Con su pobre madre quemada a su lado y la mano de su pequeña hermana en la suya, Lyall escondió su miedo detrás de una fachada de valentía que estaba más allá de sus diez años y caminó derecho y erguido hasta las puertas. Tenía un objetivo.

Hacía mucho tiempo que el Barón Montrose, Donald Ramsey, era amigo de Sir Ewan Robertson, quien había sido primo de la finada esposa de Ramsey. Para alivio y sorpresa de Lyall, no hubo preguntas al momento de

sonar la campana de la puerta. Donald Ramsey les hizo entrar de inmediato, concedió aposentos a su madre Beitris y a su hermana Mairis y les dijo con sinceridad que sintieran Rossie como su hogar.

Lord Ramsey iba a acoger a Malcolm, así que, en un instante, Lyall le afrontó e insistió al barón para que le tomase a él en su lugar. Pero Ramsey se rehusó con una mirada más amable y más compasiva de lo que el herido orgullo de Lyall quiso ver. Él quería ver convicción en los ojos de Montrose, la convicción de que su padre era inocente y la convicción de que valdría la pena entrenar a su único hijo vivo.

—Eres demasiado joven, muchacho, demasiado pequeño aún. —Dijo Ramsey. —Tal vez, con el tiempo, después que hayas crecido algo, podríamos conseguirte un lugar con los escuderos, pero por ahora, puedes tomar tu lugar con los pajes del castillo. —Y fue despedido.

Un lugar para él... no la acogida que Lyall deseaba. Había escuchado las palabras de su padre con la frecuencia suficiente como para entender que había honor entre los hombres, y Lyall sabía que, debido a que era el hijo del traidor Sir Ewan Robertson, pocos acordarían acogerle. La mayoría creía fervientemente en el principio de que la mala sangre engendraba mala sangre. Ramsey era su única oportunidad de aprender las habilidades que necesitaría para ganarse el respeto, más allá del nombre que llevaba.

Cada mañana se levantaba con el sol y el canto de los gallos, en busca de Ramsey, esperaba afuera en las puertas de su cámara vestido con su túnica de paje azul y con ribetes de oro. Perseguía al barón, preguntando repetidamente para garantizarse el derecho a ser entrenado sin importar su edad, y cada mañana, el barón le decía que era demasiado joven o demasiado pequeño. Cada negociación que Lyall proponía, fallaba. Pero él era constante.

Como si lo hubiese deseado, por la mismísima mano de Dios, en los meses siguientes Lyall creció tanto y tenía las piernas tan largas, que era casi tan alto como Malcolm lo había sido. Aún, él imploraba al barón, pero la respuesta siempre era la misma.

Su madre le rogaba que se detuviera, por temor a que Ramsey les enviase lejos debido a todas las molestias de su hijo y, porque muchos en el castillo bromeaban y se burlaban de él. —Lyall no sabe cuál es su lugar. —decían algunos con malicia, y los caballeros y escuderos de Ramsey hacían de él el centro de sus bromas y chanzas, provocándole incesantemente. Le mandaban hacer tareas tontas y se mofaban por hacer lo que le habían ordenado, incluso se burlaron por hacerle caminar por la muralla, cuando uno de ellos descubrió

que no se sentía cómodo en las alturas. Él no les dejó saber cuánto miedo había sentido, y una vez que estuvo lejos de ellos, corrió antes de que vieran su temor revelado en la mancha húmeda que sintió vergonzosamente esparcida en sus calzas. A Lyall no le importaban sus burlas. Únicamente le concernía obtener lo que quería.

Y mientras todos en Rossie pensaban que era un tonto, imprudente y torpe, su hermana Mairi no.

Era la pascua, Jueves Santo para ser exactos, y el crepúsculo había caído en Castillo Rossie, donde los sirvientes habían estado apurados más temprano, encendiendo las antorchas en el gran salón y reemplazandolas oscuras guirnaldas de follaje verde, las púrpuras dedaleras y las coloridas primulas dejadas por la celebración de la semana anterior. La mayoría dentro del salón estaba de alegre humor con aquella fiesta nocturna que se avecinaba y celebraban anticipadamente la adición de las bailarinas Morris y los huevos de pascua. La semana anterior había sido de absoluta lluvia, lodo y tiempo gris, así que todos en el castillo necesitaban algo de entretenimiento.

En el centro de la larga mesa de caballetes que estaba puesta con platos trincheros para el pan y cucharas de plata, se erguía un gran tazón lleno a rebosar con huevos de pascua —hechos por las mujeres del castillo— cada uno diferente y decorados con pinturas de flores y vegetales con trozos de tela y cintas arregladas en su parte superior y filas de pequeños discos brillantes de metal que combinaban con aquellos en el salón. Colgando de un poste de hierro, arriba en la pared más alta, se hallaba la tradición pascual: un gran disco dorado que simbolizaba el sol y en la pared opuesta, cerca de las escaleras que guiaban hacia el solar en el piso superior, colgaba una luna de plata igualmente brillante. Suficiente vino, cerveza y sidra hacían las rondas en las mesas junto a grandes platos de cordero rostizado, pastel de hierba de Santa María, frutas melosas y dátiles azucarados del oriente. Al mermar la comida, todos los pajes entraron en el salón armados con lavatorios de agua tibia perfumada y toallas; un músico daba vueltas por el salón, trompeta en los labios, soplando un largo conjunto de notas de proclama.

Al repentino sonido de pasos zapateados y campanas tintineantes, entraron doce bailarinas en zuecos, bailando en una línea alrededor del salón, con guirnaldas de flores en sus cabezas y bandas tobilleras cargadas con

pequeñísimas campanas en sus pies. Llevaban largas y rectas varas de donde colgaban pañuelos de cada color. El salón hizo erupción con risas, alegría, aplausos y canciones.

Tamboriles, flautas y címbalos siguieron a las bailarinas con estridente y animada tonada. Las danzarinas formaron un patrón para reflejar el paso del sol a través del cielo, sus pies golpeteaban elaborados pasos que, hace tiempo se decía, despertaban a los dioses durmientes del campo. Al aumentar el volumen de la música, algunas bailarinas saltaban alto en el aire para que el grano pudiese crecer espigado y los manojos se multiplicasen.

Había casi tanto golpeteo en las mesas de caballetes con los puños en los topes de las tablas y los pies en el piso, al ritmo de los tamboriles. Algunos caballeros rompieron a cantar canciones del diluvio de Noé. Al desbordarse el vino, afloraron indecentes y más obscenas versiones de damiselas y arados, y eventualmente las canciones de amor fueron conocidas por varios y por todos, por bardos viajeros y trovadores.

Lyall permanecía ante Ramsey, lavatorio en mano, mientras el barón se lavaba y usaba luego la toalla envuelta en el brazo de Lyall. —Mañana cumpliré diez y uno. —le dijo al barón antes de que terminase de enjugarse las manos. —Quiero entrenar como uno de sus escuderos personales.

—¿Qué es esto? ¿No deseas ya ser un mero escudero, muchacho? ¿Ahora esto de estar en una posición aún mayor como mi escudero personal? — Ramsey rio a carcajadas y sacudió su cabeza. —Tratas de alcanzar las estrellas, muchacho. —Se recostó de nuevo en el gran trono al centro de la mesa, el rico cuello de piel de sus vestiduras de profundo terciopelo que rodeaban su garganta y sus amplios hombros, parecía que tuviese como mascota una marta durmiendo allí. La mirada que le echó a Lyall era diferente a la que solía darle y esta no era desagradable, si lo que uno deseaba era una mera palmada en la cabeza.

El barón le observó por un momento eterno, sus manos frotaban la oscura barba pensativo. —Valiente cosa la que deseas, Lyall Robertson. Entrenar para convertirte en caballero es tarea ardua, y la lealtad de un escudero personal es una carga pesada, aún para un muchacho de cinco y diez, por lo que te digo una y otra vez, que eres demasiado joven. Tal posición requiere de un hombre con un corazón valiente para transitar por las pruebas de las difíciles artes de la guerra, aprender las habilidades, fortalezas y el veloz espíritu de un caballero. Sé que has visto las habilidades y pruebas de las que hablo. Mis hombres me dicen que cuando no estás siguiéndome e

incomodándome, o atendiendo tus deberes, estás fuera, a los lados del campo, mirando con entusiasmo.

—Es verdad. —dijo Lyall sin pizca de remordimiento en su voz.

—¿Qué te hace pensar que tú, un muchacho de apenas diez y uno, tienes la fuerza de espíritu, la fuerza de corazón y eres lo suficientemente valiente para convertirte en caballero? —Preguntó Ramsey con agudeza en su voz.

La barriga de Lyall se volteó y quiso vomitar su sopa. Había cruzado la línea, para ser el hijo de un traidor. Y finalmente, había presionado demasiado al hombre. Allí, ante todos, el Barón Montrose estaba cuestionando su honor, a él, el hijo menor del gran traidor Ewan Robertson, un hombre que había sido amigo de Ramsey, así como amigo del rey.

—Yo le diré, milord. —se escuchó una voz familiar.

Lyall estaba sorprendido y miró hacia abajo para divisar a Mairi parada a su lado, no tímida, sino mirando firmemente a Ramsey, su benefactor, a los ojos.

—No conozco a nadie más valiente que mi hermano, milord. Le digo esto. ¿Era demasiado pequeño a los diez años, para salvar a mi madre de los establos en llamas en Dunkelden? Él lo hizo sin pensarlo. ¿Era demasiado joven cuando nos trajo aquí, mi madre con su rostro y su mano gravemente escocida, y a mí tan temerosa, nos trajo a las dos, haciendo el camino a pie desde Dunkelden, caminando por días y noches, con su fe y su bondad hacia nosotras incansable?

Lyall se quedó sin habla mirando a su hermana tan orgullosamente defenderle.

Mairi se acercó un paso más a Ramsey y todo el salón quedó en silencio. —¿Era él demasiado joven cuando nos alimentó con pescado que él mismo atrapaba y cocinaba y cuando nos encontró refugio cada noche, a veces en los bosques, donde los lobos con frecuencia merodeaban alrededor de nuestro fuego? ¿Era Lyall demasiado joven cuando intercambió su propia ardua labor por una mula que llevase a nuestra madre cuando sus piernas cedieron por el agotamiento que le embargó, y por el queso y el pan que nos ayudaron a sobrevivir?

Ella echó un vistazo alrededor del salón. —A todos ustedes. —dijo—. Él no era viejo y sabio, ni lo suficientemente fuerte, mi más querido hermano, de quienes todos aquí se burlan y piensan que es un tontob—él, quien es llamado demasiado joven y demasiado débil— fue quien me cargó a su espalda más veces porque era yo quien estaba demasiado débil y demasiado cansada para

caminar más lejos. ¿Cómo pasó él por todo eso, cuando yo sé que estaba tan exhausto, herido y perdido como nosotras? No lo sé.

Había lágrimas en su voz cuando dijo. —Fue Lyall quien arrastró a mi hermano muerto de los establos y le enterró al lado de nuestro padre. Fue él quien sacrificó su perro a los lobos en el bosque una noche, cuando la elección era el perro o yo. No conozco a nadie, milord. —dijo fervientemente, con sus manos en puños. —Nadie tan valiente como mi hermano. Todo eso lo hizo cuando era demasiado joven, no a sus diez y uno, sino sólo a sus diez. Mi hermano no es ningún muchacho inmaduro. Él vive mucho más allá de sus años y es la persona más valiente que yo haya conocido... y usted, milord, sería un tonto si no le hace uno de sus escuderos.

—¡Mairi! —gritó su madre, poniéndose de pie. —Has ido muy lejos, niña. Siéntate y haz silencio. No hables en estos términos con tu primo, el barón, quien te apoya y te refugia.

Mairi se giró con las manos en sus pequeñas caderas y su barbilla sobresaliente. —Si él no nos apoya, si él no me apoya, ¡entonces sé que Lyall lo hará! ¡Y mi hermano no es demasiado joven! —Permaneció allí fieramente y debió advertir lo que había hecho y dicho, pues todos la miraban con horror. Cubrió su enrojecido rostro con sus manos y de repente, rompió en sollozos. —Él no es demasiado joven... ¡No lo es!

El completo silencio continuó en el salón hasta que fue perforado por el sonido de las patas de la silla de Ramsey que arañaban el piso de piedra. Lyall escuchó a su madre quejarse penosamente. Sus ojos encontraron los suyos, tan temerosos por Mairi, porque sabían que su hermana había llegado muy lejos en defensa de él.

Un callado y creciente murmullo se escuchó desde las mesas, y de las bailarinas y los músicos quienes habían permanecido muy quietos detrás de él. Lyall rápidamente se colocó entre el barón y su hermana como protección, antes de echarle un rápido vistazo a su madre, como para asegurarle que ‘No dejaré que nadie hiera a Mairi’.

Con sus ojos y su cara trató de decirle, *soportaré el golpe*. Se paró más alto de lo que se sentía en su interior, esperando que el barón se acercase y totalmente listo a ser derribado ante varios y todos. Se dijo a sí mismo que era sólo un golpe, que el dolor de un golpe era rápido y pasaría.

Ramsey era un hombre alto y poderoso y su figura bloqueaba la luz que parpadeaba con rapidez y arrojaba una oscura sombra sobre Lyall.

Él esperó.

Entonces, el barón estaba allí ante él, tan cerca. Lyall volteó hacia arriba para mirarle. —Apártate, muchacho. —dijo en una voz que no le dio a entender a Lyall nada acerca de sus intenciones.

—No lo haré. —Lyall retrocedió y sus brazos mantuvieron a Mairi cerca de su espalda. —Usted puede castigarme a mí, pero no a mi hermana. —Le dio a Ramsey una mirada directa—. Golpéeme, milord.

Ramsey frunció el ceño y le observó de nuevo. —Raro no es que nunca me mostraste miedo, muchacho, aún cuando la tuya es la primera cara fastidiosamente impaciente que veo cada mañana. Eres mi constante sombra y me incomodas más que una verdulera, día tras día, tú estás allí. —Ramsey llevó su mano a su grueso y oscuro cabello, miró a Mairi y luego de nuevo a Lyall—. Tal vez debería golpearte.

Lyall no se movió. —Sugeriría que, si desea golpearme, lo haga en el campo de práctica, milord. Debería hacerme su escudero y tendrá la oportunidad de golpearme completamente todos los días.

Las palabras de Lyall se ajustaron y Ramsey estalló en carcajadas fuertes y altas, luego colocó su mano en el hombro de Lyall exactamente como su padre siempre lo hizo. Lyall le miró sorprendido.

—¿Estás diciendo, muchacho, que si te hago escudero aprenderás tus habilidades tan pobremente que tendré que golpearte todos los días?

Lyall comenzó a tartamudear.

—¡Para! Para ya, antes de que arruines el momento. Estaba bromeando. — Ramsey alzó la toalla de su otra mano. —¿Ves esto? No tenía intención de golpear a Mairi. Ella es una valiente chica para alzarse en tu defensa.

Sintió la cabeza de Mairi asomarse detrás de él.

Ramsey se agachó y le entregó la toalla. —Aquí tienes, niña. Seca tus lágrimas. Hablaste bien en favor de tu hermano. Cuán grande lealtad has mostrado esta noche. No sabía toda tu historia, ni tampoco las valientes acciones de Lyall. Estoy adecuadamente impresionado... con ambos. —dijo Ramsey y se irguió, y hubo un largo momento antes de decir. —Ewan estaría orgulloso.

Era la primera vez que Lyall había escuchado el nombre de su padre de labios del barón. Cerró sus ojos, seguro de que, si no lo hacía, se avergonzaría y arruinaría todo por llorar.

—Te daré una semana para aprender a usar un arma con precisión. Trabajarás cada día, todos los días, hasta que seas tan habilidoso que me convenzas de que no eres demasiado joven para ser mi escudero personal.

¡Lo logró! ¡Lo logró! Lyall levantó a Mairi y la hizo girar plantando un gran beso en su ruborizada mejilla. —Gracias. —le dijo.

—No eres demasiado joven, Lyall. —le dijo ferozmente, abrazándole a su vez.

Un murmullo inundó el salón. No se había escuchado de nadie que hubiere sido nombrado escudero a los diez y uno, y los términos de Ramsey habían sonado como si Lyall fuera a convertirse en escudero personal, aquellos que entrenaban con el barón y que eran los más cercanos a él.

Ramsey se cruzó de brazos. —Dime, muchacho, cuáles armas escoges.

—El arco. —Respondió Lyall inmediatamente.

Algunos caballeros rieron calladamente entre ellos, pensando que había fallado y que le mostraban completamente no apto.

—¿Arquería? ¿Qué tontería es esta? —Ramsey frunció el ceño, pareciendo molesto por primera vez.

—Pero milord. —insistió Lyall. —Le daré la mayor razón por la cual debería escogerlo. Los galeses utilizan el arco con gran éxito, la mayoría de las veces, en contra de nosotros. Cuando sea escudero, aprenderé a utilizar la espada y el hacha de batalla, a lidiar y luchar cuerpo a cuerpo en combate, a cabalgar y utilizar la lanza tan bien como la espada y otras armas. Un arco y un carcaj de flechas, apenas me conceden un arma más que a la mayoría, quizá, la misma arma a usar por un futuro enemigo. ¿He cometido un error? ¿Hay vergüenza en utilizar el arco?

—No. —dijo Ramsey. —No era lo que yo esperaba, es todo.

—Usted sólo dijo que debía ser competente en una sola semana con el arma que yo escogiese. No mostró armas entre las que debía escoger.

Ya Ramsey meneaba su cabeza y reía, dejando claro que sabía que había sido burlado. —Eres agudo detrás de tu edad, muchacho.

—No, pero tengo confianza en que puedo disparar una flecha con más precisión dentro de siete días. —dijo sin una pizca de humildad.

—Entonces, arquería será. —dijo Ramsey con un saludo en su mano. —Tienes siete días. Y Lyall...

—¿Si, milord?

—Esta semana no deseo ver tu cara ni una sola mañana cuando abra la puerta de mi cámara.

—No la verá, milord. Lo juro. —dijo Lyall incapaz de esconder la sonrisa que se partía en su rostro y agregó maliciosamente. —Ya que no tengo más la necesidad.

Y las carcajadas hicieron erupción en el gran salón de Castillo Rossie y las de Donald Ramsey eran las más sonoras. Lyall recogió el lavatorio y corrió por el salón de tan excitado que estaba.

Lyall hizo un gesto de dolor cuando, lentamente y con cuidado, desenvolvió la tira de lino con la que había envuelto su muñeca izquierda más temprano aquella mañana. Después de seis días de constante y repetitivo golpeteo de la cuerda del arco, su herida era profunda, la piel estaba completamente en carne viva y la sangre se había secado en ella, así que, la tela estaba atascada en su encostrada piel. Inhaló profundamente, apretó sus dientes y haló la tela, un fuerte grito escapó de sus labios, las lágrimas llenaron sus ojos y juró bajo su aliento algo ingenioso que había escuchado a uno de los caballeros gritar, y por lo cual necesitaría confesarse y hacer penitencia.

La sangre fresca manó de la herida y trató de detener el flujo con la tela enrollada, se rindió, cruzó hacia el aguamanil y metió su mano en el agua, algo que debió hacer antes de arrancar la tela.

Alguien tocó la puerta de su pequeña cámara y la puerta se abrió con un crujido. —¿Lyall? —Su hermana asomó la cabeza.

—Entra, Mairi.

Traía una fuente con comida y pateó la puerta para cerrarla.

Su orgullo le hizo alegrar de que ella no hubiese llegado momentos antes. Miró su muñeca dentro del tazón de agua; aún sangraba y volvía roja el agua. Le dolía el hombro, le dolía todo el cuerpo y estaba exhausto.

—¿Qué has hecho? —Preguntó preocupada y colocando la fuente con comida en su cama. —Te has herido la noche antes de tu prueba?

—Estaré bien —dijo firmemente sin desear que le recordasen la prueba que le aguardaba en la mañana.

Ella tomó sus manos. —Ven. Déjame ver.

—No es nada. Déjalo así.

—Le diré a mamá.

—Mocosa.

—Zoquete.

—Alimaña.

—Cerebro de nabo. —Ella se cruzó de brazos tercamente. —No me iré hasta que me muestres.

Se rindió y sacó su brazo del tazón, lo secó y lo extendió. —Allí. ¿Ves? — estiró su cuello tratando de ver la comida. El olor hacía retumbar su barriga como un trueno. —¿Qué hay en la fuente? Muero de hambre.

—No lo estarías si hubieras parado de practicar lo suficiente para comer algo. Mamá demandó que te trajera esto. ¿Debo buscarla para que alivie tu mano? Ella tiene algún unguento que te ayudará.

Lyall alzó una achaparrada vasija marrón de barro cocido.

—¿Este es el tarro de unguento de mamá!

—Sí. —dijo Lyall aplicando la gruesa grasa a su muñeca sangrante. —Me ayudé a mí mismo.

Ella se dejó caer en la cama. —Más porque no querías que se preocupase por ti.

—Eso también.

Ella levantó la tela que cubría la fuente con comida. —Mira aquí. Hay estofado de carne de borrego trinchada, sidra y queso de cabra. Un trozo de pastel de manzana y fresas. —dijo, y colocando su boca en forma de arco, lanzó una de las fresas a su interior y el jugo coloreó las comisuras de sus labios de un rojo profundo.

Lyall llenó su boca con el tibio estofado, cortó un trozo de pan y apuntando a su hermana con éste, dijo. —Si no limpias tu boca, mamá halará tus orejas por robar mi cena, especialmente, esas bayas y apuesto que ya te has atiborrado con ellas en la mesa.

Beitris había plantado un gran jardín, como lo hizo en Dunkelden, sólo que en Rossie lo cavó cerca del granero donde el sol brillaba la mayor parte del día, y las pequeñas, dulces y rojas fresas habían sido su primera cosecha. Ella las repartía como si fuesen monedas de oro.

Los ojos de su hermana se agrandaron y enjugó su boca, limpiándola con el dorso de su mano, luego robó otra, haciendo a Lyall reír.

—¿Tienes miedo, Lyall?

—¿Por lo de mañana? —Meneó su cabeza. —No. —dijo en tono de risa, uno lleno de jactancia.

—¿Ni siquiera un poquito?

Él le sonrió. —Bueno... quizá sólo un pequeño, minúsculo poco.

Ella se carcajeó.

—La verdad es, que estoy inquieto y en ascuas, pero no porque temo no poder hacerlo, sino por el resultado.

—He de estar allí para animarte. —Se sacó un trozo pequeño de tela azul que quedó del rollo de tela de su vestido favorito y lo presionó en su mano. —Este es mi color para ti, te traerá la buena fortuna. —Se inclinó y besó su mejilla. —Estoy tan feliz de que seas mi hermano, Lyall.

—Y yo de que tú seas mi hermana, pequeña ninfa de agua. —dijo con emoción. —Me pondré esto de manera que todos puedan verlo. No tendría esta oportunidad, de no ser por ti.

Ella negó con su cabeza. —Eso no es verdad. El barón habría terminado dándose por vencido. Tú le estabas agotando. Pero cuando creí que cuestionaba tu valentía, ya no pude permanecer tranquila.

Ella se incorporó de un salto tan rápido como se había echado. —Voy ir al solar donde debo escuchar el parloteo y coser un nuevo collar de piel a mi capa. Debí haber terminado ayer. —Corrió hacia la puerta y luego se detuvo. —Lo harás bien mañana, Lyall. Sé que lo harás. —Entonces se marchó, cual pequeña ninfa de agua, como él amorosamente la había llamado.

Lyall se acostó en su cama terminando otro pedazo de pan. Sus brazos estaban tan adoloridos que no podía cruzarlos detrás de su cabeza como solía hacerlo. Yacía allí sin fuerzas. No había parte de él que no le doliera, pensó, cerrando sus ojos y pronto se quedó dormido.

El canto del gallo a la mañana siguiente llegó demasiado rápido. Lyall había comido el huevo hervido que su madre le había traído, y habían hablado por algunos minutos, durante los cuales, ella trató de prepararle debido a su preocupación. Mientras la seguía fuera de su cámara, se preguntó si ella estaría tan cómoda aquí en Rossie como parecía. Siempre vestía una capucha o un grueso velo que cubría el lado de su marcado rostro, pues sabía que era desagradable para otros mirar; a menudo permanecía en el solar o en el jardín y la mayoría de los días no comía en el salón principal, por las miradas curiosas y de compasión. Su gran belleza había sido tema de conversación de hombres y canción de trovadores. Pero más que la vanidad, las cicatrices que corrían más profundas que la piel, eran las heridas de la pérdida de Ewan y Malcolm.

Él la besó en ambas mejillas porque siempre lo había hecho así y se rehusaba a detenerse, aún cuando ella le había dicho que no besara su marcada y arrugada piel. Hoy, como la mayoría de los días, él levantó su velo y estampó un beso en su ondulada mejilla, antes de bajar al campo de práctica, justo cuando el sol estaba trayendo el día.

Cinco veces había revisado su carcaj de flechas en el estafermo antes de que la casa de los caballeros, curiosos, comenzase a llenar el área seguidos de los escuderos y de sus compañeros pajes, y pronto parecía que todo el castillo se hallaba allí. En el hombro izquierdo de su túnica de paje, había prendido el color de Mairi y vestía su capa de terciopelo hacia un lado, así que las cintas caían en cascadas a un lado sin impedirle apuntar, y permaneció de pie en la gran arena de tierra, esperando a Ramsey y rehusando mostrar indicio alguno de su temor y nerviosismo.

—¡Lyall! —Su hermana se hallaba con su madre saludándole con la mano. Su madre se veía pálida y él se percató entonces de que no había pensado en lo que esta prueba le había hecho a ella.

Ramsey cruzó la distancia para pararse al lado de él. —Pareces estar listo.

—Lo estoy, milord.

—He creado una serie de pruebas para ti, Lyall Robertson. —le dijo Ramsey en voz alta para que todos pudieran escuchar. —Mis hombres me dicen que cada día has practicado utilizando árboles como blanco y con el estafermo. La verdadera prueba de guerra y armas es tu fuerza o precisión contra el enemigo, y tu enemigo, con frecuencia, será un blanco en movimiento.

Ramsey señaló un par de escuderos parados cerca del estafermo. Uno llevaba una familiar vejiga de cerdo rellena con arena, usualmente utilizada para entrenar la destreza y agilidad de los pies, que requería que el escudero corriese hacia ésta, en derredor y hacia los lados. —La primera de tus pruebas ha de ser con un blanco en movimiento. Aonghas y Dughal se lanzarán el balón de vejiga entre ellos. Tú debes acertarle mientras se mueve por los aires. — Ramsey alzó su mano. —Alístate.

La multitud se hallaba quieta y en silencio.

Lyall tomó posición con sus pies separados. Sacó una flecha de su carcaj y la colocó en el arco.

Ramsey bajó su mano y los escuderos comenzaron a lanzarse la vejiga hacia adelante y hacia atrás, formando un arco en el aire y golpeando de lleno sus manos extendidas.

Antes de que hubieran intercambiado la vejiga más de dos veces, Lyall apuntó con rapidez... y disparó.

El balón voló hacia atrás y lejos y cayó con fuerza en la tierra con un ruido sordo; la flecha verdaderamente sobresalía hacia arriba de la vejiga.

La multitud gritó y aplaudió y Lyall tomó su real y primera respiración.

—Buen muchacho. —dijo Ramsey y le palmeó el hombro. El dolor se disparó en su cuerpo y rebanó su brazo del arco. Sus músculos se hallaban llenos de escalofrío de la práctica en demasía y su hombro estaba especialmente débil y adolorido por tensar la cuerda del arco constantemente durante tantos días. Se retorció ligeramente del dolor, pero permaneció allí, acerado y erguido como espada finamente afilada.

No me atrevo a mostrar un solo signo de debilidad.

Ramsey sacó una manzana de la bolsa colgada en su elaborado cinturón bañado en oro y la sostuvo en alto para que todos la vieran. —Ahora probaremos tu precisión en blancos más pequeños.

Lyall se alistó, con su ojo en el centro de la fruta roja, el cordón del arco tensado hacia atrás, tan tenso que habría rebanado su oreja, de no ser cuidadoso.

Ramsey dobló sus rodillas y lanzó la manzana muy alto en el aire. Su flecha se clavó en la fruta. La manzana se hizo añicos, los trozos volaron y la multitud rugió de nuevo. Su hermana ondeaba y gritaba y saltaba arriba y abajo, hasta que su madre la obligó a estar quieta y le dijo algo, y Mairi se tranquilizó con sus ojos muy abiertos, al intercambiar una mirada de preocupación con Lyall. Lyall frunció el ceño. ¿Qué le habría dicho su madre?

—Y ahora, tratarás con un blanco aún más chico, aunque este deberá estar inmóvil. —El barón alzó una fresa entre sus dedos. Un zumbido de murmullos llegó desde la muchedumbre con algunas palabras como 'imposible' 'sus dedos' 'nunca' 'el pobre chico...'

—¡Espere! —la madre de Lyall dio un paso adelante. —Esta es mi fresa, milord. Yo la sostendré. —dijo con firmeza.

—Beitris, no. —dijo Ramsey rápidamente con voz protectora.

—Tengo completa fe en las habilidades de mi hijo. —Caminó a través del campo de práctica con su orgullosa cabeza en alto.

—Comprende, Beitris que, si él falla, se llevará tu dedo. —dijo Ramsey mientras su expresión trataba de advertirle, cuando agregó. —Déjame hacerlo.

—¿Por qué? —Le miró y se carcajeó como diciendo, ¿qué es una pérdida más? Alcanzó su capucha y la tiró hacia atrás, dejando al descubierto su rostro por completo, ignorando el murmullo de la multitud, que se aquietó velozmente con una simple y dura mirada de Ramsey.

Su madre tomó la baya y enfrentó la muchedumbre. —Lo que tú no entiendes, Donald, es que mi Lyall no fallará.

Lyall cerró sus ojos y sintió crecer la humedad y el sudor en sus manos. Sentía que una mayor tensión arruinaba su cuerpo. No se atrevería a fallar. No se atrevería...

Su madre se paró de costado mientras sostenía la pequeña fresa roja entre sus dedos, con su cabeza en alto exponiendo sus cicatrices, su vista al frente y su expresión sin emoción alguna.

Pero Lyall sabía que estaba lejos de estar impasible en aquel momento. Ella era una exhibición en un fino espectáculo.

Él no podía, no habría de fallarle. Puso una flecha en el arco, tomó dos respiraciones superficiales y apuntó agudamente mirando la roja fresa, sus ojos no veían nada más, y entonces liberó el cordón del arco con un chasquido.

Hubo un latido de completo silencio, luego el ruido sordo de la flecha golpeando y reverberando en la valla de madera, la baya nada más que un círculo rojo en la punta de la flecha.

Entre los delicados dedos de Lady Beitris no había fruta, solo un pequeño espacio vacío y manchas de jugo de fresa roja.

El nivel de ruido se volvió tan alto que sonaba como aquel en un gran torneo, pero Lyall alzó su mano y gritó. —¡Espera! ¡Espera! Detente, madre y cuenta hasta diez. —Ella hizo lo que le pedía y no le miró, no preguntó. Contó. —Uno...dos...tres...cuatro...

Las bocanadas llegaban fuertes con cada número. Más rápido que nadie hubiese visto y de una manera que hubiera parecido imposible, Lyall sacó, puso en su arco y disparó flechas de su carcaj tan rápido que uno apenas podía ver cada acción. En el momento en que su madre dijo: —Diez. —había disparado seis flechas, una a la vez, cada una directamente encima de la otra y dividiendo el asta de la anterior. Era una demostración de habilidad de las que nadie había visto hasta ahora.

—Estas pruebas han terminado. —dijo Ramsey claramente y con algo que Lyall pensó debió haber sido orgullo, pero si no lo fue, seguramente era honesto respeto lo que escuchó en la voz del barón.

Los gritos, chillidos y ruidos de todos los presentes eran increíblemente estridentes y continuaron por un largo, largo rato, y ya Lyall no podía mantenerse alejado de su felicidad por más tiempo. Una grande y orgullosa sonrisa hendía su rostro. Su madre se le unió y él tomó su mano, dobló una rodilla ante ella y la besó galantemente.

Por su hermana y su madre, por su fe en él, ahora tenía la garantía de estar un paso más cerca de ganar su espuela... un paso más cerca de ganar el respeto para el nombre Robertson. Su batalla aún no terminaba, pero este bando estaba ganando.

Cuando Lyall se levantó, su madre le abrazó con fervor riendo y orgullosa, y él sintió como si sujetase el mundo en la palma de su ampollada mano. Ramsey elevó su brazo de nuevo para silenciar a todos.

Puso sus manos en los hombros de Lyall y le giró hasta colocarle frente a la multitud. —Este es Lyall Robertson, hijo de mi amigo, Sir Ewan, y como él ha probado en este día, el mejor arquero que yo, o cualquiera de ustedes hemos visto jamás. Les presento a mi más nuevo escudero personal.

Así comenzaron los años de aprendizaje de Lyall en Castillo Rossie. De los hombres de armas y caballeros, él aprendió combate cuerpo a cuerpo, a ser veloz y ágil de pies, aprendió los amagos, y a interponerse para evitar la hoja de su oponente. Bajo el tutelaje de grandes hombres de guerra, vinieron lecciones de habilidad para montar como un guerrero —convertirse uno con su caballo— guiar su montura con la presión de sus rodillas para que sus manos estuviesen libres al manejar sus armas; con el tiempo, aprendió a empuñar su hacha de batalla, el martillo de guerra y el pesado sable como si estuviese blandiendo su brazo derecho, tanto a caballo como a pie. Aprendió a ladearse, a cargar con su lanza de guerra, y a desmontar a su oponente con precisión y rapidez infalible. Aprendió todo lo que los caballeros necesitaban aprender y, a decir verdad, lo aprendió con rapidez, ganando sus espuelas a los diez y cinco. Lo único que Lyall no aprendió fue cómo olvidar.

Capítulo Ocho

La costa occidental de Escocia

Glenna salió a la cubierta superior del barco y estiró los brazos hacia arriba en la tibia mañana, bostezando. Todo lo que había a su alrededor era el Minch, que lucía calmado y como un estuario increíblemente apacible. El agua azul relucía cual monedas nuevas en la alta luz del sol, como si los aterradores eventos de ayer y de la noche anterior, sólo hubiesen sido un terrible sueño.

Flexionó sus entumecidos dedos. El sueño se le había escapado la mayor parte de la noche. Cuando, finalmente, se había dormido, sintió como si hubiese estado presa en la bodega por siempre, sentada allí y colgada de Montrose, preguntándose con cada cabeceo sumergido de la tormenta, cuándo el barco se partiría en dos y perecerían en las negras profundidades del mar.

Respiró profundamente y frotó sus brazos marcados con el delgado y rojizo patrón del tapete de junco utilizado en los camastros para dormir. Encima de ella, las velas ondeaban desiguales con el viento que ahora llegaba en dulces y suaves ráfagas, y escuchaba el salpicar de la estela del remo, que como una canción balanceaba el bote, casi al ritmo del cántico de los remeros al moverse cerca de la tierra y paralelo a la costa. En el horizonte oriental, la tierra firme era ancha, las sombras de sus colinas gris verdosas se hallaban ahora lo suficientemente nítidas para atisbar las irregulares copas de los árboles, mientras los bordes de la tierra todavía permanecían débilmente envueltos en la blanca niebla matutina flotando fuera de alcance y fantasmal sobre el agua.

Montrose se hallaba parado cerca del tajamar, con un pie calzado en su bota descansando en un barril atado a la proa del barco y sujetando una driza con la mano. Su cabello volaba hacia atrás alejándose con la brisa marina y sus ojos eran sólo para los cielos y la tierra delante de ellos. Llevaba su cinturón de la espada y una pálida túnica azul que ella pensó, lucía del mismo color que sus ojos. Calzas de lana azul oscura cubrían sus largas piernas y el plateado brillo de una daga sobresalía del borde de sus botas. Ella le observó con ojos hambrientos, su perfil semejaba a un halcón, fuerte —casi igual de obstinado.

Parado allí, como estaba, parecía como si desafiase las leyes de la naturaleza, retándoles a que tratasen de hacerle alguien distinto a quien él

quería ser. Ella había visto su mandíbula apretada y corrugada cuando se enfurecía, y ahora sin afeitarse, su barba había crecido oscura, como sus cejas y asemejaba sombras de piedra en su mentón y cuello. La primera impresión que ella tuvo de él, había sido muy diferente al hombre que veía entonces.

¿Quién era aquel dorado, que tan fácil y descuidadamente se había zambullido en las olas del mar?

La amplitud de sus hombros y el grueso y esbelto vigor de sus caderas la mantuvieron cautiva y llevaron a su mente a lugares donde sólo los sueños se hacían. Que él era un hombre impresionante, era innegable, y de haberse ella encontrado en el mercado buscando uno, él habría sido una opción decente.

Colgada a él la noche anterior, le había hecho sentir a salvo, algo que ella pensó que había perdido. La supervivencia era lo que necesitaba para concentrarse en... no estar parada allí comiéndole con los ojos, como lo haría con un confite meloso. Estaba perdiendo su tiempo, tiempo necesario para tramar cómo huir de ese hombre tan lejos como le fuese posible. Se volvió rápidamente moviéndose hacia popa, alejándose de él y de sus insensatos pensamientos.

Sin embargo, un pensamiento llevaba a otro y momentos después, por poco se puso de rodillas ante una nueva revelación. Casi cegada, se sentó con violencia en una piedra de lastre, con los nudillos blanquecinos y sintiéndose repentinamente pálida.

Qué tonta era... ¿Había temido que su padre la encerrase o la enviase al exilio? Ella era la hija del rey...una pieza para ser usada por los hombres. Seguramente, su padre le casaría con alguien. Cuando él viese que ella no era ni remotamente real, una hija sin valor, se desharía de ella rápidamente.

Pero un rey utilizaría el casamiento a su favor...el país y la política tendrían que venir antes. Sólo el hecho de que ella había sido criada en secreto, era prueba suficiente de su valor.

Oh Dios... sostuvo la cabeza en sus manos y por un instante quiso vomitar. Siendo débil y cobarde, se lanzaría por la borda. Todas las posibilidades de su aprieto pasaron por su mente. Podrían darla —sería dada— a algún hombre como premio, una recompensa por un deber o una tarea bien hechos. Su padre fácilmente la daría en casamiento a uno de sus enemigos como una ofrenda de paz.

¿Qué otro valor podría tener ella para él? Era un poco más que un jabalí rostizado en una fuente con una manzana en su boca. *Aquí tienes. Toma a mi hija.*

Ella podría ser —y probablemente lo sería— enviada lejos, muy lejos, a lugares de los que sólo había escuchado hablar en las historias que contaba Alastair. ¿A Inglaterra? ¿A Normandía? ¿A Germania? Se estremeció. ¿Los germanos no enterraban vivas a sus mujeres como castigo?

—Tú... Muchacha.

Su padre podría enviarla a los abrasantes desiertos hirvientes del oriente, donde un esposo tenía el derecho y el deber de rebanar la cabeza de su desobediente mujer con una cimitarra.

—¡Muchacha!

¡Los nórdicos! Las visiones llenaron su cabeza... de hombres vestidos de pies a cabeza con gruesas pieles de lobo y cuero rugoso, quienes se ataban a sus mujeres a la cintura con sogas y las arrastraban a chozas donde las forzaban a una vida de servidumbre como cocineras y esclavas de alcoba.

Ella alzó su mirada, sintiéndose terriblemente abatida.

—*¡Muchacha!* —gritó Montrose.

Ella le enfrentó.

Él caminaba a paso largo hacia ella, con sus manos en puños y sus largas piernas devorando la distancia entre ellos. Algunas cosas no cambiaban. Suspiró con un acceso de desesperanza. Él era su propio guardia personal enviado por su padre y desconocido para todos menos para ella, él la estaba llevando a un futuro al que ella no podía arriesgarse.

—Estás malditamente sorda? —Montrose se colocó por encima de ella, llevando sus enormes puños a sus caderas. —Muchacha.

Oh, lo olvidé. Soy muchacha.

La pesadumbre que era demasiado aplastante, le arrasó. Apenas podía afrontar lo que creía que se extendía delante de ella. Le enfrentó a él en su lugar, consciente de que le gustaría olvidar que era la hija de un rey.

El muelle de Marram a media mañana estaba atestado. Llegaron al puerto más tarde de lo planeado, habiendo tenido que viajar al norte a lo largo de la costa, después que la tormenta les desviase muy al sur. Luego tuvieron que esperar por una coca mercante que zarpase en la última dársena, muchos de ellos habían buscado atracadero seguro con la tormenta.

Lyall relajó su temperamental montura en la plancha de desembarco, con sus manos firmes en las riendas, siguiendo a Glenna, su caballo y su sabueso, ambos trotando felizmente al bajar del barco en un abrir y cerrar de ojos. Esperaron al borde del muelle a que él dominase su caballo, que todavía estaba irritado e inquieto por la tormenta. La verdad era que, con todo el espíritu del negro, nunca había sido bueno cruzando ríos o mares. Parados y esperando abajo, estaban Glenna y su perro.

Pronto, no más del tiempo que les tomó a los cascotes de sus caballos cruzar los tablones del muelle, nuevas nubes comenzaron a formarse alto en el distante cielo. Lyall se preguntó si eran presagio de más lluvia que venía —o recompensa por la endemoniada locura de sus acciones. Miró a lo lejos y maldijo. Ahora deberían cabalgar mucho más arduo y rápido, y si otra tormenta se avecinaba, estaría muy presionado por llegar como lo había planeado.

Pero al andar su camino en las grupas de sus caballos, la muchedumbre se hizo más gruesa en la estrecha carretera de piedra al lado de los muelles. Pobre suerte tenía, pues dos barcos al lado de el de ellos, junto a varios botes pesqueros locales, habían llegado esa mañana al puerto, y el pueblo se hallaba atestado, aún antes de que el montón de niebla matutina se hubiera desvanecido.

Un gran barco mercante inglés que había anclado en la ensenada, incapaz de bajar la carga el día anterior, descargaba ahora sus provisiones y los carros de mercaderes ambulantes se situaban al lado de los atracaderos. Bloqueando el paso de Lyall se hallaba una carreta de queso inclinada de costado y llena hasta el tope con queso inglés; su dueño se apresuraba a examinar la rueda dañada, así que no tuvieron otra opción, más que permanecer en sus monturas y esperar a que el torpe caballo de carreta virase. En las cercanías, las pescaderas vendían pescado salado ahumado colgados sobre fuegos de turba y los pescaderos cargaban sus carros con abadejos y arenques, eglefinos y bacalao, provenientes de los pequeños botes pesqueros que descargaban su pesca matutina.

Pronto el bullicio era alto y aumentaba con frenesí. Se formaron filas alrededor de los brillantes puestos lideradas por sirvientes de los palacetes locales, quienes habían llegado con gruesas bolsas de cuero para recoger la mejor pesca que sería llevada a las mesas de sus lores. Su vacía barriga gruñó como león, y sabía que Glenna debía estar mucho más hambrienta después de vomitar durante la mayor parte del día anterior, así que desmontó y compró

provisiones: algo de pescado ahumado, pan negro fresco, nabos, manzanas y queso, junto con una jarra de sidra prensada.

Entregó a Glenna algo de arenque ahumado. —Ten, come algo. —Bebió profusamente y le dio la sidra a ella.

Ella sólo observó su mano extendida. Por la mirada en su rostro era evidente que su mal humor no había cambiado desde el momento en que despertó.

—Por qué, milord. —dijo sarcásticamente. —Cuán perfectamente amable de su parte es preguntarme tan dulcemente si me importaría romper mi ayuno.

Él se mordió la lengua en un indicio de sonrisa. Supuso que tenía razón. —Toma la comida, muchacha. —Su voz era más amable.

Ella miró para arriba y agarró el pescado ahumado y la sidra.

Después de ronronear como un gato a su lado hasta tempranas horas de la mañana, se había levantado con una determinada actitud que parecía que le traería problemas. Se sentaba en la montura con la columna rígida, hombros cuadrados y hacia atrás, su rostro umbrío por el sombrero, ahora con el ala hacia abajo, como si pudiera esconder aquel orgullo Canmore que él había visto más de una vez. Ella se veía exactamente como era: el fruto de un rey, incluso alejada de él como lo estaba ahora. Él imaginó que de no hallarse tan muerta de hambre, podría haber rechazado la comida y haberle llamado de alguna otra forma. Cerebro de nabo, o poste de zoquete, u otras tonterías femeninas como esas. Mairi le había llamado con todos los nombres imaginables a través de los años.

Rasgó una pieza de pescado y así estaban ambos comiendo sin ir a ningún lado.

Mientras más tiempo estuvieran detenidos, mayor sería el riesgo. Necesitaban cabalgar, y cabalgar pronto y rápido.

Esperaron por el condenado carro, pues, mientras más tiempo pasaran atascados, más probable era que alguien le reconociese. A caballo, su cabeza y sus hombros sobresalían muy por encima de la multitud. Escondirse en Marram, donde algunos de los nobles vecinos le conocían, era preocupante y una de las principales razones por las que había viajado solo.

De haber navegado con Glenna en la tarde como lo había planeado, habrían llegado al anochecer. Las mañanas en los puertos eran frenéticas y atestadas, y había una mayor oportunidad de que le viesan.

El tiempo pasaba como si estuviese atrapado en el lodo. El sol estaba alto y las nubes que se avecinaban comenzaron a llenar los cielos occidentales y,

para añadir más carbón al fuego, el maldito perro comenzó a jugar a jugar ladrando y corriendo en círculos alrededor de Glenna sin cansancio después de haberse quedado echado por mucho rato. De nuevo Lyall fue forzado a calmar su caballo. Dijo severamente a Glenna. —¡Controla a ese perro tuyo del infierno!

—¡Fergus! —Le lanzó algo de pescado al sabueso y se sentó sobre sus patas traseras masticando con su boca y luciendo feliz como una perdiz... a diferencia de su dueña, quien le devolvió una mirada intencionada, echándole un vistazo que decía que quería que la tierra se abriese y se lo tragase. Estaba como una pulga en su caballo. Si su intención era molestarle, estaba funcionando.

Las mujeres eran su maldición y su salvación. Eran simples seres con el mayor poder sobre él y su consciencia, y estaban aquellas que le amaron más y a quienes él no tuvo otra alternativa más que decepcionarlas.

Pensó en Isobel, la hermosa e inocente hija de Teàrlach de Hay, uno de los más poderosos y astutos hombres en la tierra. Él sabía que caminaba en un nido de víboras, atándose por matrimonio a la familia de Hay, pero en su apuro por tener todo lo que deseaba, no pensó mucho en la novia antes del casamiento. La culpa le inundó, seguida de una horrenda imagen del pasado. Casarse con él había llevado a la frágil Isobel de Hay a su muerte.

Su consciencia le habló con claridad como si de veras tuviese voz. La idea de que estaba repitiendo sus errores le roía. Antes de su misión no había pensado mucho en Glenna, a no ser que era la hija secreta del rey—más valiosa que el oro y su único medio de acceder a las tierras de Dunkelden. La había valorado de la misma manera que lo había hecho con Isobel.

La observó por un momento, buscando debilidades, sin ver ninguna. Era una ladrona, tuvo que recordarse, y debió haber sido entrenada para esconderse, ir a hurtadillas y cubrir cualquier rastro. Las probabilidades eran altas de que la valentía innata y el espíritu no fuesen lo que él vio en ella, en lugar de eso, podía haber sido conspiraciones y engaños refinados y perfeccionados como los de aquellos que traman traiciones, secuestros y otras deslealtades.

Muchos hombres clamaban que las mujeres podían ser más mortales que cualquier enemigo, aunque las mujeres de su vida tenían gran fe, convicción y honesta lealtad. Pensó entonces en Mairi y en lo que su hermana pensaría acerca de lo que él estaba haciendo.

Sintió ruborizar su piel. Pincharía sus orejas, como lo haría su madre. Volvió su mirada a Glenna, asimilando sus rasgos, su talla. Si ella y Mairi se parasen lado a lado, sería como mirar una noche sin luz y un día soleado—ambas impenetrablemente fuertes.

Ella era una mezcla interesante —ladrona e hija real— nada dócil, de sonrisa afectada, escurrida de manos y que gritaba a la menor oscura mirada. Isobel... Él dudaba que Glenna Canmore saltase de una torre. Más probable sería que la reforzase.

Un fuerte y penetrante chasquido le hizo voltear hacia el muelle. Gritos y maldiciones venían del vendedor, ahora atascado con un eje roto. El carro de queso se volcó y grandes ruedas de queso se desparramaron por todos lados, algunas rodaron por la pequeña calle empedrada y otras fueron a parar al agua.

La gente corría tras éstos y el caos colmó la paciencia de Lyall. Comenzó a desmontar para hacerse cargo, pero entonces sonó el alto toque de una trompeta, anunciando a todos la inminente llegada de un noble con sus tropas. Su vista se disparó hacia el sureño final de la carretera.

En la distancia, vio la nube de polvo de caballos aproximándose, hombres de armas —y luego, para su consternación, advirtió el parpadeo de una bandera. Jurando, se movió con rapidez para esconder su escudo y volteó su caballo pasando a Glenna y le dijo. —Da la vuelta. Iremos al norte y rodearemos toda esta locura. Vamos, rápido.

Lyall pisoteaba el camino hacia los bordes norteños de Marram, ganando sacudidas de puños y maldiciones de atrevidos lugareños y hombres de puerto que no daban un higo por la poderosa espada a su costado.

Cuando estuvieron alejados de forma segura de los bordes del pueblo y bien lejos de la vista de los muelles, apretó las riendas, su montura pasó al costado, intranquilo y nervioso y su propio corazón martillaba como cascos en su pecho. Sus nervios estaban en carne viva.

Adelante yacían los campos en barbecho después de la reciente cosecha, luego ondulante colina tras ondulante colina, algunas moteadas con copas verde profundo de ancestrales robles y serbales, y abedules de encaje apenas comenzando a tornarse dorados. Ya cada loma era un poco más alta que la anterior y llevaban a circundantes anillos de bosques de escarpados y dentados abetos hacia el norte, desde el medio del cual se erguía un inmenso y majestuoso peñasco, desnudo y gris y luciendo como la cabeza de un anciano sabio. Dominaba el horizonte norte.

La ruta más segura y más oscura se hallaba hacia el sureste, donde todo lo que había eran ondulantes colinas verdes durante tantas leguas como alcanzaba la vista...y las nubes de tormenta ganaban tamaño y color gris pesado y comenzaban a llenar los cielos nortños con la promesa de lluvia.

Él señaló con su cabeza al sabueso. —¿Tu perro puede mantener la marcha? Los caballos están mordiéndolo el freno para una buena carrera.

—Quizá, milord, deberíamos poner su pregunta a prueba. —dijo Glenna y espoleó a su caballo hacia adelante, a través de las bajas y ondulantes colinas, con el can corriendo a grandes zancadas a su lado y su repentina risa le trajo a él el fresco y creciente viento.

Capítulo Nueve

Glenna cabalgó tan rápido como la tormenta que velozmente se aproximaba, a través de la ancha extensión de ondulantes colinas, quedando a unos cinco caballos de distancia por delante de él. Fue un regalo esta carrera que, tontamente le retó a comenzar —una prueba para averiguar si podría atraparla—. Casi se carcajeó con la ironía, pues sabría si él y su negro eran más veloces que ella y Skye, y si Fergus podía mantener el paso mientras que Montrose le perseguía.

En otras palabras: ¿podía ir más lejos que él? ¿Podría escapar ahora? Si no ahora, entonces este era su simulacro de escape. Es cierto que había cabalgado velozmente con anterioridad, con Fergus a su lado —cualquier ladrón pasaba por momentos en aprietos— aunque ella, usualmente, se hallaba muy lejos antes de que algún soplón diese la voz de alarma... a menos que fuese lo suficientemente tonta como para robar el vestido de una especiera o robar un caballo justo en las narices del hombre. Había hecho aquello sólo una vez antes de Montrose, un afortunado encuentro con el hijo de algún conde, quien se hallaba tan condenadamente borracho, que apenas hurtó su caballo —fue como quitarle el dulce a un niño.

Nunca había sido perseguida por nadie en un caballo tan fuerte y poderoso como el de Montrose. Se inclinó y echó una breve mirada por encima de su hombro.

Él y el negro aún continuaban tras ella.

Bien. Espoleó a Skye, aumentando la velocidad, pero pronto debió reducirla para saltar un riachuelo, aterrizando con facilidad del otro lado, Fergus jugueteó felizmente en el agua detrás de ella.

A su perro le encantaba correr. Por poco se rio en su cara cuando le preguntó si Fergus les seguiría el paso. Fergus podía hacerlo, pero ella no sabía durante cuánto tiempo continuaría aguantando.

Oscuras nubes se agitaban desde el sur, y el sabor a lluvia se hallaba en el aire. Delante de ella, divisó un ave de presa —¿un halcón?— como un crucifijo, daba vueltas una y otra vez, volando en círculos sobre su pobre carroña. Al acercarse, vio que no era un halcón sino un águila dorada.

Otra rápida mirada hacia atrás le hizo saber que Montrose aún le pisaba los talones. El viento batió su sombrero y algunos cabellos volaron de sus

trenzas. Quizá el viento le trajo la fortuna y este era el momento de escapar.

Quiero ser libre. Debo escapar. Debo hacerlo.

¿Escapar a dónde? Dijo llanamente la voz silente en su cabeza.

Pero tan rápido como el pensamiento había llegado, su mente destelló la emoción de que no importaba a dónde, siempre que se las arreglase para marcharse y salvarse. Sola ahora, únicamente ella podía cambiar su destino.

No quería ser la hija de un rey y nunca le habían preguntado si lo deseaba. No quería ser un peón que dieran en matrimonio a ningún hombre. Sus opciones eran escasas. Tenía que huir y ocultarse. Y por ahora, lo importante era hallarse a salvo y muy lejos, quizá tan lejos como Inglaterra.

¡Ah! ¡El perfecto plan se le había escapado! Perdió una oportunidad perfecta en Marram al no embarcarse en aquel barco inglés. Entre las opciones que tenía: matrimonio —la elección incluso de enfrentar a su padre— o huir, decidió que elegiría caminar hasta Londres, si era preciso.

—¡Glenna! —Su grito perforó el aire.

Ella le ignoró, un hábito que prontamente perfeccionaba hasta llegar a ser un refinado arte, ayudado por el hecho de que sabía que Skye estaba acostumbrada a ella y que Fergus permanecía leal. Utilizó de nuevo sus espuelas y Skye cabalgó más rápido, alargando la distancia en su carrera y sus cascos pellizcaban la tierra y el trayecto. Escuchaba cada zumbido de la respiración de Skye y sentía cómo su pelaje se humedecía.

Montrose gritó su nombre otra vez. Su voz era fuerte, lo suficiente como para llamar a los cielos, y sonaba muy enfadado. La carrera había sido su idea. Déjenle estar furioso, pensó descuidadamente.

Si él y su montura se están agotando, este es el momento.

El miedo y otra emoción que no podía explicar, le invadieron, presionando y presionando más allá de la cordura y la razón. Delante de ella había una amplia arboleda, lo suficientemente grande como para tener la oportunidad de entrar y, quizá perderlo. Se inclinó más y volvió a mirar por encima de su hombro izquierdo.

Montrose no estaba detrás de ella. Frunció el ceño. ¿Qué?

Para su asombro, el diablo se hallaba a su lado, pasando por su derecha y sus caballos casi cabeza a cabeza. La mirada en sus ojos reflejaba el oscuro cielo en lo alto; entonces, se inclinó hacia ella y luego, otra sorpresa: antes de advertir lo que él estaba a punto de hacer, enrolló el brazo alrededor de su cintura y arrancándola de la silla como si no pesara más que un gorrión,

halándola hacia sí y sujetándola contra su duro cuerpo, plantó suavemente sus nalgas entre sus poderosas caderas.

Entonces él no frenó, sino que aumentó la velocidad aún más, como si la furia le guiara y a su caballo a presionar los límites de la cordura. Esto era una locura. La velocidad parecía aumentar más y más de lo que ella alguna vez había cabalgado. El estruendo de los cascos del más poderoso negro pisoteando la tierra, golpeando y golpeando, el tenso y duro cuerpo de Montrose, y ella sin poder hacer nada más que colgarse de él o precipitarse a una muerte segura. La tierra pasaba a tal velocidad que se hacía borrosa, como si mirase a través de la niebla. El miedo no le dio otra elección más que envolver el cuello de él con sus brazos y resistir por su vida, su corazón golpeaba tan fuerte en sus oídos, que estaba segura de que no escucharía si llegase a gritarle; el esfuerzo hacía que el aliento de él saliera fuerte y duro, y como viento golpeando en su rostro, el picante aroma teñido de ahumado y sal marina, llenaba su nariz y su boca con cada aterrada respiración que ella tomaba.

Aterrorizada de verdad, deseaba gritarle que disminuyera la velocidad, que se detuviese ya. Pero su orgullo y terror robaron su voz.

Finalmente, comenzó a desacelerar. Ella sintió la tensión de las caderas de él y la reacción del bien entrenado negro. Sus brazos apretaban su cintura. — ¿Qué diablos estabas haciendo?

Escapando.

El caballo enlenteció hasta un trote. Ella había fallado.

—Fue algo estúpido lo que hiciste. Tus payasadas nos hicieron cabalgar de tal manera, que casi llevas los caballos a la ruina.

—Tú quisiste hacer una carrera. —dijo ella, pero su voz sonaba sin aliento, extraña y más vulnerable de lo que le importaba estar con un hombre como él. Entre ellos hubo solamente un momento alarmante y aterrador, con el cuerpo de él tan cerca del suyo, su crudo aroma y la humedad en el aire y en sus cuerpos, la esencia de almizcle del sudor del caballo, su tibio aliento en el oído de ella. Pudo sentir la tensión de los músculos en sus brazos y supo que él era lo suficientemente fuerte como para quebrarla.

El rostro de él se hallaba apenas a una mano de distancia del suyo. Pasó la mirada desde su cruel boca, desde la delgada línea de sus labios que se mostraban severos, desde el oscuro inicio de su barba, hasta dentro de sus ojos.

Lo que vio allí, desbocó su corazón. El deseo no era la reacción que ella anhelaba... para ninguno de los dos. Con toda la arrogancia y altivez que pudo reunir, añadió. —Simplemente te di lo que querías.

Sus labios rozaron su mejilla; la boca de él estaba tan cerca de la suya.

He llegado muy lejos, pensó... muy tarde.

—¿Lo que yo quería? He de darte, dulce Glenna... —(No había nada dulce en su voz o en su significado. —...exactamente lo que tú querías. —Su mano se movió tan rápido que ella no supo que él había sacado su sombrero hasta que lo lanzó a un lado.

Ella se quedó sin aliento.

El puño de él sujetó el grueso y trenzado cabello que ya colgaba pesadamente en su espalda; ella gritó tratando de alcanzar la trenza mientras él la giraba alrededor de su mano y la contenía apretadamente. Bajó su dura boca y la plantó, cerrándola con fuerza, sobre la suya, poseyéndola de una forma que la conmocionó y debilitó, su lengua forzaba su camino hacia adentro, explorando, demandando, robándole todo lo que podía y más.

El beso no fue lo que Glenna había creído que los besos eran, suaves y dulces toques de labios como el toque de una mariposa, y no este agobiante conflicto de lenguas y aún más salvaje conflicto de pasiones. Su sangre corrió rápidamente a su cabeza, aligerándola, ruborizó su piel y su rostro tan cálidamente que sintió desfallecer... Se derretía, en su mismísimo centro.

Desde algún lugar recóndito de su mente, escuchó a Fergus ladrar.

Él alejó su boca de la de ella. —Vete, perro. ¡Ve! ¡Échate!

Y su boca se posó de nuevo en la de ella, más suave esta vez, pero todavía ávida de hambre. Soltó su cabello y sostuvo su cabeza entre sus manos. A ella le dolía en algún profundo lugar entre sus piernas y se movió más cerca de él, su pecho rozando el suyo, y debió apretarlo más fuerte, por temor a desarmarse y romperse en mil pedazos.

Sentirse impotente, arrebatada por sentimientos que nunca tuvo y que no podía controlar, era demasiado para ella, y las lágrimas se acrecentaron en su anudada garganta y detrás de sus ojos. Entonces, su traidor cuerpo la había abandonado por completo, retorciéndose apremiante, con un sentido de desesperación, moviéndose contra el cuerpo de él, y reaccionando de todas las maneras extrañas a ella. Estaba en llamas, deseando que la tocara de un modo que nadie lo había hecho y que no sabía que podría desear, entre sus piernas, en un lugar donde antes de ahora, no había habido nada, ni siquiera una onda de necesidad.

Secretamente, se había creído inmune al romance, al apetito de una mujer por un hombre, a su roce, a la cópula.

Él tenía razón. Ella sí lo necesitaba.

Sus labios dejaron su boca para rasguear hambrientos desde su mejilla hasta su oreja, y ella gemía, deseando de nuevo su beso, deseando sentir su lengua en la suya, deseando su pasión y su sabor.

—Tú sí deseas esto. Tú me deseas a mí. —dijo una y otra vez, mientras la besaba y tocaba su cuerpo entero con sus manos errantes, sus piernas, sus brazos, sus senos y garganta, manos que, maliciosamente, sabían dónde quería ser tocada, manos que la alzaron y la giraron, y entonces él levantó las piernas de ella hasta su cintura, presionándola contra su dura longitud, balanceándola hasta que su cuerpo se derritió y comenzó a responder a su ritmo instintivamente.

A Glenna le llevó un momento darse cuenta de que él había subido su túnica por encima de su cabeza y lo notó únicamente, porque sus palabras cambiaron, de suaves y acariciantes, a maldiciones, al tratar, apasionadamente, de desatarle los lazos de las ropas que llevaba debajo.

Un momento después, escuchó el sonido del lino dividirse, cuando rasgó la tela para liberar sus senos y presionar uno hacia su cabeza inclinada para tomarlo en su boca, y su lengua jugaba de nuevo. El deseo era tan fuerte, que gritó su nombre, propagándose dentro de ella y bajó sus labios y los presionó sobre él, queriendo más, necesitando más, mucho más.

Él se deslizó de la montura, su brazo cual cepo alrededor de su cintura, la cargó—sus pies colgaban sin tocar la tierra, y él aún succionaba de ella—llevándola hacia los árboles, colocó su espalda contra un tronco y la mantuvo con su rodilla y su cuerpo. Su boca se movió a su otro seno y su mano se escurrió ahuecándola posesivamente en su entrepierna encima de sus calzas, y con un largo dedo frotó la áspera tela entre sus piernas. No se detenía, seguía una y otra vez, y ella gemía alzándose un poco con cada caricia. Cuando su seno estuvo fuera de control y su apremio era demasiado para soportarlo, tomó mano de ella y presionó la palma sobre él. Le enseñó su apetito con la mano sobre la suya, arriba y abajo, mostrándole a ella lo que él deseaba, mientras su roce y el de la áspera tela, la llevaban alto, muy alto.

Estaba cegada por las sensaciones, y aunque sus ojos estaban abiertos, no podía ver nada, y comprendió que era capaz de percibir una sola emoción: únicamente podía sentir, y volaba, remontaba como un halcón en cielos

tormentosos, y su cuerpo entero corría y corría hacia la gloria, apreciándose más ligera, como si se hallase tan alto que se haría añicos entre las estrellas.

Y sucedió.

Lyall estaba loco, completa y absolutamente loco, demente, desequilibrado por la caída que le dejó inconsciente en Steering. O bien, de algún modo, en los últimos tres días, se volvió un ser informe enfilado hacia la idiotez por su miembro. Su suave y dulce grito de éxtasis fue como un balde de agua fría para él, y trató de atrapar su superficial y jadeante respiración, todo el rato, intimidándola dolorosamente con la mirada, desde su sobrecogida —y apasionada— cara muy lavada, su brillante piel ruborizada con satisfacción por las hinchidas y dulces puntas rosadas de sus senos, hasta los relucientes e hinchados besos de sus labios.

El suave sabor de ella, el prolongado gusto del mar en su piel y el pescado ahumado en su boca estaban aún en su lengua, encaminándole secretamente hacia la demencia, y no quería nada más que tomarla de nuevo allí, contra el árbol. Su falta de control le aterrorizó. Sus manos se estremecieron ligeramente cuando retrocedió un paso y la bajó hasta que sus pies tocaron la tierra.

Sus ojos eran del color del carbón, tan oscuros, y ahora bordeados de humedad y brillantez debido al placer. La suave, dulce y desguarnecida manera en que lo miró entonces, con algo parecido al corazón en sus ojos, le tocó en un lugar que era el más vulnerable, un lugar que había escondido de todos, y que se dijo a sí mismo que no existía... no podía existir, nunca más.

Él le dio la espalda, su cerebro estaba caliente y sentía que su cabeza explotaría.

Ella debería odiarle. Necesitaba que ella le odiase. Eventualmente, lo haría. Aquello era inevitable.

Se alejó aún más y pasó la mano por su cabello, frustrado y tratando de encontrar la manera de arreglar lo que acababa de hacer, encontrar la manera de cambiar la hechizada mirada en sus ojos.

En aquel momento, la lluvia comenzó a caer fría y húmeda sobre su propia piel caliente y ruborizada. Miró al oscuro cielo, medio esperando que un rayo cayera y limpiara su negro corazón.

Pero sólo había lluvia goteando a través de los árboles.

Ella permaneció allí, inmóvil, mirándole de un modo que hizo que su orgullo de hombre casi deseara tomarla de nuevo a placer. Él estiró el brazo y la haló hasta colocarla bajo el refugio de los árboles, soltando su brazo tan rápido como si escociese, antes de retirarse aún más y alejarse de ella, poniendo una distancia más segura entre ambos.

—Glenna. —dijo con gentileza. —No debí hacerte esto a ti.

—¿Por qué?

Ceñudo, le miró. No había esperado tan franca pregunta. —¿Por qué lo hice? La verdad es que quería castigarte por desobedecerme. Quería asustarte. El beso fue... natural. Llegó sin pensar y sin razón.

Su expresión no cambió.

—No puedo explicar la manera cómo un hombre piensa, o actúa cuando la sangre hierve. Únicamente puedo decir que lo que sucedió entre nosotros hace algunos momentos, ha llegado demasiado lejos. —Hizo una pausa. —Y lo siento por ello. Lo hice yo. Fue mi error.

Permaneció tranquila por un momento, antes de reírse a carcajadas, lo que no tenía sentido. Él esperaba que ella le atacase, que le dijese lo desalmado que era.

¿Dónde estaba la tormenta que él esperaba de ella?

Por los dientes de Dios, que la mujer parecía complacida. Él comenzó a caminar de un lado al otro.

—Eres un tonto. —dijo sin crueldad y medio riendo otra vez. —No *por qué* me besaste. ¿Por qué estás rogando que te perdone?

¿Rogando? Se detuvo abruptamente y la enfrentó de nuevo. Él no rogaba, pensó lleno de orgullo. No había rogado.

Con una palabra, había puesto su hombría en juego. El silencio entre ellos subsistió por largo rato y la lluvia caía, martilleando la tierra tras ellos y comenzando a deslizarse a través de las gruesas copas de los anchos y ancestrales árboles.

¿Por qué él esperaba que ella actuase como otra mujer, fuese ésta tímida o experimentada?

¿Por qué esperaba que ella supiese de hombres, principios y reglas del amor cortés?

Ella era realmente inocente —tanto como un ladrón podía serlo, pensó con ironía— y había sido criada fuera del mundo que él conocía y donde había vivido —un mundo que le enseñó a no tener mucha fe en nada. La fe sólo traía traición y eso era mucho más fácil y más devastador.

Pero Glenna no tenía nada que ver con su pasado, mas su culpa no había acabado de carcomerle. Quizá debía rogarle.

Parada frente a él, como lo estaba, sin miedo ni modestia, desnuda hasta la cintura y enfrentándole como si estuvieran de igual a igual, era sorprendente. La verdad era que ella estaba más alta en la colina y él ya había caído en un profundo y oscuro agujero. No había nada de igual en ellos dos. El infierno era su futuro. El día en que la encontró, se había asegurado su condenación.

Su mirada fue hacia sus senos y su cuerpo se tensó aún más, le dolía la cabeza. Podría saborearla... —¡Sube tu túnica!

Ella estaba asombrada y ceñuda. —¿Por qué? —Permanecía allí tan orgullosamente desnuda, con sus hombros hacia atrás, manos sobre sus caderas, sin una pizca de modestia y, casualmente, había dado un paseo quedando frente a él; se detuvo apenas a un pie de distancia y lo observó directamente estrechando los ojos al decir. —¿No te gustan mis senos, milord?

—¡Por la sangre de Dios, Glenna, cúbrete! —Entonces hizo lo único que podía hacer para salvar su inocencia: se alejó, caminando hacia lo profundo del bosque y lejos de ella, antes de que perdiera el control y la tomase por completo.

Su cuerpo entero estaba al borde de traicionarlo. Había un constante crujido rítmico de las hojas bajo sus botas, y el chasquido de una rama pequeña sonó como un trueno en sus abiertos oídos. Pisó encima de un leño caído y se movió aún más rápido hacia la oscuridad de los árboles, con pasos largos y su respiración cada vez más difícil. Su mano ya se hallaba en sus calzas, moviéndose y buscando la liberación que necesitaba.

Cuando ya se encontraba a una distancia remota de la vista y del oído de ella, recostó su espalda de un árbol y miró hacia otro lado, con su mandíbula tensa y sus dientes apretados, la cabeza tirada hacia atrás sostenida con la dura corteza del árbol, cerró sus ojos hasta que su semilla se vertió lejos del cuerpo tibio y sumiso de ella. Pero en su mente, vio su cara tan claramente como si estuviese tallada en la parte trasera de sus párpados, y la imaginó debajo de él, con su suave y pálida piel color marfil, sus flexibles piernas junto a las suyas, y él mirando hacia abajo, a su cara y aquellos oscuros, oscuros ojos —los que tenían alguna clase de extraña y poderosa atracción, como una lanza que perforaba directamente su corazón.

Capítulo Diez

Glenna se quedó mirando el punto donde Montrose había desaparecido en el bosque. Encima de las gruesas copas de los árboles, oscuras nubes se cernían sobre ella, rozando las bajas colinas en la distancia. El aire se volvió grueso, neblinoso y repentinamente frío. La lluvia se deslizaba por las hojas y machacaba su aún ruborizado rostro. Cerró sus ojos y respiró profundamente, luego arregló su ropa y atisbó la tierra para recoger su sombrero, sacudiéndolo contra sus calzas para quitar el agua. Lo embulló en su cabeza y caminó hacia los caballos; tanto Skye como el negro se hallaban abandonados y permanecían a cierta distancia, completamente olvidados con todo lo que acababa de suceder.

¿Qué acababa de suceder? Enjugó la lluvia de su rostro.

Algo maravilloso, pensó cuando todavía estaba con la cabeza ligera y soñadora.

Hasta que Montrose le hizo sentir como si debiera avergonzarse. Lo que ella sintió no fue maravilloso. Aparentemente, fue algo terrible.

Seguramente sus toqueteos no serían pecado... un pensamiento que masticó por un momento, antes de que le diera la impresión de que algunos pecados se sentían bien, como maldecir en voz alta.

Descubrir que no era quien creía ser: una joven mujer que nunca podría sentir a un hombre en su corazón, o gozo entre sus piernas como los hombres lo sentían, era una gran revelación para ella. Verdaderamente, cuando había abierto los ojos y le había mirado, todo lo que quería hacer era extender los brazos alrededor de su cuello y decirle. —¡Gracias!

De todos los hombres, fue Lyall Robertson, el Barón Montrose, quien la hizo mujer, para luego disculparse abrumadoramente por su error.

Sus hombros cayeron por la tristeza, su corazón se hundió hasta los tobillos. Sin importar cuánto lo intentase, jamás olvidaría lo que sintió, su cuerpo entero y su mente volando hacia los cielos, flotando con las estrellas...

Las lágrimas se atragantaron en su garganta y aguijonearon sus ojos, y las enjugó con su manga y se dijo que no lloraría. Él no debía verla así, aunque la había herido profundamente, haciéndole sentir sucia y estúpida por amar lo que habían hecho.

Su mente recorrió lo sucedido, buscando respuestas, y al volverse, decidió que debía encontrar una pista de lo que él estaría haciendo en el bosque, considerando el tamaño del bulto en sus calzas cuando se había ido... ella sí tenía dos hermanos. Una rápida mirada a su regreso, y lo sabría.

Una vez, cuando Elgin tenía diez y tres, y ella era aún una cría, le había seguido hacia los establos, tratando de molestarle para que la dejase cabalgar como lo hacía a menudo y, en lugar de eso, sus movimientos furtivos y su manera de actuar sigilosa, la hicieron agacharse en la cuadra de al lado y esconderse silenciosamente. Pero los sonidos que él hacía eran curiosos y extraños, lo que la impulsó a ver de reojo. Estaba sentado en un rincón, agarrándose, y su mano se movió hasta que su semilla salió, y se volvió pequeño y se puso flojo y suave.

Ella se preguntó qué le había visto hacer, y el recuerdo de ello la perseguía. Por días, lo miró con curiosidad, algunos días pensando que le podrían crecer cuernos—por algo que Alastair dijo una vez, cuando él pensaba que ella no estaba escuchando. El parecía no haber cambiado... no era distinto...no tenía cuernos. Comprendía lo que había ocurrido —ellos criaban caballos— pero no entendía por qué.

Finalmente, no pudo quedarse ya callada y, una noche en medio de la cena, sencillamente preguntó a sus hermanos acerca de lo que había visto. Elgin se paró tan rápido, que casi volcó la mesa, balbuceando, con su cara tan roja como el atardecer, y luego Alastair se enfureció—no con ella, sino con Elgin.

Los dos se pelearon, casi hasta llegar a las manos, para finalmente, quedar frustrados. Alastair se sentó, pasando una mano por su larga cabellera roja, y le explicó con gentileza cómo funcionaba el cuerpo de un hombre, utilizando la cría de sus caballos como ejemplo. Cuando le preguntó acerca de lo que había dicho una vez —que a los hombres podían crecerle cuernos—, él se echó a reír y le dijo que eso no era verdad, sino una simple antigua historia. Luego le explicó de la manera que siempre lo había hecho acerca de la vida y la muerte, el cielo y el infierno, acerca de personas y animales —le explicó a través de historias—, todo lo que pudo acerca del pecado de Onán, un hombre al que le crecieron cuernos y, además, las viejas profecías sajonas de hombres que se volvían ciegos.

Hasta hoy, ella no había sido capaz de juntar las piezas de lo que había visto en los establos con lo que Alastair había tratado de explicarle acerca de los hombres y sus cuerpos. Ella no era hombre, ni tuvo una mujer en su hogar

para preguntar acerca de su propio cuerpo. Las mujeres tenían flujos. Los hombres no.

Naturalmente, ella asumió que los cuerpos femeninos eran diferentes de los masculinos en sus partes bajas, y que las mujeres jamás podrían tener las mismas reacciones —lo que Alastair le explicara era algo que únicamente los hombres podían hacer y sentir.

Durante la mayor parte de su vida, únicamente habían sido ellos tres, Al, El y ella, y a menudo pensaban de distintas maneras, veían los dilemas desde diferentes lados de la valla del potrero. Ella estaba convencida, mucho más por su reacción con Montrose, de que no entendía a los hombres.

Razón de más para escapar.

Su frustración y confusión no la dejaban fácilmente, ni los repentinos sentimientos de su corazón. Reunió las riendas sueltas de ambos caballos y ató a los animales más cerca, bajo el mismo refugio de árboles donde aún podían disfrutar de la hierba y beber fácilmente de un pequeño riachuelo. La lluvia les había enfriado, así que Montrose ya no podía bramar o estar furioso con ella por ‘llevar los caballos a la tierra.’

A pesar de la lluvia, ella regresó a campo abierto buscando el horizonte oriental con su mirada. Pero con la niebla y las nubes bajas atisbaba muy poco de aquello que le permitiría orientarse, y se maldijo por no aprender más acerca de la superficie de este suelo cuando ella y sus hermanos decidieron desvalijar tierra firme.

Por supuesto que sabía bien la larga lista de nombres de villas a evitar en el condado de Ross, y podía recitarlas como una canción. —Applecross, Dingwall, Suddy, Cromarty, Plockton, Garve, Kyle, Avoch, Knockbain, y Wester. —Necesitaba permanecer tan lejos de ellas como debió haberlo estado de la feria de mercaderes de Steering.

Fergus yacía a sus pies, descansando la nariz sobre sus patas y los ojos cerrados. Roncaba. Lyall volvió caminando a largos pasos de las profundidades del bosque con sus brazos llenos de leña, que lanzó al suelo frente a ella, se arrodilló y prendió un pequeño y tibio fuego. Ella le observó, riendo para sí. No había bulto en sus calzas.

Él alzó su cabeza, mirándola desde el fuego. —¿Qué es tan gracioso?

Ella se apartó y masculló. —Nada.

Sacó comida de su fardo y se la dio. —Come algo. Debemos dejar que los caballos descansen. —Echó un vistazo a Fergus. —Y tu perro. Quizá la tormenta pase.

Se echó a reír. —¿La tormenta que continúa persiguiéndonos?

Él pareció sonreír para sí mismo. —Sí. —Recostado, comió pescado y queso.

Ella tomó uno de los nabos y lo mordió, masticándolo pensativa. Observó el horizonte, donde las nubes eran casi negras. Haciendo un gesto con el nabo dijo. —Parece que la tormenta no menguará.

—Entonces tendremos una larga y fría cabalgata por delante.

—¿A dónde vamos?

—Al Priorato Beaully.

Su corazón se desbocó al escuchar el nombre. ¿Beaully? ¿No estaba eso cerca de Dingwall? ¿Estará ella a salvo?

Su mente proyectó imágenes de un cruel alguacil ataviado con una capa de lana azul oscura sujeta con dos broches en forma de hojas de oro y una tira de cuero en su mano azotaba a un pequeño y frágil muchacho hasta sangrar. El Priorato Beaully, probablemente, no se hallaría en el centro de ninguna villa, pues las abadías, monasterios y prioratos eran pueblos en sí. Decidió no insistir en la cuestión. Si hacía demasiadas preguntas, él mismo haría otras, así que comió y permaneció quieta, observándole ocasionalmente.

Cuando fue tiempo de partir, desenrolló la larga capa de lana de su fardo y lo prendió encima de su túnica con dos broches en forma de hojas que había robado a un alguacil para distraerle de la paliza que le estaba propinando a un joven muchacho campesino casi hasta matarle.

Montrose ya estaba listo en su montura. Su mirada estaba impaciente y pensativa, como si su mente estuviese a leguas de distancia. Ella re empacó su fardo con precisión, colocando cada uno de sus pocos artículos de nuevo en su lugar.

—Me gustaría partir antes del invierno.

Ella le miró con furia. —¿Me harás meter mis pertenencias de cualquier manera y que luego me tome tres veces más del tiempo necesario para encontrar lo que estoy buscando?

—Monta en tu caballo, Glenna. —dijo cansadamente.

Cabalgaron todo el día bajo la lluvia, encontrando poco refugio entre los bosques, y mientras más lejos cabalgaban, más frío hacía y más cenagoso estaba. Cuando podían, galopaban más rápido por encima de las colinas cubiertas de hierba para evitar el lodo. Hacia el norte se erguían peñascos de granito, como gigantes guardias grises de una puerta con destino a otro mundo. Hacia el sur, plomizos bosques verdes eran envueltos en una capa de nubes,

algunos árboles tan grandes y viejos que habían cobijado a jinetes pictos y nórdicos. Los riachuelos corrían por entre las rocas pareciéndose más a ríos de lo que debían haber sido apenas pocos días antes.

Una vez más, las tormentas trajeron el fin del verano. El otoño se hallaba allí ahora y lloviendo encima de ella. Estaba mojada de pies a cabeza y a pesar del clima, todo el tiempo pensó nada más que en lo que había sucedido entre ellos, sus caricias, su sabor y su boca en la suya...y en su disculpa después de eso.

Su continuo silencio la molestaba, especialmente después de que la silla le golpeteaba tanto, que hasta su trasero estaba entumecido. Debería molestarle a él también. —No te entiendo, Montrose. —dijo finalmente.

—Yo no me entiendo a mí mismo. —replicó, pareciendo conectarse con lo que ella hablaba sin ninguna explicación.

—¿Se supone que debería avergonzarme de lo que pasó entre nosotros?

—¡Por los dientes del diablo, mujer! ¿No puedes siquiera cabalgar en silencio?

—Puedo cabalgar sin hablar, milord. Elijo no hacerlo solamente porque quieres evitar mis preguntas. Estoy decepcionada, Montrose. No pensé que fueses un cobarde.

—No tragaré tu señuelo.

—¿Cuál señuelo? ¿Te hice una pregunta y ya te enfureces conmigo? Estamos en guerra porque no puedes responder una simple pregunta.

—Y allí es donde te equivocas. Esta no es una simple pregunta.

—Para mí lo es. —Dijo calmadamente.

Él desaceleró y la observó. Ella trató de esconder su herida mirando a Fergus, quien había merodeado hacia un arbusto grande. —¡No! —dijo chasqueando los dedos. —Ven.

Montrose no dijo nada por largos minutos y ella decidió que era tiempo de rendirse.

—Seguramente comprendes que no se supone que estés tan malditamente complacida acerca de lo que sucedió entre nosotros. —Sonaba disgustado.

—No. No lo comprendo. Pero tú puedes explicarme el por qué.

—¿Por qué? ¿Por qué? Sigues preguntando por qué.

—Y tú te enfureces más. Estoy pensando que debería preguntarte hasta que me respondas.

Se volvió en la silla. —¡Es mi deber no deshonrar a la hija del rey!

Su espalda se irguió. —Oh, ya veo... —Dijo amargamente. —Es mejor mantener a la hija pura. Mantén la real virginidad inmaculada, para que pueda ser vendida al mejor postor o negociada con el primer enemigo de mi padre en ofrecerle paz. ¿Yo? ¿Inmaculada? —Rio sin humor. —¿Por qué importaría? Estoy destinada a ser una vasija para el uso y placer de un hombre. La verdad es que soy, por nacimiento, nada más que la puta de un hombre.

—Glenna... —dijo con una oscura advertencia.

—¿Qué? Estoy a punto de casarme, a punto de ser vendida como un premio real, ¿y se supone que esto me haga feliz? Perdone, milord, si no bailo y grito de contento.

—Eres una mujer. —dijo tan simplemente. —Darás hijos a tu esposo, hijos e hijas. ¿No es esto el deseo de una mujer, ser protegida y cuidada, hacer nacer hijos de su cuerpo?

Y allí estaba: el propósito de la vida entera de una mujer, en un sencillo pensamiento masculino. Ella se echó a reír de nuevo. —Si, Montrose. —Dijo sin esconder su desdén por la situación. —Deseo tan fervientemente en mi corazón ser una yegua de cría.

—Quieres discutir y no seré atraído a un juego de palabras. —Espoleó al negro rápidamente y subió la colina cercana.

—Yo quiero discutir. —dijo indignadamente, luego miró con furia su espalda y le siguió, deseando poder cabalgar hacia esos altos y grises peñascos y salir a un mundo donde su apellido no fuese Canmore y sin hombres pretendiendo amarla, protegerla, guardarla o usarla.

Así que no volvieron a tocar el asunto, y entre ellos había únicamente silencio y lluvia pertinaz. Él cabalgó y cabalgó más lejos, durante más leguas de las que ella jamás cabalgó en tan infame clima. El pobre Fergus estaba empapado, con lodo en el largo y desgredado pelo de su barriga y sorbiendo sus patas. Su cabeza colgaba hacia abajo y caminaba fatigoso y valientemente hacia adelante. La lluvia se tornó en planchas que salpicaban agua y ella tenía cada vez más frío... no podía estar más mojada.

Pronto, cabalgar se volvió difícil: comenzó a parecer como si la noche nunca llegaría, pero ella continuó, en silencio, esforzándose a lo largo de ríos de agua, suave fango y lodo, el clima empeorando mientras el día llegaba a su fin. Cuando pensaba que se iba a dar por vencida y pedirle a él que parase, miró a Fergus para darse coraje, porque su perro mantenía el curso una pata tras otra sin una queja, sin un sonido.

La lluvia escurría del sombrero hacia sus manos. Las riendas se hallaban mojadas y ella se estaba acostumbrando al olor del pelo empapado del caballo que percibía cada vez que inhalaba. Se preguntó cuánto resistiría ella misma y cuánto resistiría aquel hombre y su cordura. Ella había permanecido calada durante alrededor de dos días completos.

¿Cuán lejos irían? Miró a Fergus a su lado, arrastrándose en el engrosado lodo, y finalmente, no pudo más. —Montrose —dijo, tratando de refrenar y alzar el gran sabueso frente a ella.

Montrose se detuvo. —El Priorato Beauly está tras aquella colina. —dijo. —Voy a subir a Fergus en mi caballo.

La miró durante un largo y gélido momento, desmontó, alzó a Fergus como si pesara poco y lo montó en su caballo en frente de él.

El cielo estaba oscuro y sin luna; ella apenas podía parar de temblar y sus dientes no respondían de tanto que castañeaban. Casi se durmió en la silla más veces de las que pudo contar. Sus manos se hallaban tan frías que no sentía los dedos.

Cuando, finalmente rodearon la última colina, corrieron a la entrada, y cabalgaron a través de las puertas del priorato, su cabeza golpeteaba y apenas podía ver frente a ella. Sus dientes castañeaban sin importar cuánto presionara su mandíbula, y dudaba de que sus pies aún se hallasen al final de sus piernas.

Los caballos retumbaban en el patio de piedra, donde riachuelos de agua corrían como pequeños ríos hacia abajo, a las murallas del sur. Las gruesas puertas de roble del priorato se abrieron casi de inmediato, enviando una cálida luz amarilla que se volcaba en el patio. Ella se quedó casi sin aliento. La luz significaba calor.

Dos jóvenes oblatos se apuraron a tomar los caballos, seguidos de un viejo monje vestido con las negras sotanas de su orden, llevando una llameante y alegre antorcha de junco y el afeitado círculo de su coronilla brillaba por la parpadeante luz de la antorcha.

—¡Hola! —dijo Montrose.

—¿Quién va?

—Lyall Robertson. —dijo—. ¡El Barón Montrose pide refugio durante la noche!.

—¡Entre! ¡Entre! Soy el padre Bancho, el celador. Venga adentro... el clima está infame.

Montrose desmontó con Fergus, quien se veía mejor de lo que ella se sentía.

—Venga. —repitió el padre Bancho e hizo un gesto con la mano para que le siguieran a través de las puertas abiertas, mientras uno de los oblatos tomó las riendas de Skye y la miró a ella hacia arriba, inquisitivamente con los dulces rasgos aniñados de un ángel. Él frunció el ceño y luego inclinó su cabeza ante ella y la observó.

Glenna sonrió débilmente, se dobló para desmontar y el agua se derramó de la ancha ala de su sombrero y salpicó sus ropas. Su sombrero se resbaló; cayó hacia adelante antes de que pudiera atraparlo y golpeó el piso. Sus largas trenzas rodaron, quedando colgadas hasta más allá del estribo.

Montrose giró sobre sus talones. Con la luz tras él, ella no pudo ver su cara, pero imaginó la fruncida mirada y las viles maldiciones que cruzaron su mente. Su disfraz se había perdido.

El chico miró su cabello, luego volvió a mirar su rostro, aparentemente impresionado con la revelación de que no era un muchacho, y susurró. —¿Miladi?

En aquel preciso instante, a ella le importaba un comino. Se deslizó de la montura, sólo para golpear la tierra con un salpicón y sentir que sus rodillas comenzaban a desfallecer. Estiró el brazo y asió la correa de la silla, y Montrosela tomó por un manojo de sus empapados vestidos, evitando que cayera al suelo.

De haber caído, seguramente se habría avergonzado, habría yacido en el suelo quebrada y mojada y habría estallado en llanto histérico.

Él se inclinó y preguntó quietamente. —¿Puedes caminar adentro?

—Debes liberar mis ropas, milord. —dijo con rigidez y apartó su hombro, sabiendo que hablaba con falso orgullo. Después arruinó enteramente el efecto de sus palabras, cuando se balanceó y la tibia y dorada luz ante ella creció brumosa y oscura en los bordes de su visión. —Oh no... —Levantó la mano hacia su cabeza que daba vueltas.

Él murmuró algo que ella no pudo comprender por completo y la recogió en sus brazos como si hubiese sido hecha de plumas de ganso.

—Puedo caminar. —dijo con los brazos enlazados en su cuello, pero su cuerpo se derritió en la tibieza de él. —*Puedo*. —insistió débilmente, incapaz de detener sus palabras, porque una recóndita parte de ella necesitaba resistirse a cada momento.

—Estoy seguro de que puedes tratar de caminar. —dijo con calma. —Y tendré que alzarte por los andrajos de tus ropas mientras tratas tan

orgullosamente de hacerlo. ¿Crees que, si entras por esta puerta de esa manera, tu orgullo permanecerá intacto?

¡Mierda! Tenía razón, y ella estaba demasiado cansada y helada para encontrar la voluntad o el deseo de discutir con él. Mientras Montrose la llevaba en brazos hacia adentro, ella se hallaba vagamente consciente de que el viejo monje se apuraba a su lado. —¡Fergus! —le llamó preocupada y aterrada de que le hubiesen dejado atrás. Odiaba sonar tan lastimera.

—Él está aquí. No temas. Ven, perro. —dijo Montrose con una voz que sonaba extrañamente gruesa.

—¿Qué pasa, milord? —preguntó el monje. —¿Ella se encuentra enferma?

—Mi esposa está exhausta. —dijo Montrose. Una media mentira y una media verdad. —Hemos viajado desde Marram.

—¿Por todo el condado de Ross, en un solo día?

Montrose estaba ceñudo.

—¿La hizo viajar tan lejos? ¿En la tormenta? —El tono del padre Bancho decía exactamente lo que pensaba... que Montrose era malvado y cruel al intentar cruzar tal distancia en compañía de una mujer.

A Glenna no le importaba lo que pensarán ninguno de los dos. Se hallaba sumamente cansada y sus dientes no paraban de castañear, aunque el cuerpo grande de Montrose estaba tan cerca y tan tibio. Quería meterse dentro de él.

El monje pareció recobrase. —Rápido, milord. Sígame... a la tibia sala.

Con gran esfuerzo, entreabrió los ojos, porque sentía como si él estuviese corriendo. Imágenes de paredes pasaron con velocidad, junto a piquetes de candelabros de hierro y parpadeantes velas que parecían arrojar vertiginosas sombras a lo largo del pasillo. Él estaba corriendo...fantaseaba, siguiendo al viejo monje, quien pronto abrió una ancha y crujiente puerta de roble y se hizo a un lado; ella sintió una gratificante ráfaga de aire tibio. No pudo escuchar el gemido de alivio que delató su debilidad.

—Aquí. Entre. —dijo el viejo monje—. Hay fuego y más leña. En el rincón hay camastros para los viajeros. Traeré mantas y toallas para que se sequen antes de ir a la cocina y traer comida. El agua está en el barril de aquel rincón. El hervidor para calentar está cerca del hogar. Es tarde aquí, milord, bien pasadas las Completas, y la mayoría se ha retirado a sus dormitorios y celdas. Yo estoy de guardia esta noche.

—No había planeado llegar tan tarde. —dijo Montrose con su voz profunda, que sonó a leguas lejos de ella.

Ella estaba tan cansada, e igual le llegó el pensamiento de que, si él no había planeado llegar tan tarde, ¿significaba que realmente quería viajar con mayor velocidad? Estaba demasiado cansada para estremecerse voluntariamente, pero su cuerpo parecía estar listo para estremecerse completamente por su propia voluntad.

Afortunadamente para él, ella tenía demasiado frío para hablar, discutir o crear más confusión. La tibieza en la seca alcoba era tan maravillosa, que atisbó a Fergus, yaciendo cerca del fuego y luego cerró los ojos, sintiendo los poderosos límites del sueño venir a ella. No había montura de la que caerse. No había ya el miedo de romperse el cuello. No había hombre cabalgando frente a ella como si su vida dependiera de mantener el curso. Ella no necesitaba probar que era fuerte y que podía mantener el paso... así que dejó de luchar y permitió al dulce y profundo sueño llevarla lejos.

Lyall colocó más leña en el fuego, que resplandeció y centelleó, y el calor que emanaba pronto se incrementó el triple. Cruzó hasta donde había dejado a Glenna, con sus botas chapoteando por la lluvia. Ella sonaba dormida, pero aún sus dientes castañeaban ligeramente y sus labios se hallaban descoloridos y grisáceos. Su piel, que había estado tan ruborizada de placer más temprano aquel día, se veía casi muerta de frío, y yacía enrollada en una bola protectora, rodillas en el pecho, como si tratase de buscar calor en su propio cuerpo.

Llamándose a sí mismo todos los nombres que pudo conjurar, arrastró el camastro cerca del hogar, removiéndole la mojada túnica de ella y sus calzas. Sus ropas se hallaban tan empapadas, que formaron charcos en el suelo de piedra. Su piel estaba azul, y tuvo que luchar contra sus brazos —continuaba abrazando sus piernas. Así que alejaba los brazos una y otra vez, y no pudo evitar ver que sus senos —justo allí, ante sus ojos— permanecían pequeños y apretados. Aún las puntas estaban azuladas.

No era el deseo lo que le guiaba ahora. Era el pánico. Se dio cuenta de lo que le había hecho de nuevo, pensó amargamente. Todas sus ofensas contra ella las hizo el mismo día.

Y aún la peor de ellas estaba todavía por venir.

No se atrevía a regresar y tratar de vivir consigo mismo, así que tomó una toalla de lino de una estaca de las que estaban siendo calentadas por el hogar y la frotó enérgicamente sobre sus frías y húmedas extremidades. Pero los

pensamientos de los juramentos hechos no declinaban. Podía justificar sus acciones, todos los hombres lo hacían, su madre lo había afirmado muchas veces cuando estaba extremadamente decepcionada. —Los hombres siempre pueden justificar sus acciones.

Pero entonces no pensó que las mujeres podían comprender los lazos que ataban a un hombre a su tierra.

En aquel momento, Lyall se sentía atrapado por la política de reyes y hombres; no le gustaba la trama en la que estaba envuelto.

Dunkelden... Dunkelden... Dunkelden...

Siempre en su mente, la tierra estaba allí para recordarle lo que le guiaba. Continuó frotando el cuerpo entero de Glenna y la cubrió con capas de ásperas mantas de lana, plegándolas apretadamente a su alrededor.

Por todas sus maquinaciones y planes, no había pensado en cómo ella enfrentaría el clima por el camino. Por supuesto que él estaba acostumbrado a cabalgar duramente; los caballeros eran entrenados para resistir la adversidad, el cansancio y el hambre, junto con el más extremo de los climas, fuera frío o caliente.

También arropó al perro. Cual gigante remojado en una húmeda pila de lana pura de cordero, el pobre sabueso yacía extendido cerca del hogar, como si sus piernas y su cuerpo se hubieran rendido en ese preciso punto. Los inmensos ojos de la bestia estaban cerrados. El can no estaba muerto; roncaba.

La puerta se abrió y el padre Bancho entró con una fuente de carne de carnero trinchada, pan de cebada y miel, y copas de oscuro hidromiel.

Fergus se despertó por los olores, observando el cordero en el trinche, gruñó y volvió a dormirse.

—¿Necesita algo más, milord? —preguntó el padre Bancho.

—No. —dijo Lyall y le agradeció. —Aquí. —Le dio plata. —Para sus arcas —dijo, pagando con suficientes monedas para ser nombrado benefactor y agradecido de que en esta noche ellos eran los únicos viajeros en las salas públicas.

Las abadías, monasterios y pequeños prioratos dispersados a lo largo de todas las comarcas, aceptaban peregrinos y viajeros de toda clase. Alimentaban al hambriento y curaban al enfermo. Eran refugios seguros, aún para el peor de los enemigos que vacilante arriesgaba su viaje en lo sucesivo. El poder de la iglesia era grande, y no sólo sobre las almas de los hombres.

Tras los muros de la abadía, en los salones de la buhardilla y en los escritorios, los clérigos y escribas ponían plumilla a pergaminos y escribían

manuscritos y contratos, convirtiendo tratados escritos a mano y acuerdos en algo más tangible que meras palabras entre hombres, palabras que a menudo cambiaban con el tiempo y la memoria debilitada, y con lo que, de cualquier modo, los vientos de las tierras trajesen. Más que simples casas de Dios, de educación y oración, eran villas dentro de sí, con talleres y almacenes, animales, ganado y graneros, granjas y campos de grano, jardines de vegetales y hierbas, huertos y hasta molinos si eran construidos cerca de fuentes de agua. Con frecuencia, proveían las únicas medicinas y curas disponibles a las regiones cercanas.

Un caballero y su sirviente que se detuviesen en una abadía, no generaría preguntas. ¿Pero un caballero y su dama? Las parejas nobles se quedaban, por lo general, en tierras de otros nobles, en aquellas pertenecientes a casas señoriales locales. Era demasiado tarde ahora. Él no podía regresar y asegurar su sombrero para que pasara como un muchacho. Esto era lo que había...

Movió la fuente cerca del camastro y se arrodilló al lado de Glenna. —Despierta. —dijo calmadamente, tocó su hombro y la llamó por su nombre.

Ella no respondió. La sacudió ligeramente, pero continuó durmiendo.

Él solía despertar a su hermana de esta manera: con un dedo trazaba el puente de su recta nariz, y ella la arrugaba. —Glenna, ven ahora. Despierta, dulce...

Nada otra vez.

Movió la punta de su dedo a lo largo de la dulce y suave línea de sus labios, porque se hallaba sin el poder de no hacerlo, y su boca se abrió ligeramente. Sólo su sentido y preocupación, evitaron que bajase la cabeza hasta su boca abierta y sorbiera sus dulces labios, probando y bebiendo su saciedad en ella.

—Glenna?

—Duerme. —dijo con un medio quejido, luego suspiró y sólo apretó más las mantas alrededor de su mentón. Su cara se hallaba ruborizada ahora, por el calor del fuego, y se veía al igual que esa mañana, cuando él se había aprovechado de ella.

A él no le gustaba haber perdido el control, cuando el punto había sido enseñarle quién tenía el poder. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, descansando sus manos en las rodillas. Mentirse a sí mismo, no hizo bien.

Ella lo atrajo como la más peligrosa de las sirenas —a él, un hombre chocando contra mortales rocas. Esforzarse era lo que debía hacer, no podía controlar el recio poder que ejercía sobre él, el fuego de ébano que veía

cuando miraba sus ojos, tan negros a veces, que le mantenían cautivo, a él, incapaz de moverse por temor a perder lo que había sucedido entre ellos en aquellos pocos y extrañamente atrozantes momentos, cuando fue reducido a nada más que un hombre muriendo de hambre por ella, sólo por ella.

¿Qué era aquello que lo arrastraba hacia ella sin pensar ni razonar?

Lo que fuera, estaba allí, en sus colores, en la luz y oscuridad en ella, como si tan sólo por mirarla, su corazón estuviese en guerra.

Su belleza no era el pálido y angelical encanto de Mairi, toda plateada, dorada y luz, sino un desnudo, casi estremecedor —intocable— atractivo. Prohibida para él, se hallaba esta belleza de la noche y su más oscuro penúltimo momento, y tormentoso, como las almas de los hombres perdidos que han intentado y han fallado vivir bajo el nombre de un traidor.

Ella abrió sus ojos y el mundo quedó en completo silencio. Pasó largo tiempo antes de que hablase, su voz como un susurro, sus labios tan pálidos y aún teñidos de azul. —¿Fergus?

—Está allí, dormido frente al hogar. Cuando despierte, le alimentaré. No te preocupes, él está bien. Sé que les presioné demasiado a ambos. —hizo una pausa y luego, buscando algo que decir: —¿Glenna?

—Dormir es bueno. —murmuró

—Sí, pero debes comer algo. Hay comida aquí: carne, pan y algo de hidromiel.

—¿Comida? —dijo, cerrando los ojos de nuevo. —Come tú. —Su voz se quedó dormida. —Me duelen la garganta y los oídos. Estoy demasiado cansada... —Entonces volvió a dormirse.

Sin embargo, Lyall se sentó cerca de ella, lanzando ocasionalmente leña en el fuego, observándola, esperando y pensando. No durmió por un largo, largo tiempo.

Capítulo Once

Sus gritos lo despertaron de un profundo y rígido sueño. Lyall saltó sobre sus pies y se alistó agachado en posición de ataque, su espada desenfundada y sus ojos apuntando en todas direcciones. Pero ella dormía. Aparte del resplandor del fuego, la sala se hallaba oscura y él sintió que también estaba vacía.

Su perro se hallaba sentado al lado de ella, alerta y gruñendo por lo bajo.

Envainando su espada, se irguió. No había nadie más en la sala. —¡Quieto, Fergus! —Dijo. Pero la reacción instantánea del can le confirmó que no había sido un sueño.

Con su mano libre tomó una antorcha de junco apagada de un candelero de hierro cercano, lo metió en las brasas del fuego atizado y se movió por la sala hasta donde ella se hallaba. Estaba sollozando suavemente cuando se sentó en cuclillas a su lado. Envolvió su rostro con las manos.

Tenía la cara flameante y afiebrada. En instantes, comenzó a mover su cabeza de un lado al otro. Puso una mano en su hombro y lo llamó por su nombre. Abrió los ojos y lo miró sin verlo. —¿Al? ¡Applecross, Dingwall, Suddy, Cromarty, Plockton, Garve, Kyle, Avoch, Knockbain y Wester! Ahí, Alastair. ¿Ves? Los sé de memoria. Juro que nunca más me verán por allí. Lo prometo, Al. Lo prometo... —Su voz desfalleció.

Claramente deliraba. Su frente ardía. Él se levantó y colocó la antorcha en la pared, tomó otra toalla, llenó un cuenco de madera con agua y pasó la toalla mojada por su rostro y cuello, tratando de enfriarla.

Cuando uno de los caballeros fue herido y le dio fiebre después de un torneo de invierno, le practicaron una sangría y le envolvieron en la nieve para sacar su calentura. Ese consejo para curarle provino de un criado ayudante de cámara que venía del oriente, quien estaba apegado al gran caballero inglés, Sabin Fitzwilliam. Ambos afirmaban que la medicina oriental era la más efectiva.

El afiebrado caballero se recuperó en un solo día.

De repente, alguien tocó la puerta con suavidad y ésta se abrió. El padre Bancho y otros tres monjes entraron. Uno de ellos empuñaba una espada en alto, otros dos llevaban garrotes y el otro tenía una pica, sus ojos muy abiertos y agudos cual pajes de torneo.

¿Y tocaron antes de entrar? Pensó Lyall, mirando las armas y sacudiendo su cabeza.

—Escucharon los gritos. —Pasó la mano por su cabello. —Ella me despertó gritando. Tiene fiebre. —dijo sencillamente. —La cabalgata de hoy fue muy dura para ella. Yo...

—Rezábamos los Maitines. —interrumpió el padre Bancho. —Hermano... traiga al padre Magoon. Dese prisa. —Confrontó a Lyall. —El padre Magoon es el barbero y se encarga de la enfermería. Y el padre Leviticus es el jardinero.

—¿Jardinero? —cuestionó Lyall.

—Hierbas. —Fue todo lo que dijo el padre Bancho.

Ahora lloraba débil y lastimera y cada gemido casi rompía su corazón. Rápidamente regresó a su lado y colocó más telas frías sobre su rostro.

El padre Magoon, el barbero, era un hombre alto y entró preparado trayendo una caja de madera que abrió; comenzó a examinarla quitando las mantas hasta su cintura. —No hay lesiones ni sarpullido, lo cual es bueno. —Presionó los anchos pulgares en su estómago, debajo de sus costillas, a los lados de su garganta y en las axilas. Colocó el brazo sobre su frente por largo tiempo. —Sus fiebres son fuertes y altas. Sus humores deben ser balanceados.

Alcanzó el tazón para sangría y una pequeña lanceta. Estiró el brazo de Glenna a un lado y miró a Lyall. —Venga y agarre su mano cerrando su puño. Manténgalo apretado.

Lyall hizo lo que le pidió y cerró la mano de ella, tan pequeña, que su propio puño la cubría por completo. Miró de cerca mientras el monje barbero hacía una pequeña incisión en la delgada vena azul del brazo de Glenna y con un pedernal, encendió una diminuta antorcha para calentar el tazón, sobre el cual colocó la sangrante herida girando el brazo con el fin de que la sangre, despacio, llenase el recipiente.

—Ahora el lado izquierdo. —le dijo a Lyall. —Haga lo mismo con el otro puño. —Repitió la sangría en su otro brazo. El padre Magoon llenó dos veces los tazones en cada brazo, luego demandó que le trajesen un balde de metal. Un baño rompería las fiebres, había dicho, pero parecía a Lyall que el baño la empeoraría aún más.

Entró un hombrecillo regordete con la cara tan roja como una manzana con una fuente de tazones humeantes. El hermano Leviticus dijo que debían hacerle beber las infusiones sorbo a sorbo.

—Yo lo haré. —insistió Lyall a los hombres.

El hermano Leviticus asintió y el padre Magoon salió con la promesa de regresar entre cada oración para revisar sus humores.

Ella pareció calmarse después de las infusiones y después de que Lyall colocó toallas frías sobre ella, pero pronto sus dientes castañeaban de nuevo, se retorció y peleaba al tratar de calmarla. Hubo un instante en que Lyall la aprisionó con su cuerpo para que sus brazos y puños dejaran de luchar contra él.

—¡No soy yegua de cría! —gritaba en su delirio.

—Glenna. Soy yo, Lyall.

—Bésame, Montrose. —Enlazó sus brazos alrededor del cuello de él y tiró de su cabeza hacia la de ella antes de quedar inmóvil repentinamente.

Él se apartó de ella. —Cálmate. Por favor, dulce. —le urgió con suavidad.

Luego ella lloraba otra vez, su cabeza zigzagueaba adelante y atrás, repitiendo cosas que le había dicho, y Fergus se sentó en sus cuartos traseros mirándola de cerca.

—¡Estoy robando su caballo! ¡No tengo hermanos! Odio al rey... ¡Oh El! Mi perro viene o yo no iré. ¡Para de perder el tiempo! ¿Por qué ruegas perdón? ¡No me casaré con un vikingo! ¡No lo hare!

Su fiebre se incrementó y el hermano Leviticus probó con cada remedio que tenía, desde agua fría de regaliz hasta masajes con menta en la frente. El prior la visitó dos veces para rogar por ella y el jardinero trajo té de corteza de sauce, caldo de carne y finalmente, vinagre para bañar su ardiente piel.

Por fin se silenció; su delirio parecía controlado, no obstante, se hallaba demasiado quieta y Lyall la revisó dos veces para constatar que aún respiraba. Se sentó a su lado por tanto tiempo que sus piernas se agarrotaron. Pero su mente se llenó con pensamientos de culpa. El tiempo pasó mientras él la observaba y se preguntaba si su alma estaría completamente perdida.

Más tarde en el día, se había aquietado tanto, que se inclinó sobre ella para escuchar su respiración. Estaba muriendo o estaba casi muerta por su culpa y pensó que había caído tan bajo que merecía ser azotado. La tibieza del aliento en su rostro lo hicieron respirar profundamente y cerró los ojos aliviado, agradeciendo a Dios, en quien había dejado de creer hacía mucho.

Entonces, ella le propinó un fuerte puñetazo en la boca.

Él refunfuñó, maldijo y probó la sal de la sangre. Podía parecer débil y delirante, pero tenía plena fuerza en su maldito puño. Dio vueltas en la cama y se giró de nuevo y él la contuvo hasta que finalmente se calmó, y se sentó allí

por un largo, largo tiempo, tomándola en sus brazos y observándola, preguntándose si cada respiración sería la última.

—Glenna... soy un tonto. —finalmente lo admitió ante ella y ajustó la manta otra vez. Se levantó y cruzó la habitación, retorció otra toalla y regresó para colocarla en su frente.

Ella se movió tan rápido como una serpiente, agarró un puñado de sus ropas y le haló con fuerza. Él cayó encima de ella con un gruñido y rápidamente trató de levantarse, temeroso de aplastarla. Entonces, comenzó a luchar contra él de nuevo, gritando y pateándole encima de ella.

El prior llegó apurado, seguido de tres monjes, mientras Lyall la mantenía apretada. Se quedaron en la entrada alineados observándole, con sus caras serias y el prior le dio una fuerte y sentenciosa mirada.

Él miró hacia abajo, a su postura y a ella aún luchando contra él. Debió parecer como si la estuviera violando. Lyall se paró con rapidez, avergonzado y pasando las manos por su cabello, se disculpó. —No ha mejorado.

—Las mujeres no son como los caballeros, milord. No pueden cabalgar por horas bajo la lluvia. —dijo el prior, mirando directo a sus ojos. Cruzó el salón y observó a Glenna, quien se hallaba calmada de nuevo.

—Debemos rezar otra vez, milord, por su pobre esposa enferma. —dijo uno de los monjes amablemente con el rosario en las manos mientras comenzaba a recitar oraciones.

—¡No soy su esposa! —gritó Glenna tan alto que podrían haberla escuchado en Inverness.

El prior, quien se había unido a la oración, se detuvo e inmediatamente retrocedió. —¿Qué es esto?

—Es la fiebre que habla, padre. —dijo Lyall arrodillándose rápidamente y luchando con las repentinas sacudidas de sus manos.

—No soy más que una puta. —dijo clara y tristemente; sus ojos se abrieron de pronto, pero Lyall sabía que no lo veían. Aún ella no se hallaba lúcida. —Soy una puta.

El prior repensaba claramente su oración. —¿Es cierto lo que dice?

—¡Soy una puta! —gritó de nuevo.

—No sabe lo que dice. —dijo Lyall firmemente.

—Este es un lugar de Dios. —advirtió el prior. —¿Es ella su esposa?

—Como le dije, es la fiebre que habla.

—No me ha respondido, milord. ¿No afirmó usted al padre Bancho que esta mujer es su esposa?

—Sí. —dijo Lyall tratando de evitar la verdad, o peor aún, la mentira que podía causar más problemas de los que causaría la verdad. No podía decir a nadie quién era. —Ella es mi Lady Montrose. —mintió astutamente.

El prior se acercó ceñudo. —Sin embargo su esposa no lleva anillo como prueba del lazo entre ustedes.

—Perdió su anillo. —mintió Lyall de nuevo, tomando sus puños mientras Glenna trataba de golpearle.

—¿Por qué vestía ropas de muchacho cuando llegaron aquí? ¿Su esposa no viajaría libremente con usted... sin ninguna necesidad de esconder quién es? Y ¿por qué se quedan ambos aquí, en el priorato y no en una de las casas nobles donde usted, milord y su esposa serían bienvenidos?

Lyall sintió que se hundía profundamente dentro del hoyo que él mismo había cavado. —¿Usted duda de mi palabra, cuando estoy tratando de mantenerla viva? —Bramó Lyall buscando ruido e intimidación.

—Usted viaja sin guardias o sirvientes, milord. —dijo el prior con calma claramente determinado a encontrar la verdad. —Es mi deber cuestionarle como prior aquí en Beaulieu y como siervo de Dios.

Lyall se dio por vencido. —¡Ella es mi esposa! —Siempre que lo declare con el título de Barón Montrose, pensó Lyall, no habrá lazo legal. No puede haber compromiso obligatorio de casamiento. —Yo, Barón Montrose, declaro a todos los aquí presentes, que ella es mi esposa.

El prior, sabiamente se volvió a otro monje. —Vaya a buscar sus plumas y pergaminos, padre. Escribirá los documentos inmediatamente y milord podrá marcarlos como prueba. Veo que lleva su anillo de sello.

Lyall quería bramar en voz alta. Este era su propio anillo, no el de Montrose.

Cuando el escriba regresó, los gritos y febriles movimientos de Glenna se habían detenido y dormía tranquila en el camastro. El prior había estado ocupándose de reunir a los treinta y cinco monjes para llevarles al salón.

Lyall tuvo que hacer su declaración. —Yo, Barón Montrose de Rossie...

—Lyall Robertson. —dijo voluntariamente y con alegría el padre Bancho. —Su apellido será mejor, milord. Usted afirmó ser Lyall Robertson cuando estaba a las puertas. ¿Posee otros nombres, milord?

Nunca en su vida había deseado asesinar a un hombre de Dios... hasta aquel momento.

Alineados como fichas en un tablero de juegos, los monjes le observaban expectantes; una sala llena de monjes, con sus esmeradas coronillas afeitadas

y vistiendo sus sencillos hábitos oscuros, anchas capuchas y cinturones de cuerda con rosarios, algunos con crucifijos que colgaban en cadenas alrededor de sus cuellos y sus manos sujetas ante ellos, exceptuando al escriba, quien se inclinaba sobre una mesa de caballete de roble escribiendo rápidamente con su pluma entintada haciendo rasposos ruidos sobre el pergamino. Alzó la mirada con la pluma en el aire.

—Estamos esperando, milord. —dijo el prior.

—Yo, Lyall Ewan Donald Robertson, Barón Montrose. —dijo sus nombres, pero mintió acerca del título, así que aún tenía la esperanza de que aquella otra mentira pudiese evitar que el documento le atase a Glenna. — Declaro como mi esposa a Glenna, mi Lady Montrose.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó el escriba sin alzar la mirada de su labor.

—Robertson. —dijo el buen padre Bancho.

—Gordon. —dijo Lyall al mismo tiempo.

—¿Lyall? —dijo Glenna débilmente, abriendo sus ojos con claridad y sentándose, sujetando las mantas apretadamente para cubrirse y observando a todos los monjes rodeándoles.

Él se volvió. —¡Estás despierta! —su alegría en aquel momento era inexplicable. Se hallaba indescriptiblemente superado por la urgencia de cruzar la sala y abrazarla con fuerza. En lugar de ello, se movió con cautela, tocó su frente y deslizó su mano gentilmente hacia su mejilla.

Tenía la cabeza ligeramente inclinada y la mirada perpleja y desorientada.

—Tu fiebre se ha ido. —dijo roncamente.

—¿Qué le sucedió a tu boca?

—¿A mi boca? —Lyall alzó su mano hasta sus labios que estaban hinchados y dolorosos al tacto.

—Miladi. —dijo el prior acercándose. —¿Es este hombre su esposo?

Ella le echó un vistazo a Lyall, pero él no se atrevió a mover su cabeza. Trató de comunicarse con sus ojos.

—Sí. —dijo malinterpretándolo y coincidiendo rápidamente, luego agregó.

—Soy Lady Montrose. —Glenna lo miró con el ceño fruncido, frotó su cara y miró en derredor. —¿Qué está haciendo él?

—Simplemente documentamos que ustedes son en verdad, marido y mujer. —dijo el prior. —Hubo algunos malos entendidos y usted se hallaba muy enferma para preguntarle. Un pequeño error, pero todo está bien ahora que

usted ha despertado. Por favor, díganos sus apellidos. —Dijo, y con un movimiento de la mano, añadió. —Para el escriba.

—¿Mis apellidos? —Frunció el ceño pensativa y Lyall supo que sus pensamientos viajaban sin rumbo. —Solía ser Glenna Gordon. —dijo espontáneamente, luego miró hacia arriba. —Pero mi nombre correcto ahora es...

Lyall trató de guiñarle un ojo, pero ella no le miraba.

—Robertson. —interrumpió de nuevo Bancho. —Está casada con milord.

—Gord... —comenzó Lyall.

—Canmore. —corrigió Glenna al mismo tiempo, y los monjes en la sala comenzaron un silente murmullo entre ellos. La mirada en su rostro mostraba que se daba cuenta de lo que acababa de decir y que había cometido un grave error.

Era un error que él asumiría y que debía arreglar. —Espere. —Se levantó con rapidez echándose a reír como si hubiese sido una broma. —Sí. Es el mismo apellido, pero no están relacionados por sangre. Mi señora esposa es apenas una prima por casamiento, se lo puedo asegurar.

—Oh, ¿Pensaba en el rey? —Rio Glenna con suavidad, rápidamente entendiendo la historia. —Es verdad. Somos primos. Primos distantes. —dijo con firmeza —sus mentiras corrían incómodamente verdaderas— luego, añadió una broma: —Pero por uniones familiares y... —sonrió al prior con una mirada que probaba que sus mentiras eran iguales a su latrocinio. —por vasta distancia... —Hizo una pausa y dijo con una sonrisa—, ¿no se halla nuestro rey en el exilio?

Un instante después, todos los monjes rieron con la broma.

—Glenna Gordon Canmore Robertson. —repitió el escriba, despacio mientras escribía encorvado sobre su tarro de tinta y su mesa de escribir.

Ella miraba al escriba como si temiese mirar a otro lado. Aún se hallaba pálida y Lyall deseó que estuviesen a solas.

El prior se inclinó y tomó sus manos entre las de él. —De veras que ha estado usted muy enferma. Debería descansar, mi querida señora. —Liberó sus manos y se irguió girando hacia Lyall. —Venga, milord. El escriba está listo para usted. Puede poner su marca en los papeles. —Y dirigiéndose a los monjes añadió. —Todos ustedes servirán como testigos.

Lyall observó su anillo, no el del barón, y no se atrevió a mirar a Glenna. Una horca imaginaria acababa de apretarse en su cuello. Por dentro, se ahogaba.

El prior permaneció encima de él mientras presionaba su sello en cada pergamino. —Mantendremos los grabados aquí, con todos los documentos de nacimientos, muertes y casamiento. —Aseguró el prior y Lyall comprendió que había tanto amenaza como promesa en su tono.

A diferencia del padre Bancho, no había dulzura en el prior. El hombre era demasiado agudo. Todos los monjes le rodeaban como presagiosos cuervos que se posaban sobre el árbol del ahorcado.

Lyall escondió su preocupación y prosiguió alegremente su mascarada hasta el final. —Es muy reconfortante saberlo. —dijo sencillamente. Mantuvo su mirada encapuchada, incapaz de ver a Glenna, mirando hacia abajo, a los documentos que yacían frente a él, sabiendo que deseaba quemarlos hasta las cenizas.

Capítulo Doce

Donnald Ramsey, Barón Montrose, Lord de Rossie, Mar, Brechin y Kirriemur, cabalgó la última colina, flanqueado por sus caballeros y hombres de armas con el pendón de la casa de Ramsey ondeando en los frescos vientos isleños enfriados por la lluvia. Debajo de él, se hallaba una cabaña de piedra con techo de césped construida a un lado del terreno y se veía solitaria y extrañamente pacífica, considerando las conspiraciones y escaramuzas que ensombrecían la tierra firme.

Su primer pensamiento fue que Sutherland había hecho lo correcto al guardar a la niña en aquellas tierras estériles y desconocidas para garantizar su seguridad. El aguacero de ayer había parado y el sol había evaporado la lluvia. El barco atracó en la isla a la luz de una mañana clara y su cabalgata resultó veloz a través de las pendientes y cuevas de la isla porque las leguas de brezal y páramos absorbieron las aguas, y sólo se toparon ocasionalmente con algún lodo suave que los retrasase. Él prefería el lodo, pues al cabalgar varios días en una nube de polvo, éste se desviaba hacia la nariz, apretaba el pecho y dificultaba la respiración.

En la lejana distancia, y a la vez cercanos, los mares eran una niebla púrpura —y más allá, se hallaban los bordes desconocidos del mundo. Aledaños a la cabaña habían caballos brincando en un potrero y un establo de piedra y tablón, también con techo de césped verde brillante que parecía embeberse en la ladera de la colina que serpenteaba encima.

La figura de un hombre joven aferrando una horqueta, corrió hacia la pendiente desde el potrero y otro, más alto que el primero, llegó de un lado de la casa, cuando Ramsey y sus hombres se acercaban, y al verles aproximarse, el hombre alzó un hacha de madera y se plantó con los pies separados.

Ramsey no estaba seguro de lo que ambos pensaban que podían hacer con una horqueta y un hacha de madera, al contraponerse frente a una veintena de caballeros entrenados y dos veces más hombres de armas. Divertido, levantó una mano al refrenar las riendas a apenas una vara de distancia de la puerta de la cabaña.

El hombre joven del prado se detuvo al lado del otro, jadeante. Claramente eran hermanos; sus rostros eran el mismo, ambos con afilada nariz

parecida al halcón y hoyuelos en sus cuadrados mentones. Sólo sus cabellos y estaturas les distinguían.

—Baja la horquilla. —le dijo Ramsey. —Nadie les hará daño.

—Si no quiere hacernos daño, entonces no hay necesidad de bajar la horquilla. —dijo con rebeldía.

El caballero y los hombres de armas objetaron y hubo un repiquetear de armas desenvainadas y desplazamiento de monturas a posiciones defensivas.

—Tranquilo, El. —dijo el alto de cabello rojizo y se puso en frente de su hermano, atisbándoles con inquietud.

—He venido a hablar con Sir Hume Gordon.

—Soy Alastair Gordon y mi hermano menor, Elgin. Nuestro padre está muerto, milord. —Dijo bajando su arma.

—Alto. —ordenó Ramsey calmadamente, y volviendo hacia los Gordon. —¿Cuándo?

—¿Por qué importaría? —preguntó Elgin Gordon.

—¿Dónde está Glenna? —Replicó Ramsey. Su nombre rompió el aire. En el silencio revelador, los hermanos intercambiaron miradas incómodas. Ramsey podía oler los problemas como se huele el pescado malo.

—Se ha ido. —le dijo Alastair Gordon.

—¿Se ha ido? —Ramsey hizo una pausa significativa. —¿A qué te refieres con que se ha ido? —Sin esperar una respuesta, se volvió a sus hombres. —Busquen dentro de la casa, en el establo y en el potrero.

—Ha dicho la verdad. Ella no está aquí. —dijo Elgin enfadado.

—Detente, El. —Su hermano le empujó detrás de él y dijo con dureza. —Baja la horquilla.

—Por órdenes del rey, estoy aquí para tomar custodia de Glenna Canmore y proveerle escolta segura hasta Rossie, donde estará bajo protección y guarda constantes. Hay preocupación de que los enemigos de su padre se hallen al tanto de su existencia. Soy el Barón Montrose.

—¡Usted miente! —gritó Elgin, tontamente alzando la horquilla.

Los hombres respondieron y, de repente, se acercaron en círculo, rodeándole, mientras otros se precipitaban sobre Elgin Gordon desarmándole y manteniendo cautivos a ambos hermanos.

—¡El Barón Montrose se la llevó! —dijo Elgin.

—Lo dudo. —dijo Ramsey irónicamente. —Ya que yo soy el Barón Montrose y claramente no la tengo. Mis hombres visten mis emblemas. Por consiguiente, son mis pendones los que ondean. Noten mi escudo.

—¡Él tenía el mismo escudo!

Los hombres le llevaron ante Ramsey para que pudiese interrogarle.

—No está aquí, milord.

—Él estaba solo. —dijo Elgin.

A pesar de la mirada que intercambiaron, percibió que los Gordon no mintieron para protegerla, como lo había pensado. Un sentimiento de zozobra golpeó su estómago. —¿Solo? —¿No tenía hombres ni guardias? ¿No lo encontraron sospechoso? —Rápidamente se hizo evidente que estos hombres que vivían en un lugar tan distante, conocían muy poco acerca de la forma de hacer las cosas.

—Tenía órdenes del rey por escrito y afirmaba ser el Barón Montrose. —dijo Alastair a la defensiva. —Puedo mostrarle los papeles que me dejó.

Ramsey se había marchado del castillo sin los papeles al no poder encontrarlos. Tenía más de cinco escudos, todos almacenados en las armerías de Rossie. Tontamente, no se había preocupado por los papeles.

—Era alto. —continuó Alastair Gordon. —Con cabello claro...

—Y un caballo negro —terminó Ramsey con los dientes apretados.

—Sí.

En aquel momento, deseó estar a un palmo de su hijastro. Su rabia era una cosa viviente dentro de sí y su visión se volvió roja. Su caballo retrocedió porque sus manos apretaron las riendas. Casi se echó a reír por la amarga ironía. Lyall. Nadie sabía dónde estaba Glenna, más que un puñado de hombres, y su hijastro no era uno de ellos.

—¿Cuándo se marcharon?

—Hace cuatro días.

Pensar que creía que esto sería un simple mandado, a pesar del número de hombres que trajo con él y la palabra de proteccionismo del rey. Así le había dicho a Beitris la mañana que dejaron Rossie. —Voy a hacer un simple mandado. No debes preocuparte. —le dijo. Ahora tenía cosas qué decirle, preguntas qué hacer y la preocupación sería lo último que sintiera. ¿Qué cosa, en el nombre de Dios, estaría tramando ahora?

—¿Quién es él? —Alastair le miraba, claramente preocupado por Glenna.

—¿Por qué se la llevó?

—Es mi hijastro. Lyall Robertson. —No respondió la otra pregunta.

—¿Le hará daño? —preguntó Elgin.

—No. No se preocupen. Los encontraré y me aseguraré de que esté a salvo. —Ramsey se volvió a sus hombres. —Debemos cabalgar ahora para

llegar con la marea nocturna. —Y sin otra palabra, se marcharon.

Alastair y Elgin Gordon permanecieron allí, incapaces de moverse. —¿Qué le hemos hecho? —preguntó Elgin.

—Nada que no podamos arreglar. Busca los caballos, rápido, y yo iré por provisiones. Cabalgaremos al lado nórdico. Oskar regresará y cuidará de los caballos; uno de los barcos de su padre nos llevará por el estuario sin preocuparnos de las mareas. No esperaremos a que el Barón Montrose la salve. Estaremos muy por delante de ellos. Ella es nuestra hermana y nos necesita.

Lavanda seca y hojas de salvia flotaban en el agua de baño, que ahora se había entibiado, después de sentarse en la tina de madera por tanto tiempo. No había frío en el aire. Un quemador de carbón cercano calentaba la pequeña sala tanto como si se bañase bajo el sol, algo que siempre hacía en casa durante el verano.

Inclinó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos apretadamente. Con cada imagen fugaz de la isla, aquellas horribles lágrimas suyas de debilidad escocían una vez más sus pupilas. Deseaba que se alejaran. Pero en su mente se hallaban sus hermanos, nada más que pequeñas figuras marrones saludándola con la mano mientras permanecían parados tan lejos, abajo en las ondulantes colinas, al lado de su casa de piedra, con el prado mirando al norte, potros jugando y caballos pastando tranquilos bajo un gigante cielo despejado y azul. Podía oler el brezo. Olía el heno y los terrosos aromas del establo, animales, granos y alimento y los aromas del hogar: los faisanes de El rostizándose al fuego en el asador y Al abriendo las cajas de especias con llaves de latón y midiendo cuidadosamente el cardamomo y la canela con un jarro de hierro para hidromiel.

Sollozó de todos modos y cubrió su rostro con las manos. Echaba de menos a El y a Al. Extrañaba todo lo que había conocido. También extrañaba las mentiras en las que había vivido. Entonces pensó, mientras tomaba una profunda respiración que agitó su pecho, que no le importaban las mentiras. Aquellas mentiras habían sido su vida. Ahora nada era conocido. Nada era seguro.

Con el dorso de la mano, se enjugó las lágrimas, se limpió la nariz y salpicó agua en su cabeza caliente. Se sentó allí, quieta, mientras esperaba a

que todo pasara. Los días pasados se sentían como si hubiese vivido un año.

Aunque había dormido bastante, todavía se sentía malhumorada y quisquillosa. No había visto a Montrose más que una vez, cuando él la creyó dormida y se había parado a su lado, mirándola en silencio. No se atrevió a abrir los ojos porque, para ella, él era un enigma.

Continuó salpicando agua en las mejillas calientes y en sus ardientes ojos, temerosa de lo que todo esto significaba, hasta que su rostro estuvo tan mojado, que el agua corrió, goteó por la clavícula y cayó ruidosamente en la tina de baño. Al menos ahora, ya no podía decir que el agua tibia proviniese de las lágrimas.

Se enderezó e irguió su espalda. Si iba a salvarse, necesitaba tener coraje y no ser una debilucha, sollozando por algo que no podría volver a tener. Rebuscó en la mente para encontrar algún sentimiento de rabia hacia Al y trató de hacer aparecer todo lo que había advertido en los últimos días —las fuertes sensaciones de vergüenza por cuanto le habían tomado el pelo, poniéndola en ridículo, y por el rey, su padre y todo lo que haría con ella.

Respiró largo y profundo varias veces y se hundió en el agua. Flotando arriba y a su alrededor, se hallaba el dulce olor de las flores y hierbas de verano. Se restregó el cabello y la cabeza vigorosamente con la bola de jabón, hizo una pausa y lo levantó hasta su nariz; olía a miel silvestre y almendras y había sido un regalo del tímido monje francés, quien se llevó la fuente con comida, le dijo que había preparado un baño para ella y la guio a la sala de baño, charlando en una extraña mezcla de gaélico, inglés sajón y francés. Dijo que hacían jabón allí en la abadía, mucho jabón, y no únicamente una recia lejía para limpiar, sino jabones con esencia vendidos en los mercados. Este jabón, le dijo, era el favorito de la casa real de Flemish y había sido comprado una vez por Lady Margaret Pembroke para la reina Eleanor.

Nobleza... ¿Acaso su padre compró jabón en esta abadía? Podría estar utilizando el mismo jabón que su padre usaba. Esto la detuvo.

Puso el jabón a un lado y se deslizó bajo el agua, frotando los residuos en su cráneo jabonoso y resurgió con una bocanada, sólo para hundirse de nuevo sostenida contra el borde de la tina, donde cerró los ojos. Pronto las campanas de la capilla repicaron los maitines, dulces sonidos cual música de ángeles, tocando a través de los pasillos de piedra de la abadía y hacia afuera de sus muros de bahareque. En la distancia, los monjes recitaban sus oraciones, casi pareciendo canciones, y mentalmente, ella comenzó a recitar sus propias palabras: *Soy dueña de mi propio destino... Soy dueña de mi propio destino...*

El agua ya estaba fría en el instante en que las voces de los monjes se detuvieron. Fuera de la tina, tomó una toalla fresca de lino de una estaca cerca del quemador y comenzó a secarse. Próximo a las toallas se hallaban sus ropas —todas sus ropas— limpias: calzas, bragas, túnicas, capucha, camisa, e incluso su vestido, ordenadamente dobladas, con trocitos de lavanda seca espolvoreados entre los delicados dobleces.

Ninguna mancha de comida, bebida o polvo, ni siquiera una pizca de ceniza o mugre, tampoco una minúscula rotura o desgarré había en el vestido verde oscuro que sostenía sobre su cuerpo; miró hacia abajo y vio que el desigual borde había sido meticulosamente hilvanado con lo que parecían puntadas invisibles. Recogió el dobladillo y lo estudió pensativamente.

Se mordió el labio sintiéndose de alguna manera encantada. Le llegó un extraño pensamiento de que este era un lugar mágico, donde las campanas de completas, maitines y primas tocaban música de los cielos y cosas buenas y perfectas, como baños llenos de flores y ropas limpias y olorosas, simplemente aparecían.

Antes de que el pensamiento la hubiese abandonado, la puerta de madera se abrió y Montrose entró, silbando una tonadilla brillante y lanzando casualmente una bola de jabón amarillo de azafrán. Él volteó, la miró y se congeló en medio de la tonada y dejó morir el sonido en sus labios, que todavía se hallaban separados y ligeramente hinchados de un lado. Ella pudo leer un repentino calor de emoción en sus ojos.

En aquel instante de sorpresa completamente silencioso, la puerta se cerró tras él con un chasquido y ella olvidó respirar. El sedoso vestido de terciopelo se deslizó de sus brazos cual agua jabonosa.

Su rostro cambió en tan sólo un latido. Su bronceada piel poco a poco se sonrojó hasta los huesos de las mejillas, mientras su vista intentaba vagabundear por encima de ella, sobre su cuerpo hasta los tobillos, que ella enrolló permaneciendo allí parada, sintiéndose incómoda y confundida ante tal mirada. La expresión de su rostro se tornó plena de significado y emoción extraña, y parecía estar obligado por alguna locura, a mirarla de aquella manera, como si ella fuese la respuesta a todas las preguntas del mundo... como si a través de ella, él estuviese de algún modo, salvado.

Cuán deslumbrantes son este tipo de cosas que suceden entre un hombre y una mujer. Ella le devolvió la mirada con la cabeza ligeramente ladeada, adivinando lo que aquella inspección podría significar realmente. Lo que ella

vio era sencillo: él no quería mirarla de aquel modo. Claramente, estaba luchando en silencio en algún oscuro lugar dentro de sí.

Como chispas en los bordes azules flameantes de un fuego, sus ojos se oscurecieron intensos y hambrientos. Los hombros se hundieron como si se hubiese abandonado o dado por vencido. —Por Dios en los cielos Glenna... eres la mujer más hermosa que haya visto.

Aunque ella escuchó sus palabras, más que eso, las sintió en su corazón y en su mero centro. Su reacción fue derretirse de nuevo, como lo había hecho en aquel árbol en los bosques. ¿Qué era esto que había entre ellos? Él no la había tocado o besado y ella ya ardía, ¿sólo con aquellas palabras? ¿Qué era esta tremendamente aterradora y persuasiva cosa que no controlaba y que venía hacia ella sin invitación y sin aviso? Comprendía la violencia del odio, pero no comprendía la violencia del amor.

Temerosa, se las arregló para recoger el vestido y cubrirse. Al envolverlo alrededor de su cuerpo, creyó haberle escuchado susurrar. —No...

Cuando reunió el valor para mirarle, él se hallaba observando el piso de piedra.

¿Acaso le volvió a faltar la vergüenza? —¿Lyall? —se atrevió a hablar y para ella, su voz apenas fue perceptible.

Él no respondió ni la miró, sino que se volvió y pasó la mano por su cabello. Tomó un puñado de toallas y la dejó sin nada que ver, más que la puerta cerrada.

Las oscuras sombras del establo escondían a Lyall de la vista y se preguntó por qué hacía esto, por qué la deseaba. Permaneció tras la entrada en un lugar donde sabía que ella no podría verle. Se hallaba sentada en un banco grande de piedra en medio del jardín de la abadía, peinando su largo cabello húmedo y secándolo en el aire tibio de la tarde. Su cabellera relucía como el ónix bajo la luz del sol. Con una mano apoyada en el banco, se inclinó ligeramente recorriendo con un peine grueso de marfil de narval, todo el camino hasta las puntas derramadas sobre el banco.

Él se recostó de la pared del establo, cruzando los brazos y jurando no moverse. La visión le pertenecía. Antes, cuando había formado parte de un circuito de torneo, tomó a una mujer por poco tiempo, su mujer, en lugar de una de las putas del ejército que eran también parte de los torneos como los

mismos juegos. Los caballeros perfeccionaban sus habilidades en los juegos, cambiaban la suerte de sus vidas, celebraban las victorias y curaban sus orgullos por las pérdidas con putas y con vino.

Ella era viuda y lo suficientemente independiente para hacer de Lyall su elección, tanto como ella lo era de él. Entró en su tienda una noche y la encontró en aprietos con un peine enredado en su cabello húmedo enmarañado. Él trabajó arduo para sacar los rizos embrollados de los dientes del peine, antes de continuar recorriendo su cabellera larga, mirando cómo se ondulaba y comenzando a brillar mientras se secaba, para finalmente, enterrar el rostro en su aroma límpido de pétalos.

Peinar su cabello se volvió un ritual —preludio del coito— tan fuerte y poderosamente cautivador como sus palpos en la piel y los gemidos de placer contra sus bocas. Su cabello era tan pálido como la luz del sol y de la luna juntos, oro y plata, mil hilos de diferentes colores; pero nada como el de Glenna— aquella oscuridad de media noche, negro, negro y más negro, incluso que el pelambre más oscuro de su grandioso caballo, más negro que una rara noche sin luna, cabello, que ahora relucía tan brillante mientras sentada, peinaba bajo la refulgente luz del sol y hablaba con los monjes que trabajaban arrodillados en el solar del jardín.

Continuó observándola hasta que su estallido de honesta risa le hizo desviar la mirada. Cuando su mujer lo dejó, le dijo que necesitaba regresar a casa. Más tarde escuchó que le había dejado por otro caballero dispuesto a casarse con ella. Le había mentado con tanta facilidad como Glenna lo había hecho con el prior. No amaba a su viuda y nunca comprendió por qué había sentido la necesidad de mentirle. Nunca supo si estaba irritado porque le había abandonado, o porque creyó que estaba tan enamorado que tuvo que mentirle.

La mayoría de los caballeros que conocía creían que la mujer mentía, que era su naturaleza confundir a los hombres, creer en ellas, no podía ayudarles, pues todas descendían de Eva. Pero las mujeres que él había conocido, su madre y Mairi, le hablaban con brutal verdad, las más de las veces, martillándole como el mejor de los combates caballerescos —le golpeaban entre los ojos. De lo que había observado, su madre y hermana eran como esas raras perlas provenientes de los retorcidos moluscos negros que se encontraban a lo largo del río Tay.

Se enfocó en Glenna charlando con el monje, sintió toda esa urgencia que no quería sentir y pensó que estaba destinado a que una mujer le robase su

sano juicio; una mujer a quien necesitaba usar y olvidar. ¿Por qué sucedía aquello?

Su condenación debió haber deseado comenzar con ella —o con sus propias mentiras y engaños—. No se atrevía a lanzar la primera piedra, teniendo tantos pecados propios. Después de los pocos días que habían pasado... quizá, pensó, la verdad estaba sobrevalorada. La miraba riendo con el monje. Había una extraña clase de satisfacción en decir una buena mentira.

De repente, su paz se alejó cuando el muchacho del establo llegó medio arrastrando al gran sabueso terco de Glenna, tirado por una correa de cuero. —Lo encontré, milord, ven Fergus, ven. —dijo el muchacho resplandeciente. —Se escondía en el viñedo, pero le hice salir con un trozo de cerdo salado.

El perro le miró con apesadumbrados ojos blancos y oscuros, casi de súplica, inclinando su cuello para roer la correa de cuero.

¿Acaso el maldito sabueso sabía, de algún modo, lo que Lyall planeaba? De seguro el animal no entendía palabras como baño, agua y jabón.

—Buen muchacho. —Tomó la correa de cuero de las manos del niño y envolvió su mano con ella.

El chico sacó un pequeño tarro de barro de su bolsillo. —Esto es para usted, milord.

Lyall asió el tarro.

—Ungüento para el labio amoratado. —dijo el muchacho.

Lyall observó el tarro.

—Siempre me funciona, milord.

—¿Te golpean aquí?

—No. No aquí. Debí decir que funcionaba para mí... antes. Estoy a salvo aquí. —dijo con una sonrisa que probaba que era verdad. —Ya no necesito unguento para moretones, golpizas, ojos morados y labios hinchados.

Oh muchacho, si tuvieses unguento para mi corazón ennegrecido. Sacó una moneda y la lanzó al muchacho. —Tráeme algo más de agua del barril y luego puedes irte.

El chico corrió como el estallido de un potrillo joven y Lyall se preguntó cuándo él había dejado de tener tal vigor. Observó su cabello rojo enmarañado desaparecer de su vista y pensó que, quizá, había dejado aquella ligereza que una vez tuvo en Dunkelden, hacía mucho tiempo, cuando se había vuelto tan mentiroso como Glenna y no tenía el derecho de juzgarla.

Antes de meter al perro en los establos, guardó el tarro de unguento y comenzó a alejarse, pero no pudo evitar mirarla de nuevo. Estaba señalando

un arbusto y hablando despreocupadamente con el monje. Había alegría en su rostro brillante. Nadie podía verla y creer que era una ladrona o una mentirosa. Sentada allí, se veía como la real hija que era.

Quizá ella era su recompensa. Sus propias acciones y mentiras lo llevarían a su castigo, hacia ella.

Un sentido de inevitable probabilidad le embargó —lo que tendría que hacer con ella. Cualquier remoto pedazo de buen corazón, perdido tiempo atrás, que hubiese resurgido aún brevemente, no podría cambiar aquello. Sintió un pequeño dolor en el pecho, donde se suponía que restaba cierta capacidad de esperanza que se había escabullido por completo. El sentimiento únicamente se hallaba allí para perseguirle amargamente. Su destino estaba trazado. No había nada más en él a ser salvado.

Glenna dejó de lado su peine y se inclinó sobre el terreno de hierba en los jardines, afuera de la enfermería, señalando una gruesa planta de bulbos blancos que rebasaba a una cercana planta de salvia que, el hermano Leviticus le había contado, servía para la melancolía. —¿Y cómo se llama esta?

—Esta es ajo de los osos, para gusanos intestinales. —dijo.

Ella arrugó la cara.

Él sonrió ligeramente. —Pero también sirve la corteza de sauce blanco, que utilicé en el té con el que te alimentamos.

—Yo no tengo gusanos, hermano. —dijo con indignación.

—No, pero ayuda con las fiebres altas; mezclada con ruda y menta ayudará con la irritación de oídos y garganta, mezclada con aquilea y baya de sauco, incrementará los sudores. —El hermano era un alegre ser, con cara de manzana y los ojos pardos de una cierva. Era un hombre pequeño, amplio y herbolario de la abadía, un experto en infusiones y medicinas y aprendiz del padre Magoon, el enfermero. Se movió a través del parterre de hierbas, sacando pequeñas yerbas con un tenedor y un pico. Se detuvo ante otra gruesa planta verde con florecillas, arrancó una hoja, se quitó el guante de cuero de trabajo y le entregó a ella la hoja diciendo. —mástiquela.

La puso en su boca y masticó pensativa. Tenía un fuerte sabor familiar, casi acre. —Sabe a carne... como la Pascua. —dijo sorprendida.

—Esto es porque las semillas se usan para sazonar el cordero de primavera. Es anís estrellado y si mastica sus hojas, ayudan a la digestión... y

el té incrementa la leche de la madre. —Hizo una pausa. —¿Usted y su lord tienen niños?

—¡Buen Dios... jamás! —dijo riendo y sin pensar.

Frunció el ceño extrañado y tocó la pesada cruz que colgaba de su cuello.

Ella trató de no avergonzarse y su mente daba rápidas vueltas. —Lo siento. No debí hablar así. —Miró hacia abajo y luego hacia él, fingiendo una mansedumbre que le era extraña. —Hemos estado por los caminos durante largo tiempo. No soportaría estar lejos de él. Mi señor esposo disfruta los torneos. —dijo vagamente, sin saber si un barón estaría en un torneo. Inventaba la historia sobre la marcha. —No podría viajar con él, de tener un niño. Seguramente algún día... —se paró para distraerlo y se movió hacia el parterre más cercano, sentada en las tablas y el zarzo que lo enmarcaban. —¿Cuál es esta leñosa de fuerte fragancia?

Él quitó el polvo de sus ropas y se le unió. —Esta es tomillo y se usa en ungüentos y cataplasmas. El tomillo silvestre ha sido utilizado recientemente por la comadrona local para ayudar a expulsar la placenta y junto con la aquilea puede detener el sangrado del parto.

—Me gusta el olor. —dijo sonriendo.

—Muchas tienen fuertes fragancias. Son parte de la cura. El alcanforero para la tiña y el delirio. El romero se utiliza para cocinar, pero también en ungüentos que funcionan bien para las heridas, irritaciones, sarpullidos y gota de las extremidades. Si respira el humo, refrescará los pulmones calientes. El membrillo es para el dolor de barriga. La casida y la valeriana para tumores y rabias.

—Usted tiene cardo creciendo en el rincón. ¿Qué cura esto?

Se veía incómodo y se inclinó muy cerca. Mirando todo a su alrededor, susurró. —El embrujo. —Se irguió y rápidamente hizo el signo de la cruz.

—Ah... —asintió mordiéndose el labio con una sonrisa. —Hierbas mágicas.

—No hay magia en la casa de Dios, miladi. —dijo seriamente. —Dios nos da estas plantas para ayudarnos. Pero el diablo trabaja en todo. Muchas deben ser utilizadas con cuidado o serán veneno, como el acónito y si elabora un té demasiado fuerte de acónito. —se arrodilló al lado de ella. —y demasiado de esta planta rojo brillante que induce el sueño, el paciente podría no despertar nunca.

—¿De veras? Dígame... ¿cuánto debe uno usar? —preguntó casualmente.

Levantó dos dedos. —Uno nunca debe usar más de dos hojas.

Finalmente, pensó estudiando la planta roja. Su medio de escape.

Capítulo Trece

Las campanas repicaron para la siguiente hora de oración y el hermano Leviticus se sacó los guantes sucios, puso sus herramientas para yerba bajo el brazo y ofreció a Glenna una despedida mientras se ajetreaba hacia una de las puertas. Sola, esperó mirando alrededor del jardín, pasando los parterres y surcos de coles y nabos, habichuelas y puerros, hasta el distante huerto donde dos oblatos habían estado recogiendo melocotones encima de una delgada escalera supervisados por un monje alto y delgado.

No quedaba nadie. Permaneció allí y cepilló las hojas de hierba de sus ropas. La hierba crecía entre las grietas de las piedras planas apiladas que formaban un banco del jardín. Casualmente, miró alrededor y se movió despacio hacia la yerba sangrienta, se inclinó rápidamente y arrancó unas pocas hojas, guardándolas dentro de su bolsa de lana en el cinturón. Se volvió y casi saltó fuera de su piel.

Un chico pelirrojo se hallaba parado justo allí, apenas a un brazo de distancia, con una amplia y sabrosa sonrisa en su rostro. —Usted está bien, miladi. —Sonaba complacido, seguro de hablar con ella y vagamente familiar, y ello la intrigaba.

El que no estuviese mirando sus manos o su bolsa le decía que él no había visto nada de lo que había hecho. —Sí. —dijo con cautela.

—Usted no me recuerda. —Sus hombros cayeron ligeramente.

—Tú tomaste mi caballo cuando llegamos. Te empapé con mi sombrero. Mis disculpas.

Él sacudió su cabeza.

Ella frunció el ceño. —¿No aceptarás mis disculpas?

—Ya nos conocíamos de antes. —dijo descorazonado.

Glenna lo estudió y algo le afectó. —¿Ruari? —Hizo una pausa y vio simplemente la respuesta a su propia pregunta. —¿Qué no te recuerdo? ¡Ruari!

Él sonrió y ella lanzó sus brazos alrededor de él y lo atrajo hacia sí, riendo.

Retrocedió con las manos en sus hombros, ahora abiertos. —Mírate.

—Espero que mirarme sea más fácil, ahora que ya no luzco como un cerdo amoratado.

Otra imagen de él destelló en su mente y sintió un espasmo de pena y una mezcla de hondas emociones en el hoyo de su barriga aún hoy, después de haber pasado ya más de tres años. La golpiza que ella había atestiguado fue inolvidablemente horrible. Él era tan joven.

Con una lánguida sonrisa, estudió su cara y su pálida piel, brillante con un color de ordeñadora en sus mejillas, sin rasgos azul oscuro, sin moretones o hinchazones reconocidas en el pasado. Su nariz había sanado y no tenía costras de sangre, cortadas ni inflamaciones, era bastante estrecha y más larga ahora que había crecido, con una curva como de un halcón peregrino; aún resistía las fracturas producidas por los golpes y los movimientos del garrote.

Pero la dulzura del chico no había cambiado y era una alegría no ver auténtico terror en sus ojos cuando le miraban.

—Y ahora estás casada con un gran lord. —dijo resplandeciente.

Ella quería gritar ‘¡No!’ pero permaneció en silencio. Mentirle a él era cruel, pero no podía decirle la verdad y meterle en problemas. Las mentiras siempre eran un problema, aún si se era sumamente habilidoso en el arte. Este chico, parado frente a ella, ya había sufrido demasiado. Extendió el brazo para tocar su frente, sonriendo. —Tienes una broza en tu cabello. —Ella la arrancó de su cabellera enmarañada.

—Yo atiendo el establo y los animales allí. —dijo con excitado orgullo irguiéndose y más alto, sin miedo ni esperando el próximo porrazo. Él había sido un muchacho de siete años, un grito lejano por la paliza que recibía, con quien ella un día se topó en los bosques. —Y el padre Bancho me enseña a leer.

—Así que, ahora estás aquí. —Recordó a su joven madre, la mujer pálida de apenas pocos años más que Glenna, delgada y sollozante, con profundas sombras oscuras bajo sus ojos y quien lloraba por su niño mientras el alguacil, Munro el Horrible, le golpeaba tan cruelmente. Glenna le preguntó con calma. —¿Qué sucedió con tu madre?

—Ella murió hace ya tres años. Sus pulmones estaban débiles. No vivió mucho después de aquel verano, aunque nos hallábamos a salvo en lo alto del bosque en ese tiempo y te estaba agradecida. Ya para las fiestas del Arcángel Miguel, no podía dormir. Tosió toda la noche. Pronto me trajo aquí, pero el padre Magoon no pudo salvarla.

—Lo siento, Ruari.

—Ella está mejor ahora donde está. —dijo con mucha más madurez y aceptación de la que uno esperaría de un muchacho de su edad. —El Horrible

Munro no se habría detenido hasta encontrarnos. —Se encogió de hombros. — Cree que estamos muertos. Estoy a salvo aquí.

Las campanas de la abadía tocaron de nuevo.

Echó un vistazo por encima de su hombro y la miró tímidamente. —No puedo quedarme. Di mi palabra al prior de que no faltaría de nuevo a las oraciones y a la reflexión.

—Entonces correré junto a ti, Ruari de Beaully. —dijo Glenna amablemente, haciendo un gesto con la mano. Y corrió por los jardines zigzagueando en las sendas y brincando encima de pequeños arbustos y sobre un parterre de guisantes, sólo para dejarse caer en un pequeño charco de agua que habían dejado los tormentosos días anteriores. Él desapareció tras una esquina y la dejó creer que el brillante espíritu y la curiosidad de chico harían de aquella promesa al prior difícil de mantener.

Se volvió para recoger su peine, cuando escuchó a Fergus ladrar desde dentro de los establos y giró. ¿Estaría Fergus solo allí. —¿Ruari? —Le llamó para preguntarle, pero se había ido. Guardó su peine en la bolsa con las preciosas hojas de hierba roja, haló los cordeles para cerrarla y se dirigió al establo.

—¡Por los ojos de Dios! ¡Tú, perro bueno para nada! ¡Quédate en el agua! — Lyall se inclinaba sobre medio barril de madera lleno de agua, acorralando al perro bajo él mientras barría el fondo del abrevadero buscando el jabón que había tirado.

Fergus atascó su húmeda y desgñada cabeza en el brazo de Lyall, mirando curioso, meneando su larga cola que enviaba agua voladora a los ojos de Lyall y luego comenzó a lamer vigorosamente su oreja. —¡Para! —Se echó a reír y alejó su cabeza. —Seguro que eres bueno por poco, perro. No lamas mis orejas. —Tomó al animal por el cogote húmedo de su cuello y le enfrentó, ojo contra ojo, casi nariz contra nariz. —Me recuerdas a una de las putas del torneo.

—¡Guau!

—Sí. —Agitó las orejas y la cabeza del perro. —Eso que haces, sabueso. Detén tu lamido. —Lyall hizo una pausa, recordando. —¿Cuál era su nombre? Quieto. Mira. Encontré el jabón. Ah, sí. Deloys. Dulce era ella... flameantes cabellos y toda pecosa. Era la hermana viuda de un mercenario de Flandes y

afamada desde las colinas de Caledonia hasta las costas de Normandía por su larga y húmeda lengua.

—¡Guau! ¡Guau!

—Sí, eso era ella. —Lyall restregaba al animal, que intentaba liberarse y luchaba cuando se callaba. La indisciplinada bestia sólo se aquietaba si le hablaba. —Así que te gusta el sonido de mi voz, ¿no? —Hizo una pausa. —Entonces, para simplificar esta tarea, he de contar todo con gran detalle, las maravillosas historias de mis tratos lujuriosos con Deloys de Lille. —Y comenzó a hablar frotando, removiendo coágulos de lodo y enjabonando minuciosamente al perro, y con el tiempo, su conversación trajo a su memoria todas las salvajes, locas y sórdidas historias de sus torneos de juventud.

—... Entonces se levantó de rodillas, atada a los cordones de mis calzas y sacó mi espada y mi cinturón. Ella dijo, ‘Me iré contigo ahora, Lyall Espadarg... —decía al perro, utilizando aquel nombre con orgullo. —’La escaramuza comienza pronto,’ dijo. ‘Necesitas usar tu espada para llenar tu bolsa más que llenar la mía y llenarme a mí.’

Lyall sacudió ligeramente su cabeza. —Ella era una pícara sirvienta. Robert de Ayr dijo una vez que Deloys podía sorber tus pies fuera de tus botas.

Hubo un repentino chirrido y un suave sonido cuando la puerta del establo golpeó la pared. Dejó caer el jabón, se sentó de nuevo y miró las puertas.

Glenna se hallaba allí con la luz de la tarde tras ella enmarcándola en un brillo resplandeciente y arrojando en su rostro sombras oscuras e ilegibles.

Él sintió que su cuello descargaba calor. —¿Cuánto tiempo has estado allí parada?

Hizo silencio durante un latido o dos y luego dio un paso hacia la luz. —Apenas acabo de llegar. ¿Por qué?

Él sacudió su cabeza.

Caminó hacia ellos y su perro ladró de nuevo, listo para saltar. —¡Quieto! —le advirtió y el sabueso la obedeció con su cola interrumpiendo el aire y esparciendo agua de un lado al otro.

Lyall lo enjabonó otra vez. —Su pelambre estaba enmarañado con lodo.

—Sí. —dijo, observándole extrañamente. —Y ahora parece que tú eres el que tiene lodo.

Lyall miró hacia abajo y vio que se hallaba empapado con manchas de agua marrón. Tenía motas de duro barro por todas sus ropas. La tela se aferraba a su pecho y la gruesa alfombra de pelos se mostraba con claridad

bajo el delgado lino y se dirigía hacia los cordones de sus calzas. Levantó la tela, pero se atascó en su piel.

Se arremangó el vestido y se arrodilló al otro lado del abrevadero. — Alcánzame el jabón. Todavía tiene lodo aquí.

—Está en el fondo. Lo recogeré. —Se agachó, pero fue muy tarde para detenerla. Ya había hundido sus manos en el agua.

—Aquí está. —Levantó el jabón y limpió al perro tarareando al frotarlo encima de la gruesa piel. Lyall se sentó descansando las manos en sus rodillas alzadas, que también tenía caladas.

Ella comenzó a cantar.

El perro se mantuvo perfectamente quieto, al igual que Lyall, sin atreverse a mover de tan abrumado que se hallaba, como si le hubiese atrapado el sonido puro y mortalmente dulce de una sirena. Aquella magia que venía de sus labios era melosa y sublime y fluía como las notas de una flauta, tristes como la gaita y rítmicas como el laúd. Cantó las más conmovedoras palabras, sin querer:

Ave del rosal, ave, ave del rosal
Cálido viene el amor, amor que ansía
De mí ten pena, ave jovial
O prepárame, amada, para la tumba mía.
Sonriente estoy, radiante ave del rosal
Cuando aquella belleza miro en el corredor,
Encantadora y leal, tan nívea piel,
Pálida flor es de todos en derredor
Debo amarla por su voluntad
Firme amor, adorable y fiel
De mi honda pena me salvará
Y la dicha, nueva para mí será.

Las palabras lo sedujeron, tan fiel reflejaban cómo quería sentirse —que ella era su salvación y no su condenación. Muy rápido acabó la canción y no cantó más las absurdas palabras, pero continuó tarareando una melodía hechizante y cautivadora, fluyendo de su boca como el vino de Saintonge; hizo una pausa, mirándole por encima del sabueso, cómodamente, canturreando todavía y le concedió la más suave de las sonrisas.

El instante fue más de lo que un simple mortal podía soportar.

En las noches durante los torneos se reunían alrededor de las fogatas y se contaban historias de caballeros que viajaban por los desiertos vastos, anchos

y secos del oriente, donde las batallas se peleaban contra el ardiente sol y el árido terreno tanto como contra los infieles. Algunos habían visto con sus propios ojos, hombres a caballo hundirse desesperadamente hasta morir en hoyos de arena sin fondo. En aquel momento, Lyall sabía que estaba perdido, y desvió la mirada, temeroso de hundirse en un lugar arenoso del que jamás podría escapar.

Aunque observaba la paja húmeda en el piso, no podía cortar el lazo entre ambos, la guerra en su cabeza contra el intenso deseo por ella —la simple posibilidad de ella, del resplandor y de la luz, de la promesa de redención. Un impulso repentino le abrumó, de tomarla entre sus brazos y perderse dentro de ella, pero un pequeño trozo de consciencia le detuvo. No se atrevía a tomarla, no ahora, ni nunca, ciertamente no, cuando Glenna descubriera que su protección era una mentira. Deseaba ser más fuerte que sus impulsos y sus deseos. Buscaba fuerza en la consciencia para dejarla a ella tranquila.

—¿Montrose?

La miró sobresaltado.

—Despierta. —dijo, y le lanzó un puñado de jabonoso lodo, riendo.

De nuevo el sonido hizo saltar sus sentidos. El agua goteó desde la punta de su nariz y cayó al suelo y miró atascado como un tonto. Un segundo después, el perro saltó del abrevadero salpicando agua a todos lados.

—¡Fergus! —gritó.

Glenna se sentó frente a él con los brazos caídos observando su empapado vestido y el agua goteando de su rostro y reluciendo en su cabello oscuro. Entretanto, el perro se sacudió vigorosamente de la cabeza hasta la cola varias veces y agitaba sus patas mientras caminaba en círculos esparciendo agua en todas direcciones y salpicándoles a ambos. Sentados allí, mojados, entornaron los ojos porque aún les llegaba agua. Cada uno miraba al otro durante suficiente tiempo para advertir la situación y comenzaron a reír libremente para caer en un incómodo momento de silencio, ambos todavía sonrientes.

Ella levantó la barbilla. —No estoy tan mojada como tú. —dijo con aquella imperiosa forma que tenía, lo que hizo que él riera con más ganas.

—¿Es esto un reto? —preguntó.

—Sólo si te importa hacerlo un reto. —dijo sin temor.

Se incorporó, levantó el abrevadero a medio llenar y la pinchó con una directa y determinada mirada. Ella permaneció tranquila, hasta que él se acercó demasiado, comenzó a reír y a retirarse con los brazos extendidos. — ¡No, Montrose! ¡No te atrevas!

El que ella no se dejase intimidar mostraba su voluntad, fuerza y tenacidad, cualidades que él respetaba en los hombres y en su hermana, y no era distinto con Glenna. Aún sonriendo, dio vuelta a sus talones hacia la parte trasera de los establos donde se hallaba el canal de desecho que había utilizado más temprano. Después de vaciar el contenido, regresó el abrevadero a su lugar, junto a las horquillas, rastrillos y herramientas del muchacho de cuadra.

—Ven aquí, tú, bestia desgraciada. —Glenna se hallaba de rodillas en la paja, con su peine en la mano y medio halando al perro para que se sentase. —Quédate quieto, tú. Tu pelo está todo enredado y tus contoneos romperán mi peine.

Él tomó una banquilla de ordeño y un montón de grasienta lana que colgaba en las cercanías y se le unió. —Ten. Siéntate. —Cedió la banquilla a Glenna. —Espera, antes de peinarlo déjame frotarlo con esto. La grasa de la lana hará que sea más fácil. —Se arrodilló y frotó vigorosamente la lana sobre la piel del sabueso y retrocedió. —Esto debe ayudar.

Ella pasó el peine por el pelambre con facilidad y le miró sorprendida.

—Mi padre contrataba caballeros de las regiones del norte. Cuando era un muchacho, su sargento de armas me enseñó cómo forraba su vaina con lana cruda. La grasa en la lana ayudaba a mantener la espada protegida y era más fácil de afilar. Su mujer se frotaba un pequeño trozo de lana en el cabello para desenredarlo. Mi madre y mi hermana todavía lo hacen. —Se recostó en una de las cuadras, cruzando los pies por los tobillos y descansando los hombros contra el áspero poste labrado, perdido en otro tiempo y lugar, con otro perro. Eligió no decirle cómo había frotado a Atholl muchas veces después de bañarlo, pero su sabueso había traído de regreso las imágenes, así como el haberla mirado le trajo otro recuerdo.

—¿Tienes una hermana?

—Sí, es menor que yo. No preguntaste por mi madre. Me sorprende que no parezcas asombrada de que tenga una. —dijo secamente. —En lugar de haber sido engendrado por el diablo o ser hijo de los lobos.

—De los lobos no. De las hadas lloronas de los bosques oscuros de Caledonia. —Se echó a reír al ver su fingida rabia. “Y ¿Cómo te toleran tu hermana y tu madre?

—No lo hacen.

—Sí. —frunció el ceño, terminando con un lado del sabueso. —Lo encuentro comprensible.

—Ellas me adoran. —argumentó.

—Ten cuidado cuando salgas por esa puerta, Montrose... tu gorda cabeza tal vez no quepa.

—Ten cuidado cómo afilas esa lengua tuya... podría estar tentado a cortártela.

—Cuántas amenazas contra una pobre, débil e indefensa mujer.

Aquello lo hizo carcajear y notó que ella trataba de no reír, sino que se contuvo y observó al perro, agarrándole con gentileza por el cogote y moviendo su cara cerca del hocico oscuro y húmedo.

—Mírate, Fergus. Estás tan lindo. Pareces un perro real.

—No mientas al animal. Todavía parece una enorme y peluda rata, pero sin lodo en su piel.

Ella sobó las enormes orejas del can. —Ignóralo, mi dulce sabueso. Yo tomo la mayoría de sus palabras con un grano de sal. —A él le sorprendió las frases que usó, y no fue la primera vez.

—¿Cómo sabes de Plinio y Pompeya?

—Alastair me contaba muchas historias. De Esopo y Homero, Sófocles, Antígona y Edipo, de las grandes historias de dioses y diosas griegos. Aquellos mitos y poemas fueron el corazón de mi infancia. El padre de mi padre. —se detuvo y corrigió. —El padre de Sir Hume era pariente lejano del duque de Normandía y fue educado en su juventud por un diácono destinado a la iglesia, hasta que tuvo lugar un cambio y fue enviado a ser acogido por una familia, donde el bardo de la casa cantaba y recitaba poemas e historias para quienes cenaban en el gran salón. Pasó dichas historias a su hijo, y éste a sus hijos, y Alastair mismo fue tutorado durante un corto tiempo.

Parecía que una tormenta hubiese descendido sobre ellos, tan rápidamente cambió la ligereza entre ambos. La mera mención de sus hermanos robó la alegría y una parte de él se hallaba sumamente decepcionado.

Pero su sentido regresó rápidamente y le dijo que estaba siendo un tonto. Mejor era que hubiese distancia entre ellos, incluso rencor, que estos extraños y débiles humores del corazón.

—Partiremos al amanecer. —le dijo.

Ella se levantó con la cabeza hacia abajo mientras alisaba su vestido húmedo y enredado, abrió su bolso, miró adentro y metió el peine. —Gracias por bañar a Fergus, milord. Ahora ven. —dijo al perro y chasqueó los dedos. El perro inmediatamente se puso a su lado. —Hemos de dejarte con tus... —

hizo una pausa y lo miró como si buscara algo en él más que algo que decir —... tus asuntos.

La miró marchar y observó el punto donde había desaparecido, incapaz de expulsar de su mente la imagen de ella. Se maldijo por comenzar esto, por bañar a su perro y por recordar su pasado, uno que había quedado muy atrás, y peor, su futuro, cuando debería alejarse de ella, y aquello era lo último que quería hacer.

Capítulo Catorce

A la luz de la antorcha en su mano, Glenna permanecía sobre la forma durmiente del Barón Montrose desparramado en su camastro, observando el lento subir y bajar de su pecho. Tocó su cuerpo con un lado del pie.

Él no emitió sonido alguno.

—¿Montrose? —susurró. Nada—. Montrose. —repitió más alto. El hombre dormía como ebrio. Alzó el jarro de madera a medio llenar y aspiró. No había aroma que la delatase, nada que evidenciara la esencia de las hojas de yerba sangrienta que había mezclado en la cerveza. Montrose no sabía lo que vendría.

Por razones que no podía explicar, no estaba orgullosa de sí misma y su instante de consciencia le incomodó. Todavía permaneció allí parada un poco más, sabiendo que ya no había marcha atrás.

Pero parte de ella aún deseaba...

¿Cuán buenos eran los deseos? ¡Bah! Se apuró a reunir sus pertenencias. Un poco después de dejar los establos más temprano, había hecho lo que Montrose pidió: empacó sus cosas y se cambió de ropa. El vestido se hallaba aún húmedo cuando lo enrollaba, pero esparció algunas hojas secas de lavanda que había guardado en la mañana, antes de doblarlo junto al resto de sus cosas y meterlo apretadamente dentro de su fardo.

Fergus ya se hallaba alegremente levantado en sus patas y la observaba mientras colocaba sus cosas en un rincón antes de cargarlas. Se echó al hombro los cordeles trenzados de cuero del pellejo para agua de Montrose, desplazándolos para ajustarlos más cómodamente cerca de la correa gruesa de la alforja que ya se hallaba acortada por su peso aligerado. También robó su cuchillo y una bolsa de monedas de plata.

Una tela de lana llena de comida y atada apretadamente, tendría que esperar por un segundo viaje. No sería tan tonta como antes al irse sin nada de comer o beber. Echó un vistazo a Montrose que parecía estar lejos, muy lejos de despertarse. Pero no tenía garantías de que lo haría tan pronto como ella se marchase, pues era novata en esto de ardides narcotizadores y había temido usar demasiado y matar al hombre.

Dijo a Fergus. —Quédate. Échate. Ya vuelvo. —Obedeció descansando su hocico en las patas. Sus ojos eran grandes, amplios e inocentes, y todavía la

miraban cuando se escabulló en silencio de la sala.

Con el paquete, su bolsa y otras provisiones encima de sus hombros y en sus muñecas, bajó a través del estrecho laberinto de pasillos oscuros, siendo cuidadosa al cruzar el corredor tenuemente iluminado que llevaba a las puertas delanteras.

Miró a la vuelta de la esquina.

Al final del pasillo, bajo el declive de una linterna parpadeante, el padre Bancho dormitaba en un nicho junto a las grandes puertas de roble, desparramado en una pesada silla de madera labrada. Caminó sigilosamente pasando la entrada y se movió con rapidez hacia las puertas traseras que llevaban a los jardines.

Afuera había tranquilidad, excepto por el chasquido de los insectos y el sonido ligero de sus pisadas suaves y cuidadosas, pues ya estaba bastante entrada la noche y había pasado mucho tiempo desde el último repique de las campanas. Pronto sería libre y estaría lejos de la amenaza de su nacimiento, lejos de sus miedos y lejos de Montrose.

Un sentimiento incómodo recorrió sus brazos como un espolón ante la imagen de él cuando despertase y notase su ausencia. Casi podía escuchar el bramido. En este momento, no sentía ganas de reír. De alguna manera, superarle le acarreaba poca satisfacción.

Comenzó a correr pesadamente por el lodo, pero debía correr. Necesitaba hacerlo por su imagen, por el mero pensamiento de él y las preguntas que llegaron a su mente, muy lejos de lo que estaba sintiendo.

Encima de ella, el titilar de las estrellas dispersas como lanzadas a través del cielo y la delgada astilla de la luna se alejaban hacia el sureste donde los bordes del horizonte destellaban todavía el tardío color del brezo. Cruzó el último tramo de jardín, dirigiéndose hacia los huertos donde se hallaba la escalera ligera para las frutas, que cargó con facilidad hasta el lado sur y la alzó mientras se sentaba a horcajadas sobre la muralla encalada y luego la recostó del otro lado por donde bajó y corrió hacia una arboleda de gruesos serbales.

Atada a un árbol se hallaba Skye que gimoteó suavemente y Glenna sacó un manojito de avena que le dejó comer de su mano. Su caballo la esperó allí la mayor parte de la noche. Aseguró sus fardos y regresó sobre sus pasos. Entró en la sala tan sigilosa como había salido, donde Montrose roncaba ligeramente en su sueño narco-inducido.

No... se equivocaba. No era Montrose quien roncaba.

Tomó la antorcha y se movió hacia la oscura esquina donde Fergus yacía roncando... cerca del jarrón de cerveza volcado. ¿No estaba medio lleno? Ahora no había siquiera un charco de líquido. Ella se agachó y susurró duramente. —¡Fergus!

No hubo respuesta.

Le dio un empujón y le sacudió. —¡Fergus!

Su perro estaba drogado. Ella gimió miserablemente y hundió su cabeza en las manos, sentada allí, sintiéndose un poco perdida y derrotada.

¿Qué había hecho?

Levantando su cabeza, le miró de nuevo. El lento subir y bajar de su peludo pecho yaciendo en el piso, develaba que se hallaba tan aletargado como el mismo Montrose. Se sentó allí durante un largo y esencial momento para su escape, sabiendo que había hecho un lío de las cosas.

Quizá esta sería su única oportunidad para escapar durante el viaje. Observó a Fergus larga e intensamente. Se enorgullecía de ser una persona concienzuda, de probar que era lista. Lo mejor para su propia supervivencia habría sido tomar la bolsa de comida y marcharse. Y romper su corazón. Escaparse sin su perro no era una opción a considerar, sin importar cuál era su mejor jugada.

Sin otro pensamiento cruel, lo levantó en sus brazos... Dios, qué pesado era, y peludo y molesto —peso muerto— y lo colocó sobre su hombro como sibilante saco de avena, dobló sus rodillas ligeramente para levantar el fajo de comida y se dirigió a la puerta.

Haciendo una pausa, se volvió y susurró. —Dulces sueños, Montrose.

La boca de Lyall estaba tan seca como los desiertos de ultramar y tenía un extraño sabor dulce y amargo, como si hubiese bebido mala cerveza de erica. Se volteó —esfuerzo monumental— y gruñó; su cuerpo se sentía como peso muerto y rígido, le dolían los músculos arriba y abajo de sus extremidades y su espalda con el más pequeño movimiento, del modo que duelen después de dormir en la misma posición durante toda la noche.

Sus manos y brazos se hallaban entumecidos; flexionó los dedos, observando las borrosas vigas encima de él. Su cabeza palpitaba y no se

hallaba mucho mejor que sus manos adormecidas.

¿Dónde estoy?

Sacudió la cabeza y parpadeó muchas veces, ajustándose a la oscuridad y pudo adivinar en el labrado de la gruesa viga del techo, un conocido salmo para los peregrinos: La ayuda viene del Señor, Creador de los cielos y la tierra.

Estaba en la abadía de Beaulieu. Bajo aquella viga se había arrodillado junto a Glenna, la retuvo durante su delirio y rogó por ella a Dios, con quien había tenido poca comunicación desde sus diez años. Se incorporó y echó un vistazo frente a él, donde el camastro de Glenna se hallaba vacío. Pensando en que habría bajado a las letrinas o a sacar al perro, trató de aclarar su mente sabiendo que debía levantarse. El amanecer estaría ya cerca y esperaba oír las campanas de los maitines en cualquier momento.

Hoy enfrentarían otra cabalgata larga, pero en aquella sala sin ventanas no tenía idea si ya había amanecido o si aún era de noche. Se estiró distendiendo los músculos, relajó y limpió su rostro. Se extrañó de sentir que podía volverse a dormir. Aún después de sus noches de mayor ebriedad, la cabeza nunca había palpitado como ahora, tronando en su cráneo como los cascos del caballo.

Se obligó a levantarse y la sala dio vueltas. Maldijo y se rascó la nuca. Por simple terquedad, se trasladó a trompicones hasta el lavatorio, llenándolo del aguamanil y salpicando agua en su rostro.

Mientras se secaba con una toalla, las campanas repicaron... tocaron para las tercias, tarde... media mañana. La toalla se deslizó de sus manos y echó un vistazo hacia el vacío rincón donde la noche anterior Glenna había apilado sus posesiones empacadas. Salió de la sala en un latido.

No pasó mucho tiempo antes de descubrir lo sucedido. No podía encontrar a Glenna en ninguna parte. La escalera del huerto yacía en el suelo cerca de la pared sur. Ni el caballo ni el perro estaban. Miró a su alrededor y se maldijo. Su 'esposa' se había tomado tiempo durante la noche y él se vio forzado a abandonar la abadía a gran velocidad y con una bolsa ligera (muy ligera considerando que faltaba una bolsa de monedas). Menos una sustancial suma para la abadía para rezar por su alma sin corazón.

A caballo, fuera de las puertas, hizo una mueca al mirar el sol borroso que se añadió a su dolor de cabeza, pero todo lo que podía ver claramente era la imagen de ella charlando con el monje en el jardín de hierbas. Demasiado para sus estratagemas largamente bien pensadas. Ella había sido más lista que

él, y de no haberse hallado lamentándose de sí mismo, podría haber pagado silencioso homenaje a sus acciones.

No había duda en su cabeza punzante y aletargada, de que la pequeña bruja le había drogado. Se arrodilló al lado de su caballo fuera de los muros de la abadía y tocó las marcas de sus huellas en la tierra suave y húmeda, siguiéndolas hasta los bosques y rastreó las profundas pisadas de cascos de caballo dirigiéndose hacia el sur.

¿Qué había dicho cuando se hallaba afebrada? *Applecross, Dingwall, Suddy, Cromarty, Plockton, Garve, Kyle, Avoch, Knockbain, y Wester.*

Así que sabía dónde no estaría, y también sabía que, cuando la encontrase —y la encontraría—ella pagaría un infierno.

Pagaría un infierno su hijastro cuando le encontrase.

Con olor a caballo y polvo y guiado por la falta de sueño y la rabia, Donald Ramsey subió las escaleras del castillo en Rossie de dos en dos. Cruzó el solar, apartó la gruesa cortina de brocado de la alcoba y pasó por las puertas abiertas buscando a su esposa, quien no se hallaba allí. Las criadas se ocupaban de fregar el humo de las brasas de una piedra en la pared y sobre manos y rodillas limpiaban las losas de piedra del piso. Una de ellas se volvió, le miró y dejó caer el balde de agua con estrépito. Las demás se volvieron al unísono, miraron su rostro y rápidamente hicieron una reverencia.

—¿Dónde está Lady Beitris? —Su voz sonaba como un trueno.

Una mujer palideció mientras otra lo miró boquiabierta. Él pocas veces gritaba.

—Ella está en las cocinas, milord.

Maldijo, salió bajando a toda prisa las escaleras y cruzó la muralla exterior hasta el cobertizo de las cocinas. Dentro, había un caos absoluto, el que era apropiado, considerando sus últimos dos días. Los lacayos de cocina batían y extendían el fuego cerca de la alacena de madera, sin notar que había entrado, mientras los alaridos del cocinero advertían que todo el lugar se incendiaría y ‘milord los colgará de las torres y me arrancará los pulgares.’

Dos guardias llegaron corriendo con baldes de agua desde el poso del castillo, así que tomó uno y empapó el fuego que estalló en crepitante humo y

vapor. Todos se volvieron al unísono y le miraron, y el cobertizo quedó en repentino silencio, mientras se miraban unos a todos con remolinos de humo y un sabor a madera quemada en el aire.

Uno de los chicos desvió la mirada con los ojos muy abiertos, pero Ramsey atrapó la expresión —tan aterrado y pálido que estaba, al borde de romper a llorar, probablemente por la imagen de su propio cuello colgado de la torre este.

—Nadie será colgado de mis torres. —dijo con repentina calma y tranquila voz. Excepto quizá, Lyall, pensó echando un vistazo al cocinero, un hombre menudo con una gruesa mata de pelo negro quien había cocinado en el castillo durante más años de los que Donald podía contar, y quien tenía la preciada habilidad de preparar un sencillo estofado de carne de carnero con un tierno y especiado sabor como ningún otro. —Y de arrancar tus pulgares, hombre, ¿cómo, en el nombre de Dios, prepararías mis comidas?

El hombre dejó un jarro y se echó a reír diciendo. —Gracias, milord, mis pulgares son necesarios para descuartizar el cordero de primavera.

—¿Dónde está Lady Beitris?

—En la bodega trasera, milord. —dijo espontáneamente y con rapidez el muchacho retornando los colores a su rostro.

Ramsey decidió que necesitaba tener un arnés para su esposa. Al cruzar el patio de la muralla exterior, notó que se hallaba más cansado y decepcionado que furioso. Entre la isla y Rossie había guisado su ira hasta volverla una rabia cocinada a fuego alto y pensó que su cabeza explotaría al aproximarse a las puertas del castillo, con un puñado de sus hombres. Ahora se hallaba resignado. Lyall había escogido su camino. Lo hecho, hecho está.

Dentro de la bodega, los barriles de cerveza y unos pocos toneles de vino estampados con sus sellos, se hallaban apilados en filas rectas a lo largo de las paredes de piedra recientemente calada y Beitris permanecía dentro, dirigiendo el trabajo de los hombres para organizar las entregas recientes de los vinos de Angevin. Ordenaba con precisión todas las cosas —la posición de las provisiones, las filas alineadas perfectamente en los jardines del castillo, la puesta de las mesas en el gran salón, los lugares exactos de las alfombras en los pisos de piedra, los tapices de las paredes de Rossie, incluso, las telas en las varillasy en los cofres de su cámara; y él se preguntaba si aquella perfección se hallaba allí sólo para compensar lo que ella sentía al tocarse el rostro o al mirar su reflejo en la superficie pulida de un espejo de metal.

—Beitris. —dijo calmadamente y su voz sonaba tan tensa como se sentía.

Se volvió rápidamente y su capucha se deslizó hacia abajo. Llevó la mano a su rostro e inmediatamente la subió, girando la cabeza de manera de quedar de perfil, para que él mirase únicamente su lado perfecto. Con los años, había aprendido a juzgar —también con precisión— el ángulo exacto que escondía las cicatrices.

Pero él la conocía desde que tenía diez y tres, cuando apenas había sido prometida a Ewan, con quien contraería matrimonio tres años más tarde. Donald se había enamorado a primera vista. Ella se había vuelto parte de él; asechaba sus sueños secretos y era lo que hacían sus pesadillas. Ewan era su amigo, aunque ello no le había detenido de codiciar a su esposa. El tiempo y sus destinos lo habían cambiado todo y ella ahora era su esposa, su belleza no tuvo nada que ver. Ella era su corazón. No le importaba cómo luciera su rostro y habría dado todo lo que tenía, incluyendo su alma, para alejarla de la vergüenza que sentía de sí misma.

De haber sabido lo que les deparaba el futuro, ¿habría controlado sus propios y hondos deseos? Todos le creían un hombre honrado, sin embargo, él sabía la verdad.

—No te esperaba sino en varios días. —Hizo una pausa—. ¿Qué sucede?

¿Qué sucedía? Demasiado, incluyendo el hecho de que él era su esposo y ella no necesitaba esconderse de él. Había visto su rostro sin importar que ella rogase permanecer a oscuras en su cámara. Se volvió a los hombres. —Márchense.

Cuando estuvieron a solas, se sentó en un barril de cerveza y con las manos colgando casi inútiles entre sus piernas, las observaba buscando las palabras que dirían lo que su hijo había hecho. Su mente encontró uso para las manos... deseó estrangular a Lyall. —Es acerca de Lyall.

—¿Está muerto?

—No. —dijo, y le contó todo. Las palabras la aplastaban, él lo sabía, porque las acciones de Lyall eran traición. El que Ewan hubiese traicionado o no al rey, ya no importaba. Porque su hijo sí lo había hecho.

Ella permaneció allí por largo tiempo sin decir palabra, batallando contra los demonios de la maternidad.

—¿Te dijo algo? —preguntó Donald. —¿Se encontró con alguien recientemente?

—No me dijo nada. —Sus palabras eran cortantes y lucía pensativa. —Deberíamos buscar a Mairi. Quizá ella sabe algo. —Meneó la cabeza y

observó la pared por largo rato. Escuchó las lágrimas ahogadas en su voz cuando dijo. —¿Hay algo que puedas hacer, Donald? ¿Podrás encontrarle y detenerle antes de que todo esté perdido para él?

—Envié hombres en todas direcciones en su búsqueda, y regresé directo aquí.

Puso una mano gentil en su hombro y dijo. —Debes estar exhausto. Ven adentro, donde podrás bañarte y beber vino.

—Espera. —La sentó en su regazo y ella maniobró con rapidez para que su rostro mostrara el lado sin cicatrices. Apoyado en su piel suave, cerró los ojos, respiró la esencia de pétalos de rosa, débil y suave, que solía aromatizar su ropa interior de lino y en su corazón, muy profundamente, deseó que ella le amase lo suficiente para dejarle recostar su frente en el cicatrizado rostro.

Capítulo Quince

—Applecross, Dingwall, Suddy, Cromarty, Plockton, Garve, Kyle, Avoch, Knockbain, y Wester —recitó Glenna. Lugares a evitar. Guió a Skye, no hacia el sur, en la dirección que creía que Montrose la llevaba, sino al este de Beaully, donde al principio había ido por los bosques en dirección sureña, y luego guiado a Skye a lo largo de un riachuelo y regresado dos veces en dos direcciones diferentes para cubrir sus huellas y dejar otras falsas.

Él nunca sabría que se dirigía a Inverness.

Durante medio día, había cruzado las tierras largas y boscosas del Great Glen, galopando a través de corrientes de agua y lejos de, o más bien rodeando, las villas y aldeas que ella y sus hermanos habían saqueado.

Los rostros dulces de sus hermanos llegaban flotando a su mente y se preguntaba qué estarían haciendo aquel día, y si la echarían de menos tan dolorosamente como ella les extrañaba a ellos, como si ella hubiese dejado una parte de sí misma con ellos, como un brazo, una pierna o un trozo de su corazón. Se perdió en sus recuerdos, en aquellos que robaron una parte de su vida.

El silencio se cernía en el camino, hasta que no escuchó nada más que el crepitar de los cascos de Skye sobre las hojas, las agujas de pino y su corazón latiendo fuerte en los oídos. La comprensión de que se hallaba más sola de lo que deseaba, le golpeó. En la isla, la quietud siempre la había hecho sentir tranquila y no vacía como se sentía ahora. Había buscado tiempo para sí misma. Prontamente se estaba volviendo una extraña, pensó, y continuó su camino.

En el punto donde el arroyo se volvía cascada haciendo acrobacias río abajo, se detuvo para rellenar el pellejo y volvió a montar. Mientras se movía, el trino de una alondra le hizo mirar hacia arriba, a través de los árboles, pero dejó de trinar cuando el fuerte chillido de un demoníaco grajo negro que palmeaba sus alas nadando como una lanza, asustó la tonada y la música del ave antes de que ésta volase.

Arriba de su cabeza, un remiendo de cielo azul le observaba como si tuviera ojos.

El límpido azul de sus ojos.

Una liebre se precipitó de debajo de un helecho y su corazón se atascó en la garganta. Podía escuchar el sonido de un animal despedazando los arbustos, inquietante, extraño y algo aterrador.

Era como si no hubiese otra alma en el mundo. Instando a Skye hacia adelante, contuvo el aliento y, finalmente, exhaló al cabalgar hacia afuera de un puesto oscuro de alerces y pinos y refrenó las riendas, hundiéndose ligeramente en la silla, enlenteciendo su corazón y relajando sus manos.

Ante ella se extendía una vasta planicie riverena y el aire era seco y tibio como capa forrada de piel, y sabía a verano, a diferencia de la humedad fecunda y verdosa de los bosques —un reminiscente sabor del metal de la sangre en su lengua. El sol en lo alto cocinaba el último rocío de la noche en la hierba, y a su izquierda, una marta se escurrió en un chisporroteante nido de agujas de pino y hojas de alerce para desaparecer en un hoyo.

Skye dio un respingo y ella la controló con una ligera presión de sus rodillas, que se hallaban bastante entumecidas por el peso del perro. Fergus yacía sin vigor frente a ella, colgando como un saco de granos sobre la silla, inmóvil. Pero una vez que ella se desplazó, uno de sus ojos se abrió observándola débilmente. —Estás despierto. Pobre perro. —Estrechó su cuello, sintiéndose el peor de los monstruos. —La cerveza no es para los sabuesos, tú, cosita tonta. —Un par de inhalaciones y sus ojos tristes se cerraron de nuevo. —Y la cerveza con pinchada es para grandes y fornidos barones que... —sus palabras se apagaron. No podía juntar nada lo suficientemente horrible para sofocar sus sentimientos de culpa.

¿Se hallará despierto ya y habrá descubierto el engaño? Estará furioso, lo suficiente para escupir puñales, que ella supiese. Su expresión de ira se había fundido en la memoria, tan diferente de cómo él la había mirado el día anterior.

La imagen de él en el establo de Beauly le inundó la mente, Montrose riendo, sus ojos del color exacto de un cielo perfecto, arrugado en los bordes y cambiando completamente su faz y su apariencia, el resplandor de sus aún blancos dientes, su enorme altura e impresionante amplitud, luciendo ridículo en el modo en que sus ropas y su rostro goteaban agua mientras estaba de pie, amenazando con empaparla hasta los huesos.

La imagen cambió a la tierna y extraña mirada en sus ojos cuando cantaba —una mirada que jamás había visto en un hombre— y luego, la tensión rígida de sus músculos y el sentimiento de pánico que él emanó cuando ella temblaba en sus brazos al correr por los estrechos pasillos de la abadía... la tibieza de

su cuerpo cuando se hallaba enferma, cuando navegaban, ambos allí... su boca en la de ella.

Qué pensamientos. Se hallaba sumergida en ellos, en esos juegos dentro de su mente que la atrapaban y se enredaban en unos sueños aún más tontos que no se concedía a sí misma tener. Montrose, Al y El, su padre muriendo... su padre mintiendo... quien no era su padre, después de todo. Su *padre*, el rey.

¿Acaso el rey la dejaría en paz? Si pudiera mantenerse escondida por largo tiempo, ¿Habría de olvidarla? ¿Acaso sería libre alguna vez?

¡Hombres! Pensaba molesta. ¡Que Santa Columba les lleve a todos! De ser violenta, habría deseado golpear algo. —Ayer no importa. —dijo en voz alta, tercamente, como si al hacerlo, lo convirtiese en verdad.

El pasado era simplemente eso: pasado.

Utilizó la mano para ensombrecer los ojos contra el deslumbrante brillo del sol, mientras su mirada entornada seguía la desnuda pierna de camino cortada por hierba verde esmeralda y una floja diseminación de atizadas rocas que llevaba a través del último palmo de tierra a la villa porteña de Inverness, que era lo suficientemente grande para mantenerla a salvo, con sus calles cruzadas y su gran mercado.

Arrojado en la niebla azul de la distancia y posado en un peñasco distante se hallaba el castillo; descifró los dientes agujereados de sus murallas almenadas. Debajo, se hallaba una amplia cinta de agua, el río Ness, que enrizaba en el estuario Moray y rasgaba las líneas de los edificios espaciados del pueblo a una buena legua de distancia. Desde allí, lucían nada más que como un tablero de juegos del molino.

Un grito alarmante, el chasquido de un látigo y una maldición hasta la. — más lentas bestias de este lado de Croma... —perforó su silencio solitario, y pronto el sonido lento y chirriante de un carro llegó desde la siguiente curva del camino. Divisó unos bueyes, enormes y anudados, halando un pesado vagón que frenaba mientras se acercaba. A los lados del carro, fardos de rollizos granos en flor, amenazaban con explotar sus ataduras.

—¡Buen día, muchacho! —El conductor envolvió las gruesas riendas de cuero, asegurándolas alrededor de su puño e hizo retroceder la capucha de lana marrón encima de la túnica azafrán del gremio de los lineros. Su rostro era amable, ojos brillantes y mejillas rojas como ciervo isleño, pero el lado derecho de su cara era deforme y tenía el doble del tamaño que su otro lado.

Descansó las riendas en sus rodillas y descubrió la cabeza para revelar un cabello color hierro negruzco moteado de gris. Los bueyes debieron parar,

aunque, considerando lo lento que iban, Glenna no lo sabía de cierto. —Buen día. —dijo.

—¿Qué llevas allí? —El hombre sonaba como si tuviese la boca llena de piedras y ella le observó sin pensar en su rostro protuberante. Él miraba a Fergus —un gran bulto peludo en frente de ella.

—Mi perro.

—¿Está muerto?

—No. Mortalmente ebrio. —fabricó la imagen que era mitad verdad. —Más temprano, lamió más cerveza que un cervecero.

El hombre rompió en risas, se tocó la mejilla y luego gruñó. —¡Este condenado diente! —Sacó un pequeño tarro de su capa, hundió sus dedos y los frotó en la parte interna de su boca. —Aceite de gaulteria. —explicó y guardó el tarro—. Todavía me resta una legua por delante y podré buscar las hábiles manos del barbero del pueblo. No será muy pronto, digo yo. Con esta carga pesada debería ir directo al molino, pero... —dijo con una mano en su gorda mejilla—... me quedaré en el pueblo, pues no aguanto esto por otra noche eterna. ¿Te diriges al pueblo, muchacho?

—Sí.

—Me vendría bien la compañía. Distráera mi mente de este punzante dolor del demonio. —Echó una rápida inclinación de cabeza hacia el vagón y se retorció de dolor ligeramente—. El perro puede descansar en la parte trasera de la carreta.

Ella miró a Fergus, sabiendo que estaría más cómodo en el carro, durmiendo su estupor en una cama de descascarados granos en vez de en el traqueteo de las costillas, mientras Skye y ella cabalgaban. Además, el peso ocasionaba que sus extremidades se entumecieran incómodamente. Miró la carreta del hombre y su precaria carga y se preguntó dónde podría descansar Fergus a salvo de caer.

—No te preocupes. Tenemos mucho espacio para él. ¿Ves? Hay un hundido en el medio. —Se puso de pie—. Ven, entrégamelo, muchacho y deja descansar a tus animales por un rato.

Con Skye atada a la parte de atrás del carro y Fergus dormido en medio de la carga, Glenna se hizo pasar por el muchacho Gordon de Suddy, lo mejor que pudo inventar en el espolón del momento, y rodó acompañada hacia el pueblo de Inverness en un soleado atardecer, apostada en el banco de un carro al lado del locuaz Heckie de Drumashie. Le contó historias de su pasado y de su familia, su esposa, quien era la hija de un marino mercante y él, con sus

hectáreas de tierra fértil dadas a él como recompensa por salvar al hijo de su Lord, una historia que masticó en sus oídos con florituras y mucho drama, cual bardo de Angevin.

Heckie de Drumashie era un hombre de muchas palabras y más gestos.

Pronto se toparon con ovejas de cara negra pastando alegres en las cimas bajas y ganado lechero masticando brazadas de pétalos manchados con flores amarillas. Esparcidas en las afueras del pueblo, se hallaban los perímetros de cercas bajas de piedra y granjas pequeñas con gruesos techos de paja, construidas con sólida acacia y bahareque que brillaban a la luz del sol con muros recientemente encalados, rodeados por campos frescos recién sesgados, uno de ellos con una torpe cerda moteada y un grupo de niños persiguiéndola, sonrientes.

Una mujer de faldones azules arremangados en su ceñidor, escardaba filas de nabos y cebollas y otra esparcía alimento a gallinas rojas y negras con plumas que aleteaban mientras picoteaban enérgicamente la tierra cerca de sus zuecos de madera. Lejos, en la distancia, los hombres labraban los campos de grano y otros achicaban enormes rollos de heno fresco dorado verdoso, cerca de los vagones, listos para ser cargados. Los vagones se amontonaban en lo alto con haces cortados del bosque para el fogón de las cocinas que se movían después de las zanjales del perímetro y desaparecían dentro de las entrañas de Inverness. Doquiera que mirase, había mucho qué ver. Observar a tanta gente le causaba un tarareo muy dentro de ella. No estaba tan sola, y sonrió.

—Sí, es una buena vista, ¿no es cierto? —dijo Heckie con admiración. — Ver un feudo donde su lord y el alguacil no desangran el tesoro y sus gentes. Aún los partidarios de Munro el Horrible no se atreverían a plantar sus codiciosos pies en una tierra concedida por el Mismísimo Rey.

Su sonrisa desapareció. No sabía cuál nombre la había molestado más, el de Munro el Horrible o el de su ‘Mismísimo’ padre. Hizo una pausa antes de hablar. —¿Aún cuando el Mismísimo Rey ha estado viviendo en el exilio durante tantos años? —Las palabras se derramaron como sapos de su boca. — ¿Cuál rey no gobierna su tierra?

Sintió la mirada de Heckie sin verle.

—Esperaba que un muchacho del condado de Ross supiese más acerca de cómo soplan los vientos. —dijo calmadamente y tiró de las riendas.

Observó las manos en su regazo sabiendo que no podía decirle la verdad: que no era un muchacho, que ella conocía poco de reyes y política al haber vivido, no en el condado de Ross, sino en el aislamiento de las islas

exteriores, donde raramente las noticias iban más allá de las maquinaciones de los nórdicos y nunca desde su propio país.

¿Qué diría cuando se quitase el sombrero, dejase caer su cabello y declarase que era la hija del Mismísimo?

¿Acaso aquello la haría La Mismísima?

Si Heckie de Drumashie supiese que se sentaba al lado de la hija del rey, sospechaba que la noticia habría dejado al hombre realmente mudo.

Buscó una mentira y se decidió por la verdad. —No conozco mucho del funcionamiento de la política y los gobiernos y derechos de los reyes. Nunca me he atrevido a preguntar por qué él se encuentra exilado, habiendo vivido con la creencia de que el rey estaba tan lejos de mi sitio en los planes del mundo y, por tanto, no tenía nada que ver conmigo. Únicamente sé que el rey ha estado lejos durante tantos años como aire he respirado.

Así que Heckie le explicó el exilio del rey y la gran batalla del día en que ella supo secretamente que había nacido; la historia de Heckie le hizo comprender la traición en una escala mayor de la que alguna vez pensó que podría desentrañar antes de los últimos días.

—... Y más tarde escuchamos que la grandiosa y encantadora reina había muerto, con su recién nacido en un incendio en los bosques, mientras el rey era tomado prisionero y nadie supo jamás si eran enemigos del rey quienes fueron por ella.

De Heckie escuchó tales historias de traición, que por primera vez comprendió el delgado hilo del control y la delicada confianza que se endilgaba hacia cualquier persona de sangre real. Le contó acerca del primo del rey, que desafió a su padre por el derecho a gobernar a través de su línea materna y quien, con cofres de oro y plata de sus muchos rescates, compró fácilmente la rebelión de algunos lores que habían jurado lealtad hacia su padre, pero a sus espaldas urdía complots para expulsarle.

—El regresó a Escocia una vez, el Mismísimo. —dijo Heckie. —Pero un traidor se enteró de los planes secretos y, al espolear hacia la orilla el rey y sus hombres, los barones y sus mercenarios atacaron y le hirieron en el costado con una flecha. En el barco se hallaba un hombre de Jerusalén, que había estudiado medicina oriental, y se encargó de la salud del rey hasta arribar a Britania. El cirujano del rey de Francia, regresó en los estertores de la muerte, pero su recuperación fue lenta y difícil. Se ha dicho que fue traicionado por uno de sus amigos más cercanos... el nombre que se rumoreaba era Sir Ewan Robertson.

Durante un breve instante, se preguntó si había juzgado mal a su padre. Aún le dolía su propia experiencia de traición.

—Existe un rumor reciente que se está gestando. Lo escuché por primera vez hace un par de semanas.

—¿Qué clase de rumor?

—Que el Mismísimo vuelve a casa.

Ella sabía que el rumor no era tal, sino la pura verdad. Su padre regresaba. ¿Acaso sus enemigos tratarían de asesinarle de nuevo? ¿Cómo podría él confiar en nadie?

Heckie la observaba inquisitivamente.

—No sé qué decir excepto que pareciera un sinsentido arriesgar su vida otra vez. ¿Por qué lo haría?

—Porque su sangre es aquella de un rey. —dijo simplemente.

Habló con honesta reverencia acerca de su padre y su valor, y su tono se hallaba pleno de orgullo. Ella se sintió repentinamente pequeña, y por primera vez se preguntó acerca de su propia sangre. ¿Qué tenía bajo su piel que la guiaba y le hacía ser? Tantas preguntas sin respuesta.

Continuaron después de las profundas zanjas de defensa alineadas con piedra, hasta dentro del propio Inverness, donde las edificaciones se apilaban muy cerca como pies de soldados formados hombro con hombro, como si hubiera apenas suficiente terreno desnudo en las cuatro esquinas de cada una. Arriba en la calle de tierra, una manta de polvo se arremolinaba alrededor de las yuntas de buey espolvoreando sus pelajes negros con un fino velo de tierra roja.

Por lo que Heckie dijo, se construyeron alcantarillas de drenaje y fosas sépticas detrás de las edificaciones, como lo habían hecho en Edimburgo y Londres. Y aunque había perros, cerdos y gallinas deambulando ocasionalmente en las calles, había mucha más gente en movimiento cruzando desde y hacia el mercado que se hallaba delante de ellos, donde las multitudes se engrosaban y se escuchaba la venta callejera de bienes, música de flauta y tambores, y las voces animadas del comercio.

Heckie dio vuelta al carro bajando por una calle lateral y se detuvo frente a un edificio estrecho de piedra con postigos pintados de rojo sangre. Un cartel de barbero colgaba de un gancho de hierro encima de la puerta de roble con vigas pintadas de rojo y blanco lima pulcramente cortadas. Le aseguró que conocía un establo donde podría hospedarse sin peligro y cuidar de su caballo y perro mientras exploraba las tentaciones del mercado. A cambio, se quedaría

y se haría cargo del vagón de carga mientras Heckie se hacía cargo de su dolor de muela.

Glenna sabía que no podía quedarse en el pueblo indefinidamente —tenía que seguir adelante— pero el tamaño de las multitudes en Inverness le permitía mayor anonimato que una villa y necesitaba provisiones; por un corto período, no obstante, quizá unos pocos días, podría perderse aquí.

Lyall perdió su rastro de nuevo. Tiró de las riendas, se frotó la frente y tomó una bocanada de aire antes de atisbar el sol a través de los árboles para estimar cuánto tiempo había ya desperdiciado.

Demasiado tiempo. Con cada movimiento del sol a través del ancho cielo azul, ella se alejaba cada vez más.

Frustrado, furioso consigo mismo por bajar la guardia —y deseando golpear a la pequeña bruja por ser tan prontamente ingeniosa— se volvió por tercera vez y regresó al lugar donde había entrado en el arroyo. Desmontó y cuidadosamente la rastreó a pie, caminando sobre las piedras y deteniéndose para examinarlo todo, hasta que, finalmente, encontró una profunda huella de casco entre las piedras, no hacia el este como había esperado, sino hacia el oeste del arroyo.

¿Al oeste? Observó los árboles. No creyó por un segundo que regresaría a la abadía. Miró hacia el oeste, luego al norte, examinando ambas direcciones, buscando ramas rotas en los árboles, marcas que probasen que ella había cabalgado y luego, buscó en el área, estiércol de caballo y de perro, cualquier cosa que le diese una pista de la dirección que había tomado. Pero no encontró nada.

De regreso al arroyo, pateó algunas hojas caídas y se agachó. Allí, finalmente, vio una huella de marcas de cascos que había sido ocultada. Meneó la cabeza, medio admirándola.

La pista guiaba a un círculo que regresaba al arroyo. Así que no se sorprendió cuando descubrió que ella había hecho el mismo truco más allá, corriente arriba, sólo que esta vez, las marcas de los cascos se dirigían al norte, y de nuevo había cubierto sus huellas de regreso al arroyo —lo que

significaba hacia el oeste, antes de volver por encima de una caída de piedras en la pendiente de una colina cercana al borde oriental de los bosques.

Siguió su rastro, confiando en sus instintos, que ya le habían fallado. Sólo cuando bajó su guardia se habían torcido sus planes, se recordó. Algo que debía mantener siempre en su mente cuando se refería a sus pensamientos y sentimientos hacia Glenna.

Eventualmente, cabalgó fuera de los bosques para enfrentar el camino hacia Inverness, con el sol ya detrás, espoleó su montura hacia adelante, galopando ardua y rápidamente —cual lobo al acecho.

Sentada en el vagón escuchó un familiar jadeo que venía de atrás y se inclinó hacia un lado para echar un vistazo a Fergus, que descansaba el hocico sobre sus grandes patas peludas encima de montones de grano y sus ansiosos ojos, muy abiertos, la miraban. Escuchó el ruido sordo de la cola en las cáscaras. Gimoteó y trepó hacia adelante, así que ella se paró y le envolvió con sus brazos, enterrando su rostro en la piel y dejando que la lamiese.

—Juro que nunca más pincharé un jarro de cerveza. —Sujetó sus peludos y arrugados carrillos y le enfrentó nariz contra nariz. —Lo siento, dulcito.

Desde los postigos abiertos del barbero, un grito de dolor, fuerte y eterno, resquebrajó el aire y Fergus levantó la cabeza con sus orejas espabiladas. Glenna se retorció y se estremeció ligeramente, agradecida por cada diente en su cabeza, aún por los dos torcidos en el fondo.

El tiempo pasaba y ella comenzó a golpetear sus pies.

Por fin la puerta se abrió y Heckie salió, con una botella de cuero en sus labios. Limpió su boca con el dorso de la mano y se trepó en el vagón, con el excesivo olor acre del wiski contaminando su aliento.

Se sentó y saludó un poco con la mano, luego le echó una tonta sonrisa ebria, revelando un gran espacio de sangre donde su diente malo había estado. —Se fue. Allí... ¿ves? Estoy agradecido, muchacho, por quedarte con la carga. —Inhaló profundamente silbando ligeramente. —Veo que tu perro está despierto. Bien... bien. Ahora iremos a encontrar tus establos. —Hizo una pausa, meneó la cabeza y movió su boca extrañamente deslizando su lengua en el espacio donde había estado el diente. —Este nuevo hueco en mi boca está haciendo música. Respiro y silbo. —Inhaló—. Allí. ¿Lo escuchaste?

Antes de poder asentir, ya él hablaba acerca del barbero y de cuánto el wiski había quemado su boca y garganta, pero también había disminuido el dolor grandemente, excepto cuando el fuerte agarre de la herramienta del barbero sujetó su endemoniado diente; chascó las riendas y continuó parloteando... sólo que el doble de rápido y flojo.

No había pasado mucho tiempo antes de que Glenna saludara con una dulce despedida a Heckie, quien dirigió la carga hacia el molino para la molienda, hablando con avidez al par de bueyes y tomando ocasionalmente otro sorbo del frasco. Skye y Fergus fueron alimentados y cuidados en las calles traseras de los establos, pertenecientes a la confiable y honesta tabernera del pueblo, así que Glenna se movió despreocupada por entre el corto laberinto de callejones estrechos.

Con sus monedas aseguradas en los ribetes de su camisa y unas cuantas más en su bota (ningún ladrón sería lo suficientemente tonto como para cargar un bolso en un mercado que, sin duda, estaría plagado de mangantes y rateros), se paró en los bordes del cruce del mercado y lo miró todo.

Después de comprar manzanas y raíces vegetales para el camino, le llegó el pensamiento de que ya había pasado demasiado tiempo después de que entrara en el mercado, sin haber estado allí para vigilar a la más fácil de las víctimas. Se sintió cómoda, ligera de pies y mente y tarareó una alegre tonada mientras se movía de puesto en puesto. El aroma a avena tibia y pasteles de canela y miel flotaba en las cercanías, compró uno y lo comió cual niño al que le dan un dulce por primera vez.

Banderines coloridos y marquesinas de tiendas se recortaban brillantemente para atraer la vista. La inequívoca esencia de pan fresco y la llamada de la carne dulce del puesto donde vendían pasteles, la enmarcaron en medio de las cosas, después de la danza de los acróbatas y la animada canción de flautas de hueso y timbales, en los puestos donde quesos enormes se vendían junto con hogazas de pan crujiente hecho con harina clara, era imposible de pasar por alto.

Masticando su tercer pastel de carne picada y sintiéndose gorda como aquella cerda moteada, hizo una pausa en el mercero, donde una seda tan fina como la escarcha colgaba cerca de rollos apilados de terciopelo flamenco más suave que las plumas y relucientes hilos metalizados de oro delgado, cobre y plata se alineaban en los estantes traseros. ¿Cómo se sentiría aquella seda en su piel?

—Tú, muchacho. —El mercero golpeó su mano con una vara de medir.

—¡Ay! —Se retiró rápidamente y el pastel se resbaló de su otra mano. Retorciéndose aturdida, se frotó la mano palpitante mientras las lágrimas quemaban la parte trasera de sus ojos.

—¡Ladronzuelo! —Sacudió la vara de medir en su rostro. —¡Saca tus grasientos dedos de mi mercancía!

Ella se mordió la lengua ante la urgencia de maldecirle hasta las entrañas del infierno, y en lugar de eso, miró hacia abajo para esconder sus lágrimas. Su pastel yacía roto en dos en la tierra. Una bota grande de cuero de sangre de buey cordobés aplastó el pastel y ella, lentamente levantó el rostro.

Un caballero alto con cabellera roja brillante que se paró a un palmo de distancia, contempló el pastel goteando de los bordes de su bota. La observó y su consternado ceño fruncido se borró. —¡Lady Caitrin! —La miró boquiabierto con una expresión casi cómica... hasta que dijo. —Te dejamos en el castillo. ¿Cómo llegaste hasta aquí? Seguramente no estás sola. —Examinó los alrededores rápidamente. —Finn hará que tu cabeza... disfrazada de campesina otra vez. ¿Qué estabas pensando, mujer? —susurró con dureza. —Juraste obedecer sus órdenes. —El caballero asió con fuerza su brazo.

—¿Lady Caitrin?

—Déjeme ir, sir. —Trató de zafar su brazo, pero él tenía el puño de un gigante. —No soy una dama. Soy Gordon de Suddy.

—Sí... y yo soy Santa Columba enfrentando al gran monstruo del Ness. —Su mano se movió tan rápido que no tuvo tiempo de detenerle. Dio un tirón a su sombrero y la trenza cayó en la espalda.

Las personas cercanas quedaron sin aliento, y un mar de curiosos con ojos muy abiertos en sus rostros formaron una multitud.

Ella le arrebató su sombrero y se lo embutió de nuevo justo cuando él comenzaba a arrastrarla. —Tú, miladi Cait, vendrás conmigo a encontrar a Finn, y puedes luego contarle a tu esposo tus resaltadas mentiras.

Oh Dios... Ella enterró sus pies, le mordió con fuerza el brazo, y dirigió su mano hacia el cuchillo en las botas.

Él maldijo con un gran y alto bramido.

Ella le pateó, primero la rodilla y luego entre las piernas.

Con un sonoro. —¡Oooh! —se dobló hasta el piso.

Zafó su brazo, cortó el bolso del cinturón de la espada y corrió, serpenteando dentro y fuera de la multitud, gateando bajo las exhibiciones y saltando sobre cualquiera que se cruzara en su camino, dejando a su paso un rastro de carros volcados, mesas y mercancía derramada, gritos de mercaderes

y un completo caos. Gateando con manos y rodillas, huyó del centro del mercado; bajo un exhibidor donde colgaban túnicas y calzas (agarró una de cada una y un puñado de ligas, metiéndolas en sus bragas) y se apresuró hacia una mesa donde se amontonaban altos rollos de lana y lino. Alrededor, y detrás de los puestos y carros corrió, serpenteando como una liebre asustada.

Arrastrándose a lo largo tras una línea de exhibiciones de sastres, se las arregló para agarrar una capa de lana oscura que colgaba de un gancho en un rincón sin ser detectada, antes de correr y arrebatarse un sombrero verde emplumado y dos más iguales a este, de un vendedor de plumas que había volteado para mirar la conmoción. Por protección, rebanó uno de los grandes sacos y envió una nube de plumas al aire, antes de sumergir su cabello bajo el sombrero, halando los cordeles de la capa para cerrarla, y en instantes, había logrado escapar.

El límite norte del mercado ya era caótico con los trueques del ganado y caballos siendo negociados por comerciantes estridentes y hombres corriendo rápida y ágilmente sobre monturas árabes y berberiscos, en demostraciones para participar en apuestas. Perdiéndose entre la multitud, redujo la velocidad para recuperar el aliento, permaneciendo en el grosor de la muchedumbre; entretejió su camino al norte, lejos del cruce del mercado principal.

Alcanzó el borde alto del mercado en la esquina del hojalatero y escuchó un terrorífico y furioso grito.

—¡Cait! ¡Caaait!

Ella cambió de dirección como un alto noble en una túnica roja abriéndose paso entre la muchedumbre y brincó sobre el puesto de un hojalatero, antes de derribar una exhibición de tarros de cobre. En su camino, directo hacia ella, se topó con un hombre con las manos extendidas y luciendo como si estuviese preparado para ir justo a su garganta.

—¡Ladrón! —Ella despegó hacia el norte, con el corazón latiendo en sus oídos, cruzando el camino y sumergiéndose en un callejón, corriendo por todo lo que valía. Tomó otra senda lateral, luego se deslizó en una entrada y tomó un receso apretada contra la puerta, reteniendo la respiración mientras escuchaba las atronadoras pisadas de más de una persona corriendo hacia el callejón, acercándose... luego pasando.

—¡Ustedes, hombres! Agarren sus monturas y cabalguen hacia las puertas del pueblo. ¡No escapará otra vez! —escuchaba los furiosos gritos de los hombres.

Jadeando al ritmo de sus latidos, cerró los ojos. Conocía al hombre que venía por ella. Su excesiva belleza y notable rostro eran memorables, aunque le recordaba más claramente con su pecho... y su trasero desnudo. Él era el lord ebrio cuyo caballo había robado, el primer hombre que había dejado desnudo en el camino.

¿Quién era Lady Caitrin? Quienquiera que fuese, Glenna sentía lástima por ella, rodeada de hombres que le rugían, buen mozos, desnudos o no.

Contó lentamente y esperó escuchando, en caso de ser una trampa, luego contó de nuevo antes de dar un paso alejándose de la puerta y voltear en la esquina para regresar por el callejón, con la espalda presionada contra la pared de piedra de una tienda de carpintero —podía escuchar el repentino golpeteo de un martillo, y cuando se sintió a salvo, dobló e hizo su camino de vuelta a los establos de la tabernera, buscó a la mujer y utilizó algunas monedas del caballero para pagar la comida y el refugio.

Dentro, Fergus la recibió meneando la cola y con una mirada de adoración en su cara tonta. —Hola, Fergus. —Cayó sobre una pila de heno, subió las rodillas, deslizó los brazos alrededor de él y dejó caer su cabeza en el tibio pelambre, cuando notó que se sentía perdida y un poco solitaria. Agarró los peludos carrillos de Fergus y meneó un poco su cabeza. —Pero no estoy sola de verdad. Te tengo a ti. ¿No es así? —le dijo, poniendo su cara hacia el hocico. Todavía olía a jabón de la abadía. De repente, escuchó el recuerdo de su propia risa haciendo eco en su cabeza, como si estuviese de vuelta allí.

Por aquel único instante, mientras bañaban a Fergus, no hubo nada en su mente más que la alegría de su risa y un natural y tibio lazo con Montrose, de la clase que había tenido con Al y El —una extraña ocasión en su vida ahora, cuando no estaba preocupada por lo que tendría que hacer después y cómo ellos iban a continuar.

¿Por qué aquello hacía a su barriga revolverse y a su pecho doler, como si hubiese perdido todo otra vez? Una inspiración más y las lágrimas quemaron sus ojos, resopló limpiando su nariz con el dorso de la mano. Levantó la túnica y sacó de su cinturón las ropas de repuesto que había robado y añadió las monedas del bolso del caballero a la pila cerca de ella.

Contemplando su botín, no se sintió nada bien. Aquello no le pertenecía, pensó, en un extraño episodio de consciencia. Robar no era divertido, no le traía felicidad, tampoco hallarse sola traía ningún placer o alegría. Estar sola era sólo eso... sola. Vacía. Por primera vez, que ella recordase, estaba realmente aterrada de salir al mundo. Temía dejar el heno sobre el que se

sentaba. Al y El ya no formaban parte de su vida. No cabalgaban detrás y no reían de sus bromas ni la abrazaban sólo porque era su pequeña hermana.

Pasó un tranquilo y largo rato antes de mirar su situación sin auto compadecerse. Tenía ropas de repuesto y más que suficientes monedas. Tiró de sus botas y sacó las monedas que tenía dentro de los ribetes de su camisa. Pero no tenía provisiones. Su rolliza bolsa de manzanas y nabos se hallaba en el puesto del mercader, y no se atrevía a regresar al mercado, ahora que había sido desenmascarada y que la habían visto como mujer.

Quedarse en el pueblo ya no era seguro para ella. Todo estaba arruinado. Cerró los ojos y respiró hondo, buscando algo de aquel infame valor en la sangre de los reyes. Quizá Montrose y Alastair habían mentido sobre su padre, pensó, sin tener aluvión alguno de cierto sentimiento mágico e instintivo que le hiciera desear salir y enfrentar guerreros, hombres nobles o su propio y desconocido futuro.

Se puso de pie, recogió la silla y alistó a Skye, asegurando la correa en la panza, atando sus posesiones y moviéndose de memoria. Dejó los establos con Fergus a la zaga y sin fijarse en lo peor, lo que traía puesto después del encuentro de Montrose con la cerveza pinchada, aunque no se dirigió hacia las murallas occidentales, donde aquellos hombres buscaban a alguien llamada Lady Caitrin. Hacia el este se erguía el castillo en su gran peñasco y hacia el sur se hallaba el ancho estrecho del río Ness —otro cruce en embarcación— al que no se atrevía; el único camino se hallaba hacia el sur.

En lugar de ello, cabalgó pasando la taberna, por un callejón que circundaba los bordes nor-orientales del pueblo, dirigiéndose rápidamente hacia la antigua puerta norte. A veces era utilizada, pero desde que los tratados con los normandos rindieron el pueblo, ya no era un blanco y la puerta trasera había sido olvidada —un lugar donde ella y Al habían reptado dentro del pueblo una vez— y por donde ahora dejaría Inverness y galoparía por los enlodados pantanos, a través de juncos y turbias aguas negras que ensuciarían las limpias patas y el pelo de la barriga de Fergus, afuera hacia el Gran Más Allá, dirigiéndose hacia el oeste a través de las norteñas tierras bajas y hacia todos los lugares que se suponía debía evitar, porque no tenía otra opción.

Capítulo Dieciséis

Lyall volvió rápidamente sobre sus pasos entre las sombras al escuchar el clamor de hombres y caballos, adentrándose en las profundidades del callejón, donde sabía que estaría oculto y se movió hacia el lado opuesto de la muralla para ver mejor. En el camino, un hombre noble, alto y de cabello cobrizo salió de la taberna para unirse a una tropa de hombres de armas esperando en la calle estrecha de tierra. Lyall reconoció los emblemas e insignias de Douglas.

—La tabernera dice que pagó por hospedar a su caballo y a su perro. — dijo el hombre a Finngal Douglas, alto y a la cabeza de sus guardias, montado en una magnífica pieza de caballo berberisco muy brioso, que danzaba con sus cascos en la tierra.

—¿Cuál perro? —Preguntó Douglas frunciendo el ceño. —Cait no tiene perro.

—Basado en su historial de problemas, Finn, se habrá conseguido un perro... sin duda, uno que una vez fue guardián del río Styx.

—Sí. No me recuerdes su propensión a los problemas. Ella es mi maldición por todos los errores que alguna vez cometí.

—Conseguir que me dijese lo poco que me dijo aquella tabernera, fue como tratar de sacar monedas de su bolsa. Parece que se encaprichó con el pobre muchacho.

—El pobre muchacho, mi novia. —Dijo Douglas sacudiendo su cabeza.

—El pobre y pequeño muchacho que robó mi bolsa.

—Te pagaré, veré que se arrepienta de este día.

—Ella es asombrosa, con esa manera de retorcer a las personas alrededor de su dedo. La vieja tabernera me echó una ojeada del demonio por atreverme a preguntar por ella o por insinuar que el muchacho era, en realidad, una mujer.

—Cait me ha tomado el pelo. En el instante en que le di la espalda, se marchó, deambulando por el campo, de juerga, vestida como un muchacho o un sirviente, desprotegida... otra vez. ¿Cuántas veces hasta hoy?

—Cinco. —dijo el caballero. —Si cuentas la vez que se vistió de monja.

Douglas dirigió una mano enguantada a su cabello oscuro y frunció el ceño. —Por las piernas de Dios... si algo le sucede, Sutherland y mi padre pondrán mi cabeza en una pica.

—Sí, Finn. —dijo su amigo sarcásticamente. —Continúa diciéndote que esto es por el mal genio de los condes. —hizo una pausa. —Y que no te importa un bledo ella.

—Me importa. —dijo Douglas abruptamente. —Me importa hacer que la pequeña bruja se arrepienta de desobedecer mis órdenes.

El caballero sacudió la cabeza. —Apostaría un año de mi renta —seguro de que tu esposa no me la robaría— a que ella ya no está en Inverness. Lo más probable es que ya estuviese fuera de las puertas del pueblo, antes que reuniéramos a los hombres y sus caballos. Ya hemos registrado el pueblo dos veces.

Una mirada de pura determinación cambió el rostro de Finn Douglas. —Entonces montemos y cabalgemos a Killencraig. Siento la repentina comezón de golpear a mi esposa.

—Apostaría que saldrá lo peor de esto. Estás lidiando con Lady Caitrin. ¿Qué se supone que te lanzará esta vez? Tuviste un buen chichón por aquella manzana. Nunca creí que las frutas podían ser armas efectivas. Quizá deberíamos tener un barril de frutas a lo largo de las murallas.

—No lo vi venir. —se quejó Finn. —Y para de sonreír como un tonto. Conozco muy bien este truco de ella —lleno de misiles. Estoy familiarizado con sus diversiones.

—Quizá para proteger tu cabeza, amigo mío, deberías enviar un hombre adelante para remover los objetos filosos —y las frutas— del solar del castillo. —El hombre reía al montar y mover su caballo al lado de Douglas.

—Pretendo poner mis manos sobre ella primero... pero recordaré usar el yelmo.

—Y agáchate. —Las risas siguieron a los comentarios de los hombres mientras cabalgaban hacia las puertas occidentales.

Lyall contempló el polvo arremolinado en el camino vacío, perdido en sus pensamientos. Finngal Douglas era heredero del conde de Dunkirk, un fuerte aliado y espada del padre de Glenna, el rey, y amigo cercano del hombre más noble y poderoso fuera de la corona —el conde de Sutherland— cuyos recios lazos con la corona inglesa, con Irlanda y con los nórdicos, le hacían intocable para cualquiera, incluso para los enemigos más poderosos del rey. Sutherland también era el amigo más leal del rey, sus ojos y oídos, y un hombre a quien el padre de Lyall había conocido bien.

Antes de que su padre fuera condenado como traidor, ambos, Sutherland y Dunkirk habían venido a Dunkelden por asuntos del rey. Siendo apenas un

chiquillo en ese tiempo, Lyall aún recordaba aquella colorida llegada a las puertas de su hogar.

Había estado más que curioso por los grandes condes del rey, así que se escondió en las galerías encima del salón, escuchando cada palabra, mientras los veía cenando y bebiendo con su padre y hablando de política. Cuando la conversación se hizo más intensa, se marcharon a otro lugar más privado.

Demasiado joven entonces, todavía no afinaba su habilidad de escuchar tras las puertas, en esa época, cuando el nombre que llevaba no estaba cargado de vergüenza. Pocos años después, presionar sus oídos contra las puertas, era la manera de mantener ante él su único objetivo. Con el tiempo, aprendió todo acerca de la manipulación y si el honor importaba o no en las Grandes Conspiraciones del hombre, y aprendió acerca de la desesperación, la oscura sombra que ahora siempre se hallaba con él.

Sutherland y Dunkirk estaban de seguro a la cabeza de cualquier plan que hubiere para el regreso del rey. Pero sabía poco de Douglas, el hijo, excepto por la reputación, conocida riqueza y la palabra de que era un hombre cuyo nombre había conseguido respeto y reacción. Entonces, recordó la última vez que estuvo en Rossie, a Mairi y a su madre cotilleando sobre cierto asunto acerca del reciente casamiento de Lord Finngal Douglas, el campeón del rey, con la tutelada de Sutherland.

Interesante... que Douglas estuviese buscando a su novia errante —un pensamiento que le dio a Lyall un instante de pausa absorta, donde cada músculo de su cuerpo se tensó al juntar todas las piezas por primera vez. Glenna y su perro, no Lady Caitrin.

Lyall salió del callejón y se movió con rapidez hacia la puerta de la taberna. Dentro, la atestada sala era más oscura que el cielo del atardecer y olía a cerveza y a la grasa de carne de carnero que emanaba de las velas sobre las púas en las paredes ahumadas. Barriles de hidromiel y toneles más grandes de cerveza se apilaban detrás de un trozo de roble grueso y sólido que servía como tablón, donde permanecía la tabernera, tan robusta como su cerveza, con la cara enrojecida por una brasa de carbón y el fuego de la cocina al fondo, luciendo tan erosionada como una manzana seca. Se movía con velocidad que ocultaba el contorno de su delantal, a lo largo de la fila de jarrones, llenando cada uno de una espumosa jarra mientras daba órdenes a su lacayo.

Lyall cruzó hacia un asiento vacío en un rincón oscuro, utilizó su bota para sacar una silla de una mesa rechoncha, en cuyo lado opuesto se hallaba un

trinchador con carne estofada y una jarra de cerveza medo vacía. Sentado a horcajadas en la silla, apuñaló la mesa con su daga enjorada.

El lacayo corrió y puso un jarro de cerveza frente a él.

Con una rápida inclinación de cabeza hacia la carne trinchada, Lyall dijo. —Comeré lo mismo. —Al marcharse el lacayo, Lyall bebió de la pinta, sin darse cuenta de cuán sediento y hambriento se hallaba hasta que la comida y la bebida estuvieron a menos de un codo de distancia y sus aromas fueron inevitables.

Contemplando la sala mientras bebía, Lyall buscó personas a quienes preguntar, además de la tabernera, pues los hombres de Douglas la habían interrogado y aparentemente, tuvieron problemas, así que Lyall comprendió que necesitaría elegir con mayor cautela. No quería levantar demasiadas sospechas. Pero aún tenía que saber cuánto tiempo había pasado desde que Glenna fue vista por última vez.

Un hombre libre vestido con capucha y gorjal llegó, escurriéndose de la parte de atrás, probablemente de las letrinas, pues se hallaba ocupado en ajustar sus bragas. No notó a Lyall hasta que ya estuvo cerca de su silla abandonada, alzó su mirada y contempló la mesa como si la golpease. Sus ojos se abrieron y su modo era servil. Incliniéndose ligeramente, comenzó a recoger su comida con ambas manos. —Me marcharé, milord.

—Quédate donde estás, hombre. Siéntate. —Lyall enfundó su daga y sacó su cuchillo de comer. —Agradezco la compañía y gustosamente compartiré tu mesa.

El hombre se sentó y lo salvó de tener que hablar con el lacayo, quien puso una humeante fuente de estofado de cordero trinchado en frente de Lyall y volvió a servir cerveza antes de tomar el jarro y llenar las pintas vacías en las demás mesas de la taberna. Ambos comieron en un silencio tan grueso como sus trinchados, pero de cuando en cuando, Lyall atrapaba la mirada del hombre observándole por encima de su comida, con abiertos ojos blancos.

Lyall pellizcó más pan y lo empapó en el estofado, masticando; luego, puso el cuchillo a un lado. —Acabo de llegar al pueblo. —dijo para aflojar la conversación.

—Sí, milord. Yo también llegué con un vagón cargado desde Drumashie, apenas esta mañana. Salí de casa el día anterior.

—Y yo vengo de la costa norte. —dijo Lyall vagamente, pues la isla se hallaba al norte y poseía mucha costa.

—Soy Heckie, el granjero del grano. —dijo el hombre, y con un repentino estallido de palabras, comenzó a hablar acerca de su esposa, su granja y la carga del vagón, el molino y un diente malo. Lyall contempló el pequeño hablador con una protuberancia a un lado del rostro escuchando a medias, hasta que Heckie, el granjero del grano, dijo. —El muchacho y su perro.

Lyall no se movió por largo rato, pero luego, sus manos se hallaban en su bolsa. —¿Un muchacho y su perro?

—Sí. Gordon de Suddy era.

¿Gordon? Lyall casi rio sonoramente con la ironía: ella había dejado tres rastros falsos en los bosques, para luego utilizar el nombre de su familia adoptiva. En lugar de eso, rio para sí mismo. Suerte la suya, en este día, la que se posó en su hombro como un halcón.

—Y aquel perro... ¿Cómo se llamaba? —dijo el granjero distraídamente. —¿Fergus! Eso es. Un dulce muchacho, ese Gordon y su perro de ojos caídos llamado Fergus.

Dulce muchacho mi culo.

Cuando el hombre tomó una extraña y sibilante bocanada de aire, Lyall se inclinó hacia adelante lentamente, con los codos sobre la mesa y colocó varias monedas entre ellos donde atraparon la luz de las velas y destellaron en la plata brillante.

—Esto podría ser un día de magnífica suerte para ambos, Heckie de Drumashie. —dijo con facilidad, empujando las monedas hacia el hombre. —Estoy buscando información importante...

Ramsey paseaba en su cámara privada con las manos a la espalda y dictaba un mensaje a su escriba, cuando tres niños pequeños llegaron corriendo por el piso de piedra gritando. —¡Abu Papa! ¡Abu Papa! —y de repente, se hallaron sacudiéndole como los monos extraños y ágiles que una vez vio en Londres. Como aquellas manitas y pies le cubrían frenéticamente, su humor se aligeró y su precisa y cuidadosa elección de palabras escritas al conde de Sutherland fue prontamente olvidada.

—Terminaremos más tarde. —dijo al escriba, quien rápidamente reunió sus preciadas herramientas de escritura en su cofre. Todos sabían que los jóvenes y curiosos niños de Mairi habían reinado libremente en Rossie y

destruían cualquier cosa que podían a su antojo, y el escriba se apresuró a salir de la habitación como si su cabello estuviese en llamas.

Ramsey subió a Duncan y a Gregor en sus brazos anchos y Robbie, el mayor ya colgaba de su espalda.

—¡Eres el oso, Abu Papa!

Así que gruñó, y haciendo malabarismos, cargó a sus nietos, hijos de su hijastra, para ser precisos, mientras merodeaba por el interior de la cámara como un oso danzante sin nada que le identificase con un guerrero o un barón. En aquel momento, era apenas ‘Abu Papa,’ un nombre que Robbie había inventado mezclando abuelo y papá, y pese a los regaños de Mairi, nada pudo cambiar el nombre que Robbie le había dado. Secretamente, a Ramsey no le importaba cómo le llamasen los chicos, y creía que la tozudez de su nieto era una buena cualidad, y en un punto, enseñó a Duncan a llamarle *el* Abu Papa, por lo cual, cuando Mairi le atrapó en el acto, se ganó el débil regaño de su sonriente hijastra.

Para Ramsey, el sonido de las voces de los niños haciendo eco en las paredes de piedra de su castillo, proporcionaban gran alegría, y era algo que había esperado por largo tiempo. Todo su poder y su riqueza no pudieron darle hijos o hijas. Ningún bebé había crecido en los vientres de sus esposas. Tenía a sus dos hijastros —aunque no podía esperar a poner sus manos en uno de ellos— y tenía a los hijos de Mairi.

Para el momento en que él y los muchachos hacían acrobacias en la alfombra gruesa que había traído de su viaje de juventud a Tierra Santa, Beitris y Mairi entraron brazo con brazo y observando, meneaban sus cabezas, listas, como de costumbre, a poner un alto a sus gracias.

—Vengan, ustedes. —dijo Mairi mientras quitaba niños de encima de él. —Dejen a Abu Papa en paz.

Robbie se envaneció. —¡Soy el gran caballero Sir Robert de Glamis! —Sostuvo en alto una parodia de espada. —He de salvarles a todos del malvado oso! —Besó la espada imaginaria y la pinchó en Ramsey quien rodó, gruñó y se quejó, dejándose caer y retorciéndose como si estuviese muriendo, para luego echar los brazos a los lados y yacer perfectamente quieto en la alfombra, mientras Robbie descansaba su piececillo encima de su pecho y se inclinaba victorioso hacia todos.

—Basta ya de tonterías. —dijo Mairi, pero su voz no contenía censura. —Vengan. El cocinero tiene pasteles de miel tibios esperando por ustedes.

Los chicos se congelaron y miraron hacia abajo, como juzgando qué les apetecía más, Abu Papa o los dulces. —Vayan. —dijo con un guiño. —Pero reserven el pastel de miel más grande para mí.

Las mujeres reunieron a los saltarines niños, quienes ahora discutían acerca de quién escogería primero, y les enviaron con dos hábiles ayas, así que Ramsey se levantó de un brinco con facilidad y pasó una mano por su enmarañado y oscuro cabello, el cual había comenzado a mostrar esquinas aceradas de gris y sonrió tímidamente a su esposa, luego se volvió a su hijastra. —Ven y dale a este viejo un saludo apropiado.

—¿Cuál viejo? No veo ningún viejo. —dijo Mairi y se acurrucó en el recodo de su brazo, estrechándole.

Dos tantos y cinco el año próximo. —declaró. Hablando alto, el número sonó viejo a sus oídos. La abrazó con más fuerza estrechando sus brazos alrededor de ella y pensó que quizá había, finalmente, comenzado a añadir más carne en sus delgados huesos de sauce.

—Eres tan bueno con ellos. —dijo tranquilamente con la mejilla pegada su pecho y la voz gruesa de emoción.

Habiendo enviudado apenas un año atrás, Mairi aún lucía lánguida y perdida sin Robert Gray. Su esposo había muerto en un naufragio, en las costas de Irlanda, como emisario de su tío materno, el conde de Pembroke. Ramsey sabía que necesitaba otro esposo para proteger las tierras de Grey para sus nietos, y mientras muchos creían que debía casarla prontamente con otro, Ramsey deseaba que Mairi fuera feliz. Ella, al igual que Beitris, habían sufrido lo suficiente. Por ahora, él fungía como guardián de ella y de los chicos y les proporcionaba protección, porque sabía que su hijastra, de fuerte carácter, no podía enfrentar ahora otro casamiento.

Beitris le ofreció un cáliz de vino y se apartó ligeramente... llevándose otro pequeño trozo de su corazón al hacerlo. —Siéntate. —liberó a Mairi y sorbió el vino oscuro que de repente conservaba poco sabor. Se sentó pesadamente en una silla con sus largas piernas extendidas frente a él.

—Dime qué era tan urgente que mandaste guardias a escoltarnos aquí inmediatamente. —dijo Mairi.

Mairi y Lyall eran tan cercanos como un hermano y una hermana podían serlo.

Beitris se hallaba de pie con el lado bueno hacia él, y la mano sin cicatrices se posaba gentilmente en su hombro. Comprendía cuán difícil era esto. Si tan sólo entendiera lo que ella significaba para él.

Tomó otro trago, bajó el cáliz y habló con Mairi acerca de la importancia y el secreto de lo que estaba a punto de contarle... y le dijo lo que Lyall había hecho.

Mairi maldijo como un hombre y su madre se encogió de dolor e hizo la señal de la cruz.

—Mi reacción exacta. —dijo Ramsey sombríamente.

—Lyall se quedó contigo la mayor parte de la primavera y la mitad del verano. —dijo Beitris. —¿Viste o escuchaste algo?

—Sí. —dijo ella, aún claramente furiosa. —Meses atrás, terminando la primavera, recibió un mensaje y marchó con un caballero de De Hay.

Todo se estaba volviendo más claro y más traicionero, pensó Ramsey.

—Dios, no... ¿Estás segura de que era un De Hay? —preguntó Beitris en alta voz y su mano apretó el hombro.

—Sí. Vi el emblema del hombre. Cuando Lyall regresó, su humor había cambiado. No era él mismo. Le pregunté qué había pasado y afirmó que se trataba de algo que tenía que ver con Isobel.

—Es improbable, ya que Isobel ha estado muerta durante tres años. —dijo Ramsey irónicamente.

—Y una vez que murió, Lyall no quiso nada con la familia. En particular con su padre. —dijo Beitris sin molestarse en ocultar su enojo.

—Sólo porque Dunkelden estaba perdida para él. —Mairi dijo en voz alta lo que Ramsey estaba pensando.

—Dunkelden será su final. —dijo Beitris, claramente incapaz de comprender los intensos y lóbregos lazos de su hijo con las tierras de su padre.

Ramsey sí comprendía el tormento de Lyall. Las tierras de un hombre le daban valía en un mundo que le juzgaba por sus posesiones y su espada. Pero el objetivo de Lyall y su prosecución a cualquier costo y de cara a lo inalcanzable, era como mirar un jabalí enjaulado golpeando su cabeza contra los barrotes de hierro.

—Es un tonto. —dijo Mairi, pero las palabras cargaban una tristeza grande y pesada que se esparció en la cámara.

—Será colgado por esto. —la voz de Beitris se quebró, enterró su rostro en las manos y comenzó a llorar.

—Madre... —Mairi corrió hacia ella.

Ramsey se paró y trató de alcanzar a su esposa, pero alguien le llamó tras la cortina de la cámara. Cruzó la habitación y apartó la cortina para

enfrentarse a uno de los caballeros de su casa.

—Encontramos su rastro, milord, cerca de Inverness. Cabalgué como el diablo para llegar aquí.

—Bien. —Ramsey palmeó su hombro y miro hacia el arco de la torre. — Tenemos tiempo suficiente antes de que el sol se oculte. Partiremos de inmediato. Ve y busca un caballo descansado.

—Los muchachos de cuadra ensillan a uno ahora, junto con su caballo, milord.

—Entonces ve y come algo de pan y bebe cerveza, hombre —busca al cocinero— mientras hablo con mi esposa. Te encontraré en los establos. — Ramsey regresó a su cámara. Beitris estaba sentada en la silla y Mairi se arrodillaba a sus pies tomando su mano. Había parado de llorar y le miró, olvidando, en su pena, esconder la mitad de su cara.

—Mis hombres encontraron sus huellas.

—Donald... —se paró y Mairi con ella—. Por favor, encuéntrale. Salva a mi tonto hijo de sí mismo.

—Te juro que los encontraré. —Extendió su brazo y gentilmente tocó las cicatrices en su rostro, ella recordó repentinamente y su mano cubrió con rapidez la suya y él pudo leer la vergüenza en sus grandes ojos. Sacudió su cabeza, la arrastró a sus brazos y la besó con fuerza antes de volverse y marchar.

Glenna enterró su cuchillo en la tierra y desencajó un delgado ramo de zanahorias, metiéndolas en un saco con algunos nabos y una cebolla, y puso una moneda de plata que valía cien ramos de zanahorias cerca del hoyo, antes de gatear de un surco de tierra al otro, donde inhaló el fuerte aroma del puerro. Un instante después, un puñado de puerros golpearon el fondo del saco y dejó otra moneda, antes de echar un vistazo para ver que la luna aún se escondía detrás de las nubes delgadas por la tormenta que se aproximaba.

Se sentó descansando en sus talones, contemplando el contorno de las sombras del parterre del jardín. Tomar únicamente unos pocos vegetales era todo lo que se podía permitir —a pesar de las monedas que dejaba— porque aún no se hallaba del todo cómoda robando a los granjeros, aún aquellos que eran acomodados. Las circunstancias eran tales, que no sería selectivamente generosa con quienes ella robaba.

Las tierras que rodeaban el palacete eran jardines ricos con surcos de raíces vegetales y vergeles frutales exuberantes. En la distancia, las ovejas se acurrucaban juntas en un gran grupo blanco y el mugido suave y satisfactorio del ganado llegaba de las vaquerías junto a los sembradíos. Un molino con su distintiva rueda de agua se erguía cerca del río. Se hallaba tan sólo a una corta caminata desde la ladera de la colina cubierta de hierba. No había mucha distancia entre ella y los guardias.

Aún dejando dinero, se sentía culpable.

Lo que podía ver del palacete desde la ligera altura de la colina, era impresionante; una lanceta de vidrio normando en el piso superior dentro de ventanas gruesas apuntaladas y murallas de piedra. Un hilo delgado de humo pálido salía de la sombra, semejante a un pulgar, de la chimenea más cercana encima del patrón de mosaicos del techo.

¿Sería el alojamiento de caza de algún noble acaudalado? Su posición se hallaba cerca del Gran Bosque el cual estaba lleno de jabalíes, faisanes, liebres y ciervos.

Algunos guardias salieron a las puertas y permanecieron en la ladera durante un momento interminable. ¿La habrán visto? No se atrevía a mover. Quizá debería haber esperado más.

Ciertamente, había escapado por los pelos; apenas pudo arreglárselas para cruzar el turboso cenagal al norte de Inverness y escapar en las sombras de los árboles ante el mismísimo Sir Desnudo En El Camino y sus tropas, que pasaron tronando, dirigiéndose como fuego hacia el noreste. Había hecho sólo una parada para descansar y había cruzado acampo traviesa, mientras ellos llegaban cerca de una colina, suscitando polvo rojo como un chorro de viento.

Metió la bolsa de dinero en su túnica y se petrificó. Uno de los guardias del palacete gritó a un perro.

¡Oh su señoría! ¿Sacarían a un perro o a una manada de perros cazadores? El perro entrenado de un noble podría atrapar su olor fácilmente y delatarla, o peor aún, seguirla.

La creciente sombra de un gran sabueso corría alrededor de los guardias jugando en círculos para luego desaparecer dentro de las puertas, persiguiendo una rama, mientras los guardias reían y le seguían adentro, deteniéndose justo en de la muralla.

La lluvia comenzó a salpicar gotas enormes y fuertes y destellos de luz de luna plateada serpenteaban entre los hoyos de nubes nocturnas gruesas y agitadas. Las ráfagas de viento se arremolinaban y se enroscaban. Aún

hablando, los guardias entraron de nuevo, así que ella se agachó y se escurrió hasta el árbol frutal más cercano, agarró algunas ciruelas que se hallaban a la mano y rápidamente se deslizó de regreso a la ladera húmeda, desapareciendo en los grandes y anchos bosques que corrían entre las cañadas de las tierras bajas y los altos peñascos de granito.

Siguió el hondo sendero que había tomado más temprano en las profundidades fecundas de los árboles, donde las hojas caídas y el mantillo de tierra tragaban el sonido de sus pasos y el aire cargaba un grueso sabor a oscuridad, musgo frío y húmedo y agujas caídas. Sobre su cabeza se disparó la luz al salir la luna de las nubes, tan grande y brillante como una moneda de plata, pero aún escuchaba el patrón de la lluvia golpeando la tierra tras de sí, y al moverse más adentro, una delgada dispersión de las gotas de lluvia chocaba con las coronas altas de los árboles del bosque.

El pequeño claro se hallaba a oscuras, pero Skye permanecía satisfactoriamente atada a un árbol y volvió sus grandes ojos hacia Glenna cuando llegó a través de los arbustos y arrojó la bolsa en la silla. Giró frunciendo el ceño. —¿Fergus?

No estaba junto al árbol donde le dejó.

Entornando los ojos ligeramente, exploró el área, esperando, con un repentino y lánguido salto del corazón, que estuviese apenas a unos pies de distancia. —¿Fergus! —susurró con dureza.

¡Oh, no! Glenna desató a Skye y la jaló de las riendas mientras corría a medias hacia los bordes del bosque. Antes de alcanzar la orilla, sus peores temores se hicieron realidad, cuando percibió el caos que venía del palacete. Las gallinas graznaban peor que una pelea de gallos. Y los hombres gritaban.

La luna ahora brillaba y las nubes y la lluvia habían pasado llevadas por el azote del viento. La hierba se mecía ligeramente y tomaron nuevo color al brillar la plateada humedad del rocío con la luz de la luna. Había pocas sombras donde esconderse, la luz iluminaba la tierra, los árboles, los jardines, e incluso, los rostros de los guardias del palacete.

Justo entonces, Fergus llegó corriendo desde el palacete, con una gallina que cacareaba en su hocico, mientras aceleraba en la baja pendiente como si su cola estuviese en llamas. Su corazón se hundió cuando un hombre salió pisando los talones a su perro, cargando una antorcha en una mano y la espada en alto en la otra, seguido de otro guardia y, además, de un arquero, mientras flechas oscuras se disparaban desde fuera de la muralla del palacete.

Escuchó a los hombres gritando órdenes al viento en lo que había sido una silenciosa y tranquila noche. Sus ojos permanecieron en el perro. No se atrevía a poner un pie en el campo abierto, pues la verían fácilmente y él se dirigía muy lejos hacia el oeste. Rápidamente, montó y guio a Skye hacia el oeste, se inclinó hacia abajo sobre la montura, lista para correr, y dio un único, agudo y perforante silbido.

Fergus cambió de dirección en un latido, precipitándose hacia ella. Esperó hasta que estuvo cerca y pateó a Skye adelante y fuera de los árboles gruesos, donde era libre de correr arduamente, con Fergus a la zaga, y galopó como el viento a lo largo del borde del bosque.

Una flecha pasó por su hombro y golpeó el tronco de un árbol cercano con un sonido musical. Otra zumbó en su oído. Y otra.

Advirtió un claro entre algunos de los árboles y se dirigió directo allí, desapareciendo entre los oscuros árboles, refrenando a medio galope, al escuchar otra flecha que golpeaba en las cercanías y otra hacia el este de donde se hallaba. Se recostó en el cuello del caballo chasqueando sus dedos para mantener a Fergus a su lado y de nuevo a todo galope, mientras los árboles se volvían más gruesos y más la protegían y los cielos sobre su cabeza se volvieron negros por la luna escondida.

Fergus aulló.

Se volvió en la silla mirando atrás.

Aún estaba con ella, pero sus zancadas disminuían la velocidad, con la gallina muerta y colgando sin fuerza en su hocico y un rastro de plumas cayendo a la tierra tras él y una flecha que lucía mortal sobresalía de su ensangrentado costado.

Capítulo Diecisiete

En lo alto de los bosques de pino, a lo largo de una cumbre salvaje y rocosa con un amplio círculo oscuro situado dentro de sus costillas, el caclop de cascos de caballos resonaba junto a la estrecha línea de la cima sobre el Gran Bosque. Un par de ojos agudos escudriñaba las copas bajo la luz de la luna, rastreando señales de a quien ellos buscaban en medio de las arboledas profundas de pinos, avellanos y abedules que limitaban las bajas elevaciones del bosque. Sólo hablaban cuando debían hacerlo y se comunicaban únicamente con la mirada. Su misión era personal.

Abajo y más allá había un prado ancho, y en la distancia, un palacete con un pequeño grupo de granjas y ovejas se desperdigaban en las ondulantes laderas oscuras. Un río serpenteante bordeaba la extensión de árboles de roble en la lejana cañada hacia el molino, donde arcos plateados de la rueda de agua atrapaban la luz de la luna. Debajo, movimientos de antorchas circundaban el amplio claro, mientras los hombres registraban los pastizales y jinetes desaparecían en los bosques.

Al mismo tiempo y frente a la ancha cumbre a través del bosque, el prado y la cañada, un jinete solitario llegó hasta la cima de la colina noreste y refrenó las riendas, envolviéndose en su capa más apretadamente. Al mirar las antorchas y las acciones debajo, se movió a lo hondo de un bosquecillo de abedules, escondiéndose y observando atentamente, sabiendo por instinto que lo que vería sería difícil.

Y desde el sureste, algo lejos de toda la refriega, donde un ancho valle se ondulaba por leguas y leguas y el río Beaully hacía su camino desde la ensenada en Inverness, una tropa de hombres fuertemente armados ataviados con las insignias de Ramsey, dejaba Inverness y seguía otro rastro, uno que llevaría donde el jinete de la capa se escondía ahora.

El refugio de los pastores en las colinas madereras olía a viejo, a lana mojada y a lodo, pero le dio cobijo a Glenna del fuerte viento mientras añadía más leña a un pequeño fuego y hablaba suavemente a Fergus, yaciendo sobre su

costado cerca de ella con su terrible herida. Alrededor de la flecha, la sangre era gruesa. Había parado de filtrarse la brillante roja. Cada tanto, gimoteaba y sus patas se estremecían de dolor. Pero si ella se atrevía a tocar la flecha, él aullaba e intentaba morderla.

Colocó más musgo alrededor de la herida y tuvo que utilizar un pequeño tarro para hacer té de corteza de sauce, como el que el hermano Leviticus había hecho para ella. No sabía si ayudaría, pero sauces y avellanos se hallaban diseminados en los bosques, un regalo del cielo. —Si tan sólo tuviese un poco de la yerba sangrienta, dulcito, o aún algo de cerveza para ti. —dijo a Fergus acariciando su cuello y su peluda oreja. Se inclinó más de cerca y arrancó más plumas rojas en el borde de su hocico, echándolas al fuego donde la culpable gallina se cocinaba lentamente en una vara que fabricó con ramadelgadas.

Siempre que giraba al ave, los jugos se vertían escupiéndose en el fuego y Fergus levantaba la cabeza y contoneaba su nariz. Una buena señal, pensaba, que, a pesar de su horrible herida, todavía se hallara hambriento. Quizá la carne le ayudaría. Se sintió desesperanzada, como si sus manos estuviesen atadas por las dudas y sin el modo de arreglar esto. No sabía qué hacer por él.

En algún momento, debería remover la flecha. Pero temía no ser lo suficientemente fuerte para agarrarlo con seguridad y utilizar el cuchillo para soltar la flecha.

—Tú tonto, tonto perro, tú. Las gallinas han sido siempre un problema para ti. —Su voz se quebró y cubrió su boca con la mano, incapaz de mirar para otro lado y temerosa de que él respirase por última vez allí, frente a sus ojos. Su cuerpo se movía lentamente al respirar superficialmente y sus grandes ojos abiertos la miraban suplicantes. Tan sólo con verlo, le rompía el corazón.

Tenía pocas alternativas. Beaully era sólo una opción si podía buscar a Ruari sin ser vista. ¿Cómo llegaría Fergus allí? Con una flecha profundamente embebida dentro de él y cabalgando sobre el golpeteo de los cascos de Skye sacudiría su cuerpo y quizá le mataría.

Encima del desgastado techo, el viento aullaba cual lobos hambrientos y el aire se enfriaba. Tiritó y echó un vistazo a su alrededor, calentó sus manos en el fuego, y cuando una rama se quebró en el viento y cayó en el techo sobre de ella, se envolvió con sus brazos. También había otro problema: no tenía idea de lo que había acontecido una vez que se marchó del priorato... o de cómo Montrose había dejado las cosas.

Su imagen le llegó a la mente y sintió algo muy hondo y apesadumbrado. Cerró los ojos y deseó que la imagen se desvaneciera, mientras en su corazón le deseaba allí, a su lado, sabiendo con seguridad que él habría salvado a Fergus... que la salvaría. Por primera vez en su vida, comprendía el valor de la protección de un hombre.

¿Acaso había ella crecido tan acostumbrada a cuidar de sí misma que estaba cegada a otras oportunidades que podrían dársele? Tener refugio y albergue seguro de alguien cuyo deber era solamente custodiarla y guardarla era un regalo que nunca supo que deseaba, y algo de lo que había huido.

Ahora, sentada sola en el cobertizo, se arrepentía en cierto modo de haber huido de él. Desde su recuerdo más antiguo, ella siempre había sido su propio guardián, porque sus hermanos la mimaron, y usualmente se las arreglaba para que hicieran lo que ella quería... aún robar. Sus hermanos eran apenas eso, no realmente un padre, sino sus hermanos, y sus aventuras juntos eran divertidas y excitantes, y de algún modo, los percibía más como juegos infantiles que como la cantidad de leyes que habían roto, los riesgos que tomaron y las consecuencias que podían enfrentar.

¡Oye, ja! Eran una manada de ladrones... incluso Fergus, pensó miserablemente.

Le miró. Los cazadores furtivos eran colgados por robar menos que una gallina, por atrapar una esquelética liebre silvestre en los bosques lejanos. ¿Acaso los guardias se darían por vencidos? ¿O incluso con viento y oscuridad les estarían buscando? No tenía respuestas y contemplaba la subida y bajada del pecho de su perro.

Por él, ¿podría ella colarse en el priorato y confiar en los monjes? ¿Cómo le ayudaría dentro de este cobertizo? ¿Durante cuánto tiempo estarían a salvo aquí?

Se hacía las mismas preguntas una y otra vez, masticando su culpa, y más mientras alimentaba a Fergus con pequeños trozos de gallina rostizada, que comía despacio con grandes ojos tristes. Lamió algo del té de corteza de sauce y pronto respiraba tranquilamente y parecía estar dormido.

Después de comer un poco de la gallina, se sentó sola cerca del pequeño fuego con las rodillas apretadas en su pecho mientras los árboles inmensos crujían ominosamente en los vientos salvajes; entretanto se sentía todavía más sola, aterrada y miserable. Glenna lloró tan fuerte que sus ojos quemaban como fuego y finalmente, cuando su pecho paró de hipar, cuando sus ojos difícilmente produjeron más lágrimas, se envolvió en la capa, se embebió en

el sombrero hasta cubrir sus frías orejas y se acostó, con la mano en el cuello de Fergus para sentir los latidos reconfortantes de su corazón.

Pronto, cerró sus ojos ardientes y trató de olvidar por un momento cuán aterrorizada y exhausta se hallaba, y se durmió.

El sueño regresó —el grajo volando en los cielos azules. Las plumas, tan negras como la noche, brillaban y atrapaban la luz del sol, resplandeciendo bella y libremente sobre los páramos que se vestían del amaratado color de un orto en el alba, y voló más y más alto, en lo alto del tibio aire de verano, rodando hacia el dulce canto de un trovador, recitando la historia del amor mágico y grande de un rey valiente y su hermosa reina nórdica.

Con la rapidez de un parpadeo, el cielo se tornó gris y los vientos de invierno soplaban, las nubes escarchaban en hielo con bordes casi negros y el viento que cortaba como el hielo hacía su vuelo por los aires más fatigoso y difícil. La nieve cayó como plumas mullidas y el grajo negro sentía los copos cubrir y agobiar sus alas.

Voló más y más bajo, deslizándose en los gruesos árboles del bosque, después de los alerces y abetos, donde las llamas en un claro, repentinamente, se dispararon hacia lo alto y la enviaron elevándola más y más arriba, lejos y distante del humo y las flamas, de regreso a la helada tormenta, de regreso a donde sus alas de nuevo atraparon los copos de nieve, aunque todavía brillaba el sol.

El verano era azul, dorado y se hallaba apenas delante de ella... si tan sólo pudiera volar más rápido. Si tan sólo el hielo se derritiera. Si tan sólo pudiera permanecer volando muy lejos.

Planeó sobre los altos nidos de otras aves, encima de donde el pasto, tan verde como la primavera, cubría la tierra y podía silenciar los pasos de cualquier cosa más pequeña que un caballo de guerra.

Desde arriba, llegó el grito de un halcón que se venía encima, determinado, de anchas plumas marrones, negras y blancas listadas como estandartes enemigos, volando más rápido de lo que sus alas más pequeñas le permitían, y nadó y tejió y giró y se volvió por el cielo, y aún el halcón regresaba, casi a su cola, y la embistió.

Ella giró hacia abajo, y volando en picada, descendía... abajo... hacia el lago plateado rodeado por gruesos arbustos verdes alineados con rosas de un

rojo oscuro y donde un hermoso cisne blanco que lucía un collar dorado cortaba con indolencia las tranquilas aguas.

El grajo llamó y el halcón aulló su mortal llamado, nadando muy cerca, y el cisne miró el cielo azul profundo encima de ella, y viendo al pobre y agitado grajo, elevó su largo cuello y abrió sus alas amplias y magníficas, acogióndola, al bajar, el cisne en sus grandes alas, sosteniendo al grajo con su pecho, cerca de su cuerpo mullido y a salvo de las garras del halcón mortal.

Con el corazón latiendo con fuerza y aterradoramente, los ojos de Glenna se abrieron de repente, sin ver, su aliento aún atrapado en el pecho, su sangre corriendo y el sudor goteando en su frente. El sueño había regresado, el mismo sueño...

Gimió ligeramente y parpadeó.

Ante sus ojos, a la luz tenue de las brasas, un par de botas oscuras permanecían firmemente plantadas y parecían atrapar el rojo del brillo del fuego. El final de una brillante y mortal espada reducía su campo de visión, parada apenas a un palmo de su nariz.

Capítulo Dieciocho

Fergus produjo un gruñido bajo, tratando de levantarse sobre sus débiles patas, pero aulló lastimeramente y se hundió de nuevo en la tierra, emitiendo un gruñido largo y feral. Ella se hallaba demasiado temerosa para moverse y esperó a que sus ojos se ajustasen a la oscuridad. Arriba, el viento comenzó a aullar y los árboles crujían y se balanceaban. Las rojas brasas del fuego agonizante atraparon la punta de la espada ante sus ojos, tan profundamente roja como los fuegos del infierno, y Glenna subió la mirada lentamente, sobre la longitud de la canaleta ensangrentada de la espada

Encima de ella, sus dientes brillaban en la oscuridad y el repentino fulgor de una antorcha le describió desde atrás. Movi6 la punta de la espada hasta su cuello y presion6 fuerte, lo suficiente para no atreverse a mover y apenas respiraba.

—Podr6 matarte aqu6 y ahora. —dijo, y ella sinti6 que la punta le cortaba ligeramente.

Ahog6 un grito.

Alguien mene6 otra antorcha y un par de murci6lagos chillaron y volaron desde el techo, yendo a la deriva amenazadoramente sobre las cabezas de los hombres que entonces abrieron la puerta por completo. La luz de la antorcha golpe6 su cara. Encima de ella se ergu6 el mism6simo demonio, el 6nico hombre que no quer6 ver nunca m6s. Contempl6ndola, estaba la mortal y cruel cara de Munro el Horrible.

—Eres un tonto, ¿cazando furtivamente en el palacete del sheriff? —dijo.

Ella se hallaba petrificada del terror, pero trat6 desesperadamente de no demostrarlo.

6l era un hombre rechoncho y grueso con brazos largos y poderosos, grandes manos, expresi6n malvada ... y los ojos m6s fr6s que ella jam6s vio. Presion6 la espada a6n m6s.

Incapaz de detenerse, se trag6 un respiro con la presi6n de la punta de la espada.

—¿No dices nada? Alguien habr6 cortado tu lengua. Mmmm... —frot6 su barbada mejilla.

—Puedo hablar.

—Ah, así que puedes, muchacho. —dijo pensativamente observando los huesos de gallina cerca del fuego y lo que quedaba de los pocos vegetales que había rostizado. —Quizá cortaré tu lengua antes de cortar tu mano, o podría escoger colgarte. Tengo opciones. Sin embargo, encuentro que no hay nada mejor para disuadir a otros y salvar nuestro juego de manos codiciosas que un cuerpo colgando de las puertas.

Fergus gruñó ominosamente.

Munro hizo retroceder su espada y rápidamente se volvió hacia sus hombres. —Llévense a este tonto ladronzuelo que duerme tan tranquilamente después de festejar con mis aves. El muchacho está bajo arresto. —Envainó su arma y se marchó.

Dos de los hombres la levantaron por los brazos, Fergus se portó mal otra vez, y mientras uno le ataba las manos a la espalda, el otro llamó a Munro. —¿Qué hacemos con el perro?

Glenna contuvo su respiración. *No lo maten... por favor, no.*

El alguacil se volvió y echó a Fergus un rápido vistazo.

Su pobre perro yacía de costado, con la flecha sobresaliendo de él, sus negros labios se crisparon y sus largos dientes caninos se desnudaron hacia Munro.

—Déjalo. Tendrá suerte de durar otro día.

Glenna exhaló el suspiro que había retenido, al tiempo que la verdad de esas palabras se estrelló profundamente en su corazón. Miró a Fergus mientras los asistentes del alguacil le asían cada uno por un brazo y la arrastraban del cobertizo. Fergus trató de levantarse otra vez, gruñendo agresivamente.

—¡No, Fergus! —gritó—. ¡Quieto! Quieto...

Afuera, el fuego de las antorchas iluminó el pequeño claro, donde sus caballos estaban reunidos. No habían encontrado a Skye, que se hallaba atada más hacia el lado sur, en las profundidades de los bosques, donde había pasto y no sería vista. Se detuvieron cerca de una gran bahía y uno de los hombres la tiró al frente de la montura y montó detrás de ella advirtiéndole. —No pienses en escapar, muchacho. Es larga la caída y los cascos de Thor aplastarán tus huesos.

Echando un vistazo hacia el cobertizo, apenas pudo divisar la silueta de su perro yaciendo junto al agonizante fuego, luego los hombres cerraron filas y con Munro a la cabeza, cabalgaron hacia la oscuridad de los árboles.

Nadie hablaba mientras cabalgaban y el tiempo pasaba, árbol tras árbol; el único sonido era el de los cascos de los caballos sobre las hojas y ramas que

cubrían el suelo del bosque. El repentino viento se había calmado a una ocasional ráfaga en lo alto de las copas. Siempre que había un quiebre en el bosque, ella podía divisar unas pocas estrellas colgando en el cielo. La luna se había ido y la senda delante y detrás de ellos se hallaba a oscuras. Estaba entumecida de miedo, contemplando su destino.

Por un fugaz momento, se preguntó dónde estaría Montrose. Cerró los ojos y trató de imaginar su rostro, absorta muy dentro de sus remordimientos.

No sabía cuánto faltaba para alcanzar su destino—de regreso al palacete en la ladera de la colina. Sentía pánico y se hallaba perdida en sus pensamientos, pero aún estaba oscuro afuera cuando captó un destello entre los abiertos postigos de la luna que se ocultaba. No había viento ni lluvia, sino quietud. Permaneció ante el alcuacil en una cámara dentro del palacete de piedra y madera donde colgaban tapices de las paredes. La leña crepitaba en el flameante fuego de una inmensa chimenea de piedra y las llamas se reflejaban en los pisos de piedra. Linternas de hierro con velas gruesas de olor dulce esparcían una luz ámbar hacia abajo desde púas de hierro en las paredes y un tazón lleno de frutas al lado de una fuente con pan negro y queso esperaban en una mesa cerca de la gran silla labrada de Munro.

La contemplaba en silencio sobre la orilla de un gran cáliz de plata incrustado con joyas que a ella le hubiese encantado mostrar a sus hermanos. Permaneció parada, quieta, respirando larga y profundamente para sofocar sus miedos y enmascarar sus debilidades, como la repentina urgencia de llorar con las dulces imágenes de sus hermanos. ¿Sabrían lo que le pasaría a ella? ¿Sería ahorcada? O se preguntarían acerca de ella creyéndole en el castillo del rey como su hija perdida y no como un ladrón ahorcado o tullido. Pensó en lo que él había hecho al pobre Ruari.

Munro se levantó de la silla y lentamente caminó hacia ella, espada en mano, y levantó su túnica con la hoja, tocó las ligas en sus calzas con la punta. —Me pregunto, ¿cuán arrepentido estás?

Ella no se atrevía a respirar.

—¿Cuánto deseas vivir, muchacho? —Tocó su rostro y ella quiso despreciarle. —Ningún signo de barba aún. —rio.

Se complacía en los muchachos jóvenes. Su mente corrió hacia una única idea —un gran riesgo, pero su única oportunidad. Se alejó y sacudió su cabeza con violencia, hasta que su sombrero cayó hacia adelante y su larga trenza salió en cascada.

Ella pudo ver la reacción en aquellos ojos de hielo.

Él agarró el cuello de su túnica y lo rasgó para revelar los ribetes de sus senos.

—No soy un muchacho. —dijo desafiante.

—Pudo verlo. —hizo una pausa. —Te conozco. Eres la ladrona de caballos.

—No lo soy.

Esperó un latido o dos y se giró. —¡Jock! —llamó a uno de sus hombres, quien entró corriendo. Era el bajo y fornido guardia de cabello rojo quien la había alzado en la montura y la había arrastrado todo el tiempo.

—Mira lo que tenemos aquí. ¿Qué piensas? —Preguntó Munro. ¿Cuidarías a esta moza?

El hombre la miró como si estuviese cubierta de miel.

¡Oh, su señoría! Ella se revolvió torpemente para tratar de cerrar su túnica.

Munro miraba su reacción y se echó a reír. —Dinos tu nombre, muchacha.

—¡Púdrete en el infierno! —escupió.

Él no hizo más que reír aún con más ganas, pero sus ojos... sus ojos se denotaban asesinos antes de girarse y alejarse. —Creo que servirás de gran incentivo a mis hombres.

—Soy Glenna Canmore. —dijo—. Soy la hija del rey.

Él se petrificó como una roca, luego se carcajeó alto y fuerte. —Sí. La hija del rey... una ladrona de caballos. Una ladrona de caballos mentirosa. —Alzó su cáliz de vino y bebió, dejando que sus palabras hicieran su trabajo.

—Yo soy Glenna Canmore.

—Ni siquiera eres buena mintiendo. El rey no tiene hijas ni hijos. —Bajó su cáliz y dijo. —Enciérrala en el hoyo.

El hombre puso las manos sobre sus hombros.

—Y no te detengas para complacerte, Jock. La voy a revisar.

El hombre la sacó furioso de la cámara, empujándola por el estrecho pasillo con las manos en sus nalgas, deteniéndose para estrujarla y acariciarla, ella se tropezó y golpeó la pared. Él la pinchó con su cuerpo, presionando sus labios en ella. —Puedo darte esto. Munro nunca lo sabrá. —Forzó su fétida boca en ella y mordió sus labios—. Puedo montarte ardua y largamente, moza.

Ella quiso luchar. Quería arrodillarle. Quería despreciarle. Él no creía quién era ella más de lo que Munro lo creía, así que presionó el pecho en su mano y dijo sin aliento. —Espera. Nos atraparé. —Como una tabernera hambrienta, lamió sus labios provocativamente.

Él mordió el anzuelo y pareció creer que ella tenía razón, así que la arrastró por sus brazos una vez más hacia otra habitación, una sala interior, más probablemente al fondo del palacete con cuatro paredes circulares de piedra dotadas con agujeros de luz de velas.

Pensó que la violaría y buscó algo que pudiese utilizar como arma, mientras se alejaba de él y de la mirada hambrienta en sus ojos oscuros. Su pierna golpeó algo y miró detrás de ella.

Entonces vio la puerta de una trampilla abierta en el piso. Miró hacia abajo, había un hoyo estrecho y negro y el pánico la golpeó. *El hoyo*. Se volvió hacia él. —Por favor, espera. No me metas allí... por favor.

Hizo una pausa, pensativo, como si de verdad se estuviese rindiendo. Puso las manos entre sus piernas masajeando sugestivamente el peso de sus genitales. —Te daré esto cuando regrese... más tarde. —La agarró por el cabello—. Puedes darme una mamada... fuerte.

¿Darle una mamada? Oh Dios... Se refería a... Y antes de que pudiese siquiera comprender, él la arrastró hacia abajo, dentro del agujero y cerró de golpe la puerta de la trampilla.

La tierra húmeda se desmoronó desde arriba sobre su cabello y rostro.

—¡Regresa! —gritó con pánico. —¡Regresa!

Encima, escuchó el pestillo deslizarse y el sonido distante y tenue de sus pasos.

Glenna parpadeó, tratando de hacer que sus ojos se ajustaran. El hoyo era oscuro, como las plumas de un grajo. Tocó las paredes, que eran de piedra escarpada y suelo de barro endurecido. No era posible alzar sus brazos, ni aún sus codos. Quizá tendría apenas un palmo de distancia desde sus hombros hasta cada lado de las paredes. Era como si estuviera enterrada viva.

Un gemido se escapó y sorbió una respiración trémula. El aire era poco y sabía y olía a tierra fría y húmeda. Pudo arrodillarse, pero su hombro atrapó el espacio en la pared; era tan estrecho, pero ligeramente más ancho en la parte inferior. Como una ciega, sus manos se deslizaron lentamente por el piso, donde había terrones profundamente inclinados como dejados por la pala utilizada para cavar el hoyo.

Pararse tomó más trabajo en el espacio pequeño, y trató de sofocar el miedo que la embargaba. Arriba estaba la puerta de la trampilla. Saltó

tratando de golpearla, pero su puño apenas tocaba la superficie de la madera.

Con cada aliento que tomaba, el aire cambiaba. Un terror grande y poderoso la recorrió, calando en lo profundo de sus huesos, y sintió un pánico tan intenso que sólo pudo gritar, y gritar, y gritar, hasta que el temblor se detuvo y su voz se hizo áspera y casi la abandonó, para luego colapsar en un nudo en la tierra, con las rodillas en torno a su pecho y los tobillos contra la pared opuesta.

Recostó su cabeza en las rodillas y trató de respirar con calma, tomando lentas respiraciones. El aire se calentaba, aunque ella temblaba como si estuviese expuesta a la muerte del invierno.

Sonaron unos pasos, suaves ruidos sordos que se acercaban. Si el guardia regresaba, ¿podría irse? Apenas habían pasado algunos minutos... ¿o fueron horas? Se empujó hacia arriba con las paredes, de la única forma que podía pararse y el cerrojo de la trampilla se disparó.

La puerta se abrió, cegándola por el cambio de luz. Munro se erguía encima de ella. Podía sentir su halo de maldad antes de que su rostro apareciera.

—Bien, querida, ¿cómo encuentras tu nuevo hogar? Parece que te queda perfecto. —dijo riendo. —Te traje compañía. —Dio un paso atrás.

Uno de los guardias se acercó al borde. Sobre su cabeza, colgando de un gancho, se hallaba una serpiente que se sacudía. Pudo atisbar los destellos del patrón distintivo en la espalda y dejó de respirar.

—¡Suelta la víbora! —ordenó Munro con un rostro intenso.

La serpiente cayó encima de ella, aún enroscándose en el aire con la fría piel en su cuello y hombros, y entró en pánico, agitándose en el hoyo y arañando con sus brazos las rugosas piedras que sobresalían de las paredes. Comenzó a trepar las paredes, desesperada por salir. Escuchó a la serpiente golpear el piso justo cuando desaparecía la luz y la puerta de la trampilla se cerraba con la risa cruel, vil y malvada de Munro.

—¡Soy Glenna Canmore! ¡Soy Glenna Canmore! ¡Mi padre es el rey!

Los pasos no se detuvieron...

—¡Soy Glenna Canmore!

... Simplemente desaparecieron.

Dejó colgar su cabeza durante un latido para luego comenzar a trepar hacia arriba, con su espalda presionada en un lado del hoyo y los pies en el otro. Los latidos de su corazón tamboreaban con fuerza en sus oídos y en su pecho.

Abajo estaba la víbora. Le escuchaba moverse en la tierra.

Arriba estaba la atrancada puerta de la trampilla. Trampeada... atrapada. Era tan oscuro que sus ojos no podían ajustarse a ver nada. Su espalda dolía por la presión de las rocas dentadas, pero no se atrevía a relajarse, acuñada como estaba, se hallaba a salvo de la víbora.

Tomó largas y profundas respiraciones y se enfocó en su posición. Con el tiempo, su mente divagó. De caer, ¿cuántas mordidas de serpiente tomarían matarle?

Su concentración se quebró y se resbaló un poco, pero presionó tan fuerte contra la pared que las rocas se sentían como cuchillos en su espalda. Sujetó las rodillas, deseando que se fuera el dolor de la espalda, y rezó para tener la fuerza de permanecer como estaba, rezó por el poder de la lujuria que abrumó al guardia, quien había prometido regresar.

Lyall ajustó su áspera capucha de lana y se desplazó, tirando de la apretada túnica de campesino que jalaban sus brazos y pecho siempre que se movía. Chascó las riendas y dirigió el carro pesado y crepitante, repleto de leña hacia los puestos del palacete.

—¿Dónde está Cam? —preguntó el hombre del alguacil espontáneamente.

—Se partió el brazo, así es. Soy Frang, su hermano. —dijo Lyall con sus manos apretando ligeramente las riendas del par de bueyes que halaban el vagón. Cam estaba, de verdad, atado a un árbol en la elevación sobre la cañada.

—Aparta a un lado tu carro y apila la leña allí. —Dijo el guardia sin preguntar señalando más allá de las puertas hacia la parte trasera del palacete.

Lyall condujo los bueyes como le habían dicho, con la vista apuntando el número de guardias, las puertas traseras, lacayos y trabajadores moviéndose en los alrededores. Un muchacho de cuadra arrastraba baldes de agua hacia los establos. Olía a hierro caliente de una forja. Aullantes perros ladraban en las jaulas y se escuchaban gritos de pavos reales en pajareras cerca de las gallinas. Bajó del carro de un salto mientras una vieja alta y delgada salió de las abiertas cocinas mirando la carga de leña y observándole luego.

—¿Dónde está ese Cam? —dijo y sostuvo una mano en alto sin esperar una respuesta.

—Imprudente es. No puede dejar la cerveza. —Puso las manos en las caderas. —Te ves fornido lo suficiente para cargar la leña, querido. Apíllala

allí. Cuando termines, metes algunas leñas adentro y las pones en las cajas de madera. —Con aquello, desapareció en las cocinas.

Necesitaba encontrar a Glenna. Pero el patio se hallaba atestado de guardias y trabajadores. Lyall agarró los guantes de leñador en el asiento, pero no le quedaban, así que los echó a un lado y descargó el carro con las manos desnudas, apilando madera, observando y estudiando el lugar hasta que el vagón estuvo casi vacío y sus manos y ropas se llenaron de astillas, polvo y motas de viejo musgo seco.

Mientras cepillaba su túnica, alzó la mirada. Una lechera con cubos de leche colgando de un balancín de madera, venía hacia él. Al pasar a su lado, se movió con dificultad y la leche se derramó en el suelo. Dio un suave grito, su cremosa piel se enrojeció y sus ojos entraron en pánico. Él estabilizó el balancín, levantándolo con facilidad de sus hombros ante de que derramase toda la leche.

La criada le agradeció dulcemente y le miró como si fuera el Mismísimo Dios, y Lyall creyó haber encontrado su medio de información. Vio cuando llevaban a Glenna allí, pero ¿dónde la tenían?

—¿Dónde está Cam? —preguntó la criada tímidamente, mirándole de arriba a abajo.

—Se rompió el br... —dijo Lyall y cambió el tema. —¿Dónde quieres poner la leche? He de cargarla por ti.

—Aquí. —dijo abriendo una gran puerta de roble. —Sígueme. —Bajó algunos escalones que llevaban hacia una habitación fría bajo los pisos de tierra. Cargó la leche y bajó los cubos.

Dentro de la oscura sala, Lyall obtuvo fácilmente la información que deseaba. Una gallina escalfada, un sabueso y un muchacho que el alguacil rastreó en el bosque alto. Un alivio —el disfraz de Glenna se hallaba a salvo — hasta que la criada continuó con cómo se compadecía del pobre chico que sería usado tan cruelmente por el alguacil.

—Escuché que el chico está encerrado en el hoyo. —le dijo.

—¿El hoyo? —preguntó—. ¿Qué es el hoyo?

—Es un sucio hueco con la puerta de una trampilla.

—¿Lo has visto? —preguntó Lyall.

—Lo vi una vez, no es mucho más grande que un barril de cerveza, y está en una habitación redonda muy adentro del palacete, cerca de las cámaras del amo. Algunos dicen que para su conveniencia. —Hizo una pausa. —No me

permiten entrar, excepto hasta aquí, a las cocinas. —Bajó su mirada, claramente avergonzada de sus limitaciones.

—De haber sido yo el alguacil, una hermosa muchacha como tú, podría deambular por todo mi palacete. —dijo amablemente.

Su expresión era abierta —de dulce y carnal invitación en sus ojos. Hubo un tiempo en que habría tomado a esta criada porque era la manera en que los hombres probaban su hombría. Ideales de juventud —uno que había cambiado drásticamente cuando contempló el quebrado cuerpo de su joven esposa.

Estiró el brazo y tocó su mentón. —Eres una muchacha adorable.

Ladeó su cabeza y le miró con una expresión extraña, curiosa. Luego sonrió con ternura. —Otra tiene tu corazón.

Sus palabras le hicieron sentir inmediatamente incómodo. Sacudió su cabeza, negando lo que ella creía.

—Es la verdad. Decidas creerlo o no.

—¡Hola! ¡Mujer buena para nada! ¿Dónde estás?

—Es la cocinera. —dijo—. Ve, rápido. Nadie debe vernos.

Lyall subió las escaleras. La cocinera se hallaba cerca de la pila de maderos con los brazos cruzados. —Ahí estás, querido. Ven. Llena tus brazos de leña. —Palmeó sus manos con impaciencia. —Ven ¡ven!

Cargó sus brazos de maderos para apilarlos en las cajas para el fuego de la cocina, antes de ofrecerse a llevar la leña al resto del palacete y dentro de la cámara del amo, recibiendo, por su buena oferta, exactamente lo que quería: instrucciones de cómo llegar a la cámara del alguacil dentro del palacete. Con las manos llenas de maderos, se movió hacia la cámara.

Munro se hallaba despatarrado en una silla con su mentón descansando en su pecho, dormido, borracho o ambos.

Lyall colocó silenciosamente la madera cerca de la chimenea y dejó la habitación, moviéndose hacia el pasillo opuesto hasta que abrió la puerta y encontró la sala circular.

Un hombre de cabello rojo yacía con su cara pegada al piso, muerto o inconsciente. Lyall atisbó la subida y bajada de su respiración superficial. Inconsciente.

Cruzó la pequeña habitación hasta la puerta de la trampilla que se hallaba abierta y tomó una vela del hoyo de la pared. Se arrodilló sosteniendo la luz de la vela y miró dentro del hoyo, donde una serpiente le devolvió la mirada con ojos amarillos.

Capítulo Diecinueve

Glenna se colgó hacia abajo desde la muralla del palacete con sus manos luchando contra las piedras filosas. Mirando hacia abajo, ajustó sus manos, halando su peso y haciendo que las piedras también cortaran su cuerpo.

Toma una profunda respiración y déjate ir. La tierra parecía muy, muy lejana. Los guardias caminaban lentamente alrededor del palacete, pero aún tenía poco tiempo.

Déjate ir...

Pudo sentir sus manos resbalarse y cerró los ojos, rogando valor. El sonido de la malvada voz de Munro hizo eco en su cabeza y vio la vívida imagen de una enroscada víbora en un hoyo frío y húmedo.

Un instante después golpeaba con fuerza la tierra, sus huesos timbraron con el impacto y luego corría a través del campo lleno de hierba y deslizándose sobre la siguiente pendiente, cayendo fuera de la vista y rodando sobre rocas y dentro de arbustos, entumecida de miedo. Se levantó corriendo con su corazón latiendo al ritmo del veloz movimiento de sus pies y su respiración se hizo difícil.

Detrás de ella, no hubo gritos que llegaran del palacete para que los guardias la persiguiesen, pero mantuvo sus oídos aguzados, esperando con su próxima inhalación, escuchar los gritos y el comienzo de la cacería.

Aún no había sonidos, más que el golpeteo de sus pies y de su corazón. En el arco de otra colina y donde el terreno se hacía plano, se volvió y echó un vistazo, luego se tropezó con la raíz de un sauce y cayó mordiendo su lengua. El dolor se disparó desde su tobillo y probó la sangre, pero salió en desbandada renqueando hacia un bosquecillo esquelético delante de ella.

Con las frías y oscuras sombras de los serbales a su alrededor, se inclinó, con las manos en las rodillas para tratar de recuperar el aliento. Pronto sus pulmones se llenaron y dejaron de arder, y lentamente, se irguió, descansando la mano en el tronco de un árbol de corteza robusta. Con los nervios en vilo, miró hacia atrás.

Ningún guardia salía de las puertas. En la distancia, las ovejas pastaban tranquilamente, la rueda de agua del molino giraba con suavidad río abajo y el valle lucía tranquilo y pacífico, sin nada que advirtiese el maligno lugar que ella sabía que era.

Tomó una larga y profunda respiración. Se había acabado. Aún su corazón latía como los tambores de las bailarinas de Morris y en su mente, aún podía saborear la fría y húmeda esencia del hoyo; todavía sentía la presencia de la serpiente, casi como si estuviese allí ahora; aún sentía la voz de Munro. Los temblores la sobrecogieron incontrolablemente; comenzaron en sus manos. Las contempló como si pertenecieran a alguien más.

Escapaste... las palabras hicieron eco en su cabeza como el cántico de un monje. *Eres libre... eres libre...*

La risa hirvió y salió de ella. Alivio. Caminó a trompicones adentrándose más profundo en el bosque. Lejos. Muy lejos, y su frenética y extraña risa era el único sonido a su alrededor. Se cayó de nuevo contra otro árbol como si sus huesos se hubiesen vuelto escurridiza jalea.

Con los ojos cerrados, recostó la cabeza hacia atrás y su risa de repente cambió, y lloraba fuerte con agitados y arruinados gemidos. Envolvió su cuerpo con los brazos, deslizándose hacia abajo en el árbol en un charco, y se quedó allí, sentada, llorando en los bosques mientras frotaba su tobillo y se balanceaba e hipaba, y lágrimas tontas se derramaban vergonzosamente por su rostro como el agua en la rueda del molino.

Duró un largo tiempo —su miseria, su temor, su alivio. Emociones rampantes que no podía controlar.

Pronto disminuyó su llanto y se sentó allí, consciente de que se hallaba completamente sola. Cerró los ojos. *Fergus...* y comenzó a llorar de nuevo, con gemidos gigantes que arruinaban su cuerpo.

Mirando hacia arriba, las inmensas coronas de los árboles la hicieron sentir pequeña y perdida. Tomó largas y profundas respiraciones para calmarse.

Él era un perro fuerte. Quizá...

Acechándola se hallaba la imagen de él herido, todavía tratando de protegerla. Pudo ver sus tristes ojos cuando le dijo que se quedara. ¿Estaría vivo aún? Tenía que saberlo.

—Perro tonto... robando gallinas. —murmuró miserablemente, frotándose el tobillo. Y Skye probablemente estaba atada al árbol donde la había dejado, pensó. Sentarse allí y llorar no hacía ningún bien. Ambos la necesitaban, y ella les necesitaba a ellos.

Con sentido de determinación, se paró y sacudió las hojas de sus calzas, y comenzó a caminar, renquear, en realidad, ya que había aceptado que no podía correr, al menos no muy bien. Había caminado durante un rato antes de

percatarse de que su tobillo ya no disparaba dolor hasta su pierna y el abrumador tormento menguaba.

El cobertizo se hallaba lejos en el alto bosque al frente del valle y bajo un cordoncillo de granito que se erguía hacia el sur. Manteniéndose dentro del bosque, permanecería escondida, pero, ¿cuánto tiempo pasaría antes de descubrir que se había ido? ¿Podría aún correr si se veía forzada a hacerlo? No sentía dolor y caminaba.

Agradece, Glenna, por ello, pensó. Caminó arduamente mirando el cielo a través de los árboles para juzgar la luz del día, consciente de que aún tenía más de medio día. Podría lograrlo antes del anochecer. Un paso frente al otro sobre las hojas y el mantillo mientras el sol se movía lentamente a través del ancho cielo azul.

Eventualmente, cruzó un claro de tierra dura que hizo a su tobillo repicar con abrumador dolor. Los árboles se engrosaron y las agujas cubrían el suelo y menos y menos luz brillante se colaba hacia el piso del bosque. Lamió sus labios, que se hallaban tan secos como su garganta y lengua. Necesitaba agua, pero continuó. Había agua en el cobertizo. La obtendría del arroyo cerca de donde había dejado a Skye.

Fergus... por favor está salvo. Por favor vive. Se concentró en caminar... caminar... caminar... Boca seca. Sólo necesitaba llegar allí. Tenía que llegar allí.

Un distante sonido agudo rompió su concentración. Echó un vistazo arriba, pero no vio nada. Luego rápidamente se escondió tras un árbol cercano e hizo una pausa de sólo un latido antes de moverse a otro con una rama baja, se colgó, trepando más alto, hacia arriba en las ramas más gruesas dentro de las hojas más pesadas, colgando del tronco antes de quedarse cuidadosamente silenciosa en un recodo. Su corazón hacía ruidos sordos en los oídos al tratar de escuchar.

Durante largo tiempo no hubo nada. Lentamente contó. Esperando. Escuchando.

El ruido sonó de nuevo. Los sonidos más suaves... apenas el crujido de un paso. ¿Un caballo? ¿Botas?

De repente tan rápido como había llegado, el sonido desapareció y había un extraño, casi pesado silencio, como si todas las aves hubiesen volado lejos y no hubiese vida en el bosque, más que ella y quienquiera que estuviese allí.

Otra vez contuvo su aliento, con los oídos agudos, escuchando. No había nada. No se atrevía a mover y tomaba cortas, superficiales y calladas

respiraciones, temerosa de delatarse.

Allí estaba de nuevo... tan cerca esta vez: las pisadas más suaves.

Alguien se hallaba bajo el árbol.

Le escuchaba respirar.

Oh, Señor... se desplazó aún más ligeramente para mirar a través de un claro en las gruesas hojas.

—¿Hola? —vino la voz de Montrose.

¡*Su señoría!* El corazón de Glenna saltó en su garganta.

¿Realmente se trataba de él? Se hundió hacia adelante como si sus huesos hubiesen desaparecido y se aferró a la rama del árbol.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte allí?

—¡Montrose! ¡Eres tú!

Su voz vino de la parte trasera del árbol. —¡Montrose! —le llamaba mientras se colgaba de las ramas deslizándose hacia abajo por el tronco del árbol antes de ir hacia él. Nada podría haberla detenido al lanzar sus brazos alrededor de él. —Estás aquí... Montrose, Montrose, estás aquí...

Él la levantó contra sí. —¡Ay! —Dio un paso atrás rápidamente, frotando su pecho. —¿Qué *es* eso?

Glenna sacó el cáliz de plata incrustado de joyas de debajo de su túnica y lo mantuvo en alto. —Un regalo de Munro.

Lyall tomó la copa, frunciendo el ceño mientras la giraba en sus manos, luego la alzó. —Mira esto. ¿Será un cabello?

Hebras de áspero cabello marrón quedaron atrapadas en los enormes rubíes de un lado. —Lo más probable. Antes de escapar, la cabeza de Munro hizo un fuerte contacto contra esto.

Él sonrió ligeramente y le regresó el cáliz, con el brazo aún rodeándola protectoramente. Mirándola, su expresión se tornó casi ilegible. Él parecía hallarse buscando en su rostro algo importante y llevó la mano tiernamente hacia su mejilla, y el pulgar acariciaba el hueso de su mejilla. —Deseo golpearte, insensata, por huir. —Su expresión y su tono desmentían sus palabras, pronunciadas tiernamente y sin rabia.

—No... no lo deseas. —dijo ágilmente, superada por un sentimiento de alegría en el que no quería profundizar demasiado. Las miradas que intercambiaron entonces, eran poderosas e hicieron desbocar su corazón, tanto, que la carrera más temprano no parecía nada. ¿Por qué? ¿Por qué él? ¿Por qué su mente se debilitaba siempre que la miraba... siempre que pensaba en él... siempre que se hallaba tan cerca, que se le ponía la carne de gallina y

no tenía nada que ver con el clima? Se llevó las manos a su barriga porque dio cierta vuelta de carnero. Comprendió entonces lo que sentía, y curiosamente, no pretendió decir, ni se dijo que no lo amaba. ¿Cómo podía negar lo que su corazón sentía tan profundamente dentro de sí?

Él se movió primero; su mano se deslizó en su nuca y ella volvió a sus brazos, donde deseaba estar. Apenas por un dulce instante, le abrumó un poderoso sentimiento de hallarse realmente a salvo. Cerró los ojos y le dejó abrazarla. Estaba tibio y su cuerpo era musculoso y sólido como la protección de una muralla de piedra. Tomó una profunda respiración y olió a cuero y caballo y pino. Montrose estaba allí. Se relajó por primera vez. Su mano frotaba su espalda y no se movió; él no se alejó. Simplemente la abrazó. La única cosa mejor habría sido que la besara.

Ella levantó su rostro.

Bésame... Bésame...

Mentalmente trató de meter la idea en su cabeza.

Pero él sólo la abrazó. Entonces, su mano dejó su espalda parando de frotarla.

Quitó algunas hojas de su cabello y suavemente cepilló las hebras en su frente. —Perdiste tu sombrero. —Dijo roncamente.

—Por Munro. Tuve que dejar salir mi cabello para salvarme de su lujuria.

Sus ojos se estrecharon y su expresión se tornó dura y sombría. —¿Qué te hizo?

—De seguro no lo que estás pensando. Estaba mucho más interesado en hacer algo conmigo que en colgarme cuando creía que era un muchacho. Las mujeres no le interesan, a no ser para torturarles. Es tan malvado, fue el hombre que golpeó a Ruari casi hasta morir. ¿Sabías eso?

Sacudió su cabeza.

—Munro estrangulaba gatos, probablemente saca las alas de las mariposas y golpea niños. Me encerró en un sucio hoyo ¡con una víbora!

—Sí. —dijo apretando su brazo alrededor de ella. —Vi la serpiente.

Ella retrocedió. —¿Estuviste dentro del palacete?

—Ya no importa. —Sus brazos cayeron y se abochornó. Echó un vistazo alrededor del bosque con precaución. —Tenemos que irnos de aquí. —Y comenzó a alejarse.

Ella tomó su mano. —Primero debemos ir por Fergus. Le dispararon una flecha, me alejaron de él y le dejaron para que muriese. Nos escondíamos en el refugio de un pastor en lo alto del bosque. Allá. —Su voz se incrementó

rápidamente y orientada mientras hablaba, señalando hacia el cordoncillo y dijo otras apuradas palabras. —Skye también está allí. Estaba atada a un árbol en los bosques detrás del refugio. Debemos ir. Debo ir.

—Cálmate. Iremos al cobertizo.

¿Por qué pensó que discutiría con ella? A él sí le importaba...

—Pero ven ya. —dijo—. Debemos movernos con rapidez. —Tomó su mano y anduvo a pasos largos hacia el denso bosque y ella tuvo problemas para mantener su paso. Él se detuvo, se volvió y atisbó su cojera. Miró su pie. —¿Qué pasa?

—Me caí. No es nada.

Lo próximo que supo fue que iba cargada en sus brazos como si fuera apenas una bolsa de plumón de ganso. No protestó, pero deslizó sus brazos alrededor de su cuello e inclinó la cabeza en su hombro hasta que alcanzaron al negro, pidió agua y bebió del pellejo que tenía hasta que pensó que su barriga explotaría.

Él miró el pellejo vacío. —Hay agua alrededor de todo el bosque. ¿No lo sabías? ¿No pudiste detenerte?

No me atreví. Y Fergus y Skye deben necesitar agua tanto como yo. Si ellos no pueden continuar, yo tampoco.

—No les harás bien a ellos ni a ti misma si te marchitas y caes a la tierra por la sed. —dijo meneando su cabeza de aquel modo que los hombres hacían cuando se exasperaban con una mujer; la alzó en el caballo y montó, acomodándose en la silla.

Ella deslizó los brazos alrededor de su cintura y dijo alegremente. —Soy más fuerte de lo que crees.

—Y mucho más terca de lo que puedo imaginar.

Ella sonrió. —Sí, nos parecemos mucho, creo.

Él se echó a reír.

—Tienes un pellejo nuevo.

—Sí. Alguien se robó el mío.

Y ella recostó la cabeza contra su espalda mientras espoleaba su caballo hacia el alto bosque.

Con sus instrucciones, alcanzaron el arroyo en los bosques detrás del cobertizo, donde Skye se deleitaba con el pasto como si no hubiera estado abandonada durante tres noches y mitad del día.

Montrose desmontó y dio a Glenna las riendas de su caballo. —Quédate aquí. —dijo en silencio. —Traeré a tu perro.

—Pero...

—Alguien podría estar esperando.

Ella asintió.

Él se movió con velocidad hacia los árboles, luego se detuvo y se volvió hacia ella. —No te muevas. Lleva a los caballos para que beban agua y llena los pellejos.

Ella asintió, le contempló mientras desaparecía en los árboles con su espada en alto, consciente de que le había dado algo que hacer, para evitar que le siguiese, lo cual no planeaba hacer, de todos modos. Fue al arroyo, llenó y volvió a colgar los pellejos de la montura y esperó un largo rato mientras los caballos bebían ruidosamente. Con los ojos aguzados, esperaba sonidos de espadas, pero no escuchó nada más que los ruidos acuosos de los caballos sedientos.

Su mente divagó y jugó su propio juego de pensamiento mágico... si esto, entonces aquello. *Si Montrose regresa con Fergus, está vivo. Por favor... por favor...*

Caminaba en un pequeño círculo, poniendo su pie en el mismo lugar donde acababa de pisar —esto mantenía su mente ocupada, luego sintió a Skye empujarla y se volvió para acariciar el bozal. —Siento que estuvieras sola, dulce. Lo siento. Lo siento mucho, mucho. Skye... Fergus tiene que estar vivo.

Un crujido de hojas la hicieron girar, retuvo su aliento en la garganta.

Montrose apareció saliendo de los árboles, con la espada envainada y sus brazos vacíos.

Cubrió la boca con sus manos para reprimir un grito.

Él la miró con una extraña expresión. —Él no está allí.

Capítulo Veinte

—No me iré. —dijo Glenna, parada dentro de las frías sombras oscuras del cobertizo, con los pies junto a los de Montrose. —¡Fergus! ¡Fergus! —continuaba llamándole, desesperada y aterrada. ¿Se habrá arrastrado hacia afuera? —Está aquí, en algún lugar. Tiene que estar aquí.

—No hay rastro de él, Glenna. Ninguno. Le busqué... puedes ver... aquí. Mira por ti misma.

—No me crees. Piensas que miento. Que él no estaba aquí.

Pasó una mano impaciente por su cabello. —Te creo, pero eso no cambia el hecho de que tu perro se ha ido.

Buscó en los oscuros rincones del pequeño cobertizo. —Debe haberse arrastrado afuera.

—No hay huellas en la tierra.

—Pero había sangre en el piso. Junto al fuego anoche. Estaba sangrando. Estaba allí. —Se movió donde un anillo pequeño de piedra conservaba fragmentos ennegrecidos de madera quemada y cenizas, y se arrodilló. —Debe estar aquí.

Pero no había signos de que Fergus hubiese estado allí. No había señales de la sangre que ella había visto. Se paró, mirando el punto donde había yacido, ceñuda. —No hay huellas más... ni de Munro o de sus hombres.

—Por lo cual nos vamos. —Tomó su mano. —Ven. No podemos quedarnos aquí.

Apartó su mano de él. —No lo abandonaré otra vez.

—No lo estás abandonando. Él no está aquí.

—¡No me iré sin Fergus!

La tomó por los hombros, claramente molesto. —¿Quieres volver a enfrentar a aquella serpiente?

En silencio, cruzó sus brazos y levantó su barbilla. —Creo que le estoy mirando ahora.

Él maldijo, rápidamente la levantó y la lanzó sobre sus hombros, sin importar sus amenazas y chillidos, luego caminó a pasos largos hacia el arroyo.

Ella le golpeaba con fuerza en su espalda. —¡Bájame! ¡Patán!

—Tranquilízate, Glenna.

—Estoy feliz de que no me besaste. —balbuceaba, tratando de decidir dónde golpearle, dónde su puño causaría mayor dolor.

—¿Qué dijiste?

—Púdrete en el infierno, Montrose. —Ella le golpeó con fuerza en las costillas midiendo bien antes de que él la bajara (la lanzara, realmente) cerca de los caballos. Quitó los cabellos de su rostro y le echó una mirada que derretiría una hoja de metal. —Tienes una piedra dura y negra donde tu corazón debería estar.

En silencio, se dio la vuelta y examinó los fardos en la montura.

Su mirada se posó en él y luego en el negro. —No te tomas el tiempo para darle a tu caballo un nombre. —Rio sin humor. —¿Por qué esperarías que te importase mi perro?

Sus manos pararon de moverse. Se quedó tan quieto como una piedra.

—Eres un hombre sin corazón. —Palabras amargas y feas como sapos se vertieron de su boca.

Él respiró larga y profundamente. —Quizá lo soy. —dijo llanamente y ajustó la correa de su montura. No la confrontó. —Pero nos vamos. —Su voz era áspera—. Monta tu caballo o yo lo haré por ti.

—Si alguna vez tienes hijos, ¿cómo les llamarás? ¿Chico? ¿Niña? ¿Cómo llamabas a tu pobre esposa? ¿Mujer? —Todavía se hallaba moleestamente silencioso—. ¿Cómo la llamas ahora... muerta?

—¡Basta! —se movió tan velozmente que ella tragó sus palabras. La punta de su espada se hallaba en su garganta. —Una palabra más y te llamaré muerta.

—No te tengo miedo.

Él se quejó y dejó caer la punta de la espada al suelo. —No tienes juicio.

—Tú no tienes alma. —Comenzó a llorar, estaba tan furiosa y frustrada y herida... y se hallaba avergonzada de las molestas palabras que no parecía controlar.

La miró, después se volvió a su caballo y montó dándole la espalda como si no pudiese soportar verla llorar. Ella, una débil y llorosa mujer. Se enjugó las lágrimas, resopló y encontró su orgullo.

Una vez en la silla, espoleó a Skye hacia adelante, con su cabeza en alto sin importar lo que sentía, y se detuvo a su lado. —Es tan cruel marcharnos sin él. —dijo tranquilamente, con voz amarga y acusadora. —No sabes lo que me pides.

Se volvió en la silla, sus ojos brillaban y su mandíbula se hallaba tan apretada que parecía labrada en granito y dijo. —Cabalga.

Las lágrimas se derramaron en su rostro. Odiaba sentirse desesperanzada y atrapada y furiosamente se limpió el rostro húmedo. Él no se enteraría de que lloraba.

Déjalo cabalgar como el mismísimo diablo.

Y lo hizo. Galoparon muy velozmente una vez que alcanzaron la cumbre y bajaron al campo abierto hacia el sur, y en silencio se dirigieron a un lugar que sólo Montrose conocía. Sin importar cuántas veces ella trataba de fisgonear su destino, él lo negaba, diciendo únicamente ‘hacia el sur’ o ‘al este’ o su respuesta favorita, ‘lo sabrás cuando llegemos.’

Sola con sus pensamientos, trató de no recordar a Fergus, trató de ser valiente y decirle adiós, porque sabía que, sin importar cuánto quisiera que la verdad fuera otra, su amado perro se había marchado.

Pero sin importar cuánto tratase de pensar en otra cosa, los tontos ojos grandes de Fergus y su cara peluda llegaban sin invitación ante sus ojos: él corriendo a grandes zancadas como un cachorro larguirucho; saltando a su catre en el pequeño nicho que era su habitación en la isla; persiguiendo aves en los páramos de brezal y trágicamente, corriendo a través del campo cubierto de hierba con otro pájaro —una gallina; y yaciendo de costado junto al intermitente fuego, manando sangre hacia el suelo y una flecha clavada sobresaliendo de su cuerpo.

Para su horror, un ruidoso gemido escapó de sus labios; pareció apenas desparramarse de su garganta.

Montrose maldijo en voz alta y disminuyó la marcha, poniendo sus manos en el borrén trasero al volverse en la montura.

Para entonces, ella cubría su boca con una mano.

Por un largo momento, la miró extrañamente. Con dificultad, mantuvo su mirada cuando todo dentro de ella quería volverse y gemir.

Finalmente, dijo en una voz que no era desagradable. —Debo pensar en tu seguridad, Glenna. No podía quedarme a buscar.

Ella dejó caer su mano y asió las riendas levantándose en los estribos. — ¡Lo sé! No soy la idiota aldeana.

—Pero a menudo te comportas como tal.

Ella alzó su mentón y frunció el ceño.

Él frunció el ceño igual. —Tu perro se marchó. —dijo agudamente, casi gritando antes de volverse y cabalgar más duro que antes.

—¡Fergus! —llamó, espoleando a Skye hacia adelante. —¡Él no es *Perro*! —Le seguiría el ritmo si eso la matase. Jamás podría acusarla de contenerle. Y levantó su voz tan alto como pudo y gritó. —¡Su nombre es *Fergus*!

El eco de su voz retrocedió, sonando vacío, distante y moribundo.

La noche les perseguía, tornando los cielos en un púrpura profundo mientras las estrellas comenzaban a brillar en el cielo claro y la luna se levantaba inmensa y luminosa desde el este. Evitaron a un ciervo y una liebre que salieron en el crepúsculo y pronto se acercaron al borde de un río ancho y presuroso. Cuando él finalmente refrenó, habían galopado dentro de otro bosque flanqueando el río y hacia un pequeño punto donde la oscuridad comenzaba a caer a través de las hojas. No hubo otras palabras civilizadas entre ellos, y ella estaba cómoda con el silencio pesado. Estaría bien si el patán nunca le hablaba de nuevo. Al menos era lo que se decía a sí misma.

La noche era tranquila y el aire estaba quieto; sabía a limpio, a pino, musgo y agua corriente. Los árboles eran altos y ella divisó un saliente de roca plana en los claros entre los árboles. El refrenó las riendas cuando entraron en una cañada, donde la luz de la luna iluminaba la hierba en el suelo y el sonido del río era fuerte. Ella vio que sus exuberantes y rocosos bancos se hallaban apenas a una braza de distancia.

Desmontó y removió su fardo y sus bolsas, así que ella se deslizó del caballo como si sus piernas no fueran de jalea y su cuerpo no estuviese entumecido. Estaba determinada a que él no viese ninguna debilidad en ella. No más lágrimas.

Montrose se volvió y con indiferencia lanzó los pellejos de agua a sus pies.

Ella les contempló. Seguramente él no sólo se los habrá lanzado. Abrió su boca con la intención de vociferar una serie de palabras cortantes, pero la cerró de golpe. Mordería su cabeza y ¿qué bien podría hacer? Y ella se hallaba agotada de discutir, agotada de llorar, agotada de la altay gruñona voz que sonaba como si perteneciera a alguien más—alguien a quien ella no conocía y alguien desagradable —y estaba cansada de esconder su cansancio y sus sentimientos... Simplemente estaba hastiada.

—Puedes llenar esos pellejos en el río. —dijo sin rodeos y sin mirar siquiera en su dirección.

En el río, la luna brillaba tan resplandeciente como una linterna, el agua relucía plata y formaba ondas con una veloz corriente fluyendo hacia una ligera pendiente para apurarse sobre las rocas y crecer, ensanchándose, antes de desaparecer en el oscuro borde de árboles altos que lucían cual dientes de sierra. Era la clase de río pleno de peces y que corría claro bajando en cascadas desde los acantilados de granito. El que él se hubiese detenido aquí, era pura suerte ciega, se dijo.

—El agua es más fácil de alcanzar en aquel banco más bajo, allí junto al árbol grande.

¿Qué tenían los hombres que les hacía creer que sabían la configuración de todas las delgadas tramas de tierra, aún de un extraño banco en un río de un desconocido bosque?

Una vez, cuando Alastair había vendido tres caballos de primera al hijo de un conde nórdico con lazos en los límites del norte, ella había pasado un miserable medio día bajo lluvia y granizo que caían a raudales, siguiendo a Elgin en círculos porque dijo que sabía a dónde se dirigían. De no haber ella encontrado un camino y detenido a un cartero para preguntar, ellos aún, dos años después, estarían cabalgando inútilmente en fríos y lodosos círculos.

Ignorando a Montrose, lanzó en silencio su fardo de la montura y cubrió la tierra llena de hierba, removió su capa de lana y no hizo ningún intento por agacharse y recoger los pellejos.

Me lanza los pellejos y suelta órdenes como si yo fuese su lacayo.

Cuando se giró, lo encontró mirando intencionadamente los pellejos y a ella. Le dio lo que creyó era una mordaz mirada de desdén.

No le gustó la sonrisa que provocó su boca; mostraba un hoyuelo en su mejilla derecha. No creía que los ogros tuviesen hoyuelos cuando sonreían.

Él sacudía la cabeza. —No te sentirás o pensarás de ti misma que naciste de sangre real, Glenna, pero esa mirada que acabas de darme bajo tu pequeña nariz noble, es más prueba que cualquier decreto, documento o testigo. Créeme. Eres la hija de tu padre.

No sabía si sentirse feliz o molesta, así que pateó uno de los pellejos con la punta de su bota.

—No saques tu tonta rabia...

Pero antes de que pudiese acabar de reprimirla, pateó el pellejo hacia el aire como el mejor de los juglares —había aprendido el truco de uno— lo atrapó, le dio la espalda y con su tacón pateó el otro por detrás en el aire y

giró y lo atrapó también. Plegando los pellejos bajo sus brazos con una sonrisa petulante, caminó frente a él con su cabeza majestuosamente en alto.

Lyall caminó hacia el hoyo del fuego que había cavado y dejó caer una brazada de leña en el centro sacudiendo el polvo de su túnica y de su gonela. Era extraño notar la primera vez que su caminata era distinta aquí, en este suelo de su niñez, su paso más ligero, natural y menos cuidadoso que cuando caminaba sobre la tierra en cualquier otro lugar, donde un hombre tenía que observar sus pasos porque no sabía qué enfrentaría luego y porque su corazón no mantenía lazos con aquellos suelos, sin aroma o confort familiar, sin conocimiento de aquellos lugares, apenas un instinto de protegerlo de lo desconocido.

Fuera de Dunkelden, se sentía siempre un forastero en una tierra extranjera.

Pero aquí, durante un tiempo, su juventud había sido idílica, creciendo en el tibio y lechoso seno de Dunkelden, donde el castillo se erguía sobre su montículo como una pieza gigante de un juego, enfrentando el camino que llevaba a sus puertas, rodeado de un vestido de terciopelo verde de un bosque con árboles tan altos y llenos de majestad que se convirtieron en guerreros gigantes con los que peleaba en su mente de niño —el enemigo que derrotaba en sus sueños juveniles hacia la grandeza. Estaba formado de esta trama de tierra, del bosque y del río siempre cambiante, donde las truchas salían en su búsqueda y el salmón brincaba a sus manos; donde un árbol le acunaba mientras soñaba los sueños de los muchachos que creían en la existencia del honor en los hombres.

En lo alto de las copas, el viento cantaba su canción lánguida y quejumbrosa y más arriba, las estrellas comenzaban a brillar mientras el cielo se tornaba en la más púrpura profunda. Si él fuese un muchacho, aún creería en la magia de este lugar.

La noche era inusualmente brillante. Un aro de niebla colgaba alrededor de la luna llena; haría frío esta noche. Extraño, pensó, las cosas que se clavan en uno mucho después de que debieron ser olvidadas.

Su mente regresó en el tiempo, cuando su padre le contó acerca de los aros en la luna y el clima —y recordó lo mucho que había aprendido aquella noche. Habían permanecido juntos en la atalaya de vigilancia de Dunkelden, con las

manos de su padre asegurando sus hombros, haciéndole sentir a salvo, aún cuando la caída era vertiginosa y el suelo debajo se veía muy, muy lejos. A Lyall nunca le gustaron las alturas. Cuando Malcolm bailaba sobre el adarve a lo largo de las murallas, Lyall le seguía pocas veces. Prefería que sus pies estuviesen firmes en la tierra plana y dura.

Aquella noche en particular, su padre le mostró a Lyall cada uno de los linderos distantes de su tierra. La leyenda del anillo de niebla se había originado del padre de Ewan, quien la había contado a su hijo en una fría noche otoñal, hacía mucho tiempo, y Ewan se la contó a Malcolm y luego a Lyall, aquellas historias que se pasaban de boca en boca a través de la línea masculina.

Su abuelo Robert fue un marinero que atravesó los mares y cabalgó con otros hombres en ultramar y regresó a casa a tierras que le fueron dadas como dote al contraer nupcias con la hija menor de uno de los viejos condes celtas. Lyall no conoció a su abuelo, pues murió antes de él nacer. Sólo a través de las historias de su padre y los pocos recuerdos de Malcolm, supo que había sido un hombre alto, de cabello dorado y risa que hacía eco en las vigas de los más grandes salones.

Pero la misma noche en que se hallaba parado con su padre, algo más sucedió. Quizá habrá sido el tono de voz de su padre cuando le habló aquella noche. Quizá fue la manera en que su padre se agachó y señaló en la distancia con su brazo en el hombro de Lyall como si no fuese sólo un muchacho, sino un hombre adulto. Quizá fue porque Lyall había nacido allí, y su destino eran sangre y hueso del lugar —las partes de un hombre que le volvían vacío y muerto si se les arrancaba.

En aquella noche, hace mucho, Lyall comprendió el ritual de paso entre padres e hijos, aros alrededor de la luna, las tradiciones en la vida de un hombre, y la reverencia de un hombre por las tierras que le daban valía y le definían. Al mostrarle su padre todos los lugares que marcaban sus límites: la roca de granito en forma de alas de ángel; las colinas distantes, dos en fila, que parecían las jorobas de un camello; el gancho en el río donde los álamos crecían —lo que se volvió claro para él, aún tan joven como era, fue que Dunkelden y la tierra sobre la que fue construido, era la pasión que impulsaba el alma de Ewan Robertson. Cuando Lyall apartó la vista de la luz apasionada y el orgullo en los ojos de su padre para mirar más allá de la luz de la luna, en el sendero de las estrellas sobre los árboles, vio y sintió algo más. No

entendió del todo lo que fue, pero sintió hondo, muy adentro de sus huesos, las semillas de algo importante a su medida.

Lo comprendió muy claramente cuando ya era demasiado tarde, cuando enterró a su hermano en la capilla al lado de su padre, cuando caminó por el puente levadizo y miró la bandera del traidor, cuando las estrellas se desalinearon y tuvo que volver la espalda al legado de su padre, a Malcolm y a sí mismo. El regalo que podía darle a sus hijos, de repente se había esfumado con el primer chasquido en el viento de una vil bandera amarilla.

Así que, bajo la luna nocturna con un aro alrededor, Lyall se sentó sobre sus talones en el claro del bosque y contempló el cielo, miró los bordes coloreados mientras casi se hundían en negro, los brillantes puntos de la luz de las estrellas que algunos afirmaban eran pequeños hoyos en el cielo cuyo brillo hacia los mortales eran meros destellos de su refulgente luz.

Lyall pensó que esa fábula del cielo era improbable, pero entonces no creía mucho en nada. La vida y los años le habían cambiado. Había perdido su creencia en la alineación de las estrellas y en el tibio resplandor cambiante del destino de los árboles mágicos y aún sus creencias en la bondad del hombre.

Lejos de la vastedad del cielo nocturno, miró al río. Glenna se había marchado. ¿Dónde estaba? El caballo aún se hallaba al lado del suyo. Se movió velozmente llamándola. En el borde del río, encontró uno de los pellejos de agua en la gruesa hierba junto con uno de sus zapatos.

¿Se habrá caído? Ahuecó las manos alrededor de su boca. —¡Glenna!

No hubo más sonido que el correr del agua sobre las rocas río abajo. Una ola de calor llena de pánico le rebasó. Gritó. —¡Glenna!

Sin respuesta.

Su gonela golpeó el suelo y se quitó la túnica y las botas. Un latido después se hallaba en el río. —¡Glenna! —llamó parándose en el agua con los pies muy separados para contrarrestar la corriente y miró en derredor y hacia las negras esquinas del agua, donde la luz de la luna era bloqueada por los árboles de la orilla, extendiéndose a todo lo largo del banco opuesto.

No vio nada, su corazón se desbocó y el pánico creció.

—¡Glenna!

—Estoy aquí. —dijo calmadamente y llegó caminando dentro del agua alrededor de una curva halándose fácilmente con raíces de árboles expuestas a lo largo de los bordes del río, aparentando no estar consciente de que él no quería otra cosa que estrangularla. Se detuvo a pocos pasos de distancia.

Afortunadamente para ella... fuera de su alcance. Él permanecía con su pecho hundido en el agua fría y le echó un vistazo, abrumado por un instante con el alivio que hizo a su pecho doler extrañamente como si estuviese atado con cuerdas apretadas. Tomó una larga respiración y secó su rostro con frustración. —No pudiste encontrar tu voz y responder a mi llamado con suficiente tiempo *antes* de que saltara al agua?

Ella le daba la espalda cuando lanzó el pellejo que tenía en la hierba cerca del banco y giró en pequeños círculos, mirando hacia abajo para buscar alrededor de ella y completamente inafectada por lo que él decía. —Perdí mi zapato.

—¿Perdiste qué?

—Estaba llenando el pellejo y se resbaló, extendí el brazo para agarrarlo y se cayó en el agua, entonces atrapé el pellejo, pero ahora no encuentro mi zapato. —Le confrontó ceñuda, claramente molesta —ella, quien no pudo encontrar su voz un momento antes.

Él localizó el zapato en la raíz a su derecha y cerca de lo que parecía un racimo de mejillones de río. Vadeó el río para acercarse, sacó el cuchillo, cortó los mejillones y los lanzó en el banco. Luego encontró otro racimo bajo la superficie del agua. Ahora tenían comida. Guardó su cuchillo y la enfrentó. —¿Este zapato?

—¡Oh! ¡Qué maravilloso! Lo encontraste. Estaba segura que tendría que cabalgar con un zueco y una bota. —Sonrió con brillo en los ojos. —¿Ves? Había una razón para que saltaras.

—Sí. Quería morir congelado esta noche.

—Para de quejarte, Montrose. No está tan fría y ya comenzabas a oler como tu caballo sin nombre. —Hizo una pausa. —No me mates con la mirada así. Digo la verdad. Lo sé porque he cabalgado en la dirección del viento contigo. Y yo... yo he olido ese hoyo. —Dijo agresivamente mientras tiritaba ligeramente y asía un manojito de raíces para impulsarse hacia el banco.

—¡Espera! Glenna... No te muevas.

Por supuesto que se volvió y sus movimientos enviaron una fuerte ola sobre la superficie del agua. —¿Por qué?

No fue suficiente con perturbar el agua. también tenía que hablar. Parada como una piedra, sin moverse, juró por su aliento y dijo uniformemente. —No. Te. Muevas.

—¿Por qué no puedo moverme? Tú mismo dijiste que el agua está caliente. No tienes q... —calló al él lanzar una gran trucha moteada por encima de su

cabeza y bien adentro en el banco, donde se sacudió y se retorció en la hierba, con las escamas reluciendo como joyas en a la brillante luz de la luna. —Buen Dios del cielo... —Ella se volvió y le observó, estupefacta.

Él se acercó y usó el nudillo para cerrar su boca abierta. —Puedes atrapar mariposas, amor. —En un abrir y cerrar de ojos, la sacó del agua y la puso en el banco, luego él saltó y se le unió, ambos empapados y goteando agua, y miró su cara divertida y dijo. —Asumo que estás tan hambrienta como yo.

Ella se echó a reír. —¿Cómo hiciste eso?

Él se encogió de hombros. —Nadó hacia mis manos. Tendríamos dos pescados de haberme obedecido y parado de hablar. —Se paró y el agua goteó por su pecho y encima de la cabeza de Glenna y se arrodilló para recoger los mejillones. —Todo tu parloteo ahuyentó al otro.

Ella recogió el gordo pez y le siguió con una ligera mirada en sus labios. —Tenemos mejillones y este pescado para comer. Me parece suficiente para los dos. —parloteó.

Capítulo Veintiuno

La perla era del tamaño de la uña de Lyall, perfectamente redonda con los mismos visos de la luna. Las perlas de río provenían de los mejillones que se alineaban en las orillas del río. Eran pequeñas e imperfectas, rosadas, marrones y grises, con nudos y muescas, y a veces tenían hoyos oscuros.

Él había encontrado perlas de río cuando era un muchacho, años atrás, en otra vida pasada, cuando era descuidado, joven y libre para peinar las costas del río, inocente lo suficiente para formular deseos en árboles mágicos, para pescar y jugar a la guerra y pretender que la vida era menos idílica de lo que había sido, antes, cuando deambulaba por los salvajes bosques sin comprender las duras verdades de la vida.

Pero jamás había encontrado una perla como la que contemplaba ahora. Enclavada en una suave, tierna y pálida carne, rodeada por la nacarada pared de la concha, la perla era enorme, precisa y se hallaba en el último mejillón... por el cual habían debatido... el que él le ofreció a ella... el que ella había insistido que él comiera.

Glenna la contempló con tal estupor, casi como si la perla hubiese hablado. Él sabía que, por su vida de ladrona, entendía el valor y la rareza de la gema. Cuando finalmente habló, lo hizo con la referencia de una verdadera alma de latrocinio. —Es hermosa.

Él le echó un vistazo y tendió la concha. —Toma.

—No puedo hacerlo. —Lo observó, claramente aturdida y dijo con calma. —Es tuya.

Él sacudió la cabeza. —¿Qué haré con una perla como esta? Tengo joyas. —mintió. Su padrastro tenía joyas—. Tómala, Glenna.

—No.

—Si me la quedo, igual la robarás de mis bolsas en cualquier momento. — bromeó, sabiendo que probablemente sería verdad.

—No confías en mí. —dijo, pero aún no podía arrancarse la falsa humildad; no era la Glenna que conocía.

—No, no soy un tonto. —Se echó a reír—. ¿Cuánta plata me quitaste?

—No la conté. —dijo orgullosa alzando un poco la barbilla. Sin embargo, no había quitado la vista de la joya que le ofrecía en frente de su propia nariz. Si la opulencia tuviese aroma, su nariz se habría crispado.

—Si no la tomas —dijo con indiferencia—. Supongo que me veré forzado a lanzarla de regreso al río.

Ella deslizó su mirada de él a la perla e hizo una pausa—oh, sí que la deseaba—pero tercamente sacudió su cabeza. —Es tuya, Montrose.

Miró pesadamente. —Entonces, siendo mía, puedo hacer lo que quiera con ella. —Comenzó a pararse. —Hasta regresarla al lugar de donde vino.

—¡No! ¡No! —Se paró tan rápido para agarrar su brazo que casi le hizo desenfadar. —¡Montrose! ¡No!

Instantes después se sentaba frente a él con las piernas cruzadas y la perla acunada vacilante en sus manos como si fuera más delicada que un huevo azul turquesa y su expresión sobrecogida se llenó con un toque de avaricia. Esa era Glenna.

Él quería echarse a reír con fuerza y su primer instinto fue el de mecerla entre sus brazos y besarla sin sentido. Pero se detuvo y permaneció allí, saboreando lo que era un extraño sentimiento —una gran y abrumadora sensación de gratificación tan sólo de mirarla.

No mucho después, tuvo otros pensamientos, luego de que había encendido la pequeña fogata y antes de que hubieran hecho catres en la tierra o de haberse ido a dormir, que ella volvió, con la perla fuertemente apretada en un puño y plantó la otra mano en su pecho al haberse levantado en silencio y le dio un tierno beso. —Gracias, Montrose. Este es el regalo más adorable que me han dado.

Se dijo que era un tonto y la miró alejarse, a Glenna Canmore, la hija del rey, con la oportunidad de un futuro lleno más que de perlas, más que de joyas, y se alejó de ella y de todo el magnífico sentimiento de alegría que le dejó.

Con las manos contraídas en puños a los lados y su rostro mirando al cielo, permaneció allí, indefenso. Todo lo que vio, aún con los ojos cerrados, tenían un dejo de amargo amarillo —algo más pasó de padre a hijo, pensaba cómo el sabor de la traición se acrecentaba en su boca.

Y por un instante, tuvo que luchar contra la repentina urgencia de colgar su cabeza de vergüenza... por lo que le iba a hacer a ella.

—¿Qué, en el nombre del cielo y del infierno me estás haciendo, bruja?

Glenna se petrificó. Yacía en la tierra y doblada ajustadamente bajo su manta de lana. ¿Montrose está hablando? Permaneció inmóvil y contuvo la

respiración sin atreverse a abrir los ojos.

¿En realidad lo escuchó hablar? ¿O lo había imaginado? ¿Habrá sido un sueño, un deseo o un truco de su mente? ¿Creería él que ella dormía? ¿Acaso él estaba realmente allí? ¿Qué haría si abría los ojos sólo para ver que él la contemplaba?

¡Oh, por los pies de Dios! ¡No podía ver nada con los ojos cerrados!

Él comenzó a pasear en la hierba durante tanto tiempo, que el monótono sonido de sus pasos la habrían arrullado en un dulce sueño de no haber sido por la posibilidad de que hubiera dicho aquellas palabras. Su voz había llegado hasta ella tan real como si hubiese estado hablándole a su lado.

Mantuvo su respiración lenta y suave. No pasó mucho tiempo cuando una parte de ella sintió la caliente tibieza de sus ojos en ella. Oh, seguramente estaba parado allí, a su lado. Lo sabía por instinto, como sabía hurtar una bolsa.

Extraño cómo siempre sabía el exacto momento en que él la miraba, una especie de sexto sentido que le invadía, un sentimiento sobrenatural, como cuando las abejas se cernían frente a uno o cuando los pájaros se desvanecían justo antes de que el rayo golpease la tierra y la incendiase. Pero el sentimiento, la sensación sólo sucedía cuando a él se refería, como si sus pensamientos y sus mentes estuviesen encadenados, tan encadenados como la salvaje emoción que, en secreto, escondía muy profundamente dentro de su corazón.

Ya no paseaba. El silencio absoluto llegó en la cantidad de tiempo que le tomó a su corazón latir una vez, como un momento de claridad emocional o un arrebató de color en la noche—algo tibio y dulce, como un rojizo cielo, raro y sólo allí, en el último aliento antes del anochecer o en el primer destello del alba.

Pero entonces, los sonidos reales de la noche invadieron sus sentidos. El trino de la canción de los insectos, la corriente distante del río sobre las rocas y pequeñas cascadas y el golpeteo de su propio y tonto corazón.

—Estoy hechizado. —dijo—. Y destinado al infierno. ¿Por qué me importas si no me atrevo? —Su voz era real y se hallaba abrumada de emoción cuando se desvaneció. —No puedo... no lo haré. —Maldijo en voz alta y se alejó con pasos rápidos, distanciándose más.

Ella abrió los ojos y los volvió justo para verle desaparecer entre los árboles. Pateando la manta a un lado, supo que no había manera de permitir

que se alejara de ella después de lo que había dicho, sin importar o no que él hablara, sólo porque la creía dormida.

Ya de pie, se deslizó en sus zapatos y se movió sigilosamente por el bosque, manteniéndose lo suficientemente alejada para que la luz iluminase las sombras de él. Los bosques acrecentaron su grosor y luego se abrieron. Cuando tropezó con las raíces de un enorme y ancestral árbol de tejo, puso la mano en la corteza para estabilizarse y casi gritó, mirándose como si de repente estuviese ardiendo.

Contempló el árbol esperando ver una huella donde había posado su mano.

Cuidadosa y vacilante extendió su brazo y lo tocó con un dedo. Sin quemaduras. El árbol se hallaba frío y la corteza, áspera, como cualquier otro árbol en el bosque.

Igual, su mano palpitaba y la contempló esperando ver algo como una marca de esclavitud, pero la palma parecía completamente normal. Aún algo... había algo. Contempló el árbol y sacudió los extraños pensamientos que le pusieron la carne de gallina. Tonterías. Sin tiempo que perder, apuró el paso para permanecer con la vista en Montrose, quien se movía de nuevo y aún más lejos.

Eventualmente se detuvo en lo alto de un saliente rocoso y permaneció mirando en la distancia, con su fuerte perfil, elegante nariz y mandíbula cuadrada descritas en la luz de la luna como la esfinge de un viejo dios. Ella se quedó, incapaz de ver más allá de él o de los bosques y los altos abetos que le flanqueaban. La visión le recordó cuando se hallaban en la cubierta del barco la mañana después de la tormenta e hizo que su respiración se detuviese. No podía quitarle la vista de encima, aunque cayese un rayo refulgiendo ante sus ojos.

De repente meciendo sus brazos al aire, él saltó al suelo del bosque con un suave ruido seco y un zumbido en su aliento y comenzó a correr. Ella se movió con rapidez hacia el saliente, y descubrió que se hallaba posado al borde del bosque, donde una corta y gentil pendiente rodaba hacia un pequeño claro.

Allí, atisbó su oscura figura corriendo a través del campo hacia una vista que nunca esperó. En la distancia, las sombrías y calcinadas ruinas de un castillo se erguían en la cima de su montículo, como los aros de piedra de una isla celta: espaciados, dentados y grandiosos, negros contra la iridiscencia de la luz de la luna que brillaba tornando el campo en un blanco plateado, como si no hubiese noche en la cúspide agonizante del verano y comenzando el

otoño, sino una noche en la altura del más frío invierno. Ella bajó del saliente y se dirigió a la pendiente.

Alrededor del castillo se hallaba una muralla de gruesos arbustos, zarzas y maleza, y él corrió hasta un punto que bajaba dentro de la pared de hierbas y desapareció. Ella se movió con rapidez, corriendo sin aliento a través del campo de plata, manteniendo sus ojos donde él había desaparecido y una vez allí, bajó donde una pequeña cueva que parecía un túnel, un hueco negro, en realidad, brilló donde las yerbas habían sido apartadas recientemente y sus arbustos pisoteados.

Sin dudarle, entró y toda la luz desapareció. Se petrificó. El frío corrió por sus brazos. Dentro se hallaba tan negro como el hoyo y para su horror, olía igual. Su piel se erizó y tiritó buscando el coraje que desapareció en el momento en que puso un pie en aquel túnel.

En un momento de debilidad, se volvió, atrapando y tragando un gemido que amenazaba con escapar de sus labios, y dio un paso hacia la entrada, donde había luz de luna y aire fresco nocturno. En aquel instante, escuchó el vacío eco de los apurados pasos de Lyall muy profundos en el túnel y se alejó de la seguridad de la entrada, cautelosamente tocando las paredes húmedas sólo para conservar el equilibrio sobre las desniveladas rocas bajo sus pies, diciéndose a sí misma que no tenía miedo. Pero era mentira. Su temor era tangible.

Rodeó una inclinación en las paredes y retrocedió con rapidez. En el lejano final la luz brillaba desde una trampa abierta revelando los peldaños labrados de una escala de madera. Tomó cinco lentas respiraciones, luego diez, y se acercó lentamente y muy cerca se hallaba la puerta de la trampa, que se cerró con un ruido sordo y bañando el túnel de nuevo con oscuridad.

Antes de que pasara mucho tiempo, llegó a la cima de la escalera, buscando a tientas la puerta. Contó hasta veinte antes de abrirla —no quería toparse cara a cara con Montrose— apenas lo suficiente para ver, abrió la trampa y salió, arrodillándose para cerrar la puerta sigilosamente.

Por un dulce momento, sólo respiró el frío aire de la noche y se compuso a sí misma y a sus miedos. Se hallaba fuera, al aire libre. No más oscuridad ni túneles que sabían a frío y humedad. Sin imaginarias víboras bajo su próximo paso a ciegas.

A su alrededor, el castillo se hallaba siniestramente abandonado, con escombros que cubrían carros volcados y restos de abrevaderos de animales, la puerta de un viejo gallinero y trozos de calcinadas murallas aún sentadas

encima de las bases de piedra, todas cubiertas con viejos y rotos trozos de madera quemada y años de yerbas y hojas muertas.

Al moverse, pudo notar las edificaciones que habían sido: el establo, con las cuadras rotas y carbonizadas, un edificio grande en el centro que se había derrumbado, desmoronándose de los lados con trozos de escaleras apilados unos encima de otros, y otro edificio cercano con una chimenea alta de piedra como aquella usada por el herrero de una villa.

Una cruz colgaba en extraño ángulo encima de una puerta solitaria en medio de una chamuscada capilla pequeña; allí fue donde lo divisó, parado en lo que una vez debió ser el altar, la piedra elevada del atril, que comenzaba justo en la punta de sus botas. Se veía como si fuese incapaz de llegar más lejos.

Ella le contempló por largo rato, absorbiendo cualquier pista que podía sacar al estudiarlo. Antes de pasar mucho tiempo, casi podía sentir su pena palpable y llegando como las olas del mar. Cualquiera que fuese este lugar, era doloroso para él.

Parecía hallarse muy distante, una tragedia que permanecía cruda y abierta, con sus manos abiertas frente a él como si suplicase, y ella comprendió que podía verlo de este modo, únicamente porque él creía que se hallaba completamente solo.

No sabía que tal emoción y dolor podía encontrarla en la mera postura de un hombre, pero allí vio una sensación aplastante de soledad tan claramente, como si se hallase en otro mundo... solitario, abandonado y perdido, el vacío que ella comprendía demasiado bien. Él era un hombre en Getsemaní.

Le sobrevino una abrumadora necesidad de alcanzarle, pero sintió que, si lo hacía, de alguna manera le mancillaría, hallándose ya herido. Mirar su dolor hizo a su estómago dar un vuelco, y posando una mano en su barriga, cerró los ojos. Si tan sólo supiera lo que está mal, quizá pudiera encontrar la manera de ayudarlo.

Antes de pasar mucho tiempo, mirarle en tal estado y sin decir nada, era muy duro. Sintió que, de quedarse allí por más tiempo, tendría que halarlo de las profundidades de aquel negro lugar que él habitaba, así que decidió dejarle a solas con cualesquiera demonios que le poseyeran. Respiró tan profundamente que se volvió un suspiro, él se giró con el rostro duro y sus ojos húmedos, fulminándola con la mirada como si ella fuese un irrespetuoso despertar.

—Ya lo veo.

Ahora, sin necesidad de excusas, caminó hasta el altar y miró hacia abajo, donde él había estado quitando las yerbas y zarzas cuando, al principio, ella le había ubicado. Allí, ante él, yacían dos viejas tumbas —una cubierta con una placa de piedra cuadrada labrada con la esfinge de un hombre, y la otra, un túmulo— una cruda pila de rocas antiguas. —¿Quiénes son?

Él se hallaba impasible y silencioso, no queriendo dejarla entrar. Había momentos en que ella notaba, como ahora, que su soledad era como un escudo que forjó entre ellos y su respuesta fue lo suficientemente fuerte para hacerle creer que él convertiría alegremente aquel escudo en un arma que empuñaría como un ariete contra cualquiera que tratase de salvarlo. —Son mis fantasmas.

—Ya no. —dijo ligeramente, inclinándose y sacando gentilmente más hierbas del túmulo. —Estoy aquí. —Arrodillada, se sacudió el polvo de sus manos y subió la mirada. Su expresión era ilegible.

—Sin invitación y sin ser bienvenida. —dijo.

—Aún así, debes lidiar conmigo. —Ella continuó sacando las yerbas de entre las rocas. —¿Por qué esto es secreto?

Él se debilitaba. Sus manos le delataron; las tenía empuñadas a los lados.

—No me iré hasta que me digas. —dijo.

Sólo su vista furiosa y su silencio encontraron la decidida y calmada mirada de ella. *Déjame ayudarte.*

Él quitó la vista de ella, lejos de las tumbas y arriba, donde algunas rocas se posaban ominosamente en la parte más alta de la pared calcinada, donde aún colgaba la mitad de una vieja cruz labrada. Pasó su vista de él hacia las tumbas, puestas en el altar como aquellas de antiguos reyes.

—Y podrás llamarme terca. —Barrió las hojas y la hierba del rostro de un hombre tallado en la piedra. Sentada en sus tobillos, subió su mirada y dijo. —Se parece a ti.

Pasó un largo rato antes de hablar. —Era mi padre.

—¿Y el otro?

—Malcolm, mi hermano.

Ceñuda se incorporó y miró las ruinas en derredor. —¿Estas son tus tierras?

—¡No! —dijo con agudeza.

Ella dio un paso atrás como si su voz le abofeteara. En aquella simple palabra, escuchó el sonido de un alma oscura.

—Nutro mi fuerza aquí. Mientras estoy ante estas tumbas, no olvido. — Con profunda concentración, casi pudo sentir que él contemplaba recuerdos y

tiempos lejanos. Ambos elementos endurecían sus facciones y parecía como si estuviese en algún lugar desolado y vasto; lucía como si lo que cargaba era infranqueable. —No puedes comprenderlo.

Los grajos de repente graznaron y aletearon, y uno voló tras un gorrión. Cuando él la miró, ella atrapó un rápido resplandor de emoción que no pudo nombrar —algo frágil y rompible tras la dura máscara que tenía y sus maneras tan frecuentemente duras.

Luego, se había ido, perdido en un delgado momento del tiempo, y él dijo con frialdad. —Debemos alejarnos de este lugar.

La parte de ella que le amaba no pudo pedir explicación de los muertos; no preguntó más de él. Tuvo la necesidad de estar allí, y ella lo aceptó. Pero ni siquiera para satisfacer su curiosidad natural, pudo hacerle quedarse donde era un alma herida, abierta y sangrante. —Sí. Debemos irnos. —acordó.

Su expresión daba a entender una apología y algo más, otra clase de melancolía, quizá la misma emoción que no pudo leer antes. Ella le tendió la mano.

Al principio, la contempló como si tocarla hubiera sido un pecado mortal. Esperando que lo sintiera natural, como lo era caminar lado a lado cuando se le unió, y cómo sintió su tibia palma contra la suya, y el silencio cubriéndolos sin incomodidad, sino uno de aquellos momentos donde las palabras dichas eran innecesarias.

Cada uno se hallaba un poco desconcertado y perdido en la curiosa oscuridad de sus propios pensamientos, y con las manos aún unidas, caminaron juntos fuera de las ruinas del castillo.

Capítulo Veintidós

La brillante mañana era el indicio de un caluroso día y trajo a Lyall cierta claridad. Se paró al pie del saliente rocoso donde años atrás había mirado a Dunkelden arder y se concentró en el único pensamiento de que tenía una misión a completar: cambiar a Glenna por Dunkelden. Sólo quedaba un día, porque esta noche, finalmente, terminaría con esto. Esta noche se alejaría de ella.

Para la mayoría, Dunkelden no era nada más que la calcinada concha de una fortaleza, un lugar que había perdido su gloria, excepto en su propia memoria. ¿Qué valor tenía? Quizá sólo para De Hay y sus aliados quienes buscaban aumentar sus apetitos colgando las ruinas de su familia ante él.

Saltó a la tierra y se movió por entre los bosques con la cabeza clara y la mente enfocada en su objetivo. Pero antes de estar a medio camino, se detuvo en el borde del pequeño claro donde antes jugaba juegos de guerra, cuando no vivía su propia guerra.

El último lugar donde esperaba ver a Glenna fue bajo el ancestral tejo. Pero permanecía allí, hablando al árbol.

—¿Acaso imaginé lo que sentí, árbol? —Tocó la corteza y contempló su mano con curiosidad. —¿Acaso escondes hadas bajo tus raíces? ¿La magia late bajo tu corteza? ¿Debo creer que eres simplemente un viejo árbol y que mi mente está hechizada? —Posó ambas manos en el tronco y se inclinó hacia éste con todo su peso, mirando arriba, a su ancha copa. —¿Haces que los deseos se vuelvan realidad? —preguntó y Lyall estaba anonadado por la coincidencia, con su imagen tan parecida a la suya propia, cuando era un muchacho.

Algo más lo golpeó —una fuerte sensación de que ambos estaban unidos por cierta emoción que era similar y sobrenatural. Sintió que ella fluía por su sangre y por el tuétano de sus huesos, y por algún lugar que no podía nombrar. ¿Su corazón? ¿Su alma? ¿Su para siempre?

—Hola, pajarito. —dijo y luego comenzó a cantar música de sirena que le desposeyó, como antes. —Ave del rosa, ave, ave del rosal...

Su determinación se hizo añicos al girar su canción en el aire a su alrededor, lo elevó con sus gozosas notas, como si ella fuera su esperanza y lo próximo que supo fue que se hallaba parado junto a ella, con sus brazos hacia

ella. Se volvió al declinar su canción. Bajo la sombra del ancestral árbol, dio un paso hacia su abrazo y él cometió el fatal error de mirar su boca.

La besó porque no tenía otro pensamiento en aquel momento, excepto el de saborearla, sostener su suave cuerpo junto al suyo y aún él sabía que era un mal hombre al hacerlo. Su sendero completo era malo y ahora su cordura constantemente luchaba con un grandioso y torrencial deseo. Su cabeza se aclaró sólo por un instante y la alejó de sí como si fuera carbón encendido.

La sensación de asombro en sus ojos le hizo incapaz de detenerse. Su boca estaba en la de ella otra vez, negando a la fuerza de voluntad dejar de tocarla por la inocente avidez que vio en su expresión, su propio deseo claramente allí para que él lo leyese y no tratar de actuar en consecuencia. Él no era tan noble ni tan valiente. No tenía el poder de auto controlarse... únicamente el conocimiento de lo que estaba bien y que hacía mucho tiempo que se había dado por vencido de hacer lo que estaba bien.

Su boca se movió dentro de la suya y mientras ella le empujaba, supo que debía volverse y alejarse. Una voz en su cabeza le decía *¡Vete! ¡Márchate! ¡Déjala!*

Las palmas tibias de Glenna se posaron en su pecho y presionó resistiéndose. Él, gentilmente situó las manos en su nuca y suavizó la boca, dándole pequeños besos dulces, posando los labios en los de ella, sorbiendo y alejándose, besándola de nuevo y alejándose, así que ella supo que él no la forzaría.

Pero su intención era clara: sabía que la estaba seduciendo. Sólo sus deseos le guiaban. Ni el desliz de un minuto de consciencia perdida apareció milagrosamente. Acercarse más era su meta, entrar dentro de ella. Había una única verdad en todos sus deseos y anhelos. Y las verdades en su cabeza le decían que, si entraba, ella lo salvaría de sí mismo.

Entonces se rindió a él y le devolvió los besos, enlazó sus brazos alrededor de su cuello; se hallaba tibia y fluidamente derritiéndose dentro de él. Mientras más la besaba y abrazaba, más cercano se sentía, más comprendía que era un condenado. El sabor de su boca era todo lo que necesitaba por el resto de su vida. Los pensamientos corrían rampantes en su cabeza peleando contra la poderosa emoción que sentía.

¿La preciosa hija del rey? Ella se hallaba muy lejos de estar a salvo, entonces, ¿por qué sus instintos le decían que era su salvación? Era malvado... malvado... malvado...

Su mente se tambaleaba hacia el pasado, a otro tiempo y con otra mujer que había saltado de una torre para escapar de sus deseos. Aunque todo lo que era correcto en el mundo le gritaba que cesase ahora de este insano acto, su pasión se ensanchaba como el aceite en el fuego, cegándolo con su intensa luz y calcinando sus dudas y cualquier puñado de consciencia y honor que hubiesen podido quedar.

No había nada más que su suave boca abierta y cediendo, nada sino la necesidad de entrar en su inocencia. Allí se hallaba su lengua en la de él, su olor arremolinándose alrededor de él como si el aire únicamente estuviese cargado de ella.

El tiempo de su salvación había pasado. Se hallaba demasiado lejos para ser salvado. Pero por el más dulce de los momentos, encontró un sabor de la vida que nunca pudo tener.

Sólo un momento más, se dijo.

La pasión, brillante y dorada, comenzó a desvanecerse y un sonido de corazón aplastado, lastimero e inocente, lo petrificó.

Ella lloraba.

Como el reconocimiento resquebrajó su insensatez, detuvo el beso. Sus besos, aunque gentiles, habían hecho llorar a Isobel. Se alejó, necesitando poner distancia entre su suave cuerpo y el suyo propio.

Ella lloraba con suavidad en un suspiro y sus ojos húmedos muy abiertos. Su expresión le dijo que era incapaz de comprender lo que acababa de suceder. Desconcierto, la misma confusión que él sentía, dolor y algo cercano al horror corrían por su expresivo y adorable rostro. Era como ver a alguien aplastar una rosa perfecta en el puño. Las lágrimas caían de sus ojos. Se llevó una mano a la boca y subió la mirada para verle con honesto deseo y algo más que quiso no hallar allí.

El corazón de Glenna estaba en una funda, y el de él, se hallaba en medio.

Lyall deseó ser capaz de amar, de creer que podía ponerse en las manos de alguien, pero también podía creer que, si se quedaba muy, muy quieto, una abeja nunca le pincharía.

—No me mires así. —dijo bruscamente. Eran un hombre que jamás podría amar. Su amor sería pura destrucción y se llevaría el alma de cualquier pobre mujer que le creyese digno de ser amado... digno de ser salvado.

Ella buscaba su cara y él se vio forzado a parecer pasivo, renuente a dar nada, temeroso de que, si lo hacía, la llevaría al infierno con él. No podía dejarla ver que casi se había rendido a lo que estaba sintiendo. Así que,

incrementó la tensión y ella bajó la mirada —avergonzada ante él. Le había enseñado aquello con sus primeros besos —a avergonzarse. Prueba de lo bastardo que era.

Dio un paso adelante y posó las manos en sus hombros y la atrajo hacia sí, descansando el mentón en su cabeza, cerrando los ojos contra todo lo que estaba sintiendo.

Ella temblaba como una liebre asustada cuando dijo. —Se supone que debería sentirme avergonzada. Estoy avergonzada esta vez.

—No, Glenna. Eres inocente.

—Pero no lo entiendes. Quiero que me beses. Quiero que me toques. Oh, ¡cómo me arrepiento de lo que siento!

Él la giró, pero ella no le veía. Levantó su mentón con los nudillos. —No tienes nada de qué avergonzarte. Tu corazón y lo que sientes es puro. No eres tú, sino yo.

Ella dio un rápido quejido sin humor y meneó la cabeza. —Me arrepiento de lo que estoy sintiendo por cómo tú me miraste cuando nos detuvimos. Como si hubiera sido horrible, lo que yo sentí. Me consume y no me puedo detener.

Él rio amargamente porque esas palabras eran iguales a sus pensamientos.

Ella se separó de sus brazos y lo enfrentó. —Puedes pararte allí, mientras yo desnudo cada pensamiento de mi cabeza y cada sentimiento en mi corazón, ¿y te ríes? —Lo contempló incrédula. —Desplegué el más profundo de mis secretos, ¿y te burlas? —Se hallaba furiosa y su rostro se arrugó, tan cierto como si él le hubiese estrellado su puño. —Pienso que en este instante. —dijo —. te odio. De verdad te odio.

Quizá el odio entre ellos era lo mejor, al menos podía dejarle creer que lo odiaba. No era verdad. Al menos ella merecía cierta verdad en esta maraña de mentiras.

Lyall tomó una larga y profunda respiración, pero su pecho se hallaba tan apretado que apenas pudo llenar sus pulmones. Cuando habló, las palabras fueron lo más honesto que había dicho en toda su miserable vida. —Lo que sentimos no es odio.

Entonces, se volvió y se alejó. Dijo todo lo que pudo decir. No fue odio lo que sentía, sino lo contrario, sin embargo, no había manera de que le hubiese dicho la otra palabra.

El caluroso sol de mediodía golpeaba los bordes de la capucha de Donald Ramsey, cocinando su cabeza como un jabalí rostizado... lo que le faltaba era una manzana en la boca. Hizo señas de detenerse a sus hombres. El estruendo de los cascos de caballo cesó de golpetear la tierra y una nube de polvo se arremolinó alrededor de la tropa, manchada ahora con trozos de hierba seca.

Haló las riendas y su caballo danzó a lo largo de la cresta ancha y reseca de tierra alta sin dar importancia al valle hacia el oeste que mecía el río Beaully y su abadía, y en la distancia, un patrón de granjas pequeñas dispersas. Hacia el oeste vio las sombras azules de la costa occidental. Sin embargo, se dirigían al sur, y al este de Ben Nevis, que yacía lejos en la distancia como un gigante castillo durmiente.

Ramsey se quitó la capucha y tomó un trago de agua de un pellejo antes de verter un poco sobre su cabeza sudada. Enjugó la frente para mantener sus ojos claros, tomó otro trago e intercambió una mirada de miseria con sus hombres de armas. —No sé si debemos rogar por lluvia y sufrir el embate del óxido, o continuar únicamente para tragar más polvo que aire.

—Cada vez será peor si nos mantenemos siguiendo este rastro por otras veinte leguas. —dijo su capitán.

—Hay un pequeño arroyo y cascadas en aquella elevación, milord. —ofreció otro. —Podemos descansar y dar de beber a los caballos.

La elevación se hallaba en otra dirección, pero Ramsey sabía que no podía dirigir a sus hombres y sus caballos dentro de la tierra, sin importar cuán desesperado se hallara por atrapar a Lyall antes de destruir su futuro y convertirse en el traidor que Ewan había sido. Los caballos y los hombres necesitaban un respiro. Sentía comezón en la piel sudada y a sus ojos abrasados por el polvo les vendría bien algo de sombra y agua.

—Sí. Vayamos a las cascadas. —Arreó su caballo e hizo señas a los hombres ondeando su mano para que le siguiesen.

Las cascadas eran más amplias de lo que esperaba, con agua clara que fluía río abajo sobre rocas de granito rodeadas de líquen, árboles cubiertos con musgo y abundante hierba y círculos de sombra fría. La niebla se elevaba al caer el agua de las cascadas y enjuagaba el sabor seco y sucio del aire del mediodía y enfriaba su piel enrojecida y caliente. Los caballos bebieron durante un largo rato, con las colas sacudiendo flojamente las moscas y sus hombres descansaron a la sombra, muchos de ellos sentados en la hierba y algunos, en ropa interior, empapados, por un rápido nado en las aguas frías, y ahora masticaban carne seca y corteza de pan.

Ramsey envolvió en la tela su comida y la metió en el fardo. Hizo una mueca de dolor cuando sintió las leguas que había viajado en sus músculos rígidos y en sus huesos traqueteantes y chirriantes.

Por los ojos de Dios que se estaba poniendo viejo. Demasiado viejo para rescatar a un joven de sí mismo. Habían cabalgado un largo trecho sin detenerse, compelidos a mantenerse tras el rastro de Lyall desde Inverness. Aunque se había unido a sus hombres más tarde, después de galopar directamente desde Rossie, aún se hallaban a una buena distancia de donde esperaba encontrar a Lyall. No creía remotamente que el muchacho pudiese pasar cerca de Dunkelden sin dirigirse hacia allí, así que cabalgarían en esa dirección.

Y había más noticias. Parecía que los hermanos Gordon también rastreaban y hacían preguntas.

Los instintos de Ramsey eran fuertes y agudos. Encontraría a Lyall. Pero no podía decir si lo haría a tiempo. Sus instintos casi nunca le abandonaban, excepto quizá, en el destello de honor que pensó haber visto en su hijastro años atrás. ¿Dónde habría ido ese muchacho?

Echó un vistazo a sus hombres y pensó darles más tiempo para que pudiesen cabalgar más arduamente. Tenía hombres en ocho distintas direcciones, como el que descubrió la pista en Inverness, jinetes solitarios que podían hacer preguntas y hallar respuestas.

Otro contingente más pequeño de hombres se hallaba con su capitán dirigiéndose en una dirección diferente, hacia las tierras de De Hay, pero más como precaución, después de lo que Mairi había revelado acerca del suegro de Lyall. El padre de Isobel, Huchon De Hay, era una comadreja de la peor calaña, que practicaba confabulaciones y traiciones. Los desafortunados lazos de De Hay con un poderoso conde nórdico debidos a su propio casamiento, así como un lazo de sangre con un primo distante del rey de Francia, le habían proporcionado protección durante demasiados años.

¿Se atrevería De Hay a conducir su traición hacia su propio nido? No parecía probable. Era demasiado astuto como para arriesgarse a ser atrapado. Por demasiado tiempo el hombre se las había arreglado para abarcar ambos lados de la lucha por el poder de la corona, dando rodeos y apaciguando a cada lado, mientras ayudaba subversivamente al otro, esperando obtener sus propias ganancias en medio del caos.

Planificando el regreso del rey, Sutherland había encontrado evidencia suficiente para sospechar que las verdaderas lealtades de De Hay se

inclinaban hacia los condes nórdicos, o al menos hacia su oro y sus promesas. La opulencia y poder de aquellos condes habían sido amenazadas por el casamiento del verdadero rey y la corta paz que el matrimonio había traído antes de la muerte de la joven reina. Aquella paz puso un alto a las constantes y lucrativas incursiones en las islas del sur y sus continuas invasiones a las fronteras del norte. La rebelión y el rey exilado mantuvieron sus cofres llenos y sus tierras expandidas hacia el sur.

Era en interés de los condes nórdicos alimentar una guerra por el trono escocés, que se aliaron e incitaron a Argyll, el lord más poderoso del oeste, y continuaron iluminando el hambriento deseo del hombre por el poder de la corona misma y utilizando la bien conocida avaricia del rey Henry de Inglaterra para ayudarle en sus conspiraciones.

Pero William, el verdadero rey, pronto sería libre. Todos los planes se hallaban al punto y el rescate fijado y acordado de mala gana.

Excepto que la estupidez de Lyall con su estrechez de pensamiento, estaba a punto de arruinar su propia obligación en aquellos planes y poner en riesgo la seguridad de Glenna Canmore. Todos esos años de esconder a la hija del rey no valdrían la pena porque años atrás, Ewan Robertson había sido un traidor.

Lyall, ¿a dónde fuiste? Tonto, tonto muchacho al involucrarte en esto. El lazo se está cerrando en tu cuello, hijo.

Ramsey contempló la figura neblinosa y oscura de Ben Nevis en la distancia y sintió como si el camino que tenía por delante fuese a escalar la gran montaña a pie. Su hijastro había crecido en determinación, pero se hallaba perdido, a través de años de intentar redimir su nombre, incapaz de extirpar la traición de su padre. A él le parecía que Lyall, eventualmente, se había rendido y se había atado a De Hay con aquel desastre de una traición en un intento desesperado por recuperar las tierras perdidas de su familia. La tímida Isobel De Hay había sido criada en un convento y era incapaz de enfrentar un casamiento con otro hombre distinto a su propio Dios.

Desde aquel desastroso día en que Lyall se había parado al lado de su cuerpo roto, construyó una sólida pared de aislamiento a su alrededor, que le llevó por un sendero oscuro de destrucción, todo por el dolor y la culpa que llevaba el muchacho. Aquel chico determinado con el arco y la flecha y con el ojo de un águila, se hallaba decayendo y destruyendo lentamente al hombre que podía ser. Lyall era forzado por cierto legado del demonio a cometer los mismos errores que Ewan había cometido. Y si Lyall era condenado a la horca

por traición, Beitris se haría añicos tan fácilmente como un tarro de barro que cayese desde las vigas del salón.

Beitris.

La imagen de ella, tal cual Ramsey la había visto por primera vez tantos años atrás, se hallaba siempre en su mente. En ese tiempo, en aquel singular día, muchos años atrás, ella no llevaba capucha o velo para esconder su rostro. No había necesidad. Era joven y brillante con la piel como la luz de la luna, sus ojos del color del estuario en verano y su cabello del más oscuro y profundo color de una manzana madura y ondulado en su espalda. Reía y el sonido era como campanas al viento y corría a los brazos de su más cercano amigo.

El recuerdo se desvaneció entonces, secándose mientras el polvo del camino en que viajaban dejaba el mismo sabor a fracaso en su boca, como en estos tiempos, cuando su esposa escondía su rostro de él. Su Beitris no podría sobrevivir con mucho más sufrimiento. La traición de Ewan les había herido de una manera muy profunda, a todos ellos.

Adelante, sólo le esperaban problemas, sin importar su compasión por su hijastro y su gran amor por Beitris, sus lealtades eran primero para su rey. Por sobre todas las cosas, Ramsey sabía que debía mantener su promesa de proteger a la hija mayor del rey, y si eso significaba sacrificar a Lyall, entonces, le quedaban pocas opciones.

Uno de sus hombres se detuvo abruptamente. —¡Milord!

Ramsey cabalgó más de prisa de lo que sus músculos querían.

—¡Un jinete! —Más hombres se apearon con las armas listas, mientras uno de sus jinetes galopó hacia ellos a gran velocidad.

Ramsey envainó su espada al refrenar el jinete. —Argyll está atrapado y clama auxilio a De Hay en Kinnesswood, milord.

¿De Hay en Kinnesswood? Esa era la fortaleza de Frasyr, y Frasyr era primo de Argyll. Pero el castillo era sólido e imposible de atacar con una décima de sus hombres, que eran los que se hallaban con él en ese momento. Si Glenna Canmore se estaba allí, se hallaría en las manos de los enemigos de su padre.

—Hay más. —dijo el jinete seriamente y señaló abajo, hacia la cañada. —Mire allí.

Dos jinetes cruzaban la cañada Beauuly, dirigiéndose hacia el suroeste. Ramsey les observó lo suficiente para reconocerles por las monturas. Los

andares de los caballos eran veloces y ligeros, criados por las más finas sangres arábigas, distintivas de su raza, color y movimiento.

—Los Gordon. —dijo Ramsey.

—Han estado haciendo sus propias preguntas, milord, y se han marchado justo antes de que yo escuchara acerca del mensajero de Argyll.

No había dudas de qué se traían entre manos. Los hermanos Gordon buscaban a Glenna. —¡A las monturas! —dijo Ramsey, ligeramente ceñudo mientras seguía sus propias órdenes y sus piernas y su parte trasera se arqueaban agudamente cuando golpearon la silla. Reunió las riendas y alzó una mano. —Esperen... déjenlos llegar a aquella colina y luego les seguiremos. Sospecho que nos dirigimos al mismo lugar.

Sus ojos agudos siguieron las negras figuras de los hermanos Gordon cabalgando en la distancia, dirigiéndose hacia el suroeste, hacia el lago Lisson, donde Kinnesswood se erguía encumbrado sobre el agua desde una isla de roca sólida con un castillo en el centro en una posición clave e impenetrable al ataque.

—¡Cabalguen! —ordenó Ramsey y se marcharon en dirigiéndose hacia una misión que parecía imposible.

Las nubes rodaban con ráfagas de viento fuerte y la oscura bóveda celeste sobre sus cabezas parecía impredecible. Ni la luna ni las estrellas brillaban en el cielo nocturno; tampoco la luz del fuego donde se cocinase una trucha, y encima de las ruinas del castillo chamuscado, únicamente se hallaban las nubes altas y la oscuridad negra de un lago y la distante silueta de una isla rocosa en medio, y sobre ésta, las sombras esparcidas de la torre y las murallas de un castillo.

Glenna se arrebujó más apretadamente en su capa mientras se sentaba en el bote donde Montrose remaba para atravesar el lago que les aproximaba con rapidez a su destino. ¿Qué había dentro de aquel castillo delante de ellos? Junto a su coronilla, se hallaban las almenas dentadas que parecían mordidas por algún demonio. Cerró los ojos y buscó, dudando, la poca valentía que pudiese aún albergar; pero necesitaba cierta fuerza en su corazón para enfrentar lo desconocido que estaba a punto de encontrar.

Montrose callaba. Todo el día estuvo introvertido de nuevo, había erigido una muralla de piedra a su alrededor, y nada que ella dijese podía atravesarla.

Aquella dureza, aquel silencio, cargaban la noche.

El aire nocturno de repente se aquietó, como si alguien se tragase el viento y dejase sólo el silencio, perforado únicamente por el rítmico golpeteo de los remos que salían y entraban en el agua, guiados por Montrose.

Era extraño. Ella miró en derredor.

La maleza que se alineaba en la costa era gruesa, oscura y quieta. Su mente se hallaba histérica, y sus instintos, afectados por sus temores. Los árboles y los arbustos no tenían ojos.

Miró hacia adelante, llamándose tonta. El corazón estaba afectando su cabeza.

Detrás de Montrose, la imagen del castillo se hacía más grande y más imponente, y con cada golpe de remo, sus manos temblaban aún más. El viento se levantó otra vez, una pequeña ráfaga, luego otra, mayor y más alta. Escuchó un árbol doblarse al crujido de las hojas. Los cabellos sueltos de la trenza cortaban su boca y azotaban sus ojos, anulando por un instante lo que tenía por delante.

Cuando plegó el cabello hacia atrás, ante ella se hallaba su destino y el conocimiento de que estaba un paso más cerca del momento en que se encontraría cara a cara con su padre, con su destino, con su fracaso y con cualquier terrible humillación que su futuro traería. En aquel momento, habría dado cualquier cosa por ser una granjera, la criada que ordeñaba, la que cuidaba las cabras... cualquier cosa, menos la hija de un rey.

Trató de sofocar su marea de miedos. La falta de palabras de Montrose se volvió demasiado para ella. —¿Mi padre estará allí?

—Me dijeron que te trajera aquí. No sé si será para esperar su llegada o para encontrarle. —Su voz profunda sonaba fría y apretada y sus palabras, cortantes. Mirarla a los ojos había resultado un trabajo pesado para él, desde que la dejara sola junto al extraño y ancestral árbol, sintiéndose confundida y a la deriva.

—Sólo me preguntaba si, quizá había regresado encubierto por seguridad, en lugar de desembarcar como antaño, para enfrentar a sus enemigos y sus flechas.

Si Montrose la había escuchado, jamás lo sabría. Optó por permanecer impasiblemente silencioso, pero ella no podía. —No sé qué espera él de mí.

Allí. Había hablado de sus miedos en voz alta. Admitió que temía.

Me pregunto si sabe que confío en él lo suficiente para hablar de esto.
Luego se preguntó por qué aquello importaría.

El seguro de los remos crujió al incrementar la velocidad, y ella escuchaba cómo cortaban el agua y veía dibujarse las ondas en la superficie, y luego, escuchó su respiración. Ni una palabra. Únicamente una ráfaga de viento ocasional sobre la tierra y los árboles.

—Háblame, Montrose. Por favor... —su voz queda sonaba tan lastimera como se sentía, y ella odió eso.

—Eres su hija. —Dijo con pesadez después de un instante. —No dudo de que, cuando finalmente se encuentren, él esperará ver a una joven mujer.

—¿Cuándo finalmente nos encontremos? —repitió, casi saltando encima de sus palabras. —¡Tú sabes algo! Sabes que no está allí.

—No sé nada. —dijo con agudeza y continuó remando.

—Entonces, ¿por qué dijiste, cuando finalmente nos encontremos? —Podía sentir su tensión y escuchó un ligero estrangulamiento cuando dijo su nombre en voz alta. —¿Qué sucede? —Preguntó.

Él meneó la cabeza y dirigió su mirada hacia el agua. Su voz carecía de emoción al decir. —Por lo que recuerdo de él, tienes su misma mirada.

—¿De verdad? Mmmm. Si se supone que eso me tranquilice, no lo hace. No sé si tener su mirada sea algo bueno. Dicen que la reina, mi madre, poseía una rara belleza. —Permaneció pensando en su madre, hablando en voz alta de ella y se preguntó acerca de aquellas cosas que, una chica que no había tenido madre, preguntaba y ansiaba —alguien que le guiase y explicase los sentimientos, deseos y necesidades, tantas cosas que nunca pudo entender.

Su mente revoloteaba de un miedo a otro. —Pero si me pareciese a ella, podría recordarle su pérdida y me expulsaría de su vista. Y, por supuesto, si no soy bella lo suficiente, podría expulsarme de todos modos. —Ella le enfrentó. —¿Acaso los reyes no tienen orgullo? Muchos dicen que todos tienen demasiado orgullo y que es lo que causa las guerras. —Después de un momento, alzó sus manos. —Oh, nada de esto importa, pues una vez que me conozca, probablemente me desterrará a alguna torre, o si enfrenta una guerra, hará que contraiga matrimonio con algún enemigo para forjar alianzas. Sé poco de política y de las pruebas de poder de los hombres. ¿Cómo sobreviviré? ¿Cómo?

Yo sólo sé cómo robar una bolsa.

Entrando en pánico, habló sin pensar. —¿Qué tal si mi esposo es viejo? ¿O peor? —Hizo una pausa para luego susurrar. —¿Qué tal si me golpea? —Quería enterrar su rostro en las manos y llorar. En lugar de ello, otra imagen terrorífica vino a su mente, una peor que la cerradura de la puerta de una

trampilla. —¿Montrose? —casi se ahogó con su nombre. Todos sus temores y sentimientos se hallaban atracados en su garganta.

Él callaba.

Bajó su voz y dijo. —¿Sabías que los germánicos entierran vivas a sus esposas como castigo?

Los remos se detuvieron y los seguros rechinaron. Montrose maldijo agresivamente. —No puedo hacerlo. —dijo, y un instante después utilizó un remo para girar el bote.

Mientras el bote giraba, retorciéndose con desaliño, ella se sujetó de los lados. —¿Qué haces?

—Haz silencio, Glenna.

El viento se levantó y el bote se movió velozmente.

—¿Por qué? No nos estamos escondiendo. No hay nadie alrededor. Puedo hablar.

—Estoy comenzando a sentir una gran amistad por los germanos. — Empujó el bote con los remos unas tres veces más rápido que antes.

—No es momento para bromear.

—¿Qué te hace pensar que bromeo?

—Pero, ¿y mi padre? ¿Por qué te regresas? —Miró a su alrededor. — ¿Montrose? ¿Qué haces?

—Me estoy volviendo loco. Ahora no digas una palabra más, o juro que robaré una pala y te haré cavar tu propia tumba.

—¡Ja! No te atreverías.

—Bien. Al menos ya paraste de llorar. —dijo.

—¡No estaba llorando!

El bote golpeó el banco. Antes de que pudiera moverse, él la sacó, tomándola de sus hombros. —Creí que era más fuerte de lo que soy. Creí que podía dejarte ir, que podía dar la vuelta y alejarme. Pero no puedo. No sé lo que me has hecho. Me volviste loco.

—¿Lo hice? —preguntó, repentinamente suave. Sus manos posadas en los hombros la hacían sentir tibia, más aún por la mirada en sus ojos. Quería besarla. Las palabras que le dijo en el árbol regresaron en un eco.

La soltó como si estuviese hecha de fuego griego. —Sin importar lo que necesito hacer, siempre estarás en mi mente, muy profundamente. Aquí. — Señaló su cabeza y luego su pecho. —Y aquí.

—Glenna....

—Me amas. Es verdad. No he de discutir eso contigo, Montrose.

Había profundos surcos en su frente y sus manos estaban crispadas. Batallaba contra algo fuerte y tenía muchos problemas para luchar.

Ella le contempló dando pasos sobre la hierba como un gato enjaulado. — Frunce tu ceño todo lo que quieras, milord.

—*No* soy tu lord. ¡No soy el lord de nadie!

—Bien, pero aún estoy confundida. ¿Cómo es que lo que sientes, Montrose —por favor, fijate que no te llamé ‘milord’ ¿tiene algo que ver con que me lleves a mi padre?

Él pasó una mano por su cabello. —¡El Señor en las alturas, mujer! ¡No te estoy llevando con tu padre!

—No lo comprendo. ¿A dónde me llevas?

Luz de antorchas y rápidas sombras que se movían llegaron desde los árboles, y de repente, una tropa de hombres armados les rodeaba. Una voz profunda llegó de en medio de ellos. —Te está trayendo hacia mí.

Capítulo Veintitrés

La fortuna se hallaba con Lyall porque De Hay no tenía idea de que había cambiado de parecer. El hombre sólo había escuchado el final de su conversación con Glenna. Ella se hallaba de pie ante ellos en el frío y húmedo salón del castillo de Kinnesswood —propiedad de uno de los hombres de De Hay, Coll Frasyr, quien era primo del rey de Argyll y a quien Lyall conocía de los torneos y con quien una vez, después de que a Frasyr le hubieron recompensado con sus propias tierras, había buscado comprometerle con Mairi, la hermana de Lyall.

Las gruesas velas flameaban débilmente y ahumaban grasa de carne de cordero y la cera se derramaba en largos rastros amarillentos por las paredes ennegrecidas y formaban charcos solidificándose en los rincones. La luz de las antorchas y de velas pinchadas en púas titilaban sobre las altas paredes cubiertas con tapices tiznados y centelleaban en el cabello oscuro de Glenna, brillante en la coronilla y cayendo en una gruesa y larga trenza por su espalda. Su embarrado traje de campesina se hallaba manchado con hojas y hierba y sus zapatos estaban incrustados con trozos de lodo seco. Un gato gris desaliñado con la mitad de la cola se enhebraba a sí mismo dentro y fuera de una de sus piernas, frotándose contra su pantorrilla antes de sentarse abruptamente, rascándose vigorosamente las pulgas y las liendres. Detrás de ella, un par de sabuesos de caza se ocupaban de mordisquear huesos de venado cerca de una chimenea manchada de humo y los juncos en el piso eran viejos, se hallaban infestados y olían a grasa y abandono. Por la condición de su casa, una cosa era cierta: Frasyr aún no había conseguido una esposa.

Lyall miró de nuevo a Glenna. Estaba intensamente consciente de que les separaba una corta distancia y aún actuaba como si estuviesen en mundos diferentes: ella era la hija de su padre hasta los huesos y se hallaba en una sala llena de extraños armados que parecían extraviados en el medio; mientras que él permanecía hombro con hombro junto a los enemigos de su padre, atrapado entre los dientes de sus propias felonías.

De Hay contempló a Glenna por un largo tiempo antes de decir. — Interesante. — Se acercó y ladeó su mentón hacia arriba para que tuviera que mirarlo.

Pararse pasivamente y observar no era fácil; quería alejar a De Hay de ella.

—Ella tiene su mirada... sin el fuego. Pero uno podría esperar poca sustancia de una mujer, aún de una con sangre real. —De Hay se volvió y se alejó, medio riendo. —No es que ella parezca una.

Glenna no mostraba emoción alguna, ni sus ojos parecían hacer contacto con nadie en la sala. Después de que De Hay se alejara de ella, miró hacia abajo, a sus manos estrechadas. Lyall sólo podía admirar su habilidad de no ceder ni una pulgada y de esconder sus sentimientos, algo que nunca hizo con él.

¿Qué estaría pensando ahora?

¿Acaso esperaría meter un cuchillo entre sus costillas?

Lo que estuviese pasando por su cabeza sólo serviría para inflamarle, mientras su suegro le explicaba, más que alegremente, que la usaría como un mero peón en la trama para derrocar a su padre.

—¡Mujer! —ladró De Hay. —¡Estoy hablando contigo!

Alzó su cabeza y les miró a todos.

—Los hombres de tu padre buscaron protegerte, escondiéndote durante todos estos años. Eres la mayor, me han dicho. —dijo De Hay sin importancia.

Lyall atrapó el parpadeo de Glenna, la única señal de que acababa de enterarse de que no era la única hija del rey. La propia decisión de Lyall de no decirle la verdad tenía más que ver con facilitar su misión que con protegerla. Y no había mucha verdad en lo que había hecho. ¿Por qué, pensó con amargura, ensuciar todas las mentiras con una sola verdad?

Durante días, el sentimiento de que su vida había cambiado para siempre, le había perseguido. Una vez más, trató de protegerse, de cierta forma, de lo que sentía por ella, trató de erigir una pared entre ellos —como lo había hecho antes— pero algo tibio, como el orgullo, le inundó al verla inquebrantable.

Negar lo que existía entre ellos ya no era posible, un lazo cuyas semillas habían estado allí desde el momento en que puso un cuchillo en su garganta en aquel establo, un lazo que nunca pensó que fuera posible con nadie más que no fuese de su propia sangre. Únicamente su madre y Mairi le habían tocado de esa forma tan íntima. Pero, a diferencia de Glenna, ellas se hallaban a salvo de sus traiciones.

Lo hecho, hecho estaba. Su destino se hallaba trazado. El destino de ella ya no le concernía.

Entonces, miró los nudillos de Glenna tornarse blanquecinos y sintió un profundo y pertinaz arrepentimiento, y peor... vergüenza.

—Sutherland, Douglas y Ramsey tontamente apostaron que el secreto de tu existencia permanecería secreto. Afortunadamente para nosotros. —De Hay posó su mano en el hombro de Lyall. —Robertson aquí, quiere Dunkelden lo suficiente como para entregarte a nosotros. —De Hay rio a carcajadas con una fealdad que probaba que era un bastardo manipulador y arrogante. —Algo de persuasión de mi parte, el soborno de las tierras, y aquí estás.

Glenna no lo miró, sino que permaneció estoica.

—Hubo momentos en los que se oyeron los rumores de que la reina se hallaba encinta, pero se acallaron después su muerte. —continuó De Hay. —Hasta hace algunos meses, nadie sabía de tu existencia, Glenna Canmore... o de tus hermanas.

Por un latido, Lyall dejó caer su cabeza hacia atrás y maldijo en silencio, pero Glenna aparentaba la calma de una roca cuando miró a De Hay impassiblemente. Sólo podía imaginar cuánto tiempo podría permanecer pasiva, siendo la Glenna que él conocía y lo que acababan de decirle.

—No soy tonto y te he escuchado hablar, muchacha. —Incitaba De Hay. —No eres idiota. No pretendas serlo. ¿No tienes nada qué decir?

—Sí. Tengo algo que decir.

Lyall casi retrocedió, esperando que lanzase las palabras de De Hay de vuelta en su cara.

—No conozco a mi padre más de lo que le conozco a usted, señor. —Estrechó sus ojos. —No soy más que una mujer criada con simplicidad y no estoy nada cerca de las cosas para las que he nacido.

Lyall se ahogó con su saliva y comenzó a toser tanto y tan fuerte que Frasyr le golpeó la espalda unas pocas veces.

Mientras tanto, Glenna se dobló y recogió el gato pulgoso, y Lyall recordó cuánto había perdido en cuestión de días: su amado perro con cara de tonto, su hogar, sus hermanos, su vida tal como siempre la había conocido.

Su rostro se hallaba plácido como la leche cuando se encogió de hombros. —No me interesan las maquinaciones y los trabajos de los hombres. —Arañó las orejas del gato mordidas por las pulgas y las balanceó ligeramente, arrullándole. —Jamás he conocido un trono, ni joyas ni finos vestidos. Hasta este momento, nunca había pisado un castillo.

¿Y espera que sea leal a la sangre, a los lazos y a un nombre que ni conozco? —rio suavemente y miró con igualdad a todos los hombres que se

erguían frente a ella. —No me importa una pulga de este gato los reyes ni coronas ni los juegos de poder de los hombres... o lo que a alguno de ustedes importa. Únicamente me interesa tener refugio seguro, comida y una cama en la que pueda dormir. —hizo una pausa y luego añadió. —...cubierta con pieles.

Uno de los hombres resopló una risa.

Glenna parpadeó dos veces, una demostración de las más finas que Lyall hubiera atestiguado, y les miró, todos ellos con ojos muy abiertos. —¿Acaso dije algo gracioso?

—No. —cortó De Hay, aburrido de ella. —Si lo que dices es verdad, tu estancia con nosotros deberá ser simple y sin contratiempos. —La dejó salir por el papel de mujer sencilla y dócil que estaba jugando y se volvió a uno de sus hombres. —Enciérrala en el salón de la torre. —Hizo una pausa y añadió. —Y asegúrate de que tenga sus pieles.

Antes de que el hombre se la llevase, vio directamente a Lyall y por un pequeño instante, sus ojos se estrecharon al mirar los de él, luego se volvió con el gato aún en sus brazos y siguió al hombre tranquilamente hacia las escaleras de piedra.

El gato gris y pulgoso se hallaba feliz en sus brazos mientras Glenna seguía al guardia pasivamente, esperando el momento propicio. Las escaleras llevaban hacia una gruesa pared lateral desde el gran salón y en la parte superior, el guardia se giró y pasaron por un pequeño grupo de cámaras, algunas con las puertas abiertas, y una con una chimenea inmensa y camastros en los pisos, ropa, armaduras y armas desparramadas, y el fuerte hedor a sudor de hombres y animales.

Continuaron por un pasillo con poca luz, y subieron por una estrecha escalinata circular que parecía no tener fin, y al llegar a la cima, tomó lo que sabía era su última oportunidad. —Señor, por favor... le ruego. Deténgase. Las escaleras son tan altas... por qué... por qué ¡mi cabeza está nadando! —gritó débilmente y tropezó hacia él.

El gato chilló y brincó de sus brazos hacia el guardia, así que éste luchó para atraparla y quitarse el gato volador de encima, y de repente, los tres eran un nudo de brazos voladores y garras junto a sus desvanecidas rodillas.

Justo el caos que necesitaba. Ella y el gato se precipitaron encima del guardia mientras su brazo la sujetaba, pisó fuerte y la estabilizó.

—Ya está. La tengo. —dijo con amabilidad.

—Gracias. —replicó Glenna con los ojos abiertos y una mano en su espalda. —Esto es terriblemente alto... como pararse sobre un acantilado. —Tiritó para dar efecto.

Cuando él giró y se movió hacia una puerta solitaria con una cerradura pesada de hierro, ella escondió su daga en la manga, y alzó su delgada bolsa con la otra mano.

Delgadas luces de vela iluminaban tenuemente el salón de la torre. Había poco mobiliario, una mesa estrecha de madera y una silla pequeña. Cerca de aquélla, las brasas proveían un círculo de tibieza a lo largo de la cama de madera en cuyo tope se hallaba un colchón de paja y mantas de lana rugosa. En la pared de en frente, una ventana de arco se hallaba bloqueada con una atrevida cerradura de hierro, pero unas ráfagas de viento aún soplaban por entre los espacios de la madera y a través de las aspilleras tambaleantes hacia las paredes opuestas de la sala.

—Hay agua en el aguamanil. Y comida. —dijo el guardia parado frente a la puerta.

Sobre la mesa, un platón de ciruelas e higos se sentaban junto a lonjas de pan y una bandeja de queso, un tazón de agua, una pequeña copa y un plato de pan de algas flanqueaban las esquinas de la mesa talladas burdamente. Fergus amaba las ciruelas. Vio su cara tonta y peluda. Solía lanzarlas como pelotas, luego las comía, retozando los carrillos y escupía las semillas como le había enseñado El.

Sintió una sensación de hundimiento en su barriga y se la tocó. Pero se había ido. Se había ido. Y mira dónde estaba ella.

El viento afuera se alzó y sopló una ráfaga al interior, arremolinándose alrededor de la habitación. Una de las velas se apagó y de repente, toda la sala se hallaba en penumbras.

—Buenas noches, miladi.

Sus ojos ardientes se ajustaron, los enjugó y se giró rápidamente. — ¡Espere!

El guardia comenzaba a cerrar la puerta inmensa.

Ella se corrió hacia adelante. —Mis pieles... ¿y un pedernal de aceite de junco? ¿para encender las velas?

Miró las velas y asintió. La puerta se cerró y la cerradura giró en su lugar con un sonoro raspón, dejándola a solas mientras los pasos se alejaban hacia abajo en la escalinata de la torre.

Con un sentimiento de vacío dentro de ella, contempló la puerta cerrada, y la confusión y la desesperanza luchaban por controlar sus pensamientos. ¿Montrose? Pero él no era Montrose. Colocó la mano en su estómago al girarse y sintió un dolor agudo en su pecho. Se mordió el labio y cerró los ojos y la imagen de él vino a su mente, un hombre desesperado y solitario, parado ante dos tumbas en un castillo quemado hasta los cimientos.

Era una imagen que comprendía. Conocía la desesperanza. La primera vez que robó había sido por comida. Morían de hambre. Sus provisiones se habían acabado, excepto sus propias monturas. No tenían nada. Su padre había muerto cuatro años atrás y sus pobres hermanos habían luchado. Así que ella robó primero, y ellos continuaron.

Sí, comprendía las acciones de Lyall. Las personas desesperadas hacían cosas desesperadas. No creyó por un momento que él pretendía cuidarla más de lo que ella lo había pretendido. Ella lo amaba y a pesar de sí mismo, creía que él la amaba también.

No puedo hacer esto era lo que había dicho. Ahora lo comprendía.

Oh, Lyall, ¿qué hemos de hacer?

Cerró los ojos. Su mente se hallaba plena.

Tengo hermanas. Ella no era la única hija.

¿Cómo podía tener hermanas? ¿Acaso el rey había escondido a todas sus niñas? Se echó a reír, entonces ante la locura de todo antes de continuar pensando. Si ella era la mayor, entonces no serían hijas de la misma madre. Si a ella la habían escondido, a ellas también. ¿Serían tan agrestes y salvajes como ella misma?

O sería ella el único peón, la mayor, el hombre llamado De Hay lo dijo, y que supuestamente valía algo para el padre que no había conocido y valía mucho más para sus enemigos.

Había algo que ella jamás se permitiría: ser un peón.

Los ojos de Lyall permanecieron atascados en el punto vacío al final de las escaleras por donde Glenna había desaparecido, y se dijo que el arrepentimiento era para aquellos que tenían consciencia, y él nunca afirmó poseer una. ¿Por qué sentía la urgencia de desenvainar su espada, tomarla y morir si fuera preciso, luchando para alejarla de este lugar al que él la había traído?

Hacía mucho que se había arrodillado y aseverado una vida de honor, sólo para cuestionar dicho honor una y otra vez debido a su nombre —el negro legado de su padre. Era el hijo de un hombre sin honor, y con el tiempo, aprendió que no existían suficientes juramentos en el mundo que cambiasen el deshonor de su nombre.

A su alrededor, las voces de los hombres perforaron su conciencia.

—El armero me cobró demasiado. Lo amenacé con cortar sus dedos uno por uno si volvía a tomarme el pelo.

—... llegó caminando del pajar después tras la lechera, sólo para ver a su hermano menor quedar casi muerto con la vara de un barril.

—Sí... la mejor pieza de caballo que he han visto estos viejos ojos. Es una cría más pequeña y más veloz de palafrén criado en el oeste, en las islas, de los berberiscos y otras crías del desierto. Daría un año de mi paga por uno.

Lyall atisbó un rápido vistazo sobre sus hombros. El hombre de armas de Frasyrera quien codiciaba uno de los raros pura sangres, aquellos que los Gordon criaban, más pequeños, más veloces como el Skye de Glenna.

Una visión de la isla nadó ante sus ojos—campos cubiertos de brezo, Glenna cabalgando junto a su perro que correteaba, su risa o un desafío... todo lo que quedó después. Tan brillante era la imagen, tan fuerte el sonido de su voz, que contuvo la respiración. Sintió sus ropas repentinamente pequeñas, y tiró de la túnica como si pudiese cubrir lo que sentía —la más intensa sensación de pérdida. Parte de él deseaba hundirse en la tierra.

En un rincón sombrío, De Hay hablaba con Frasyr. Entre tanto, algunos de los guardias comenzaban a tumbarse en bancos de madera y camastros, algunos iban escaleras arriba mientras los pajes traían aguamaniles para lavarse y cerveza con gruesa espuma para beber y dormirse. Ante él, una criada con un jarro de espumante cerveza negra, corrió hacia un ajetreado escudero quien balanceaba precariamente un jarrón de vino en una bandeja y no prestaba atención. La cerveza negra se desparramó por todos lados, y ambos comenzaron a reñir hasta que fueron aquietados por una aguda orden.

—Quiero tener unas palabras contigo, Robertson.

La luz de un candil apareció repentinamente cerca de su hombro. De Hay se hallaba parado a su lado y asía un cáliz de vino del escudero y demandaba a Lyall que le siguiese hacia afuera del salón.

Dentro de una cámara privada plena de luz de velas, Huchon De Hay se sentó en una silla cerca de una mesa ancha tallada, colocó un cofre ante él y lo abrió. Sin mirarle dijo. —¿Acaso ella es tan simple como aparenta?

—Aún más. —mintió Lyall.

—Entonces, tu tarea tuvo pocos problemas para ganar esto. —De Hay sostuvo en alto un pergamino. En sus dedos largos tenía un anillo grueso de oro con un sello que Lyall jamás había visto.

Lyall tuvo que armarse de valor para mirarle a los ojos y aparentar tranquilidad. Cuando desenrolló los papeles reveló un sello y un documento con testigos donde legaba todo Dunkelden, sus tierras, límites, granjas y los impuestos de la villa de Dunwood y el cercano Tay, a Sir Lyall Robertson y a sus herederos.

Las manos de Lyall temblaban ligeramente mientras leía.

De Hay se incorporó. —Dunkelden es tuya.

—Sí. —dijo Lyall resistiéndose a su propia desesperanza, incapaz de saber cómo actuar o qué hacer a continuación. Casi esperaba que el pergamino ardiera en su palma. Finalmente sostuvo en su mano todo lo que había anhelado durante más años de los que había vivido en las tierras de Dunkelden.

—Puedes irte. —le despidió De Hay, y Lyall se dirigió hacia el gran salón. Mientras caminaba sin un propósito, notó que el lugar apestaba a carne de carnero y a sudor, a cerveza, a húmedo y a ajetreos fétidos. El hedor creció. Necesitaba aire fresco. El olfato era su único sentido, agudo y penetrante.

De alguien haberle tocado, dudaba que lo hubiese sentido. De haber el Mismísimo Diablo aparecido ante él, no le habría visto. De haberse abierto la tierra y los gritos del infierno le hubieren rodeado, no los habría escuchado.

El cobarde dentro de él quería correr, una urgencia que había sentido a menudo en su vida, pero que jamás había admitido ni actuado en consecuencia. No tenía el valor de ser un verdadero cobarde. Caminaba, sin sentir nada y se preguntaba si la traición traía consigo un hedor.

Fuera, se dirigió directamente al establo, ensilló y montó su caballo, pagó al guardia una buena suma para abrir la puerta y galopó para hacer que el conductor de la barcaza le cruzara por el lago. El viento se levantaba en su cabeza y soplaba agua del blanco manto del lago dentro de sus ojos y sobre el rostro, y mecía la balsa de madera tan fuerte, que hubo de calmar con todas las fuerzas de sus manos al exultante caballo.

En el lado opuesto, aflojó su montura inquieta y bajó de la barcaza hacia la tierra blanda y se mantuvo a lo largo de la orilla del lago, mientras se calmaba el viento, y con el tiempo, también se calmó el caballo. Pero el estado de

ánimo de Lyall se hallaba agitado al pasear sobre la hierba húmeda y fría en la oscuridad.

Dunkelden era suyo. Después de todo el tiempo, de todo el dolor y de toda la decepción. Después de mantener los ojos en su premio con un único pensamiento que se había ido durante tanto tiempo, eventualmente dirigido desde el corazón de su familia.

Qué precio tan querido debe uno pagar...

Se hallaba solo en el gran y tranquilo momento que había esperado, y aún en su cabeza había un enorme ruido que no podía sacudir.

Se detuvo a la orilla del río. Las aguas cruzaban ante él, pasando la roca del castillo y hacia el gran más allá, proveyéndose anchura y distancia y haciéndole sentir pequeño. Ahora el premio era suyo, e instintivamente se decía que necesitaba recordar a su padre y a Malcolm; todo lo que había hecho, lo había hecho por ellos.

Cerró los ojos para recordar. Pero no veía nada familiar. Ninguna característica que pudiese recordar, nada más que la sombra de dos hombres.

¿Qué clase de castigo era este? No podía ya conjurar sus rostros. ¿Cuándo había sucedido? ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había visto los rasgos en su mente, desde la última vez que había escuchado sus voces en la cabeza? No pudo recordarlo, ni cuando trató de hacerlo. Masajeó su frente, frunció el ceño y pasó la mano sobre su boca y mentón, áspero de barba.

Las imágenes se hallaban perdidas y comprendió, como un tonto lo hace después de actuar de idiota, que había cambiado los recuerdos de su padre y de Malcolm por las tierras. Sus imágenes se habían ido, enjugadas de su mente y su memoria. Había perdido todo y había justificado el hecho diciéndose a sí mismo la mentira más grande: que todo lo que había hecho, lo había hecho por ellos.

Miró la torre del castillo, donde una luz mortecina brillaba vagamente de una aspillera. Tan claro como el cielo de verano, vio a Glenna Canmore caminando regiamente sobre los peldaños de piedra y tomando con ella su alma perdida.

Lyall no podía respirar. Sintió en las rodillas que había perdido el control. De repente, todo el aire de sus pulmones había sido robado, luego... la sangre en sus venas desapareció, sus huesos se sentían quebradizos y secos como un cadáver viejo. Se hallaba vacío.

Dunkelden era suyo, ¿pero a qué costo?

Se arrodilló respirando largamente y contemplando la titilante y distante luz en la torre, hasta que echó su cabeza hacia atrás y gritó con un sonido que era como el de un lobo solitario que perdió a su compañera, un sonido que hizo eco sobre el agua, dentro de la tierra y a través de su cuerpo, un grito que llenó su garganta y la dejó áspera y rasgada, y cuando encontró su voz de nuevo, las palabras que salían de su boca eran. —¿Qué he hecho? ¡*Qué he hecho!*

Un momento después, un cuchillo punzaba su garganta mientras alguien apretaba su cabello en un puño. —No importa lo que has hecho, porque eres hombre muerto.

Capítulo Veinticuatro

La puerta del salón de la torre se abrió con un chillido de goznes oxidados y la voz áspera del guardia. —Tengo sus pieles, miladi. —Entró y el gato gris se entremetió en sus piernas. —¡Tú, gato del demonio! —Lanzó en la cama un manojo de pieles de marta y refunfuñó. —Así fue como perdió la cola, merodeando a través de puertas abiertas.

El gato se sentó entre ellos mirando a uno y otra.

Glenna lo recogió, rascándole bajo la quijada. —Mírate...

El guardia se hallaba a medio camino hacia la puerta.

—¡Espera! —Se adelantó alzando el gato hacia él.

Él la miró amablemente y dijo. —Quédeselo, miladi... para que le acompañe. —Cerró la puerta antes que pudiera protestar.

—Pero... —Su voz se desvaneció mientras el pestillo caía en su lugar. Ella gimió, alzó el gato y lo miró a los ojos brillantes y curiosos. Eres un problema.

El gato parpadeó.

—Como verás, no planeo quedarme aquí.

La expresión del animal cambió a una mirada de endrina superioridad.

—Tal como es. Lo que sea que estés a punto de hacer, tonto gatito, estás atrapado en esta torre. Yo, sin embargo, no lo estaré. —Bajó al gato y éste merodeó hacia la mesa, dio un brinco para subirse y olisqueó el queso.

—¿Estás hambriento? —Glenna desenvolvió la tela, pinchó un trozo de queso suave y se lo dio, entonces, envolvió toda la comida, incluyendo las ciruelas y la guardó en las profundidades de los bolsillos de sus calzas.

Con el oído presionado contra la puerta, esperó hasta estar segura de que no había nadie afuera. Deslizó el cuchillo por el espacio delgado entre las puertas y lo levantó... el pestillo se movió liberándose de su puesto.

¿Podría ser tan sencillo su escape? Empujó la puerta para abrirla, echando un vistazo a través de una delgada línea de visión. Una vela menguada arrojaba una luz ambarina pálida hacia el rellano, que parecía vacío. Abrió la puerta lo suficiente para salir y el gato corrió hacia afuera, parándose en medio de la habitación circular.

—¡Mierda! —susurró bruscamente.

Enfrentándola, el gato se sentó, meneó su cola y la contempló, mirándola medio aburrido y vagamente intrigado.

Glenna se inclinó y dijo entre dientes. —Ven, gatito. Ven aquí...

No se movió.

Necesitaba un anzuelo. Escarbando dentro de sus ropas, pellizcó algo de queso del alijo y se sentó en cuclillas en la puerta con el bocado de queso en la palma de su mano. —Ven, dulce gatito. —susurró suavemente. —Ven a mí...

El gato miró el queso, parpadeó y un latido después salió disparado escaleras abajo, dejando a Glenna, que observaba el punto vacío donde media cola gris acababa de desaparecer. Murmurando bajo su aliento, cerró la puerta tras de sí.

Si el guardia veía el gato, a ella la cocinarían como a un ganso.

Alcanzó las escaleras con rapidez, moviéndose ciegamente al alejarse de la luz y dentro de las profundidades del pozo oscuro de las escaleras. Con sus manos recorriendo la pared, guiaba el camino hacia abajo mientras sus pies pisoteaban el filo de cada escalón desconocido.

Al acercarse al pie de la torre, brillaba un charco de luz tenue que salía de una de las cámaras cercanas, pero no escuchó voces. Antes de pasar por la puerta abierta de la cámara, se movió hacia la pared opuesta, buscando escuchar los sonidos con agudeza, y al notar que no había ninguno, apuró el paso, manteniéndose pegada a la pared.

Cuatro cámaras más se hallaban con las puertas cerradas; miró hacia abajo, al salón, donde había camastros esparcidos y los hombres eran bultos durmientes... excepto por dos que hablaban silenciosos cerca de las escaleras. Si había un modo de pasar, ella no lo veía.

El gato había regresado y maulló lastimeramente. Ella retrocedió rápidamente, presionada contra la pared de nuevo, y su corazón latía con fuerza en la garganta.

Silencio, gato.

Hubo una pausa larga, vacía y quieta, de repente, la bestia hacía suficiente ruido para despertar a todos en el salón. Ella se inclinó para agarrarle y salió disparado alejándose, cayó con un ¡plaf! y todo comenzó de nuevo.

—Miau, miau, miau, miaaaaaau... —sonaba como un canto gregoriano en la festividad de Santa Columba.

Escalera abajo, alguien maldijo.

Por favor, que haya una docena de gatos en el castillo.

—Miau, miau, miau, miau, miaaaaaau...

Rápidamente, Glenna buscó la manera de escapar y rogó para que el guardia, que sabía que el gato se hallaba encerrado en la torre, estuviese profundamente dormido.

—Alguien que ahogue a ese gato. —Llegó una voz huraña desde el salón.

—Ten, toma mi espada y córtale la garganta. —gruñó otro.

Desde dentro de la cámara más cercana, vino una maldición sonora y feroz, y Glenna corrió velozmente hacia un rincón oscuro cuando la puerta chirriaba al abrirse y una bota echó a volar al gato que chillaba y desaparecía escaleras abajo.

Glenna retuvo la respiración mientras la puerta estuvo abierta y luego comenzó a cerrarse lentamente. No se atrevió a mover hasta que estuvo cerrada lo suficiente para escabullirse hacia abajo.

Desde abajo llegó una voz familiar. —¡El gato está afuera! —gritó el guardia.

Su corazón se hundió.

Hubo un bramido de gritos para encontrarla. —¡Rápido! A la torre.

Cerró los ojos y permaneció en el rincón mientras un estrépito de armas y pies corriendo subía por las paredes. Los hombres corrieron y pasaron en sombras apuradas.

Ella no tenía a dónde ir.

Desde la sala abierta más cercana a las escaleras de la torre, llegaron dos hombres armados seguidos de tres más, que llevaban espadas y antorchas rojas. La luz inundaba completamente los salones oscurecidos y la puerta al lado de ella se abrió y salió su captor, con pies descalzos, pero sujetando el cinturón de la espada.

Su corazón latía tan fuerte en sus oídos.

—¡Miau! —El gato regresó e iba directo hacia ella. —¡Miau!

Huchon De Hay hizo una pausa, luego se volvió. La miraba directamente. Ella contemplaba la hoja de la espada.

Cubrió su cabeza con el brazo y se acobardó sollozando suavemente. —No me mate. Se lo ruego, milord. El guardia no pasó el pestillo de la puerta. —mintió y le miró con ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. —¿Puede culparme? ¿No habría tratado usted de escapar, milord?

—¡Está aquí! —Llamó a sus hombres y continuó observándola con ojos que no decían nada de lo que pensaba. Bajó la espada y le dijo. —Levántate, mujer.

El repelente gato del guardia se mantenía a su lado, mientras los hombres armados flanqueaban a De Hay. —Llévenla de regreso a la torre.

Pero ya su mente se hallaba funcionando. ¿Cuánto tiempo debería esperar antes de tratar de escapar de nuevo?

—Y esta vez... —hizo una pausa turbadora. —Pon un guardia en la puerta.
¡Mierda!

Lyall miró los ojos furiosos de Alastair Gordon.

—*¡Bastardo!* —siseó Alastair agresivamente. —¿Dónde está Glenna?

—Déjame cortarlo, Al. —dijo Elgin Gordon, manteniendo el cuchillo en su garganta. —Quiero cortarlo por lo que ha hecho.

Una rápida rebanada de su brazo a las rodillas de Elgin Gordon y Lyall sabía que el cuchillo se iría. Pero no hizo nada. Alastair retorció su cabello con más fuerza y el dolor creció en los ojos de Lyall. No había suficiente dolor físico en el mundo que se equiparase al dolor que sentía muy dentro de sí.

—El verdadero Barón Montrose vino a la isla. ¡Lo sabemos todo, bastardo mentiroso! ¿Dónde está?.

Lyall tragó grueso y sintió el pinchazo de la punta del cuchillo. —En la torre.

Había una tenue luz que venía de una de las aspilleras y Lyall se preguntó la razón. Ya estaba amaneciendo. ¿Acaso ella necesitaba iluminación para dormir allí? ¿Estaría asustada? Cuando ella se quebró ante él, cuando lanzó sus propias palabras a la caray lo hizo sentir como una cabra estúpida, cuando actuó tan llena de orgullo, lo hizo porque se hallaba aterrada. El comprender tan bien los caprichos de Glenna le recordaron a lo que había renunciado, sus fallas y su traición.

Alastair maldijo y liberó el cabello de Lyall, pero la punta de una espada se hallaba ahora presta en sus costillas.

—Aléjate, El.

—No la iba a entregar. —admitió Lyall. —Estábamos rodeados. No tuve más remedio que seguir la corriente.

—¿Y se supone que creamos que, de repente, de tu boca mentirosa salgan verdades? —Elgin soltó una carcajada amarga. —Por favor, Al... solamente

una buena rebanada, y así puedo ver la sangre de su vida manar como el cerdo atorado que es. —Dio vueltas a la daga sobre su mano y le apuntó.

Elgin era impulsivo, pero no Alastair Gordon. Lyall echó un vistazo a la espada que empuñaba, un arma elegante, afilada, lubricada y perfectamente capaz de mandarle a su lugar en el infierno... para un hombre que sabía cómo blandirla. Pero creía que Gordon no era un guerrero entrenado. Aunque su agarre era el correcto. —¿Sabes cómo usar esa arma?

—Sabe blandir una espada. —dijo Elgin con orgullo. —Puede sacarte un tajo fácilmente. Nuestro padre lo entrenó. Pero quiero matarte yo mismo.

—Matarme no ayudará a que puedan sacar a Glenna de esa torre.

—Quizá no a ti. —dijo Alastair impávido, y el arma que sostenía amenazadora se movió peligrosamente a la garganta de Lyall. —Pero verte morir me dará gran placer.

—Conozco una manera de entrar —dijo Lyall.

Hubo un grito y los tres hombres voltearon. Un fuerte tintineo y el rechinar metálico de cadenas pesadas tiraron la puerta del castillo sobre el agua. La silueta oscura de un jinete desapareció dentro.

—El mensajero. —dijo Elgin a su hermano.

—¿Cuál mensajero? —Preguntó Lyall y una rama crujió sonoramente y los tres hombres se volvieron.

—El jinete de Argyll. —llegó otra voz.

El estómago dio un vuelco. Lyall conocía demasiado bien esa voz. *Ramsey.*

—El jinete que nos guio hasta ti, hijo.

Ante él se erguía su padrastro, armado, alto y nada complacido con él, flanqueado por una tropa grande de hombres, hombres que lo conocían y a los que él conocía, incluyendo los amagos de sus espadas, pareciendo tan prestos a la lucha como se hallaban los Gordon.

Contempló la expresión en el rostro de su padrastro, la decepción y la ira que venían de él llenaban el aire y se podían palpar. Lyall no se movía. No podía mirarle a ninguno a los ojos, porque se hallaba intensamente consciente del momento que vivía, que él era una prueba viviente de lo que todos creían: la mala sangre engendra mala sangre. No era nada más que el hijo de su padre.

Ella lo golpeó con el aguamanil.

El pobre guardia se dobló en el suelo, y la bandeja de comida por la que había rogado, gritado y gemido, sin importar la hora porque ella se hallaba ‘tan hambrienta,’ se estrelló cerca de él. Glenna saltó la silla y corrió fuera de la torre, casi volando al bajar por las escaleras. Se movió por el pasillo en la oscuridad y comenzó a bajar la escalera principal hacia el gran salón, manteniéndose pegada a la pared.

Abajo se abrió una puerta y alguien entró corriendo al salón. —¡De Hay! ¡Un mensajero!

Glenna subió de regreso hacia el pasillo, en busca de un lugar para esconderse. A lo largo de la estrecha galería, se encontró un pequeño nicho cubierto por un tapiz. Pero sólo le cubría hasta las rodillas. Permaneció con la espalda presionada contra el nicho y rogó por que estuviese lo suficientemente oscuro para que nadie la notara.

—¡Milord! ¡Milord! —llegaba hasta ella el llamado, y escuchó dos hombres subiendo con velocidad las escaleras. Alguien golpeteaba la puerta de la cámara de su captor.

La voz brusca de De Hay ordenó que entrasen.

Permaneció escondida con su corazón latiendo con fuerza, sabiendo que le quedaba muy poco tiempo. Tenía que escapar. No sería el peón para los enemigos de su padre ni la herramienta para derrocarlo, sin importar con quién o con qué clase de hombre la daría en matrimonio.

Hubo una repentina y fuerte llamada a las armas.

Ella gimió mentalmente. ¡Atrapada otra vez!

Pero desde allí, escaleras arriba, los hombres bajaban de prisa al gran salón. El rechinar de armas y botas, voces excitadas y llamadas a alistar sus monturas, le dijeron que se trataba de algo distinto a su escape. El ruido abajo menguaba, así que se desplazó y trató de atisbar afuera. No había nadie, pero la puerta de la cámara de De Hay se hallaba abierta y logró escuchar a los hombres hablar.

Moviéndose con rapidez, se deslizó dentro de la cámara próxima a la de él, y esquivó una gran provisión de armas tiradas en el piso. Se escondió tras una barra de tela donde se hallaban colgados los trajes y túnicas de los hombres. Respirando con suavidad y el corazón latiendo con fuerza, apartó un traje y echó un vistazo.

La sala estaba completamente vacía, excepto por un largo escritorio, una silla y una cama masivamente labrada que dominaba el centro de la habitación. Aunque ahora se hallaba vacía, por las ropas de cama apartadas a un lado,

parecía que alguien había dormido allí. Salió de detrás de las ropas preguntándose por sus posibles escapes.

El rechinar de armas llegó desde abajo y voces masculinas llenaron el corredor.

Un sonido repentino de pasos que corrían desde la torre la hicieron petrificar.

—¡Escapó! —La voz del guardia vino a través del pasillo. —¡Se ha escapado!

Entrando en pánico, se tumbó en el piso, gateó bajo la cama y fue inmediatamente asaltada por el olor de la orina. Con una mueca, alejó el orinal de su cabeza. Un hombre entró y ella miró sus pies. Se detuvo en la barra de las ropas y comenzó a vestirse con rapidez.

Glenna contuvo el aliento, temerosa de que la escuchase. No se atrevía a moverse.

—¡Me golpeó con el aguamanil!

—¡Encuéntrala! ¡Ya! —Hubo una pausa y luego gritó. —¡Frasyr!

—¿Sí? ¡Aquí! —el hombre en la habitación llamaba y De Hay entró.

—Tu primo necesita ayuda. Han sido atacados. Debo marchar y galopar arduamente, pero no puedo marchar sin saber que ella está asegurada. —dijo De Hay iracundo, comenzando a pasear por la habitación. —¿Cómo puede una mujer débil causar tantos problemas?

No soy débil, pensó. Tú, estúpido patán.

—Adivino a que no es la dócil y sensata corderita que aparentaba ser. —dijo Frasyr.

Ella sonrió.

—Por supuesto que no lo es. —De Hay dejó de pasear. —Deberás quedarte para mantenerla a salvo. No puedo arriesgarme a sacarla de esta fortaleza. Tus defensas son fuertes. Confío en que podrás asegurarla aquí sin mis tropas.

—Ningún asedio puede tomar a Kinneswood. —alardeó Frasyr.

—Sí, ella está más segura aquí... siempre que podamos arreglarnos para mantenerla encerrada. —dijo De Hay secamente. —Tal vez quieras encadenarla a la cama.

—De brazos y piernas en cruz. —dijo Frasyr riendo.

—Te recuerdo.... —dijo De Hay sin humor. —que ella es aún la hija del rey, apoyemos o no su derecho al trono. Nadie debe dañarla.

—Sólo bromeaba. Estoy perfectamente consciente de su precio.

—Espero que permanezca sin daño alguno... e inmaculada. ¿Comprendes?

—Sí. —dijo Frasyr con tranquila seriedad. —Estará a salvo aquí. Te doy mi palabra.

Hablaron del primo de Frasyr, el rey de Argyll, pero ella dejó de escuchar cuando cuatro patas peludas y grises entraron en la habitación sin hacer ruido. Las patas se detuvieron al lado de la cama. El gato del guardia había regresado. La bestia se sentó sobre sus ancas y la contempló. —Miau...

¡Mierda! Glenna se contoneó con la espalda hacia la cabecera de la cama.

—Miau, miau, miau, miau...

Hubo un largo y comunicativo silencio; ya no tenía a dónde más correr, luego los hombres se hallaban a ambos lados de la cama y la miraban con ojos estrechos e iracundos.

A ella jamás le había intimidado la ira masculina. No se rendiría, pero presionó toda su espalda contra la pared. Trataron de atraparla, pero se movió fuera de alcance, así que se separaron a cada lado de la cama, acercándose y tratando de tomar un brazo o un pie.

Glenna se precipitaba adelante y atrás, hasta que ellos estuvieron a medias bajo la cama; ella se sacudió al pie de la cama, pero uno de ellos atrapó una pierna y otro un brazo. Trataron de arrastrarla hacia afuera, pero luchaba ferozmente, pateando, mordiendo, manteniéndose aferrada a las cuerdas de soporte de la cama, mientras más hombres llegaron y cada uno haló y tiró hasta que su pobre cuerpo se sintió estirado hasta el punto de quiebre y sus fuerzas se desvanecieron. Su brazo se deslizó de las cuerdas, quemando su piel al ser arrastrada hacia afuera, aún pateando y sacudiéndose.

En el último momento, tomó el orinal y lo lanzó al hombre que la halaba por las pantorrillas.

Sir Coll Frasyr la dejó caer y maldijo tan alto, que su voz hizo eco sobre sus cabezas. Ella balanceó el pie hacia arriba y pateó al otro hombre con fuerza en la mandíbula, se apresuró, sacó su cuchillo y enfrentó a ocho hombres, mientras más hombres entraban en la habitación. Frasyr goteaba orina amarilla y su rostro se hallaba casi azul de ira. Pasó su mirada de un hombre a otro. ¿Dónde estaba De Hay?

Balanceaba su peso en ambos pies buscando en la multitud de rostros masculinos con el cuchillo preparado para golpear. —Aquél que trate de tocarme lo caparé.

Sintió la punta de una espada en su espalda. —Suelta el cuchillo. —dijo De Hay.

—No me dañarás. Valgo demasiado para ti.

—Lo que no comprendes es que puedo, y lo haré, herirte lo suficiente como para que sueltes el cuchillo. Estás atrapada. No tienes salida. Mira a tu alrededor. Una mujer sabia haría lo que ordeno. Y no creo que seas insensata. —Presionó más la espada en su espalda. Ella no cedió. Él presionó más y más. Ella permaneció resueltamente fuerte.

Y él presionó más. La espada la hirió. Ella gritó de dolor, pero reaccionó instintivamente y agarró el cuchillo con más fuerza, se replegó, sintió que la punta de la espada liberaba su espalda, se giró y le lanzó el cuchillo.

De Hay lo esquivó y el cuchillo voló, pasándole por un lado para clavarse en la pared con un ruido sordo. —¡Tómenla! —ordenó con la mandíbula apretada tirando su espada al suelo.

Mordió al primer hombre que la agarró, colgándose de la piel, sujetándola con la mandíbula apretada y ella lo escuchó refunfuñar de dolor y luego gritar, al morderle más fuerte. Al segundo, le pateó la ingle, las costillas y la mandíbula, luego había más hombres sobre ella, manos fuertes y brazos por todos lados. Ella se sacudía, arañaba y golpeaba con los puños, y pateaba fuerte con los pies, pero pronto sus fuerzas la abandonaron, inútiles contra tantos hombres.

Tenía la voluntad y la determinación. Pero no tenía suficientes manos y pies para luchar contra todos.

El sol salía cuando las puertas se abrieron de nuevo y una gran tropa de hombres cabalgaba fuera del castillo y cruzaba el lago en gran número, en tres barcas, una tras otra.

—Huchon De Hay. —dijo Ramsey bajo su aliento como si el nombre fuera profano, pero no dio señales de ir a las armas o darle caza al cabalgar los hombres hacia la costa y reunirse, listos para marchar.

—¿No les perseguirás?.

Ramsey meneó la cabeza. —Mi deber es reclamar y salvaguardar a la hija mayor del rey. —Se volvió hacia Lyall y dijo. —Dices que tienes una manera de entrar. La posición de la fortaleza hace casi imposible el asedio. Ya que eres la razón de que ella no se halle a salvo en Rossie, lejos de aquí, escucharé tu plan.

El sarcasmo de su padrastro no era nuevo para él, pero Lyall había cometido sus errores, así que se rehusó a acobardarse o a esforzarse por lo que no podía cambiar. Le dijo acerca de su conversación con el hombre de Frasyr, luego explicó que, junto con los hermanos de Glenna y sus caballos, podían infiltrarse en Kinneswood bajo el pretexto de ofrecer los caballos a la venta. Su padrastro escuchó sin comentar, se unió a la discusión y preguntó acerca de la disposición de las cosas dentro de las puertas, y los planes comenzaron a tomar forma, a crecer y se volvieron el único modo y el que tenía mayor sentido, excepto en cuanto a confiar en él se refería.

—¿Cómo sé que no nos entregarás a Frasyr? —preguntó Elgin Gordon, echando un ojo a Lyall con desprecio.

—No puedes saberlo. —dijo Lyall. —Pero sin mí, ninguno tiene oportunidad de entrar, así que no tienen opción.

Capítulo Veinticinco

Un grupo de hombres de armas permanecía haciendo guardia fuera de la puerta de la torre. Más temprano, cuando Glenna posó la oreja contra la puerta, les escuchó hablar y jugar a los dados. Después de su tercer intento de escape fallido, Frasyr permaneció fiel a su promesa y envió por el herrero. Se hallaba encadenada de la pierna a una barra en la pared bajo la ventana de arco bloqueada, con suficiente cadena para permitirle alcanzar los rincones de la habitación.

El traicionero gato gris yacía en un ovillo cerca de ella, y contento ronroneaba tan alto que sonaba como el recular de la cuerda de un arco. La bestia no era parte del plan. Había tratado de deshacerse de ella, había golpeado la puerta cuando descubrió que se hallaba encerrada otra vez. — ¡Guardia! ¡Guardia! —había llamado.

—¿Miladi? —llegó la voz a través de la puerta.

—Debe sacar el gato. —dijo—. Quiere salir.

—No. Se quedará con usted.

—Pero...

—Buenas noches, miladi.

—¡Guardia! —No respondió. —¡Guardia! No quise golpearte con el aguamanil. —dijo honradamente.

Nada aún.

—Si tu hermana estuviese cautiva, ¿no querrías que hiciera lo mismo?

Pero notó que hablaba con oídos muertos, y se hallaba atascada con el gato.

Durante un rato, se ocupó de cortar las cuerdas del soporte de la cama con uno de los tres cuchillos que había robado. Gateó desde debajo de la cama, dejando caer algunas de las cuerdas a su lado, antes de cortar las últimas dos y observar el colchón de paja caer al suelo.

¡Listo!

Volvió a sentarse sobre sus talones, haciendo una mueca mientras se frotaba el tobillo, que se hallaba rojo por el grueso grillete de hierro. Entonces, por tercera vez, se encorvó sobre éste con el cuchillo más pequeño y trabajó en la cerradura, pero parecía no poder abrirla, sin importar cuánto la girase.

—¿Qué le sucede a este cerrojo? —Echó un vistazo por la ventana de arco, donde había quitado la cerradura del postigo sin problemas. Cuando el cerrojo del grillete aún no hubo abierto, dejó caer el cuchillo frustrada y gimió bajo su aliento.

El gato abrió un ojo, molesto.

—Todo esto es tu culpa.

Impávido, el gato volvió a dormirse.

El sol se hallaba alto, y aunque aún hacía frío en la torre, había más claridad, ahora que era de día y las contraventanas estaban abiertas. Se levantó y se dirigió al arco, apoyando un hombro contra el postigo y mirando hacia afuera mientras esperaba por una renovada paciencia para probar el cerrojo del grillete otra vez.

Afuera, había un enorme y brillante cielo azul con unas pocas nubes parecidas a la lana que flotaban. La brisa que entraba cargaba el aroma húmedo del rocío de la mañana y, esparcido ante ella, el ancho bosque más allá del lago se erguía en la gran sombra de Ben Nevis.

Un movimiento capturó su vista cerca de los bordes del lago y se inclinó hacia adelante, buscando en la orilla y en los árboles.

¿Montrose?

Realmente no era Montrose, sino Sir Lyall Robertson. Para ella siempre sería Montrose. Una y otra vez leyó el área detenidamente, pero no había nadie. Sus ojos le hacían una jugada.

Después de que la habían sacado de debajo de la cama, cuando la arrastraban hacia afuera, le había llamado, por instinto, quizá. Su instinto le decía que Montrose nunca dejaría que le hicieran daño, o que le hiriesen, que él la salvaría si estuviese en peligro y le llamase. Él la amaba.

De Hay se había burlado al escucharla y dijo. —¿Montrose? Él no es Montrose, tú, mujer tonta. ¿Crees que Robertson te rescatará? ¿Aquel cobarde? Tomó las escrituras de sus tierras —sus treinta piezas de oro para traerte ante mí—y se hallaba fuera de las puertas momentos más tarde sin decir palabra y sin mirar atrás.

Ella había mordido a De Hay por aquellas palabras. Montrose la amaba. De no ser cierto, ¿qué clase de tonta sería? Él la amaba. Aunque cuando cerraron la puerta y la dejaron sola de nuevo, apaleada, amoratada y sintiéndose atrapada, se debilitó y se preguntó si él realmente se marcharía tan fácilmente.

Ella pensaba que no, pero luego recordaba su propio escape de la abadía, corriendo porque trataba de ignorar lo que sentía por él, y aún tercamente apegándose a su juramento de no ser el peón de un padre que no conocía.

Auto preservación.

Pero Montrose la amaba. Creía en esto más que en cualquier otra cosa, quizá, era la única cosa en la que tenía fe, que aún le quedaba.

Pero hasta que el patán notase lo que había hecho y cómo se sentía, ella se vería forzada a salvarse ella misma.

Debajo, el lago centellaba plata a la luz del sol, y desde la torre, se veía una caída directa al agua. Se volvió con las manos en las caderas mientras contemplaba la habitación. Tenía que haber algo más que pudiera usar para destrancar el cerrojo.

Comenzó a hurgar en su botín y puso todo encima de la mesa, algunas cosas más rechonchas que otras, junto a dos anillos enjoyados y los tres cuchillos, uno de empuñadura incrustada con una esmeralda que en algún momento Sir Coll notaría que faltaba de su persona, junto con su bolsa —la más rechoncha— y un broche adorable con un rubí inmenso en su centro. Aunque el alfiler era estrecho, lo sacó del broche, lo sostuvo en alto y observó la punta.

Quizá...

Se sentó con el pie en el borde de la silla y trató de todas las maneras de abrir el cerrojo del grillete. Hubo un sonoro bufido y el gato comenzó a correr, moviendo las patas furiosamente mientras dormía. Debería odiar aquel gato, pero no podía. Aún cuando la pequeña bestia evitó que escapase. Ese gato era el único que actuaba por instinto, algo que ella comprendía.

La visión de Montrose llegó a su mente y sintió un dolor agudo y profundo. De Hay se había equivocado con Lyall. No era un cobarde guiado por la avaricia. Las emociones lo dirigían, y quizá cierto orgullo extraviado.

Un sonoro disparo la sacó de la silla hacia el arco abierto, luego llegó el chirrido de cadenas de las puertas y el sonido de cascos de caballos. No podía ver nada, aún cuando trataba de inclinarse hacia afuera. Se dejó caer contra los postigos y cerró los ojos.

Ven a mí, Montrose. Por favor, ven.

Abrió los ojos y buscó en el horizonte otra vez, pero no vio señales de él. Suspirando con frustración, se desplomó en el suelo y volvió a meter el alfiler dentro del maldito cerrojo.

Un ligero giro y se abrió mágicamente con un clic. ¡Era libre! Bueno... era libre de sus cadenas. Riendo, frotó su tobillo, aliviada y luego, jaló las cuerdas hacia ella y se puso a trabajar.

Le llevó un rato despedazar el colchón y otro esparcir la paja en pilas alrededor de la habitación y frente a la puerta. En un punto, el gato se despertó y se movió a una de las pilas de paja y se ovilló para tomar una siesta, rehusándose a irse, aún cuando Glenna le regañó, le siseó y trató de alejarlo. Finalmente, lo recogió y encontró la manera de agarrarlo en cabestrillo.

El pedernal echó chispas y sin pasar mucho tiempo el aceite de junco flameó. Con el fuego listo, miró a su alrededor, tomó una profunda respiración y ya estaba lista, consciente del gran riesgo que tomaba si su plan no resultaba.

Su plan no estaba resultando.

El primer guardia cayó fácilmente, pero el segundo hizo que Lyall se clavara en la almena con la cabeza y los hombros colgando. Debajo se hallaba un enorme saliente de rocas dentadas que romperían la espalda de cualquier hombre de ser lo suficientemente desafortunado como para caerse... y él se hallaba cerca.

Había tenido problemas desde sus primeros pasos en la almena. Después de luchar con el guardia que encontró en las escaleras, Lyall abrió la puerta de madera y corrió hacia afuera en la muralla, luego cometió el error de mirar hacia abajo. La altura lo confundió y cuando se giró, enfrentó a un arquero del tamaño de un árbol de tejo.

Desarmado demasiado rápido, lucharon hombre a hombre con sus fuerzas como única arma y su espada fuera de alcance. El hombre empujaba con fuerza la garganta de Lyall, y por el rabillo del ojo, pudo entrever las rocas muy abajo.

El temor goteaba en el sudor de su frente, pero mantuvo las manos empujando la cabeza del hombre hacia atrás para que no pudiese dar alarma. Una alerta y el castillo se armaría, entonces, Ramsey y sus hombres jamás llegarían a entrar. Y esperaba en Dios que Elgin Gordon estuviese donde le habían dejado, aún encargándose de aquellas puertas.

Sintió el pinchazo de la daga del arquero en su garganta, encontró otro estallido de fuerza y trató de alcanzar las flechas del hombre, pero sus brazos no eran lo suficientemente largos. La punta del cuchillo se hallaba

peligrosamente cerca y su oponente no cedía, pero su rostro se hallaba rojo como una manzana.

Con sus botas en las tripas del hombre, Lyall trató de enviarle a paseo, pero el hombre ganaba ímpetu, entonces, lo levantó y comenzó a empujar. Empezó a resbalarse hacia un lado y luchó para no deslizarse más, lo que le tomó todo lo que tenía y sus brazos comenzaron a temblar.

El guardia se quedó sin aliento repentinamente y dio un enfermo gemido de muerte. No había ya más lucha y Lyall se halló liberado cuando Alastair Gordon le sacó al hombre de encima.

Jadeando, Lyall se subió y se sentó allí, con su respiración fatigosa, un sudor frío goteando como agua sobre su rostro y su vida sin valor aún pasando ante sus ojos. Se tomó un momento, luego asió la espada y miró hacia arriba. —Por los oídos de Dios, Gordon. ¿Por qué te tardaste tanto?

Alastair le dio una mano y presumió con orgullo. —Tuve que encargarme de tres guardias en la pared oriental.

—¿Sólo tres?

—Sí, pero todos al mismo tiempo. —mintió Gordon.

—Apuesto a que no tenían la altura de dos hombres. —Lyall echó un vistazo al hombre que yacía a su lado, sabiendo que le debía a Alastair Gordon la vida.

—No habría pensado que eras tan inútil en una pelea, Robertson.

—Sí. Sólo pregunta a cualquiera de los hombres de Ramsey. Estarán muy alegres de decirte cuán cobarde soy. —Dichas muchas veces antes, las palabras salieron fácilmente de sus labios. —Está en mi sangre. —Dijo simplemente. —Ahora agarra aquel pendón y para de glorificarte. Alguien tiene que hacer la señal a Ramsey.

Justo cuando Gordon comenzó a ondear el pendón, Lyall miró a un hombre cruzar la muralla y entrar en la caseta de la puerta donde habían dejado a Elgin.

Lyall maldijo en silencio.

Hubo un grito alto, lo suficiente, como para causar una alerta. Un momento después, la puerta de la caseta se abrió en sonora riña y Elgin Gordon y el hombre cayeron con Gordon claramente superado.

Alastair se giró. —¡El! —Salió por la puerta de la almena, pero Lyall veía que su hermano se hallaba ya tumbado en la tierra con una espada presta a matarle. El hombre de Frasyr alzó el arma, listo a ensartar a Elgin.

En el tiempo que tomó a un corazón latir, se escuchó un silbido sordo y el guardia cayó hacia adelante, con una flecha en su espalda perforando directamente su corazón y la espada cayendo inofensiva de sus manos.

Alastair Gordon llegó corriendo del pie de las escaleras, directo hacia su hermano, quien yacía allí, vivo, estupefacto, pálido y contemplando al guardia muerto. Alastair se volvió y vio a Lyall bajar el arco.

Dos grupos de los hombres de Ramsey habían cruzado el lago y cabalgaban fuera de las barcazas dentro de la isla, otro ya se hallaba acercándose a la entrada del castillo.

—¡Las puertas! —gritó Lyall, y corrió hacia las escaleras.

El castillo se estaba armando.

Al pie de las escaleras, se apresuró a salir blandiendo la espada mientras los hombres de Frasyr salían en enjambres hacia la muralla. Pero los Gordon se las habían arreglado para abrir la puerta, y la mitad de los hombres de su padrastro ya se hallaba dentro y tenían la ventaja de luchar sobre sus monturas. La lucha golpeó fuerte y furiosamente, con sonidos metálicos de espadas contra espadas y los hombres comenzaron a caer.

Lyall corrió por entre la aglomeración hacia la torre, y adentro, pasó a los hombres de Frasyr, quienes fluían como hormigas blandiendo sus armas sin cuestionar su presencia.

Debieron pensar que nunca se había marchado.

Delante de todos los demás, subió los escalones de dos en dos, a una velocidad que no sabía que tenía. Corrió por el corredor y arriba, hasta la torre, donde lanzó a dos guardias escaleras abajo y continuó hasta enfrentarse y luchar contra los otros guardias apostados en la puerta. Sentía sus fuerzas como un regalo del cielo y luchó tan poderosa e implacablemente como lo hizo contra el arquero en la muralla.

El sonido del metal aún se hallaba en sus oídos cuando utilizó la llave del guardia para destrancar la cerradura, sólo para ser detenido por una muralla naranja de llamas abrasadoras, y detrás, la aterrorizante imagen de Glenna saltando por el arco de la torre.

Capítulo Veintiséis

El largo de las sogas que Glenna había atado a la cadena del grillete sólo terminaba a medio camino de la torre, desde donde se hallaba colgada. Miró hacia abajo. Era una caída libre hasta el lago. Demasiado tarde, ahora su gran idea de escape bajando por la pared exterior de la torre, no se veía tan brillante en su actual punto de observación. Se sentía como si estuviese colgando del Ben Nevis. El gato, un peso añadido, la contemplaba contento desde el cabestrillo alrededor de su hombro. La pequeña bestia no tenía idea de lo que seguiría.

Colgando de la soga, Glenna utilizó su pie para empujarse lejos de la pared de la torre, balanceándose hacia afuera, tratando de encontrar el valor de dejarse caer en el lago. Continuó empujándose con el pie y alejándose, empujándose con el pie y alejándose...

—¡Glenna! ¡*Glennnnnnn-na!*

—¡Montrose! —Sorprendida, alzó la vista y allí estaba su hermoso caballero dorado, medio colgando fuera del arco con humo negro fluyendo encima de él. Tosiendo, probó si la soga aguantaría su peso, entonces se quitó su gambesón ardiente y la túnica con un rápido movimiento y trepó en la ventana de arco hacia la pared exterior con el pecho desnudo, para luego bajar tras ella.

Exhaló aliviada el aliento que no notó haber estado reteniendo. Sus nudillos se tornaron blancos por aferrarse tanto a la cuerda que se mecía con los movimientos de Lyall. Las lágrimas escocían sus ojos.

Él había venido por ella. ¡Había venido por ella!

Entonces, se hallaba allí, tan cerca, que la tibieza de su aliento tocaba su rostro y plegaba su cabello. Sentía que su brazo fuerte se envolvía firmemente alrededor de ella. Su boca se cerró sobre la de ella; levantó los brazos y se dejó arrastrar como perdida en las aguas del río Lete. Allí, en sus brazos, no importaba que se hallaran colgando de una torre en llamas. Se sentía a salvo, como si pudiera volar cual gaviotas girando sobre el mar, como las águilas que serpenteaban encima de las copas de los árboles, o como los chorlitos que sobrevolaban los campos de brezal. Se colgó sobre él como si se tratase de su propio aliento y de su propia sangre, de su propio corazón y de su propia vida.

El anhelo y el alivio corrieron por sus venas y sintiéndose tan dichosa, natural y pura, se preguntó si aquellas emociones provenían de ella o de él... quizá de ambos. Juntos, eran distintos de quienes eran al estar separados; eran sólidos, fuertes, eran uno. Amarlo lo era todo, un poder al que podía rendirse porque, en lugar de debilitarla, amarlo la hacía más fuerte.

Montrose. Si ella cayera hacia su muerte en aquel momento, moriría completamente jubilosa, porque él la abrazaba y besaba, porque la amaba.

El gato maulló... muy alto.

Él se alejó. —¿Qué tienes allí?

El gato sacó la cabeza desaliñada fuera de su brazo y les miró con ojos del color del mar de la isla en verano.

—No podía dejar que se calcinase. —dijo Glenna.

—Sí. La sala está bien quemada. Casi no logro llegar al arco. El suelo colapsó tras de mí. —Miró hacia abajo, hizo una pausa y luego dijo seriamente. —Sabes que debemos saltar. No hay otra forma.

—Sí. —dijo con las emociones entremezcladas. El agua parecía estar muy, muy lejos.

—Y aún así, aquí estás, con un gato colgando de ti.

—Planeaba abrazar al gato con fuerza cuando llegásemos al agua. —dijo con brillantez, como si el miedo estuviese lejos de su mente. —Y aquí estás conmigo colgando de ti.

—Planeo abrazarte con fuerza cuando lleguemos al agua.

—No nos hallaríamos en esta situación si yo hubiera tenido...

—Tu arco y tus flechas. —terminó él.

—Al menos lo admites. —Rio temblorosamente con los nervios aún a flor de piel. —¿Montrose?

—Tienes que dejar de llamarme Montrose.

Lo miró y dijo. —Y tú tienes que comenzar a llamarme Su Alteza.

Él sonrió. —Entonces has decidido que te gusta ser la hija del rey.

—Sólo si serlo me da lo que deseo.

—Estás prolongando esto, Glenna. Mira hacia arriba. El humo y las llamas están saliendo fuera del arco. Debemos saltar.

Asintió de repente tan seriamente como él.

—Tenemos que dejarnos caer.

—¿Tienes miedo? —Le preguntó Glenna apuradamente.

—Tontamente aterrado. —dijo con calma, agarrando su mano firmemente.

—Nos empujaremos con la pared tres veces, luego, cuando yo diga, soltamos

juntos la cuerda.

Asintió y mantuvo la mirada en sus ojos mientras plantaban sus pies en la pared lado a lado y se empujaban alejándose de la pared una, dos... tres veces...

—Déjate ir, amor mío. —dijo tan sencilla y uniformemente como si se hallaran caminando por el bosque.

Con las manos entrelazadas, cayeron en el aire con aterradora velocidad, como pesadas piedras, y haciendo eco sobre el agua, su grito se escuchó tan alto como el de ella.

El agua estaba fría; sus bofetadas y agujijones se sentían infinitos, y nadar a través de ésta se hacía realmente eterno. Cuando los pies de Lyall finalmente tocaron el fondo limoso, jaló a Glenna hacia aguas más superficiales, mientras el gato maullaba colgado sobre su hombro, retorciéndose y arañándolo. Trastabillando, se tumbaron en la tierra cubierta de hierba, sin respiración, rendidos y empapados.

Lyall dejó caer el cabestrillo entre ellos y permaneció tendido, luego rodó sobre su espalda respirando tan fuerte que le hería, contempló el cielo azul sintiendo la hierba extrañamente tibia debajo de él.

—La tierra firme nunca había sido tan bienvenida. —murmuró Glenna yaciendo boca abajo en la hierba al lado de él, con la cabeza hundida entre sus brazos. —¿Aún tengo brazos y piernas? No siento mis extremidades.

El gato tosió, estornudó, escupió, y volvió a estornudar, y se sacudió enviando agua en todas direcciones. Parecía una rata ahogada al alzar su trasero hacia Glenna y se sentó allí con una mirada meticulosamente perpleja que decía, ¿Cómo pudiste hacerme esto? Al ignorarlo, el gato gruñó con un lamento y la golpeó con sus patas.

Glenna abrió un ojo, contempló al gato por un instante y dijo. —La venganza es mía, gatito. —Él sólo maulló y corrió hacia los arbustos. —Traidor. —murmuró—. Te salvé y te marchas a vivir tu propia vida.

Sus palabras nunca fueron más ciertas. Ella tenía una vida propia, el futuro para el que había nacido. Lyall la observaba. Ella no sabía que se hallaba atrapada por las acciones de él, ni que su padrastro le haría enfrentar lo que había hecho. Trozos de musgo colgaban de su larga cabellera y su rostro se hallaba manchado de tierra y cenizas. El agua goteaba de su túnica, calzas y

cabeza. Estaba empapada de pies a cabeza y acababa de lanzarse de una torre. Lyall cerró los ojos. *¿Qué te he hecho?*

Como si hubiera leído sus pensamientos, Glenna se volvió hacia él y le miró ceñuda. —No te inquietes tanto, Montrose. Un poco de agua jamás me ha dañado.

Él meneó la cabeza y dijo. —Acabamos de saltar desde una cuerda atada a una cadena en una torre en llamas que pertenece a uno de los enemigos de tu padre —una torre en la que te hallabas cautiva por mi culpa— y caímos en un lago... con un gato. No estoy seguro de lo que tu padre tenga que decir de esto, pero espero que diga lo suficiente.

—Ya que mi padre —un hombre al que no conozco, eso sí — no está, ni ha estado en suelo escocés durante la mayor parte de mi vida, no creo que tenga nada que decir respecto a lo que ha pasado conmigo... y contigo. Estoy viva. Debería agradecértelo.

—No creo que la gratitud real se halle en mi futuro. —dijo secamente—. Eres su hija.

Ella se puso de rodillas y se inclinó sobre él y el cabello goteaba en su pecho. —Sí. Soy su hija y tú tienes mi gratitud. —Se acercó y lo besó, suave y tiernamente. —Mi eterna gratitud. —murmuró en su boca y las manos de él tomaron su nuca. —Bésame, Montrose.

—Allí es donde tenemos un problema. —Quitó una hebra de musgo del lago de su cabello. —No soy Montrose.

—Bésame, Sir Lyall Robertson. —dijo riendo. —¡Bésame ahora! Me encanta besarte. Considéralo una orden real.

Él la miró a los ojos llenos de humor con desafío y aquella línea fina, la chispa en sus ojos que denotaba su más profundo deseo, junto a un toque de avaricia. —Me miras del mismo modo que veías aquella perla rolliza.

—Sí. —dijo desconcertada. —Tengo ojos sagaces. Puedo estimar tu valor.

¿Su valor? ¿Cuál era su valor? Ya no poseía credibilidad en su palabra y sintió que buscaba bondad en sí mismo en algún lugar dentro de las profundidades de sus ojos. Quitó hebras de cabello mojado de la mejilla de Glenna, moviendo su pulgar hacia su boca mientras bebía de su rostro y se ahogaba en ella por aquella extraña cosa que parecía ver en él —algo que valía la pena salvar.

Estuvo cerca de creer que era cierto... cerca.

—Me amas. —dijo casi en un susurro, pero sin dudarlo, y como si le dijese un secreto que nadie más conocía.

Él no era fuerte. No podía luchar contra esto. Con todas las mentiras que le había dicho, ahora él poseía la verdad. —Sí, bruja, sí te amo. Pero creo que eres la única feliz por ello. Soy un traidor y tú, la hija del rey.

Río aguda y amargamente. —No eres un traidor.

—Dices eso después de lo que hice. —Meneó su cabeza. —Me perdonas con demasiada facilidad.

—Sí, de haber algo que perdonar. Sé por qué hiciste lo que hiciste. ¿De qué otro modo obtendrías Dunkelden? He pasado la mayor parte de mi vida tomando lo que deseaba. —Se encogió de hombros. —Me negociaste, me cambiaste por lo que querías. ¿Por qué no he de entenderlo?

La miró por largo rato. —¿Qué ves en mí que yo no puedo comprender?

Levantó la mano hasta su mejilla. —Veo al hombre que amo. —dijo sencillamente.

—Tu padre podría colgarme, Glenna.

Ella se enserió y lo contempló pensativa. —No dejaré que te cuelguen. Soy la hija del rey.

—Eres una mujer cuyo poder es, en realidad, sólo aquel que tu padre te permita, tu padre y el hombre con el que te cases.

—No quiero otro hombre. —dijo tercamente. —Soy tuya. Me entrego a ti, Lyall Robertson... sólo a ti.

Pero sus palabras y el don de sí misma, la verdad con la que habló, su devoción, su fidelidad, todo ello rompió su corazón, ya que no podría tenerla. Todavía... él era débil, un hombre débil que no tenía el vigor para luchar contra el lazo entre ellos —la deseaba con una fiebre tan ardiente y abrasadora como los fuegos del infierno— y no podía hacer nada más que tomarla entre sus brazos y encontrar la fuerza de dejarla ir.

Descansó la cabeza en su pecho y acarició su cabello húmedo, enredado y desparramado en sus costillas. Cerró los ojos.

—Escucho el sonido. —dijo—. Tu corazón late aquí. —Plantó la mano en su pecho. —Esto es mío. Este corazón tuyo que late así. —dijo con suavidad. —Dime las palabras. Dímelas y tómame. Nos casaremos y nadie podrá hacer nada.

Pronunciar las palabras sería fatal, para ella más que para él. La deseaba. Se habría casado sin dudarle de haber sido cualquier otra, menos la hija del rey, su primogénita.

Podría casarme con cualquiera. ¿Sabías que los germanos entierran vivas a sus esposas?

Cerró los ojos, buscando la voluntad de hacer lo correcto. Su boca se movió cerca de la suya, pero él la detuvo, con un dedo en sus labios suaves y comenzó a decir, no, no podemos hacerlo, pero susurró las palabras que la atarían a ella. —Me entrego a ti, Glenna Canmore.

Ella sonrió ligeramente y su boca plena de humedad encontró la de él que rodó sobre la hierba cubriendo su cuerpo con el suyo propio y se rindió a la dulce e imposible fantasía de que podría realmente pertenecerle.

Ramsey cabalgó hacia el pequeño claro con algunos de sus hombres y echó un vistazo a la pareja rodando sobre la hierba, en una maraña de piernas, una mano bronceada sobre un seno pálido, las largas ondas de cabello negro brillante Canmore al lado de una cabeza de cabello rubio exactamente como el de su viejo amigo, y bramó el nombre de Lyall como la más fétida y blasfema de las maldiciones.

Los dos se apartaron como tocados por el fuego, mostrando destellos de piel y humedad y trajes retorcidos difíciles de poner en su lugar. Pero su hijastro la ayudó a enmendar las ropas —galantería que únicamente mostró antes de deleitarse con ella en la hierba— y luego enderezó lo poco que vestía, incapaz de esconder su erección en las calzas empapadas. Su boca se hallaba inflamada y rosada, sus mejillas restregadas de rojo por la barba de Lyall y su cara era la de una mujer ruborizada con pasión, húmeda, suelta y lista para ser penetrada.

Se recompuso a sí mismo y ordenó a sus hombres alejarse y esperar hasta que dejasen el claro. Espoleó el caballo hacia adelante hasta hallarse cercano suficiente como para ver el sudor gotear en la frente de su hijastro. —En el nombre del cielo, ¿estás loco? ¿Revolcándote en el suelo como la comezón de un falto de sensatez para arar a la lechera? —bajó la voz y se llevó la mano a la espada instintivamente. —¡Ella es la hija del rey, tú, tonto idiota! Juro por todo lo que es sagrado y correcto, que en este instante podría golpearte hasta dejarte deshuesado.

Ramsey miró duramente a Lyall y luego a Glenna. Ninguno de los dos aparentaba tener un mínimo de arrepentimiento, humillación, o media contrición, y al continuar observándoles, pensó que su cabeza explotaría. —¿No tienen nada que decir?

Lyall posó sus manos en los hombros de Glenna. —Glenna, este es Donnalld Ramsey, Barón Montrose, y mi padraastro.

Sus ojos oscuros brillaron con rapidez, Glenna Canmore, lo evaluó con una sólida y ligeramente familiar mirada real. —Milord.

Lyall se inclinó y susurró algo a su oído. Cuando se enderezó de nuevo, Ramsey vio que su mano aún descansaba allí.

Ella miró a Lyall sobre su hombro y su expresión decía claramente que lo que fuera que le había dicho, era necio. —No me importa. No negaré tu lugar en mi vida. —Miró a Ramsey a los ojos, con la expresión de la imagen de su padre y dijo sin temor ni emoción, sino con la más absoluta convicción. —Está hecho. Lyall es mi esposo. Nos hemos prometido el uno al otro.

Ramsey clavó a su hijastro una mirada que esperaba golpease fuerte. —¿Es verdad?

—Sí.

—¿Hablando en tiempo presente? —Disparó Ramsey intencionadamente, consciente de que el contrato de casamiento tenía dos condiciones vinculantes, que se dijese los votos en tiempo presente y la consumación.

Lyall asintió agudamente.

—Tal matrimonio no es vinculante a menos que sea consumado.

Glenna miró a Lyall inmediatamente, quien frunció el ceño y sacudió la cabeza ligeramente para advertirla, pero cuando enfrentó a Ramsey, lo hizo sin temor y con convicción. —Nos volvimos marido y mujer en el bosque de Dunkelden, en el río Tay.

Lyall contempló un punto distante sobre el hombro de Ramsey, ligeramente ceñudo, pero no dijo nada.

Ella sacó una pequeña bolsa de sus calzas y derramó una gran perla impresionante en su palma. —Él me dio esto. Un regalo de novia por mi inocencia, la que yo le entregué gustosamente, milord.

En la cabeza de Ramsey corrían como fuego griego las eventuales reacciones a estas noticias de Sutherland y Douglas y, peor aún, del Mismísimo rey. Completamente desarmado, Ramsey comprendió que había fallado en su deber de una manera insuperable. No sólo había permitido que Glenna fuese capturada, entregada al enemigo, encerrada en una torre, sino casada por costumbre en lugar de unirse por ceremonia con su hijastro, quien no fue, ciertamente, elegido por el rey como esposo de su primogénita.

Quizá con suficiente plata la validez del casamiento podría ser cuestionada, particularmente sin testigos. —Veremos qué puede hacerse con

esta unión después de que los concilios del rey escuchen de esto. Los testigos. —dijo con intención. —son de gran importancia en las ceremonias reales.

—Esta es la ley vinculante de la tierra, por la que nos casamos. —arguyó Glenna tercamente.

—Y yo todavía me hallo vinculado a mi palabra de mantenerte a salvo. —Levantó la mano. —Ven, Glenna. Cabalgarás conmigo.

Miró a Lyall, lo que molestó a Ramsey, hallando sus órdenes cuestionadas.

—Ve. —le dijo su hijastro.

—También tú, Lyall. —dijo Ramsey fríamente. —Escoge a uno de los hombres para que cabalgues con él. Una vez que asegure a Frasyr y disperse a sus hombres, iremos a Rossie, donde tu madre se halla probablemente, caminando preocupada en el solar con los pies descalzos. —Ramsey hizo una pausa notando la mirada incómoda de Lyall y añadió intencionadamente. —Sí, muchacho. Mairi está allí. Tu hermana desea hablar contigo.

Capítulo Veintisiete

Dentro del salón de Kinneswood, Alastair Gordon tomó un par de jarras de cerveza de un sirviente a su paso y se sentó en una mesa alejada de los demás, al lado de Glenna, quien acariciaba un gato flacucho y gris que la había seguido. Empujó una jarra hacia Elgin y sorbió un largo trago de la otra. — Para alguien que acaba de ser rescatada de una torre, te ves melancólica.

—¿Qué? —preguntó Glenna distraídamente, sonriéndole, y tocando a ambos hermanos en la mano les dijo. —Me alegra que estén aquí.

—A mí también. —replicó Alastair—. Ahora, ¿qué pasa?

—Eso, ¿es sangre en tu túnica? —preguntó Glenna.

Miró su túnica de cuero. Estaba rasgada, cortada, cubierta de hollín, tierra y lodo, y salpicada de sangre. Él sonrió.

—Sí. —dijo Elgin antes de que Al pudiese responder. —Alastair, Lyall y yo urdimos una trampa para pasar por las puertas. Afirmamos ser vendedores de caballos para el sargento de Frasyr, y una vez dentro, nos apoderamos de los guardias de la puerta y del sargento. Al luchó como el más grande de los caballeros. Se las arregló para vencer él mismo a los guardias de las murallas este y sur. —Hizo una pausa. —Padre habría estado orgulloso.

Aquellas palabras fueron invaluable para Alastair, al recordar el muchacho flacucho que había sido, cuando su padre le enseñaba en las mañanas a blandir una espada o un mazo hasta que sus hombros dolían, sus brazos se entumecían y sus oídos pitaban con el sonido del metal contra metal. Alastair trató de no hacer tan obvio su orgullo y delatarse, pero Glenna nunca perdía una.

También él había soñado una vez, con ser como su padre, un caballero, un hombre acaudalado y comprometido con un rey, con deberes a gran escala, ganando sus espuelas en el campo de batalla como lo había hecho su padre antes que él. Pero la promesa a su padre en su lecho de muerte de cuidar a Glenna y a El habían hecho imposibles esos sueños. Agarró con su mano la jarra de cerveza y mirando a Glenna, dijo. —Has cambiado el tema, hermana. Dos veces.

Suspiró pesadamente, así que él deslizó un brazo reconfortante alrededor de ella. No la habían pasado bien, y los días sin ella no habían sido fáciles ni faltos de culpa. Tenerla recostada en su hombro como lo había hecho por años,

le hicieron sentir completo de nuevo. Durante tanto tiempo, él había tenido un propósito —criar a Glenna y mantenerla a salvo— y cuando ya estuvo hecho, y se hubo marchado con Robertson, su vida se sentía vacía y cada día se hacía eco de su ausencia. —Dime, gansa. ¿Qué te está molestando?

—Oh, Al... —meneó su cabeza, contemplando un cáliz lleno de vino aguado. —Todo... nada... no lo sé. —Su voz se apagó y echó un vistazo por la habitación, pareciendo distante.

Al intercambió una mirada de preocupación con El, quien la observaba ceñudo.

—¡Sí! ¡Sí lo sé! —de repente, Glenna cerró el puño y golpeó la mesa y el gato aulló y saltó al piso enroscándose en las piernas de un sirviente, causando que éste dejara caer una bandeja, antes de escurrirse hacia las cocinas.

Alastair se volvió justo cuando Glenna los enfrentó a ambos. —Lyll me necesita. Confío en él y le creo. Nadie más lo hace. ¡Miren! —Gesticuló furiosa hacia un rincón del salón donde el Barón Montrose parecía estar martillando a Robertson verbalmente.

Alastair les contempló por un momento. Robertson permanecía estoico, con su perfil inmóvil como piedra, dejando que las palabras furiosas del barón se vertieran sobre él, mientras actuaba como si no le importase un bledo y todo fuese un acto para su padrastro, una manera de escudarse de la ira que se le venía encima y de la agitación que sentía por dentro. Era el modo en que un hombre escondía su vergüenza y su rabia, una técnica que utilizaba cuando se enfrentaba con la cólera de su propio padre.

—Él es un buen hombre. —dijo.

—Sí. Me salvo la vida. —replicó Elgin contándole cuán cerca había estado de morir y cómo las rápidas habilidades de Lyll con el arco hicieron posible que estuviese allí con ella otra vez y no enterrado en algún lugar.

—Es valiente. —dijo Glenna con conocimiento. —Y no se da cuenta.

—De seguro se da cuenta de lo que ha hecho y de lo que siente por ti. Pero no puedo asegurar que sea algo bueno. —señaló El.

—¿Cómo puede ser malo amar a alguien?

—De algún modo dudo de que ese amor sea algo bueno, Glenna, y nada de eso importa mucho, porque tienes a otros a quienes debes responder.

—¿A mi padre? —dijo—. ¡Bah! Que le caiga la plaga.

—¡Glenna! —dijo Elgin entre dientes. —Él es el rey. ¡Hablar así es traición!

—¿Qué hará? ¿Colgarme? Créeme cuando te digo que desearé colgarme desde el momento en que nos hallemos cara a cara, así que, lo que yo diga y cuán a menudo lo maldiga me importa un bledo.

—No puedes cambiar tus circunstancias o tu derecho por nacimiento. —le dijo Alastair.

Dejó caer su mentón en las manos, contempló agriamente la mesa y dijo calmadamente. —Lo sé. —Subió la mirada y echó un vistazo a Lyall otra vez. —El Barón Montrose cree que nuestro casamiento es cuestionable. Otra razón para no ser la hija de un rey. —murmuró. “Parece que un contrato de casamiento puede declararse no vinculante. Los matrimonios reales deben ser atestiguados.

—¿Así que te casaste? —preguntó Elgin. —En Beaully, Ruari y uno de los monjes afirmaron que estabas casada. No les creí. Pensamos que él te había forzado o que estaban mintiendo, pero—

Ella se paró de repente. —¡La abadía! —agarró la túnica de Alastair y lo haló a medias del banco. —El prior tiene un documento. ¡Lo había olvidado! Atestiguaron nuestro clamor como marido y mujer, aunque entonces no era verdad, pero eso no importa. —dijo con un ademán. —Lo que importa es que hay una prueba atestiguada. —Se echó a reír. —Escrita, firmada y sellada. Oh, ¡Quién ganará ahora esta batalla! —Alzó sus ojos para mirarle con una súplica en su expresión desesperada. —Tienes que ir. Debes conseguir la prueba, Al. La necesito para que no puedan disolver el casamiento. Te lo ruego.

Él conocía bien la determinación y la ansiedad en la mirada de su hermana. Tendría a Robertson sin importar los obstáculos que encontrara en su camino. No era de las que se rinden. —¿Tienes certeza de que es lo que deseas?

—No quiero a otro más que a Lyall. —dijo con firmeza y su atención se dirigió al otro lado del salón, hacia él otra vez, todavía de pie con Montrose. —Lo amo. —dijo con quieta sinceridad.

—Podemos traer la prueba. —dijo Elgin firmemente y se levantó con rapidez y rodeó la mesa. —Debemos ir a confirmar con el sanador para ver si

Alastair pateó a su hermano en la espinilla antes de que se le saliera la verdad.

El hizo una mueca de dolor, pero dejó de hablar. Al ya le había advertido no decirle a Glenna que habían encontrado a Fergus y lo habían llevado a la abadía, aún cuando Glenna les contara que lo había perdido, acerca de la

flecha, del dolor en su corazón y de su rabia contra Lyall por rehusarse a buscarlo.

¿Se habría sentido mejor sabiendo que lo habían encontrado, sólo para enterarse de que había muerto después?

Alastair había pasado su vida protegiendo a su hermana, y este instinto no había menguado. No le daría la oportunidad de hacer que lamentara la pérdida de Fergus otra vez. Hasta saber si el perro había muerto o si aún vivía, no quería decirle que lo habían encontrado, particularmente, porque el monje dudaba que se salvaría.

—Jura que me ayudarás. —dijo.

—Cabalgaremos a la abadía. —asintió.

—¿Y traerás la prueba a la fortaleza del barón? —dijo Glenna, más ordenando que preguntando.

—Sí. Te traeremos tu prueba.

Lanzó los brazos en sus hombros como solía hacerlo, cubriendo sus mejillas barbadas con tontos besos. —Te bendigo, Alastair, mi querido hermano. Sé que no me fallarás. Nunca lo has hecho.

Él le besó la frente y retrocedió un paso, sintiéndose de repente más alto, y aún su hermano. —Ven, El, debemos ayudar a probar que nuestra hermana está casada con aquel culo de caballo.

—¡Alastair! —dijo, pero se echó a reír.

—¿El culo de caballo con el que luchaste hombro a hombro? —dijo Elgin.

—Sí.

—¿El culo de caballo que salvó mi vida y la de nuestra hermana? Sonrió Elgin.

—Sí. El culo de caballo que comenzó todo este barullo. —Alastair palmoteaba el hombro de su hermano al marcharse.

Y la voz tranquila de Glenna les llegó de nuevo. —Recuerden que ese culo de caballo es su hermano. Debe encajar bien.

La posada donde se hallaban para pasar la noche, era demasiado pequeña para el contingente de tropas de Ramsey que los escoltaba de vuelta a Rossie. Lyall yacía en un camastro de paja en el suelo del bar, rodeado de hombres dormidos. Su padrastro no daría oportunidad de perder a Glenna.

Pese a que, hallándose aún en Kinneswood, Ramsey había mandado buscar más hombres desde posiciones cercanas poco después de que dejase a Frasyr y su fortaleza bajo guardia con dos de sus caballeros más leales y sus respectivas tropas, suficientes como para resistir un asedio en un castillo rodeado de tierra, mucho más en Kinnesswood, con su posición en medio del lago. Ni siquiera Argyil osaría tratar de liberar a su primo.

La noche se hacía larga; Lyall cruzó las manos detrás de su cabeza y contempló las vigas oscuras del techo, escuchando los ronquidos de los hombres. Captó un movimiento por el rabillo del ojo y le levantó ligeramente para observar. Los guardias permanecían quietos apostados en la puerta. Uno recostado del quicio y el otro balanceaba su peso de un pie al otro, con ojos vigilantes.

Volvió a acostarse. Había más hombres afuera. Su padrastro era minucioso. Otros vigilaban en las cocinas y en las escaleras que llevaban a los pisos superiores, donde Glenna se hallaba aislada, a salvo, y donde su padrastro pasaba la noche, probablemente soñando con maneras viles de castigarlo. La ira entre ellos y sus palabras lo perseguían.

—¡Dulce Madre María y José! —había dicho Ramsey colérico. —¡Ella está arruinada! Aún si encontramos la forma de anular esta unión, la has arruinado. ¿Qué has hecho? ¿Dónde tenías la cabeza, hombre? ¡Es la hija de un rey!

—Y yo, el hijo de un traidor.

—No he dicho eso.

—No necesitas decirlo. —Lyall sabía lo que era.

La mirada penetrante de su padrastro casi era más de lo que podía soportar, sabiendo que Ramsey, su mentor y más que eso, era un hombre de honor y su palabra era su vida, algo en lo que Lyall casi había creído en tiempos pasados y felices, cuando era un chico ingenuo, cuando pensaba que era posible vivir bajo su nombre. —Cabalgué durante días delante de ti. —respondió Lyall sin emoción. —Y convencí a Glenna y a sus hermanos de que yo eras tú y que debía llevar a cabo tu misión. Fue sencillo tomar tus armas y uno de tus escudos de tu armería, y el mensaje con las órdenes del rey que te envió Sutherland como prueba.

—Sé lo que hiciste. Pero quisiera saber por qué. —hizo una pausa y habló con menos rencor. —No puedo creer que fuese sólo por Dunkelden. Dime, hijo.

Pero Lyall sabía que no era hijo de Ramsey. El nombre de Ramsey no llevaba vergüenza. Apenas pudo permanecer de pie, con la monstruosa ola de amargura que le embargó, batallando con la pena que cargaba en un lugar frío, negro e inexpugnable donde la esperanza había vivido y respirado en su interior, hacía mucho, mucho tiempo. Pasó un rato y su padrastro esperaba. —¿Qué importa? —dijo Lyall fríamente. —Ninguno de los dos puede cambiar lo que hice.

—No me gusta tu tono.

No puedo hablar y esconder lo que siento. Así que permaneció ante su padrastro, impassible y tranquilo, rehusándose a hablar de nuevo, porque no había nada que decir, y hablar de su corazón no era una opción. No podía defenderse.

Aún ahora, recostado en medio de la noche, pensativo entre los hombres de Ramsey, las palabras y la razón se le escapaban, hasta el sueño le eludía. Contempló el techo. Las brasas en el fuego menguante tornaban todo de rojo como representando el infierno. Cerca de él, un hombre suspiró y se movió y otro bufó y masculló una maldición antes de quedarse quieto. El fuego chascó y explotó... en larga caída. Otra vez algo destelló en su periferia y miró la ventana a un lado, donde la cabeza de Glenna se asomó de repente apenas durante un latido antes de desaparecer.

¿Qué era esto? ¿Cómo había logrado salir??

Estaba de pie y fingiendo ebriedad, trastabilló hacia la puerta. Abrazando la pared con una mano y bajando la cabeza gruñó. —Tengo que orinar.

El guardia lo dejó pasar, y pocos pasos más allá, la encontró saludando con la mano acurrucada tras unos barriles bajo la ventana. Él se sentó en cuclillas. —¿Qué estás haciendo? —susurró—. ¿Cómo saliste de la habitación?

—¡Silencio! Aquí no. —lo tomó de la mano y lo haló hacia abajo, al percibir voces más allá y detrás de la posada.

Ella estaba tan loca como él.

Se acurrucaron juntos detrás de grandes barriles con sus cuerpos muy cerca y quietos, sus senos descansaban en su pecho y sus respiraciones eran tan superficiales que parecían retener el aliento. Algunos de los guardias de Ramsey cruzaron el sendero cerca de la cocina trasera de la posada crujendo sus botas en la roca, murmurando, hasta que uno de ellos rio quedamente.

Glenna se hallaba quieta como una piedra y el corazón de Lyall golpeteaba en su oído. Los hombres circundaron los barriles hacia el frente de la posada y

se detuvieron en la esquina para hablar. Él sabía que había hombres durmiendo afuera, y otros en los establos. *¡Cuán tonto era esto!*

Con el tiempo, ¿cien latidos? ¿mil? Los hombres desaparecieron.

—Rápido. —susurró Glenna y se paró, forzándolo a seguirla hacia el lado este del cobertizo de la cocina, donde lo empujó hacia abajo por una puerta hasta una sala fría cavada en la tierra. El aroma de carne en escabeche, lácteos y cebollas llenaron su nariz y la temperatura descendió como si estuviesen en pleno invierno. Cerró la puerta tras él y se lanzó en sus brazos diciendo. — Bésame.

Él tomó sus muñecas con firmeza y las quitó de alrededor de su cuello, apartándola de él. —Estamos rodeados de guardias.

Ella sonrió y se mordió el labio admitiendo con un brillo malvado en sus ojos. —Lo sé. Y la idea de lo que estamos a punto de hacer, lo hace aún más emocionante, ¿no lo crees?

Su mente se llenó con imágenes de ellos haciendo el amor contra la pared, pese a que había guardias caminando, apostados en las puertas y durmiendo ruidosamente sobre sus cabezas sin darse cuenta.

Lyall gimió su nombre.

—No hagas que el gran riesgo que corrí sea por nada. Bésame, Lyall. Quiero que me beses.

Regresó a la realidad, tomó una bocanada de aire y dijo simplemente. — Primero, quiero que me respondas, ¿cómo saliste?

—Maggie. —hizo una pausa. Cuando apenas iba a preguntar ¿quién? añadió: —La criada. Le conté la horrible y larga historia de cómo nos mantenían alejados nuestros crueles padres. Es terriblemente solidaria.

Él meneó la cabeza y sólo imaginaba las vívidas palabras de ella acerca de su grande y tribulada historia romántica. —Imagino que, con tu lengua elocuente, se solidarizó. —Pensó que era más probable que hubiera roto a llorar.

—Me mostró una escalera de caracol escondida que lleva desde mi habitación justo hasta encima de nosotros. —Dijo señalando el techo sucio. — Ahora, te besaré con esta lengua locuaz.

—Glenna...

Posó sus manos en el pecho y lo acarició murmurando su nombre. —Lyall.

Bajando su mirada, veía su perdición, ella lo contemplaba soñadora, aún inocente y todavía seductora. Su corazón claramente le pertenecía y ella comprendió el poder que tenía —él le había enseñado bien. Era toda ojos

oscuros que brillaban y le llamaban como lo hacían las estrellas sobre el río Tay, con pestañas largas, puntas negras como piel de marta, labios húmedos y dulces como la carne de una ciruela madura al final del verano. No había nada en el mundo que deseara más... y se maravilló ante el Dios cuya mano gobernaba el destino de los hombres.

Un hombre fuerte y honorable habría padecido alejándose de ella cuando le rogaba exactamente lo que él deseaba... y más, cuando se ofrecía a él tan presta, tan fácil. ¿Acaso algo que él deseaba en su vida de traiciones y tormentos podría ser suyo tan fácilmente?

El cuerpo de ella contra el suyo, toda suavidad, toda mujer, tan distinto al de él, la llenura de los senos en sus manos, la forma en que se apretaban las puntas cuando posaba sus pulgares sobre ellos, las palmas posadas en su pecho, tan caliente era su tacto que él tuvo el insano pensamiento de que podía sentir la tentación de Eva en el roce de sus dedos.

Deslizó las manos hacia abajo para presionar la suavidad de sus nalgas y atraerla hacia sí. Su boca y su lengua asolaban la de ella y la empujó contra la pared, alzándola con las caderas entre sus piernas. Las manos se movían encima del otro. El sudor comenzaba en su frente y bajaba por su espalda a pesar de la temperatura fría de la habitación. Se hallaba en llamas por ella, quemándose ardientemente desde dentro hacia afuera.

—Tómame, Lyall, tómame y estaremos casados de verdad. El voto que pronuncié antes, cuando juré al barón que nos habíamos amado, ya no será una mentira.

Desde algún lugar lejano, captó las palabras y su significado. Las acusaciones de su padrastro volvieron a la carga claramente disparadas a su oído. ¡*La has arruinado!* El pensamiento fue como ser empapado con un balde de nieve derretida. Se alejó tratando de ganar el control de algún modo. El aire que necesitaba había desaparecido y jadeante, buscaba el aliento requerido para enfriarse, otro balde de agua fría. Su cuerpo le palpitaba desde el miembro a la cabeza.

—¿Lyall?

Alzó una mano para advertirle, y la otra apretada en un puño queriendo golpear la pared con fuerza. La habilidad de hablar se le escapó. No se movía. No podía mirarla. De algún modo tenía que hacerlo. —Márchate.

—No. No lo haré.

—¡Dije que te marches! —susurró enfrentándola con una ira apenas controlada.

No retrocedió, pero se hallaba temblando.

—Ve. —carraspeó quedamente empujándola hacia la puerta. —¡Ve! ¡Fuera! Te juro por todo lo que es sagrado en este mundo, Glenna, que llamaré a los guardias si no te marchas ahora.

Ella meneó la cabeza.

La levantó y ella luchó en silencio, pateándolo y golpeándolo con los puños. Se conectó con sus ojos cuando la empujó hacia afuera, cerró la puerta, y recostado sintió cómo ella daba puñetazos del otro lado. A través de la puerta, escupió su nombre como una maldición vil, deseándole una eternidad en el infierno.

Él ya se hallaba allí. Su espalda bloqueaba la puerta y permaneció de ese modo, respirando con dificultad con manos temblorosas, apretando los ojos y contrayendo sus dientes. Luchaba contra ella; luchaba contra sí mismo; peleaba, mientras el último parpadeo de esperanza —de que su vida no estaba perdida— moría dentro de él.

Capítulo Veintiocho

Las sombras se alargaban mientras cabalgaban sobre la cresta alcanzando la cima de otra colina y atravesado el exuberante bosque hasta el punto en que el Barón Ramsey refrenó las riendas. Glenna no había visto a Lyall desde aquella mañana en la posada, cuando eligió cabalgar en la retaguardia junto a la tropa. Sus ojos se encontraron una vez, lo suficiente para conocer lo que ya sabía — que él se hallaba lejos de renunciar a ella y ella se hallaba aún más lejos de renunciar a él. El barón era amable y ella sabía que él notaba su infelicidad por la distancia que Lyall había puesto entre ellos.

Al detenerse, el palafrén de uno de los caballeros mordisqueó a Skye y retrocedió, casi tirando al hombre de espaldas con maldiciones sonoras volando en el aire. Los hombres cerraron filas a su alrededor cuando Skye daba pasos al costado incómoda, forzando a Glenna a controlarla con rapidez o a ser lanzada al suelo. Conocía bien a los caballos, habiendo montado desde los tres años, y conocía a Skye aún más. Cuando la elegante yegua de estirpe se calmó con facilidad, algunos de los hombres murmuraron con apreciación. Glenna se acomodó en la silla con el sonido del crujir del cuero, y el barón se inclinó señalando hacia el valle. —He allí nuestro destino.

Siguió su mirada y experimentó la primera imagen del castillo Rossie. Se quedó sin aliento ante la inmensa impresión y la realidad de esto la aterrorizó a muerte.

Construido en un valle fértil y opulento y esparcido en la envergadura de una gran ciudad amurallada, el asiento del poder de la baronía de Montrose era una estructura de piedra enorme con torres en cada esquina y gruesas murallas exteriores que se tornaban rosáceas con la puesta del sol. El río cercano era ancho y turbulento a veces; serpenteaba a lo largo del borde sur del castillo, resplandeciendo como una anguila plateada, abriéndose paso sinuoso a través de ricas granjas que moteaban los llanos orientales, y más allá, se hallaban las aguas azules del gran estuario.

Al cabalgar el contingente por la cañada, las murallas de Rossie se avvicinaban y crecía el miedo de Glenna. Se sentaba tiesa y rígida con los ojos dirigidos hacia adelante mientras los pensamientos locos y las imágenes volaban en su cabeza. La madre y la hermana de Lyall se hallaban dentro de la

fortaleza. Ellas serían las primeras mujeres que sería forzada a enfrentar en su nueva vida.

Tienes hermanas.

He allí la verdadera maldición: más mujeres que tendría que enfrentar. Cerró los ojos y apretó las riendas hasta que los nudillos se volvieron blancos. No soportaba pensar en sus hermanas desconocidas, mujeres de su misma sangre que jamás existieron en su anterior mundo, e imaginar quiénes eran y cómo la verían a ella, era suficiente para hacerla huir con su cabello en llamas. Ella había sido criada con hombres. Las hermanas eran tan extrañas a ella como lo era un padre rey.

Pero ahora, ante ella, debía confrontar a las dos mujeres más importantes en la vida de Lyall. Y la juzgarían. Era lo que los extraños hacían. Tendrían expectativas y a la primera mirada, se formarían sus opiniones.

La luz del sol menguaba con rapidez y la noche descendía, pero no lo suficientemente rápida o lo suficientemente oscura como para esconder quien era.

Las mujeres dentro de aquella fortaleza estarían erguidas allí, con sus bellos trajes, sus cabellos arreglados y sus manos suaves y libres de callos, pálidas, con sus practicados modales y sus estatus naturales, mirando por debajo de sus nobles narices a la imagen de ella, con su cabello enmarañado, manos trabajadoras y ropas de campesina.

La carne fría y el pan que había comido más temprano, ahora rodaban en su barriga, haciéndola tener arcadas en los matorrales, pero presionó una mano bajo sus costillas y buscó alguna forma de valor. El orgullo era su única ventaja y el escudo contra las expectativas que ciertamente enfrentaría... y que, de seguro, fallaría en alcanzar.

Rodeada por más de cien hombres y por el Barón Montrose, cabalgó hasta el perímetro del castillo sintiéndose completamente sola. Una llamada del guardia encima de la caseta de la puerta, hizo que las pesadas verjas levadizas se alzaran como una sonrisa de hierro al sonido de cadenas, maniobras y de los estrépitos vacíos de cascos de caballos en el puente levadizo. Galoparon dentro de las murallas exteriores, pasando a los aldeanos de Rossie, quienes observaban o se erguían serenos al borde de un jardín con el azadón en la mano y sus ojos en ella, mientras otros se apuraban a salir de sus chozas para saludar al barón en su gran caballo, cabalgando con pendones volando a su lado y la extraña mujer con él. Ella se sentó aún más rígida, tratando de no mostrar sus miedos y sus debilidades a todos y a varios.

Dentro de las murallas había una villa entera con herreros trabajando en las forjas y martillando hierro rojo candente, trabajadores en cobertizos de edificaciones anexas, animales emplumados junto a ovejas y cerdos, un palomar y enormes pozos de piedra donde se acarreaba agua o se cocinaba y se mezclaba en tinas para lavar la ropa, con linos colgando de cuerdas que se entrecruzaban desde postes pesados clavados en la tierra.

Glenna todavía sentía las curiosas miradas de la gente del barón, que le observaba al cabalgar, y a través de otra muralla gruesa, hasta el pabellón interior, donde muchos de los caballeros eran saludados alegremente por sus mujeres y niños. Detrás de las familias, se hallaban los cuartos de la gente a lo largo de las murallas y un establo envidiable, lo suficientemente grande como para albergar a todos los caballos y más, repleto de herreros y muchachos de cuadra, y la tropa refrenó las riendas antes de la gigante fortaleza. Una oleada de escuderos se apuró desde el patio y deambuló alrededor del caos de hombres desmontando, tomando riendas y órdenes de los caballeros de Montrose.

La respiración se petrificó en su pecho y sus manos agarraron con fuerza las riendas entre el barullo y la confusión de su llegada. Como si hubiese aparecido del aire delgado, Lyall se hallaba a su lado, lo que la sorprendió, ya que la había evitado todo el día. Parecía llenar el espacio, tan alto y dorado, con el último brillo del sol poniente tras él y arrojando ángulos y sombras a su rostro. Ella parpadeó y miró su rostro ilegible al pararse al lado de Skye, con las manos alzadas para ayudarla a bajar de la montura.

Las palabras ‘¿por qué ahora?’ se hallaban en la punta de la lengua, pero un sonido desvió su atención hacia las enormes puertas de la fortaleza, que se abrían con lentitud. *¡Oh su señoría!* Cerró los ojos. Las mujeres...

Un extraño rugido sonó en sus oídos, como nada que hubiese escuchado antes, y su sangre pareció calentarse demasiado. Su visión de repente cambió y se nubló. Como si sus huesos se hubieran derretido, se deslizó de la silla y cayó en los fuertes brazos de Lyall, que la atraparon, luego escuchó el tono preocupado de su voz cuando dijo su nombre, pero sonaba como si viniera del eco de una cueva, y el mundo entero se volvió negro.

Al sonido de los gritos de su padrastro, Lyall corrió hacia las puertas abiertas del gran salón con Glenna inconsciente en sus brazos, y casi pisoteó a su

hermana. —¡Mairi!

—¿Esta es la hija del rey? —susurró Mairi con palabras apuradas de preocupación. —Mi Señor en el cielo, Lyall, ¿qué le has hecho?

Cientos de respuestas llegaron a sus labios, pero ninguna era buena. —De todo. —dijo calmadamente.

Pero su hermana no debió escucharle porque lo haló del brazo y dijo. —Ven, rápido.

La siguió escaleras arriba y dentro de su habitación mientras llamaba a su criada. —Recuéstala... con cuidado. ¡Aida! Aquí estás. Manda a alguien a que traiga vino aguado y mi bolsa de hierbas allí en el cofre. Los limones, sí. Trae algunos limones que milord acaba de recibir de Amalfi. —Se paró en el centro de la habitación, ceñuda. —Déjame pensar...

Lyall se enderezó contemplando la blancura en la piel pálida de Glenna, sintiéndose incómodo e incapaz de pensar con claridad. Escuchó las palabras de su hermana, pero no le importaba lo que decía. Se hundió en sus rodillas al lado de la cama y tocó el rostro de Glenna con su mano. Su piel estaba húmeda y fría.

Con un aguamanil lleno de agua acunado en su brazo, Mairi le apartó, pero él tomó una toalla empapada y se colocó frente a ella. —Yo lo haré.

—Deberías marcharte.

—Quizá debería, pero no lo haré. ¿Glenna? ¿Amor mío? —utilizó la toalla para limpiar su rostro y frente.

—¿Qué sucedió? Dios, Lyall, ¿qué más le has hecho?

Él se paralizó, consciente de que su hermana estaba furiosa y que lo culpaba. Sus creencias estaban bien fundadas. —Ella se desvaneció. Yo solamente tuve la previsión de estar parado allí para atraparla. —Miró el cabello sudado de Mairi, halado hacia atrás por su trenza y colgando alrededor de su rostro ruborizado y del viejo vestido de lana de campesina con mangas emparchadas, cubierto con un delantal de cuero manchado. —Quizá la perspectiva de conocerte la aterrorizó.

Mairi pasó una mano por su frente semiconsciente. —¡Estaba elaborando velas, Lyall Robertson! Más que la perspectiva de ser manipulada tan libremente a los caprichos de Huchon De Hay. ¡Y no seas tan cabezón! —bajó su voz y susurró. —¿cómo pudiste secuestrar a la hija del rey?

—Ella no sabía que estaba siendo secuestrada. —dijo con frivolidad. —Creyó que la llevaba con su padre. ¡Ay! ¡Por la sangre del diablo! Tienes nudillos huesudos.

—¿Nudillos? Debería machacarte los nudillos con un mayal, abrirlos y esperar que algo de sentido común te entre. ¿Se la entregaste a *De Hay*?

—Y a tu antiguo pretendiente, Collin Frasyr.

—No, Lyall. Me importa un bledo Frasyr y bien lo sabes. Además, tiene lazos de sangre con su primo, así que, si estaba envuelto, no me sorprende. Dudo que hiciera daño a alguna mujer, pero, ¿De Hay? Él es cruel. ¿Por qué lo hiciste? Dime.

—Eres mujer. No comprendes lo que estaba en juego.

—Lo que no comprendo es la estupidez. Te imaginas como parte de cierta hermandad incomprendida por simples mujeres cuyas mentes se desperdician con cosas tales como terciopelo y perlas.

Lyall no respondió.

—¿Que no puedo entender? Es lo que ustedes, los hombres, dicen cuando hacen algo que nosotras, las mujeres, sabemos que es descabellado. No me digas que no lo comprendo. Mi esposo era diplomático del propio rey. ¿Crees que no hablábamos acerca de las cosas? ¿Crees que no valoraba mis pensamientos? ¿Mis opiniones? Eres un tonto, hermano. Y comprendo con demasiada claridad que no tienes excusa para lo que has hecho.

—Dunkelden...

—¡El maldito Dunkelden! ¡Lo maldigo hasta el infierno y de regreso! Lo maldigo hasta el infierno al que te ha llevado, Lyall Robertson. Estuvimos lejos todos esos años y tú todavía no puedes dejarlo atrás. Eres mi hermano y te amo, pero has cometido un grave error, deberías sentir culpa por los eventos que salieron de tu control y la idea insensata de que Dunkelden es más que antiguas ruinas calcinadas ¡ruinas que te han arruinado a ti mismo! Lo han hecho. —Apartó su mirada y meneó la cabeza con disgusto y frustración.

Cuando le volvió a mirar, posó la mano en su brazo. —¿No lo ves? Esto no es un mero deporte, una juerga. No es un matrimonio erróneo, el anzuelo para atarte al hombre que poseía las tierras de nuestro padre, o un casamiento con una pobre muchacha que se hallaba lejos de desearlo. Dunkelden te ha llevado demasiado lejos esta vez. Te llevó a la traición. Entregaste a la hija del rey a sus enemigos. Podrías perder tu título de caballero. Tu nombre podría ser registrado, Lyall. Podrías ser encarcelado o colgado. —Había lágrimas en su voz al decir. —¿No aprendiste nada de lo que le sucedió a nuestro padre?

—¿Cómo podría olvidarlo? Llevo su nombre... no tú. Tú te casaste con Robert. Madre se casó con Ramsey. Solo yo... —palmeó su pecho con ira.

—... solo yo llevo su nombre y su vergüenza.

—¡Mama! ¡Mamá! —entraron los niños corriendo.

—Muchachos, tranquilos. ¿qué hacen aquí? Oh, ¿dónde está el aya? —
Mairi corrió hacia la puerta de la cámara y llamó a la criada.

Los sobrinos lo detectaron y gritaron su nombre más fuerte que el llamador de un torneo normando y de repente, tenía niños en todo su alrededor.

—¿Mamá? ¿Esta es la gran dama? —llegaba la voz del niño desde muy lejos.
¿Dónde estoy? La cabeza de Glenna se hallaba nublada.

—Sí, Duncan. —La mujer que respondió lo hizo tan amable, con un tono suave y rítmico.

—¿Cómo se llama?

—Lady Glenna.

—¿Por qué se halla en cama? —Preguntó otro, cuya voz era más aguda y con el ligero sigmatismo de un niño que todavía aprendía a pronunciar las palabras.

—¡Está muerta, Gregor! —Chilló otro con un tono maléfico y burlón, antes de bajar la voz ominosamente y decir. —Fue envenenada por la vil bruja oscura que vive en el bosque y se alimenta de muchachos tontos de cabello rojo y los detecta antes de hervirlos en aceite.

—No hay brujas en el bosque. ¡Mientes! —Pero la voz del pobre Gregor sonaba dubitativa y como si fuese a romper en llanto.

—¿Por qué no se despierta? —preguntó Duncan.

—Lo hará.

¿Lyll?

Un dedo pequeño abrió su párpado y se sorprendió al hallarse de repente contemplando a un chico de cabello rojo brillante sin dientes frontales. —
Hola. —Su rostro pecoso entornó los ojos y quitó el dedo de su párpado. —
¿Estás muerta, miladi?

Glenna abrió ambos ojos.

—¡Mamá! Se despertó. —gritó. —¡Lady Glenna se despertó!

—¡Glenna! —Lyll se arrodilló al lado de la cama con la mano de ella en la suya. Su rostro estaba cubierto del polvo del camino, que embadurnaba sus labios y mandíbula, y tenía el cabello pegado a la cabeza por el yelmo. Sin

embargo, se hallaba tan cerca, se veía contrito y preocupado en demasía, ceñudo y con los ojos rojos y húmedos.

¿Acaso era este, el mismo hombre que la había alejado la noche anterior e ignorado todo el día?

Extendió el brazo para quitar cariñosamente la tela de su frente y ella alzó la mano y le asió fuerte la muñeca. Miró su mano ceñudo.

Agarró la toalla húmeda y lo golpeó con ésta.

—¡Oh! ¿Viste, mamá? ¡Golpeó al tío Lyall! —El chico mayor la señalaba brincando de arriba abajo.

—No tendrá dulces durante todo un día. —dijo Duncan seriamente.

El aya de los niños entró en la habitación pareciendo preocupada y malhumorada. —Lo siento, miladi. Ellos escaparon. Vengan, muchachos. Se suponía que no debían salir de las cocinas. —La mujer les echaba hacia la puerta. —Ahora, a marchar. Apúrense.

Las voces de los niños menguaron al correr por el pasillo y la habitación se quedó repentinamente en silencio. Lyall miró a Glenna y le dijo. —¿A qué vino esto?

—He de decírtelo, gustosamente. ¿Me despierto contigo arrodillado a mi lado? Esto está lejos de la cola del contingente, ¿no es así? Me evitaste todo el día. —Bajó la voz y dijo. —espero que hayas comido suficiente polvo para atragantarte. Ahora, de repente, ¿eliges estar a mi lado todo preocupado? —rio agudamente. —Eres un cerdo, Lyall.

—No tiene sentido, mujer. No te enojés... no me culpaste cuando te entregué a los enemigos de tu padre, que te encerraron en una torre...

—¿La encerraron en una torre? —interrumpió la mujer parada tras él, sólo una voz, tras el cuerpo grande y de hombros anchos de Lyall.

Glenna trató de inclinarse lo suficiente para verla, pero no pudo.

—Sí. —dijo Lyall rápidamente. —lo cual no te afectó, aparentemente. ¿Y todavía me miras y me golpeas con una toalla por no cabalgar a tu lado?

—No... —Glenna se alzó sobre un codo y escupió. —¡Por lo de anoche! —Ella lo azotó con la toalla dos veces más, pero a la tercera, él la agarró en medio del aire y se la quitó de las manos.

—Quizá es la razón por la que decidí cabalgar en la retaguardia... miladi. —dijo con sarcasmo y se incorporó dejando caer la toalla calmadamente sobre el aguamanil en la cama.

—Cobarde. —dijo con un desdén apenas controlado.

—Exactamente. —Lyll forzó una mirada de hielo sin humor. —Jamás he afirmado ser otra cosa. —Y con aquello, se inclinó con rigidez y se marchó a pasos largos de la habitación.

Capítulo Veintinueve

Corre. ¡Lárgate! ¡No me importa! Glenna miró con furia la puerta completamente abierta, notó que tenía los puños apretados y se relajó. Miró hacia abajo, rodeada de pieles exuberantes y delgadas sábanas finas sobre una enorme cama suave, y cientos de velas que iluminaban la habitación por doquier. Recordó que no se hallaba sola. También, en el centro de la opulenta cámara, había otra mujer. ¿Sería la hermana de Lyall?

Intercambiaron una extraña mirada de sorpresa, repentinamente a solas, dos extrañas juntas; entonces la joven se echó a reír. —Oh, ¡qué adorable eres!

Tenía los más adorables cabellos dorados rojizos, no el dorado de Lyall, sino más rojo, como el extraño dorado rosáceo de las pulseras amartilladas bizantinas que Glenna había visto en el puesto de un mercado una vez, y que no se atrevió a robar. Pero aquellas hebras de cabello le caían sobre el rostro y hombros, no tan distintas de su propia mopa tumbada por el viento.

¿Dónde estaba el vestido de terciopelo? ¿Dónde estaban las joyas? ¿Dónde, la mirada petulante que Glenna había esperado? Con excepción de su piel suave y clara y sus nobles rasgos, la hermana de Lyall parecía una esposa dedicada a los quehaceres de casa al final de un largo y arduo día. Glenna estaba sorprendida en silencio.

—¡Había estado deseando golpear a mi hermano con más que una toalla húmeda! —dijo Mairi, todavía riendo.

—Sí. Pobrecilla. Realmente. —Glenna meneó la cabeza mirando a la puerta. —He estado con él por pocos días, y aún no puedo imaginar las pruebas que tuviste que pasar al crecer con él.

—¡Oh! —carraspeó Mairi, para luego echarse a reír con un sonido que recordaba al ronquido de un puerco y llevándose las manos al rostro, que se hallaba de un rojo brillante. Su risa nerviosa y su bochorno eran contagiosos y Glenna rio también, cambiando completamente de parecer ante la adorable Mairi y sus modos abiertos y desaliñados, lejos de la melindrosa mujer noble que imaginó.

La joven recorrió la distancia que las separaba y e hizo una ligera reverencia —recibida por Glenna con un gesto extraño de incomodidad— agarrando su oscuro delantal de cuero manchado y el basto vestido de lana gris que llevaba puesto, con las mangas rotas y moteadas con trozos de cera y

salpicadas de aceite. —Lady Glenna, soy Mairi Grey, hermana de Lyall, viuda de mi querido Lord Robert Gray, y madre de aquellos muchachos granujas que te estuvieron molestando.

—No me molestaron, Lady Mairi.

Mairi meneó la cabeza. —Escucha. No estamos en la corte. —Dijo Mairi tomándola de las manos y para sorpresa y alivio de Glenna, sintió tantos callos como ella tenía en sus propias palmas. —Hemos de ser amigas, creo yo, Glenna.

—Más aún. Hermanas. —admitió Glenna tranquilamente.

—¿Hermanas? —preguntó Mairi ceñuda y luego abriendo los ojos. —¿Lyall y tú?

Glenna asintió.

—¡Oh! ¡Madre María y José!

Glenna hizo una mueca de dolor, teniendo, repentinamente, otros pensamientos acerca de escupir la verdad —¿la mentira?— tan rápido.

—No pueden estar casados.

—Sí. —Mientras más personas se enterasen, decidió Glenna, mientras más lo dijese, más asegurado estaría el lazo entre ellos y sería más difícil para Lyall alejarse de ella, y quizá, más difícil sería para su padre o sus consejeros disolver el matrimonio. No tenía otra opción, más que luchar por Lyall, aunque no se hallara complacida con él en aquel momento, pues aún no se convencía de cuánto la necesitaba aquel hombre cabeza dura, hermoso y terco.

—Pero tú eres de sangre real.

—Eso me dicen. —Glenna frunció el ceño y bajó la mirada a su ropa lastimera, y se encogió de hombros. —No lo parezco para nada.

—Oh, no debes preocuparte. —dijo Mairi llevando la mano al aire como si la noticia no significase nada. —Tengo trajes para ti, rollos de tela y más.

¿Trajes? El corazón de Glenna se aligeró. ¿Trajes?

—Mi madre y yo, junto a otras mujeres, hemos estado cosiendo día y noche.

—¿Qué clase de trajes? —Susurró Glenna, casi temerosa de creer las palabras que había escuchado, temerosa de preguntar, y pensando en su precioso terciopelo verde, demasiado grande y que colgaba de sus hombros hasta el andrajoso dobladillo cortado a cuchillo, enrollado apretadamente en su fardo con las botas rojas de cuero demasiado largas. ¿Acaso podría tener dos trajes? ¿Tres, quizá? ¿Podría alguno ser de seda? De pensarlo, apenas respiraba.

Mairi no debió escucharla, pues continuó dando pasos por la alfombra gruesa en el centro de la habitación, luego se detuvo y dijo. —¿Cómo puedes estar casada? Tu matrimonio debe tener la aprobación del rey y ser atestiguado.

—Pronunciamos los votos. Nos juramos el uno al otro.

—¿Hicieron el contrato de casamiento? Lyall debería ser azotado con algo más que una toalla. No importa. No necesitas estar casada. Un contrato no puede ser vinculante. No eres granjera, ni mujer libre. Eres una Canmore. Cualquier declaración de marido y mujer de seguro debe ser atestiguada para que tenga legitimidad.

Glenna comenzó a decirle que había un documento que lo atestiguaba, pero mordió su lengua. Mejor era guardarse esa prueba para sí.

Mairi la enfrentó ceñuda. —No puedo creer que Lyall se halle atrapado en otra unión complicada.

Al principio, Glenna se sintió profundamente herida para luego preguntar. —¿Otra?

—Sí. ¿No te contó acerca de Isobel?

Glenna meneó la cabeza. —Sí me dijo una vez que su esposa había muerto.

Mairi se sentó en la cama a su lado con expresión seria. —Fueron momentos muy, muy terribles, y una desdichada pareja, pero Lyall se hallaba en su gran cruzada por recuperar Dunkelden. ¿Sabes acerca de Dunkelden?.

—Estuve allí, pero no supe su significado. Encontré a tu hermano parado al pie de las tumbas de tu hermano y de tu padre. Tuve que presionar para averiguar algo. Él no quería hablar de eso y no continué presionando por el profundo dolor que llevaba en sus ojos al estar allí.

Mairi asintió con la cabeza. —Esa es una historia para otra noche. Es suficiente saber que nuestro padre fue declarado traidor días después de su muerte, y que Dunkelden fue quemada hasta los cimientos. Nuestro hermano mayor murió aquel día y a nuestra madre le quedaron cicatrices por las quemadas que sufrió. Las tierras nos fueron arrebatadas. Éramos muy jóvenes. Fue muchos años después, cuando Lyall se aproximó a Huchon De Hay, quien tenía una única hija, Isobel, cuya dote eran algunas tierras, incluyendo las de Dunkelden, que nuestra familia había perdido. Nuestro padrastro trató de hacer entrar en razón a Lyall, pero fue en vano. Su decisión estaba tomada, así que la familia le apoyó.

—Isobel De Hay fue criada y acogida en un convento y no era la pareja adecuada para mi hermano. Ella era tan frágil como hilo de azúcar y

demasiado sensible. —añadió Mairi en una irónica idea adicional. —Yo creo que ella siempre soñó con convertirse en monja y casarse con su Dios, pero su padre jamás lo habría permitido. Era demasiado valiosa su negociación. La sangre que ataba a Lyall con Ramsey y con la baronía de Montrose, y siendo nuestro padrastró amigo cercano y consejero del rey, era demasiado tentador para De Hay.

La valiosa negociación de una hija. Era algo que Glenna comprendía y experimentó un instante de profunda simpatía por Isobel De Hay.

—Isobel era ingenua, y después de comprometerse, se expuso a cotilleos, mentiras y manipulaciones de otros, llenos de corazones duros y celos. Mi hermano había tenido gran éxito en los torneos. Se había vuelto tan rico como Creso por los premios y bolsas y estaba adquiriendo respeto por el nombre de Robertson —deseaba tanto derrotar todo aquello que había deslustrado nuestro nombre— y era de esperar que, en algún momento, nuestro padrastró le nombrase heredero de su baronía.

Pero Lyall, a menudo, se guardaba todo para sí. No confiaba mucho en nadie, a excepción de mi esposo, y por un tiempo, de otro caballero experimentado a quien sólo vi unas pocas veces, Sir Ellar de Herth. Con demasiada frecuencia se encontraba sin amigos cercanos que le apoyasen, y en aquellos momentos de su boda, no fue diferente. Isobel era una imbécil que escuchaba el cotilleo. La noche antes de la boda, cuando el castillo de De Hay se hallaba pleno de invitados a la boda, ella gemía e imploraba a su padre que él la había traicionado, que él la había avergonzado por darla al hijo de un traidor. Lyall la escuchó. Todos lo hicimos.

Glenna cerró los ojos. Imaginaba lo que aquello le habría hecho a él.

—El llanto era espantoso. Yo quería amordazarla. A la mañana siguiente, se casaron, pero poco más tarde, mientras transcurrían las celebraciones, ella se fue a hurtadillas. Lyall fue quien encontró su cuerpo al pie de la torre, muerta y rota. —Una mirada turbada vino al rostro expresivo de Mairi y palideció. —Únicamente he visto aquella mirada en el rostro de mi hermano otra vez, en otro tiempo, y yo era demasiado joven. De aquella misma manera se veía Lyall cuando enterró a Malcolm y nos marchamos de Dunkelden.

Glenna quería saber qué les había ocurrido, pero pudo advertir que el contar su historia era muy doloroso para la hermana de Lyall.

—Por ley, las tierras de la dote permanecieron con De Hay porque no habían consumado el matrimonio.

—¿El compromiso no fue suficiente vínculo? —preguntó Glenna.

—No para las tierras de la dote. El compromiso era la promesa del contrato, pero el casamiento en sí y el acto de la consumación, aseguraban el hecho. A Lyall le dejaron más quebrado que a aquella pobre mujer triste y joven. No porque hubiera perdido las tierras, sino por lo que las palabras hicieron a su orgullo. Se culpó por su muerte y dijo que, de haberla tratado con mayor cariño, quizá no habría preferido caer hacia su muerte antes que hallarse casada con él. —Mairi meneó la cabeza. —Ella rompió hasta con el deseo de reclamar honor para su nombre, y el encontrar su cuerpo, pareció quebrar algo más.

—¿De qué modo? ¿Él cambió?

Mairi asintió. —Construyó un muro que ninguno de nosotros ha podido atravesar. Había sido cercano a Donnalld, el barón, quien fue un buen padre para ambos. Pero Lyall le bloqueó. Corría salvajemente y bebía y desaparecía durante días. Finalmente, regresó un día, pareciendo haber ido al infierno y regresado, despidió a sus escuderos y a sus hombres de armas, les encontró posiciones en otras casas, y con otros caballeros, y se marchó solo; ninguno de nosotros le pudo detener. Y, por lo que sé, jamás se presentó a otro torneo.

—¿A dónde fue?

Mairi frunció el ceño y se encogió de hombros. —Le vi sólo unas pocas veces antes del año pasado. Regresó cuando perdí a mi querido Robert — Lyall y él eran cercanos y habían servido juntos como pajes, y luego como escuderos de mi padrastro. Después de la muerte de Robert, Lyall permaneció en el palacete de Greystone con nosotros. Creo que él y mi padrastro pensaron que era mejor para los niños y para mí que no nos quedásemos sin familia cerca. Mis hijos lo adoran, y yo creo que después de algún tiempo, le hacían mucho bien. Hubo días en que pensé que quizá volvería a ser el mismo, pero entonces, De Hay lo contactó.

Glenna se hallaba tan quieta como Mairi, al aplicar el conocimiento a Lyall y sus modos y acciones. Mi Señor, ¿qué habrá pensado cuando entró apurado dentro de la torre en Kinneswood mientras ella saltaba?

La puerta se abrió y una criada joven de cara fresca entró. —¿Miladi?

—Aida. Oh, lo había olvidado.

—El baño que ordenó está listo, miladi.

—Y enfriándose, ¿mientras estoy aquí vociferando? —Mairi sonrió bufona a su criada. —Ya vamos. Perdóname, Glenna. Me olvidé que debes tener mayores comodidades.

Glenna pensó que la cama suave y las pieles sobre las que se sentaba representaban el más fino confort que había experimentado jamás.

—Hay comida esperándote y un baño en tu cámara. —Mairi extendió un brazo. —Ven. Velaremos por tus necesidades.

Glenna la siguió, pensativa, pero ya no tentativa y preguntándose si podría equivocarse tanto acerca de las personas en su futuro.

Las noches se enfriaban y el sol ya se ponía más temprano, señales del otoño, y el cambio de todas las cosas advertían el final del verano. Las lechuzas que volaban cruzando los cielos aterrizaban sobre los árboles cerca del río y llamaban a la luna. Pero en el interior de las murallas, las ranas ruidosas se habían marchado de los charcos durante las últimas semanas, tornando el aire silencioso y pacífico, con excepción del zumbido de los insectos. El aire era brusco, lo suficiente como para enfriar la tierra y humedecer la hierba del campo en la mañana y volverla plateada con el rocío del alba. La época del año para pensar en lo que había sucedido y en lo que vendría. Una época para cambiar con la estación.

Había un ligero viento cuando Ramsey abrió la gruesa puerta de roble de la muralla oriental y encontró a su hijastro recostado en la mampostería descansando los codos en el parapeto, con manos relajadas y rostro reflejado a la luz de la luna al contemplar los campos.

Si tan solo pudiera entrar en la cabeza de su hijastro y en sus pensamientos. Quizá entendería los demonios que le guiaron a cometer el peor de los errores y pretender que no le importaba. Lyall no era así de frívolo. El muchacho no lo había sido, y el hombre no podía serlo, aunque en aquel momento, aún se hallaba lo suficientemente furioso e indignado y listo a meter a golpes dentro de Lyall algo de sentido común.

Ramsey cerró la puerta y caminó a lo largo de la muralla. —Te he estado buscando.

—Y yo te he estado evitando. —Lyall se volvió y lo enfrentó, con esa actitud arrogante en cada matiz de su cuerpo.

Ello le enfureció, el cómo Lyall evitaba que alguien le ayudase, no a cambiar, sino a no continuar con esa amarga senda de auto destrucción hacia el infierno que él mismo se construía. Ramsey creía que la vida servía sus decepciones. Cómo lidiase uno con ellas, probaba la talla de un hombre. —

Eres un cabeza dura hijo de perra. —dijo Ramsey consciente de la rabia que se había hundido en las profundidades a donde había llegado su conversación.

—¿Piensas tan poco de mi madre? —preguntó Lyall.

—No, pienso tan poco de su hijo.

Sus crueles palabras dieron en el blanco. Lyall se mordió el labio y apretó sus mandíbulas. Ramsey se arrepintió de decir las palabras en el momento en que las pronunció. Aún no movía a su hijastro. Así que, su conversación fluía entre insultos y rabia, puntas y verdades escondidas tras comentarios sardónicos, loque significaba que debían parar de hablar entre ellos.

—Siento lo que dije. No es verdad. Mi rabia habla antes que mi cabeza. —Ramsey suspiró y pasó una mano por el rostro. —Estoy cansado de esta hostilidad entre nosotros, Lyall. Quiero comprenderte. Pero me detienes cada vez. ¿Dónde está el muchacho que me molestaba sin sentido, aquél determinado a probar su valía y su honor?

—Enterrado bajo una capa amarilla de deshonor. Irónico. ¿No es cierto? Me hallo a medio camino del fango negro de la deslealtad por el nombre de mi familia: traidor. La mala sangre engendra mala sangre.

—¿Dejarás que las palabras de una joven sin conocimiento de otra vida más que la de un convento defina quién eres?

—La vida tiene sus lecciones. Está la verdad de lo que la gente piensa, pero no dice. Es lo que me persigue, eso y mi nombre. El nombre de Robertson es como cargar estiércol en tu bota, excepto, que no se lava.

—Nunca he creído eso. —dijo Ramsey golpeando su corazón con el puño. —Aún estás aquí, hijo. A pesar de que todo lo haces de otro modo, creo en tu alma buena. No quisiera que estuvieses tan determinado a probar que me equivoco. —Ramsey hizo una pausa y añadió. —Pero no es por eso por lo que he venido.

—¿Entonces por qué? ¿Para decirme que no puedo estar casado con la hermosa primogénita Canmore?

—Supongo que también por eso. Pero deseo información. Quiero saber cómo supiste que me habían ordenado escoltar y proteger a Glenna.

Lyall se irguió ceñudo, claramente sorprendido con la pregunta. Su expresión cambió de sardónica a seria, señal de que quería hablar directo. —De Hay me lo dijo. Sabía acerca de las órdenes, los papeles y las cartas. Sabía de ella, dónde estaba. Yo no supe de su existencia hasta que él me llamó.

Ramsey temía aquello. Comenzó a caminar y tomó aliento. —Entonces, hay un traidor entre nosotros. Un espía de aquellos atados con De Hay a Somerled, alguien con cercano acceso a información, incluso a las conversaciones más secretas entre Sutherland y yo mismo. La existencia de las hijas del rey fue mantenida únicamente entre tres de nosotros y de aquellos que se les confió la protección de ellas por años. Pero ahora, la verdad surge de repente tras tantos años. Algo apesta.

—¿Y qué de los otros dos? —preguntó Lyall. —Sus hermanas, ¿Crees que están en peligro? De Hay fue quien me dijo que Glenna no era la única hija. Parecía tener mucha información.

—Uno es la tutelada del propio Sutherland, y estoy seguro de que está a salvo. La otra está en un convento. Ambas tienen protectores. Pero pensamos que trabajábamos sin que nadie lo sospechara, y enterarnos de que el conocimiento de su existencia se hallaba ya en manos de los enemigos del rey... —Ramsey meneó la cabeza. —Quién sabe lo que estará sucediendo mientras hablamos. Envié un mensaje a Sutherland, pero temo que sea demasiado tarde, que otros planes estén ya en movimiento. —Ramsey hizo otra pausa y miró a Lyall. —En un mundo perfecto, habría deseado que vinieras a mí, tras el llamado de De Hay.

Lyall permaneció en silencio, contemplando su mano.

—Podríamos haber trabajado juntos para engañarles y que creyesen que trabajabas para ellos y aún tener a Glenna a salvo. Pero entonces, todo era por Dunkelden.

—Al principio. Ahora las tierras no parecen tan importantes. Esto me ha sorprendido. —Lyall sonrió levemente. —Tengo las escrituras de las tierras y ya no me interesa.

¡Ah! Allí estaba la triste verdad. —Es como suceden las cosas con frecuencia, hijo. —Lo que vio en Lyall sólo infligía mayor dolor, dolor que Ramsey conoció durante demasiados años para contarlos. —Ella es la hija del rey. Está lejos de tu alcance, Lyall.

Su hijastro no dijo nada.

—¿La amas?

—Sí.

—Entonces, haz un sacrificio y aléjate de ella. Ningún bien puede venir de esto, sin importar lo que ya haya sucedido entre ustedes.

—Ella no está desflorada. Mintió. —admitió Lyall.

Ramsey se hallaba aliviado y sorprendido, pero lo enmascaró, todavía sumamente consciente de cuánto costó a Lyall admitirlo, y le dio esperanzas de que el hombre no estaba perdido. —Debes mantenerla así. Ella no es para que tú la tomes, sin importar dónde creas que tu corazón se halla. Con quién se casará, será la elección de su padre. Y él es mi señor y protegeré su derecho y el de su hija, aún de mi propio hijastro.

Intercambiaron una larga mirada, no distinta a la de dos perros, cada uno calibrando al otro. Lyall asintió.

—De ser ella cualquier otra, estaría feliz por ti. —dijo Ramsey.

—De ser ella cualquier otra, no habría razón para estar feliz. —Lyall no lo miró, sino que continuó contemplando algo, o nada.

—Ven, muchacho. Tu madre ha ordenado comida para nosotros.

—Necesito más aire. Aquí está tranquilo. —Rio agudamente. —Pensaba que este puesto era uno donde no tendría que responder por mis acciones.

—Siempre tenemos que responder por nuestras acciones, hijo. Nuestras elecciones pueden ayudarnos o perseguirnos.

—O perseguir a aquellos que fueron dejados atrás. —dijo Lyall intencionadamente. —Ve. Bajaré en breve.

Ramsey asintió y cruzó el camino de la muralla, pero hizo una pausa en la puerta, se volvió, miró a Lyall y no vio a su hijastro, sino al alto y dorado fantasma de su amigo más cercano.

—Esta es tu cámara mientras estés aquí. —dijo Mairi a Glenna siguiéndola hasta adentro, luego, permaneció con su espalda presionada contra la puerta.

—¿Glenna?

—¿Gustarme? ¡Su señoría! —Rio y enfrentó a Mairi. —Está muy lejos de la cabaña de dos salas con techo de hierba, construida en la falda de una colina en los confines de una isla remota.

Vigas gigantes de madera cruzaban los altos techos, y en el centro de la habitación, colgaba un candelabro circular de hierro, tan ancho como la mesa de caballete bien colgada hacia abajo por cadenas pesadas, atornilladas en las vigas. Cerca de una chimenea de piedra que colgaba hacia arriba en el techo, se erguía una gran tina de madera llena de agua, y un banquillo con un platón lleno de jabones pequeños con pétalos de flores en ellos, cítricos de extraño

limón con una larga lima de hierro, y una pila de toallas dobladas, mientras otras se calentaban en un estante cerca del fuego.

—Los sirvientes traerán más agua caliente para tu baño, pero aquí hay comida.

La mesa en un rincón cerca de las ventanas se hallaba cargada de un gran festín, suficiente para cinco de ellas. Mordió una manzana dulce y dura y su barriga retumbó tan fuerte, que Mairi soltó una risilla y dijo. —Mira los postres, higos con miel, ciruelas acarameladas y estas ruedas en espiral son pasteles de Catalina, hechos con grosellas, almendras, canela y alcaravea. La cocinera ha abierto los cofres de especias en tu honor. —Agarró uno y lo lanzó en su boca, tarareando al masticar, e intercambiando una mirada alegre con Glenna, quien rasgó un trozo de pan, lo deslizó sobre la mantequilla y lo mojó en jalea rojo oscuro. ¡Se hallaba en el cielo!

Mairi tomó dos higos con miel y cruzó la habitación, hacia la gran cama, donde se detuvo la mirada de Glenna y el pan cayó de sus dedos.

Sobre la cama había un traje hecho del más glorioso terciopelo carmesí profundo, como aquél de su manta infantil, pero el traje tenía un panel de seda bordado con hilos de plata de vides y rosas y el cuello recortado con piel blanca como la nieve al igual que las mangas largas. Caminó hacia éste y tocó la tela de seda y palmoteó la piel, incapaz de creer lo que tenía ante sus ojos.

—Lo terminamos ayer. —dijo Mairi con orgullosa voz. —Es el traje para la hija de un rey, con piel de armiño y fino terciopelo de seda, y es tuyo.

Glenna levantó el vestido y lo sostuvo encima de su cuerpo, moviéndose y mirando la falda danzar con ella. El dobladillo estaba perfecto. ¡El vestido era suyo!

—Detrás de estas cortinas está tu barra de trajes y allí se hallan colgados los trajes que hemos hecho hasta ahora, y la capa; pero necesitarás más. A mí, particularmente, me gusta el azul oscuro. Mi madre escoge la tela y su criada, quien es la costurera más fina en cien leguas, hizo el bordado en los bordes de las mangas. Pero el verde también es adorable. Tus zapatos se hallan en aquel cofre junto a la pared, mis favoritos son las zapatillas verdes bordadas con cintas de satén, pero puedes, ciertamente, decidir cuáles te gustan más. Hay una docena de donde elegir, y el zapatero aún se halla trabajando. Tus trajes para dormir y tus ropas interiores están aquí. Dormir con las sedas es maravilloso. Yo cosí los pájaros roj... —Se volvió y se detuvo abruptamente. —¿Glenna? ¿Qué sucede?

Glenna ya no estaba de pie. Se hallaba sentada en la alfombra con las pernas cruzadas, aferrada al vestido rojo de terciopelo; el armiño se sentía tan suave como el aliento de los ángeles contra su cuello, y rompió en sollozos, fuertes sollozos atrapados en su garganta. Señalaba cosas en la habitación, pero no gemía nada coherente.

No podía pronunciar palabra. Después de sus temores y miedos, hallarse en una habitación tan grande, en cuyo interior cabría la cabaña completa donde había crecido, ver los finos tapices colgados, los pesados muebles labrados, pulidos para que brillasen como el metal, un piso de piedra que no necesitaba de juncos que cubrieran la dura tierra, pero con grandes alfombras mullidas de ricos diseños tejidos en ellas, tan limpias, y una cama como aquella en la que había despertado, con sábanas finas de lino tan blancas como la nieve y almohadas de seda y plumas de ganso, mantas de piel y pesados cortinajes bordados profusamente para alejar el frío.

Incluso la comida sobre la mesa era hermosa: manzanas y ciruelas tan brillantes que podía verse reflejada en ellas, cortezas de pan reluciendo con algún tipo de glaseado, carne de un rico color oscuro en una salsa que olía a vino y a tomillo, zanahorias enanas enteras cocinadas con sus ricas ramas verdes, granos largos y nabos de colores brillantes, una porción de la mantequilla más pálida que jamás había visto, y manzanas y compotas de pera, una taza pequeña de jalea brillante hecha de naranja amarga, cerdo, col, y huevos duros coronados con huevas de salmón, aves de mazapán y liebres y cisnes con alas de caramelo encima de pequeñas barcas doradas de merengue.

Comida para una mesa real.

Era incapaz de detener su tonto llanto, señalando por toda la habitación, y meneaba la cabeza hacia Mairi, quien se hallaba horrorizada. ¡No! ¡No! Todo está perfecto, pensó y levantó una mano para que Mairi esperase hasta lograr controlarse y hallar su voz. —Por favor. Estos trajes. —graznó, y su aliento se agitó en la garganta. Tomó una larga bocanada de aire e hipó.

—Lo siento tanto. ¿Qué sucede con los trajes? Te juro que arreglaremos lo que no sirva. Por favor, no llores.

—¿Lo que no sirva? —dijo sin aliento. —¡No hay nada malo! Están perfectos. Más que perfectos. Soy tan tonta. —Enjugó las lágrimas y sorbió por la nariz.

Mairi ladeó la cabeza, aún ceñuda, pero claramente lista a escuchar.

—Mi historia es... difícil de admitir. —contempló su regazo y comenzó. —Crecí con dos hermanos mayores, Alastair y Elgin Gordon. Los adoro. No

conozco nada de reyes ni cortes ni nobleza. Cuando tú fuiste tan cortés conmigo, yo estaba secretamente horrorizada. De verdad. Mis hermanos me criaron desde de que nuestro padre murió, cuando tenía apenas cuatro años de edad. La cabaña de la que hablé, es más pequeña que esta habitación, y es el único hogar que he conocido. Mis días allá los pasaba en el prado o en los establos, o vagabundeando por los páramos y ensenadas. La mayor parte de mi vida, sólo vestí calzas como estas. —Haló la tela tejida en casa que cubría sus piernas.

—Soy la hija del rey para todos aquí. Pero no lo soy. La verdad es que soy una ladrona. —admitió. —Éramos ladrones. Al, El y yo misma; hasta que robé uno, jamás me había puesto un vestido. Las únicas cosas que poseo y que no robé, son mi perro, mi caballo y mi manta infantil hecha por mi madre, y apenas la vi por primera vez cuando tu hermano llegó a la isla.

Mairi suavizó la mirada con cariño y comprensión y le proporcionó una sonrisa débil. —Glenna, lo que te sucedió, ciertamente se hallaba fuera de tu control.

—Pero no cambia lo que soy ni cómo he vivido. —Glenna miró el aterciopelado vestido carmesí en sus brazos. —Mira esto. Es el traje más hermoso que haya visto. Para mí... la muchacha que limpia el estiércol de los establos, cepilla, alimenta, ensilla y doma a los caballos. La ladrona que puede cortar la bolsa del cinturón de un hombre en un latido e incluso robar las hebras de sus bolsillos sin que éste lo note. —Pasó una mano sobre las costuras y miró hacia arriba. —Pero mis habilidades importan poco, porque no sé hacer puntadas con los hilos. Ver todo esto, y que lo hayan hecho para mí, me hallo... —hizo una pausa buscando las palabras. —Me hallo... más que agradecida, particularmente cuando me siento tan querida y sin merecerlo.

Mairi se sentó junto a ella en el suelo, acercándose tanto, que sus hombros y rodillas casi se tocaban. Se enderezó el delantal de trabajo como si fuese un vestido tan fino como el que Glenna sostenía. —No tienes nada que agradecer, querida Glenna. Los hicimos para ti; son nuestros regalos. Regalos que deseábamos darte y ahora que he escuchado tu historia, ¡quiero darte cien más! —Inclinó la cabeza un poco más cerca y dijo con tranquilidad. —Estoy segura de que el latrocinio es el más útil de tus talentos. Uno que podrías enseñarme, ¡para robar las llaves del cofre de los postres!

Y cuando Glenna echó a reír, Mairi palmeó su mano y rio con ella, para luego decir. —Pero el mejor secreto es este: eres la hija del rey. Jamás tendrás que coser siquiera una puntada.

Capítulo Treinta

Glenna se sentó frente al fuego con Mairi, donde, bañada y con la barriga llena, una criada peinaba su cabello largo para secarlo, y escuchaba a la madre de Lyall hablar de su hijo.

Beitris Ramsey era una mujer delgada y delicada, quien le había saludado amablemente, pero parecía cautelosa y curiosa como un ave en una ventana quieta, lo que hizo la reunión más que incómoda al principio. Al comer juntas las mujeres y asistir a Glenna, Lady Beitris, pronto se relajó.

Su primera impresión fue chocante y única, quizá por lo que eligió enmascarar. Vestida tan bellamente con un traje azul oscuro de brocado dorado con recortes de terciopelo trenzado, se movió por la habitación con gracia y elegancia, con paso ligero y espalda erguida. Sus regias mangas eran largas y elegantes y vestía un apretado guante de seda en una mano. ¿Para cubrir su quemada y fruncida piel? Que se hallaba cubierta de cicatrices, se hacía patente por su modo de vestir. Pero Mairi ya le había advertido, y Glenna comprendió que era para proteger a Lady Beitris, tanto como para prepararla a ella misma.

La mitad de su rostro se hallaba cubierto por un velo conectado a una capa circular que se ataba apretadamente bajo su mentón y de nuevo a su cuello, con un collar grueso. La mitad visible de su cara era adorable, con la piel suave y blanca, ojos grandes del mismo azul que los de Lyall y una boca gruesa que mostraba poco la edad, tan rosada como el botón del clavel en el verano tardío. Su rojizo cabello ondulado colgaba hasta la espalda en una trenza gruesa y brillante, recubierta con una cinta resbaladiza de seda azul hielo y envuelta con lazos tejidos de cobre y oro. Al sentarse cerca de Glenna, la trenza cubrió su hombro y colgaba más abajo de la silla donde se hallaba, y notó dijes de oro en forma de cruces, estrellas, soles y aves que decoraban el trenzado de sus lazos.

—Lo que él muestra al mundo es una máscara que lo protege de lo que es en su interior. —dijo Lady Beitris, una mujer que, ciertamente, comprendía el arte de enmascarar cosas. —¿La idea de que es un cobarde? —meneó la cabeza. —Este no es mi hijo.

—Tampoco el hermano que me salvó. —dijo Mairi y cuando Glenna hizo una pregunta, las mujeres le contaron toda la historia del día en que Dunkelden

ardió.

—Tenía diez años. —terminó Mairi. —cuando me cargó a su espalda y tomó la mano de mi madre y viajamos solos hasta Rossie. Tenía diez años cuando se enfrentó a los lobos que me atacaron. Me salvó. —dijo Mairi con tranquilidad.

—Y perdió a Atholl. —añadió su madre.

—Atholl era su amado perro. —explicó Mairi. —Siempre estaban juntos, mi hermano y aquel perro grande. Dormía a los pies de Lyall, lo seguía como a su sombra, obedecía todas sus órdenes.

—Por entonces, habíamos caminado durante dos días y descansábamos entre los árboles al borde del gran bosque. —dijo Lady Beitris. —Mis quemadas dolían tanto que no podía continuar y Lyall trataba de enfriar mi piel con un paño frío. Yo lloraba. Mi piel se sentía como si aún se hallase en llamas. —Lady Beitris miró hacia abajo, y era obvio que el recuerdo todavía dolía de un modo distinto. —Mairi merodeaba dentro del bosque.

—Yo estaba persiguiendo mariposas, o haciendo algo igualmente tonto.

—Atholl la siguió. —continuó la madre de Lyall. —No habíamos notado que se había ido, hasta que escuchamos a los lobos. Tenía el corazón en mi garganta. Todo lo que acabábamos de perder y, ¿ahora Mairi también? Era demasiado para mí.

—No tenía idea del peligro en que me encontraba hasta que subí la mirada. Ante mí, había una fila de ellos, gruñendo y tan cerca, que podía olerles la piel. —Mairi tembló. —Ellos saltaron, pero Lyall los golpeó y me cargó de regreso hacia mi madre. No obstante, Atholl... —hizo una pausa. —No pudo salvarnos a ambos.

—Lyall nunca dijo una palabra, pero jamás volvió a pronunciar su nombre. Simplemente creció más tranquilo, reflexivo. En algún punto, Donald trató de darle otro perro de las crías de Rossie, pero Lyall se negó. Jamás quiso otra mascota.

Y Glenna pensó, que jamás había puesto nombre a otro animal.

—Es señal de un gran corazón, y su más grande maldición, que mi hijo no olvida a aquellos que ha amado.

Lyall no podía olvidarla. Trataba. Las palabras de su padrastro le perseguían, hacían eco en su mente con un eterno dolor de corazón y desafiaban a quien él

creía ser, mientras una parte de él se mantenía viva, una que todavía tenía la esencia de una consciencia. Comió poco bajo los ojos evaluadores de Ramsey y las miradas preocupadas de su madre, pero regresó a pasear en el parapeto, caminó por los salones de Rossie y finalmente se sentó a jugar ajedrez con un viejo caballero que encontró frente a una enorme chimenea cerca de la entrada trasera de la fortaleza, mucho después de que el castillo se encontrara tranquilo y sus habitantes, dormidos, hacía ya rato.

—Has perdido tres veces ya. Si este viejo no te conociera mejor, pensaría que estabas tirando el juego por la borda, muchacho. —Sir Magnus había estado con Ramsey por más décadas de las que Lyall podía contar y lo había entrenado para el servicio cuando llegó a Rossie. —Vete a la cama.

Lyall frotó una mano en su rostro, frustrado, luego posó las manos en las rodillas y contempló el fuego. —No puedo dormir.

—¿A qué viene esta excusa del sueño para un hombre tan joven y fuerte como tú? Soy viejo, lo cual es una excusa válida, el estar despierto a estas horas —demasiados dolores para dormir toda la noche, demasiados huesos rotos.

Y yo tengo un corazón roto. Hasta apenas pensar en esas palabras, había evitado el meollo de sus problemas y lo que realmente le molestaba. Ahora se hallaba allí, para ser masticado.

—Basado en tu mirada confundida, me aventuraré a adivinar que tiene que ver con un tobillo fino y un par de senos. —rió sin energía. —Sólo las mujeres inspiran en el hombre tal absoluta desesperación y completa confusión.

Lyall rio con ironía. —Una adivinanza afortunada.

—Durante mis seis décadas de dura lucha, he visto demasiados hombres caer de rodillas ante una bella dama. Pocos hombres son inmunes. Caballeros y príncipes, condes y hombres libres, incluso el mismo barón.

—¿Ramsey? —Lyall se echó a reír.

—Sí. Sufre todavía.

Lyall dudó de aquel trozo de cursilería. Meneó la cabeza. —Él forma una gran parte de mi problema. La dama está dispuesta. Mi padrastro me amenaza para que no actúe sobre esto... sobre ella.

—No me sorprende. —fue todo lo que Magnus dijo.

—Mis órdenes son mantenerla a salvo.

—¿A salvo? Los asuntos del corazón son salvos raras veces, y el poder, el título, el nombre y la riqueza no proveen armadura. Mi propia querida Aileen me hizo participar en una carrera larga y frustrante desde un convento en las

montañas de Cairngorms hasta Normandía, en ultramar y de regreso. Sí. Ella era una muchacha que concede a un hombre aquella mirada perdida.

—¿Parezco perdido? —dijo Lyall sin hacer, realmente, una pregunta. ¿Estaba él así de débil? ¿Era un cordero perdido? Prefería pensar en él como un cobarde.

—Con frecuencia has estado perdido. No has tomado buenas decisiones durante estos años. Pero este modo que tienes ahora es diferente. Ya no pareces estar guiado por el fuego y la venganza.

Magnus y su honestidad brutal. Lyall le dio una mirada cuadrada.

—Yo también he vivido con los fuegos de la juventud. La venganza y la avaricia han gobernado mi vida. No te condeno, muchacho. Has perseguido resueltamente lo que deseabas. Y eso no es un rasgo de debilidad, Lyall Robertson. —Hizo una pausa significativa. —Ahora necesitas decidir lo que de verdad deseas, asegurarte de qué es lo que quieres, y elegir tu camino sin arrepentimientos. Si tu camino es verdaderamente el deseo de tu corazón, no tendrás mucho de qué arrepentirte cuando llegues a mi edad. El truco es encontrar la verdad en tu deseo. No perseguir algo por las razones incorrectas. —Se levantó y se estiró haciendo una mueca al chascar los nudillos ruidosamente.

El respeto de Lyall por él sobresalía.

—Te dije hace años, cuando llegaste a Rossie, que un hombre debía elegir sus batallas. ¿Lo recuerdas?

—Sí, pero la verdad es que no he pensado en ello. —admitió Lyall con una risa irónica. —O no me hallaría en este atolladero.

—De algún modo lo dudo, muchacho. —Palmeó a Lyall en el hombro. —Debes aprender por cuáles batallas vale la pena luchar. Ahora me voy a la cama, y tú deberías hacer lo mismo.

Lyall le miró marchar, tomó una vela del soporte para iluminar su camino a través de los salones y arcos, y subió al piso superior, con las palabras de Magnus vivas en su cabeza al pasar por la cámara de Glenna. Se detuvo y regresó a la puerta.

La habitación aún se hallaba tenuemente iluminada por muchas velas olvidadas y por el fuego en el banco de la chimenea que brillaba. A primera vista, la sala parecía saqueada, pero al mirar más de cerca, notó que no era ese el caso. La vara para la ropa estaba vacía y la cortina que la cubría se hallaba abierta de par en par. Encima de las sillas, banquillos, bancos y mesas estaban desparramados trajes de todos los colores. Los zapatos se alineaban

con cada vestido, algunos de punta larga, otros cuadrada, sin talones y pequeños tacones que podrían acercarle más a su mentón, zapatos hechos de cuero y telas de cada color con hebillas plateadas y lazos. Sayas, camisas, bragas, calzas y delicados trajes femeninos para dormir, algunos escuetos y blanqueados, derramados de un gran cofre abierto, alineado con bolsitas desaché cocidas a mano con pétalos de flores que Mairi siempre usaba y que la hacían oler como un jardín en primavera.

Miró la cantidad de delgados trajes para dormir. Era irónico, pues Glenna dormía con un traje grueso de lana finamente tejido y abrazada a un traje de terciopelo rojo con recortes de piel en su pecho como una manta y en un pie, tenía una zapatilla verde con cintas de oro y un zapato de tobillera púrpura con lazos rojos en el otro.

Contemplándola, una sonrisa curvó su boca y sintió dulzura y algo como la felicidad se acrecentó en su interior. Era la primera vez que había sentido algo como esto desde que había regresado a casa. Tenía el corazón en su sonrisa, pero ahora se hallaba a salvo, al revelar sus más profundos y secretos sentimientos dentro de él, en esta habitación, pues nadie podía verle.

Tenía la oportunidad de pasar cada noche de su vida observándola dormir, viéndola en paz; y haciendo aquello, él mismo se sentía en paz —¿una clase de milagro? En ella, él sentía la maravilla de los milagros, la verdad de la vida, de Dios y del hombre, la razón para vivir y caminar sobre la tierra. No había otra mujer a la que había mirado e imaginado gorda, con su hijo dentro, rostros y ojos brillantes y manecitas. Con ninguna otra mujer, había él contemplado a sus hijos e hijas, hasta ahora.

¿Qué había dicho Magnus? Razones... razón.

No había una razón incorrecta para que Lyall fuese tras Glenna. Jamás había planeado hacerla suya ni probar o vengar algo. Pero ¿qué le haría a ella el que ellos estuviesen juntos? Ahí estaba la verdadera cuestión. ¿Quién saldría más lastimado? Ramsey estaba seguro de que algo nefasto ocurriría. ¿Acaso ella le miraría algún día con arrepentimiento?

Al dejar la cámara y bajar al pasillo hacia la suya propia, supo una cosa certeramente: que, con ella, él jamás se arrepentiría de nada.

La mañana siguiente se hallaba con ocupaciones que comenzaban apenas al cantar el gallo. Las oraciones en la capilla donde Glenna se arrodillaba

tranquilamente entre la madre y la hermana de Lyall, hasta que sus rodillas se irritaron y sus palabras quietas corrieron en su mente, luego a desayunar con las mujeres en el solar en platonos de piedra con frutas, truchas fritas crujientes y pan de pimienta picante, con miel tibia y crocantes pasteles de avena fritos y espolvoreados con canela. Los chicos de Mairi se unieron correteando como potros primaverales mientras hacían a Glenna suficientes preguntas como para llenar un cofre, y, eventualmente, el aya los llevó a correr afuera, preferiblemente que adentro. La sala sintió la repentina tranquilidad.

—Son un puñado. —dijo Lady Beitris al levantarse de su puesto tapizado y plantar una mano en la parte baja de su espalda. —Suficiente costura.

—No para mí. —dijo Mairi alzando la mirada. Mordió una hebra y hurgó en una cesta de carretes. —Quiero terminar esto hoy.

Lady Beitris tomó a Glenna del brazo y lo deslizó en el suyo propio, palmeando su mano. —Ven conmigo, Lady Glenna. Es un hermoso día. Te mostraré Rossie.

Y allí fue donde el día se tornó diferente. Al caminar las mujeres por los jardines del castillo, charlaban moviéndose por líneas de rosas y campanillas verdezuelas, pasando por grandes coles y raíces vegetales hasta una gran área de hierba llana con terrones de mejorana, tomillo, gruesos asientos afilados de romero y anchas y coloreadas hojas de salvia; una gran bola de cuero marrón voló tras de Glenna y aplastó un rincón del jardín de hierba.

Lyall entró corriendo alrededor de una pared, riendo y bromeando con uno de sus sobrinos en vilo, hasta que se vieron cara a cara con las mujeres. Se detuvo con los ojos en Glenna.

—Señoras. —dijo con una inclinación. —Haz tu reverencia a las damas, Duncan. Sé un buen muchacho.

—¡Mira mis hierbas! —regañó Lady Beitris, pero no había ira en su tono.

Lyall recogió la bola y la colocó bajo su brazo. —Ahueca las yerbas estimadas de tu abuela, Duncan.

—¡Yerbas! —resopló la madre de Lyall. —Eres incorregible, Lyall. Estas yerbas son lo que hacen apetitosa tu carne de carnero en invierno.

Pero Lyall aún contemplaba a Glenna, hasta que, finalmente, ella apartó la vista de todo el sentimiento que vio en sus ojos, y se ruborizó al notar que la madre de Lyall captó el intercambio de sus miradas. La expresión pensativa en el rostro de Lady Beitris, decía mucho.

—Ven, muchacho. Tus hermanos nos esperan. —Lyall empujó a su sobrino a una carrera y desaparecieron tras el muro.

Por la tarde, Glenna tuvo algunos momentos para ella misma, y por primera vez desde la mañana, se halló a solas. Bajó a los establos para ver a Skye.

—Hola, tú, buena para nada. —dijo golpeando el bozal de Skye mientras la alimentaba con una manzana de verano. Cuando Skye terminó de mordisquear, Glenna comenzó a frotarse la mano en su ropa de memoria, pero se detuvo. Se hallaba ataviada con un vestido, el más sencillo del lote y hecho de lana violeta finamente tejida con mangas sencillas y zapatos de ternero que se ajustaban a sus pies como guantes. Se sentó en cuclillas y limpió su mano en la paja, luego se irguió mirando a su alrededor, degustando el familiar olor de los establos. Extrañaba esto.

Con su cabeza recostada en el cuello de Skye, recordó los días en la isla, cuando su vida era más simple y todo eran caballos, alimento y estiércol. Cerró los ojos mientras su mente divagaba retrocediendo en el tiempo.

—¿Pensando en mí, amor?

Sus ojos se abrieron y retrocedió un paso. —¡Lyll! —¿*Acaso estaba en todas partes?*

Tan guapo como el mismísimo demonio, con su cabello dorado, ojos del color de las flores del arciano, sonrisa amplia que mostraba un raro hoyuelo en su mejilla, se hallaba allí parado, con los brazos descansando en la puerta de la cuadra, empeñado en contemplarla.

—¿Pensando en ti? —repitió dulcemente—. El barón deberá agrandar los arcos del castillo para que puedas meter tu cabeza. Y si quieres saberlo. —mintió—, pensaba en cómo raspar el estiércol de mi zapato. —Alzó el dobladillo de su vestido y le mostró el zapato.

—Un zapato fino es, como lo es tu bello tobillo. Pero recién me han advertido que un bello tobillo significa problemas.

—¿Qué quieres, Lyll? —preguntó con tono liso, sintiendo una mezcla de molestia y felicidad al verle, todavía confundida y deseando arrojar los brazos alrededor de su cuello y cubrir su rostro de besos.

Su mirada cambió y la alegría en su expresión se desvaneció. —¿Qué quiero? Algo que no puedo tener. —dijo seriamente y el instante murió. —Buen día, Lady Glenna. —añadió cortésmente y se alejó.

Su corazón se hundió y se maldijo por mojar el fuego entre ellos.

Pero no habían terminado, y la tarde continuó haciendo crueles jugarretas. Cruzaron sus caminos repetidamente, como si fuesen dados en las manos de Dios. Cuando Glenna llevó a los niños de Mairi a la cocina por un postre

como recompensa por haber dormido la siesta con tranquilidad, Lyall estaba parado con el brazo sobre la cabeza de la cocinera mientras que la rechoncha mujer que conducía las cocinas del castillo le miraba aventando una cuchara de madera bajo su nariz, pretendiendo regañarle por meter los dedos en la salsa de ciruela, y ambos reían, hasta que Glenna y los chicos interrumpieron.

Más tarde, mientras apuraba el paso para ir desde su cámara hasta el solar a encontrarse con Lady Beitris, ella y Lyall salieron de sus puertas al mismo tiempo, ambos congelados y mirándose el uno al otro en el largo pasillo. Más tarde aún, cuando ella hablaba con Mairi en su cámara, Lyall entró sin tocar, haciendo una pregunta a su hermana, antes de alzar la mirada justo al Glenna derramar la copa de vino sobre la alfombra. Y al caer la noche y salir la luna, se encontraron en la estrecha escalera de caracol, cada uno yendo en diferente dirección, y se contemplaron, sorprendidos y frustrados, para luego acercarse lentamente, girando al pasar uno al lado del otro y continuar su camino.

Pero se hallaban demasiado cerca y sus senos rozaron las costillas de él, haciéndola retener su respiración. Él miró hacia abajo y sus bocas se hallaban casi al mismo nivel, con ella un escalón más arriba. Sentía su aliento tibio en la mejilla y olía la esencia de la canela y especias del estofado servido más temprano, y sentía el intenso calor que emanaba de su cuerpo.

Sus manos tocaron las de ella y algo destelló en sus ojos, antes de alejarla como si quemara y continuar bajando sin mirar atrás, diciendo. —No puedo hacerlo. He terminado.

Y al verlo alejarse, turbada por sus palabras, juró. —Podrás pensar que terminamos, pero yo no lo he hecho.

Capítulo Treinta y Uno

La luna se hallaba más arriba en el cielo cuando Lyall se volvió al sonido de la puerta, y allí estaba ella. —Glenna. —dijo en voz alta, y su nombre llegó naturalmente desde su mente hasta sus labios. No era el fantasma de la mujer que le había perseguido, el que había visto en cada rincón al tratar de esconderse de ella y de lo que sentía.

La Glenna de carne y hueso se hallaba de pie dentro de su cámara, una hija real, en un vestido verde oscuro que sentaba bien a su cuerpo con bordados de oro a lo largo del cuello y en paneles en las mangas, pareciendo un ángel, una sirena y una bruja, la hermosa hechicera posada en esta tierra para probar su entereza.

Él sabía que ella continuaría presionando, que él la vería de nuevo, pero no ahora, no cuando se hallaba cansado de vivir consigo mismo y con las decepciones de aquellos que deberían importarle en su vida.

No ahora, cuando había sido probado durante todo el día por encuentros cara a cara y aún trataba de no sentir nada. No podía liberarse de lo que sentía. Y allí estaba ella. Él se hallaba demasiado consciente de la determinación por sus maneras, por el brillo de sus ojos. Ella se dirigió hacia él del mismo modo que un caballero carga hacia el estafermo. Él tomó una larga y sufrida respiración. Su aroma llenó el aire, aquél de campos de verano llenos de flores y le recordó los instantes en que la había abrazado. Cruzó la habitación colocando cierta distancia entre ellos, y sopló una vela, luego apartó la silla y se agarró a la esquina de la mesa, cruzando los tobillos como si ella no lo afectase como lo hacía. —Sé por qué estás aquí.

—Y no te complace. —dijo acercándose a una silla, donde permaneció de puntillas y encendió una vela utilizando otra que tomó del candelabro.

—Deseas salvarme.

—Alguien tiene que hacerlo. No se atreverán a colgar a mi esposo, y si alguien tratase de hacerlo, iré hasta mi tumba peleando por ti. —Se movió cerca de la cama encendiendo más velas, una, dos, cinco, seis... —Es un plan simple, Lyall.

Cuando lo enfrentó, se percató de que ella realmente pensaba que todo estaba claro y que era sensato. Pero nada en su vida era simple. Se paró ante

él, un caballo de Troya con la apariencia de una pequeña mujer de cabello negro que sería su campeona.

—Aparte de eso. —admitió Glenna. —Hay otra razón. Tengo un motivo egoísta para salvarte.

Él rio. —Porque consigues un esposo que no te enterrará viva.

—Sí. Está eso. —coincidió.

—Entonces, imaginas que estoy salvo. Creo que tu padre, sus consejeros y mi padrastro, todos discutirán ese punto, corazón.

—No me importa. —dijo tercamente.

—Pero a mí sí. —Se enderezó y le volvió la espalda, incapaz de verla a los ojos por lo que estaba a punto de hacer. —Con todas tus grandes ideas no has considerado una cosa.

—¿Qué será?

—¿Por qué debería yo intercambiar un grillete por otro?

Ella hizo una pausa de un latido, luego se echó a reír y no se movió.

¡Mujer terca, cabeza de mula y tonta!

—Oh, Lyall, de verdad. Qué mal mentiroso eres.

—Deberías irte, Glenna.

—Quizá debería, pero no puedo. No me atrevo a dejarte otra vez. Te amo demasiado para dejarte huir de esto... de mí. —Se acercó y se detuvo cerca de él, tan cerca, que podía escuchar su respiración, y encendió la vela que él había soplado. —De lo que somos al estar juntos. —Le miró desde las más oscuras y gruesas pestañas, una mirada sensual que se hallaba mucho más allá de su experiencia. Sacó el tocado dorado de su cabello y meneó la cabeza y su cabellera se esparció hacia abajo tan negro y brillante como el ala de un grajo.

La hija del rey se dobló de seducción. Sus ojos encontraron los de él y se cayó el guantelete.

—Sólo tienes miedo de quien eres y lo que deberás enfrentar, temes a tu padre y sus decisiones. —dijo honradamente. —Apenas soy la más simple respuesta a tus problemas.

—Sí. —asintió sin dudar. —Esto es verdad también. Conveniente, ¿no es cierto? Puedo salvarte y tú a mí. —Le sonrió, con una sonrisa fácil, libre y despreocupada, una sonrisa que le dejó sin voluntad hundido en sus encantos. —Parece ser la más simple de todas las soluciones. Creo que no aprovecharás esta oportunidad, de no importarte yo.

Sus palabras le golpearon. Que ella le conociese tan bien era distinto, y no muy cómodo.

—Afirmas que eres un cobarde egoísta. —continuó. —Pero un verdadero cobarde jamás se alejaría de una sencilla respuesta a un problema. Creo que no eres cobarde. ¿Por qué haces esto si no es por mi propio bien?

No respondió porque ella decía la verdad. Y así fue como él se halló atrapado en su propio juego. No podía hacer con ella lo que había hecho con las demás personas: actuar como si no le importase. Ella lo veía exactamente como era, no en la superficie, sino muy, muy adentro, en el lugar chamuscado por todas las heridas de su vida.

—Mientras más rehúyes, Lyall, más pruebas que me amas, más que a ti mismo. —Dijo.

Él lo masticó—todo esto entre ellos. Pasó un largo rato antes de admitir. —Eres una espina en mi costado. Una piedra en mi bota. Un dolor en mi—

—Sí. —coincidió con facilidad.

La miró a los ojos, tan clara y confiada, sin temor, pero él se hallaba aterrado. Todo lo que sentía por él se revelaba en su mirada, abierta, amante, y no había nada más que pudiera esconder de ella. —No te rindes. —Meneó la cabeza y se hundió en la silla sin casi luchar. —Cuán guerrera eres.

Sonrió y se sentó en su regazo, enlazando los brazos alrededor de su cuello y descansando la cabeza en su hombro con suavidad. El aliento susurraba en su garganta y ninguno se movió por largo rato. Sentados como lo estaban, ella acurrucada en él, mientras una gran sensación de paz llegaba hasta él, y con ésta, menguaba la única cosa que le había alejado, su voluntad y necesidad de salvarla de sí mismo. —No deberíamos estar aquí.

Sus labios rozaron el cuello de él, luego su mentón.

—Déjame, corazón. Déjame mientras puedas. Huye y sálvate.

Cuando ella no se movió, él la empujó y ella agarró su túnica con los puños, su rostro se hallaba a un aliento de distancia, repentinamente lleno de emoción. —Oh ¡su señoría! ¡No te atrevas a elegir un camino más alto, Lyall Robertson! Lo que yo necesito no lo decides tú. Ser honorable y alejarte de mí o alejarme otra vez, todo porque tienes cierta idea descabellada —tonta idea, a lo sumo— de que soy demasiado buena para ti.

Él meramente la miró, buscando cierta fuerza y perdiendo. Con lo cual, ella se cruzó de brazos, alzó el mentón, contoneó sus nalgas y le fulminó con la mirada.

Lo que no se decía hacía más sonoro el silencio. Luego, rompió a reír como el golpe de un trueno; hizo eco y sonó y la risa fue honesta y contagiosa. La atrajo hacia sí. —Mi Glenna. Mi guerrera. —murmuraba suavemente contra

sus labios, quizá hacia sí mismo más que hacia ella, y la besó sin dudarle y sin sentimientos de culpa.

Al terminar con su boca, él retrocedió y se rindió con un suspiro. —No te inquietes. Todavía soy cobarde. Todavía soy egoísta. Me rindo. Si no lo hago, me vas a sermonear, me perseguirás, me seducirás, te burlarás de mí, me azotarás con toallas mojadas por toda la eternidad. De cara a esto y con todas mis debilidades, no tengo el valor ni la inclinación para cometer el más noble de los actos, el de protegerte de tu pobre tino al elegir un esposo.

—Su señoría, espero que no. —Se acomodó de nuevo en sus brazos. —Después de todo lo que hemos pasado, odiaría pensar que te juzgué mal y encontrarme atada a un hombre con moral.

—No tengo moral, amor.

—Algún día discutiremos la raíz de la bodega en aquella posada. —dijo con una media sonrisa y un brillo en los ojos que prometían más que retribución.

Riendo, la giró y comenzó a trabajar en los lazos de su vestido. —Desahagámonos de toda esta ropa.

Ella se volvió y no paró de besarle, con pequeños toques ligeros de sus labios a lo largo de su cuello y de su mandíbula, distrayéndolo de su tarea con los lazos de su vestido, hasta que los rasgó y el sonido de la tela desgarrada le hizo gruñir y a ella reír, con risa nerviosa y los labios en su boca. Posando las manos en su rostro le dijo. —Para un hombre tan presto a dejarme, parece tener poca paciencia con mis ropas.

—Una maldita cosa, estas ropas. —dijo alzándola en los brazos y llevándola a la cama, descorriendo las pesadas cortinas para poderla ver completamente a la luz ambarina de las velas.

—Llevas puestas más ropas que yo. Quítatelas. —dijo yaciendo en su espalda con el cabello de ébano esparcido sobre ella, mezclado con las pieles en la cama, cual oscuro halo enmarcando su piel pálida y sus ojos negros, sus labios color vino, húmedos por sus besos y con los brazos alzados, llamándolo de maneras que no podía nombrar, sino sólo sentir.

Se quitó la túnica y la camisa.

Sus ojos no dejaban de mirarle. —Más. —dijo, y se quitó las calzas y ropa interior y se hallaba ante ella, desnudo de cuerpo y alma.

Abrumado con la vista de ella y necesitando de su cuerpo contra el suyo, gateó sobre la cama y rodó con ella envuelta en sus brazos, quitándole la ropa.

Primero el vestido, lo bajó por sus nalgas y ella lo pateó, luego agarró la delgada camisa con aves cuidadosamente cocidos en el cuello y ella lo detuvo.

—¡No la rasgues! Por favor. ¿Ves las aves? Mairi las cosió para mí. Es la cosa más hermosa que he tenido sobre mi piel. —dijo con reverencia.

La deslizó por los hombros, uno a la vez y hacia abajo hasta la cintura. Volteándola, las manos se difundieron en sus costillas, asombrado de que fueran tan pequeñas, luego, lentamente se movieron hacia arriba para tomar sus senos, con los pulgares palpando las puntas. Ella sorbió un suspiro y él bajó la cabeza, y sus manos se extendieron en su cabello rubio y lo mantuvo hacia ella, jadeando.

Se besaron de todas las formas posibles, con sus bocas buscando y saboreando, labios tocando, lenguas y manos descubriendo nuevas formas de tomar y dar placer. El deseo era una fuerza más allá de ellos y rodaron por toda la cama y por cada uno, absortos más allá de los pensamientos en el salvaje vórtice de aquéllos, senos suaves contra pecho duro y musculoso, la tentación de un cabello ondulado rozando una piel tersa, una rodilla fuerte entre sus piernas y se tocaron y descubrieron los lugares secretos del otro, conociendo las texturas y los aromas, los sitios blandos y duros donde las sensaciones vivían dentro de sus cuerpos.

Sobre su espalda, Lyall la besó profundamente y envolvió su largo cabello sobre ellos, cual capa de sombras en la noche. Y cuando la miró, su rostro se hallaba rojo de amor y sus ojos nublados de pasión. Había hombres que viajaban por leguas y durante toda una vida, atravesando montañas y mares y arenas en desiertos calientes buscando milagros, y él aquí había encontrado el suyo. Glenna... su Glenna.

—Eres lo más hermoso que he tenido sobre mi piel. —le dijo.

—Lyall.

Sujetó sus nalgas suaves y rodó, poniéndose entre sus piernas y besando el camino hacia abajo y de regreso, saboreando y complaciéndose en su piel tan suave que podía perderse en ella. Subiendo por sus rodillas, lentamente se hundió dentro de ella y se volvieron un solo corazón.

—Amor mío. —murmuró—. Mírame, corazón.

Abrió aquellos ojos negros. Sosteniéndose en los codos, sujetó su cabeza con las manos. —Eres casi mía. Casi.

—Tómame. Lléname.

Se empujó hacia adelante atrapando su grito agudo con la boca, sin moverse, sino esperando. En aquel momento tan dulce, tan puro y tan

profundamente dentro de ella, él se hallaba en un lugar donde jamás había estado, casi como el cielo. *Podría quedarme aquí para siempre.* Y no tenía idea de que había hablado en voz alta hasta que ella rio y sonrió con suavidad antes de decir. —Dudo que podamos hacer mucho en nuestras vidas.

Entonces, se echó a reír, dejando caer la frente en su pecho. —¿Crees que nos importaría?

—No. —dijo—. Bésame. Adoro tu boca en la mía.

—Tú y tus besos.

—Sí, yo y tus besos.

Sonrió ante su humor, con aquella alegría en su interior, una cosa extraña, luego, al volver hacia la pasión y el deseo, la mirada de uno se derritió en la del otro. —Este es el momento. —Se enserió. —Te voy a hacer completamente mía. —Gentilmente al principio comenzó a moverse. —Voy a hacerte el amor despacio, voy a moverme dentro de ti y voy a empujar hasta que grites de alegría, amor mío, y hasta que escupa mi semilla profundamente en tu vientre.

Se movió con exquisita lentitud, sintiendo cada sensación, deslizándose dentro de ella mientras incrementaba su calor y se movió más rápido, sus respiraciones se aceleraron y sus cuerpos se movían juntos, con un ritmo sin tiempo. Ella comenzó a gemir y a aferrándose al fin, y él la besó con la boca abierta y su lengua imitaba su vara, una y otra vez, y ella gritó su nombre y se aferró a él con profundos espasmos. Él se volvió duro y escupió dentro de ella, y gritó su amor por ella y su voz hizo eco en sus propios oídos.

Te amo, te amo, te amo...

Alguna parte de él moría y arqueó la espalda tomando todo de sus profundidades hasta que hubo acabado. Al bajar la cabeza hacia el recodode su cuello, sintió todo lo que dudó que le dejaría, todo lo que odiaba desaparecer, y todo el pasado voló y se alejó del presente. Su vida, por lo que era, había comenzado de nuevo, en aquel instante.

Glenna se despertó en el extraño silencio del amanecer y nuevas puntadas y pequeños dolores que nunca había sentido, en lugares antes vírgenes, probaban que su experiencia no fue un sueño. Suspirando, deslizó una mano por las sábanas de lino, pero no encontró el cuerpo de fuertes músculos a su lado, así

que se sentó con las pieles tibias cayendo a un lado. Las cortinas pesadas se hallaban descorridas y revelaron su silueta en la ventana.

No vestía más que la luz rosada del alba y pudo estudiar, sin mirada escudriñadora, la alta forma y los anchos hombros, la cintura estrecha y las nalgas musculosas, los tendones en las piernas fuertes que pertenecían a un guerrero experimentado, el hombre que podía controlar un gran caballo salvaje de guerra con sus caderas y rodillas, o usar las mismas para fijarla al colchón y amarla toda la noche.

Tenía una cicatriz blanca a lo largo de su cadera. Ahora lo sabía. Los secretos de su cuerpo le pertenecían, el toque de sus manos y labios, su piel, su aroma y el sonido de su voz cuando decía ‘te amo.’

Está pensando en nosotros.

Tirando a un lado las mantas, dejó la cama y se le unió, deslizando un brazo alrededor de su cintura y él se movió, así que se hallaba plegada en su costado con la mejilla tocando el pelo corto y ondulado en su pecho y la mano posada en sus amplias y fuertes costillas.

—¿Ves ese árbol en el recodo del río? —dijo.

—Sí.

Cuando era un chico, en aquel primer verano que pasé aquí, lo utilizaba como diana para practicar con el arco y la flecha, hasta que ya no hubo corteza y el tronco estuvo astillado. —Rio con suavidad. —No puedo creer que aún se halle de pie. Un buen ventarrón debió derrumbarlo años atrás.

—¿Arco y flechas?

—Sí.

—Arco y flechas. —repitió con indignación.

Riendo dijo. —Si tan sólo tuvieses tu...

—Mi arco y mis flechas. —terminó y sonrió, imaginando la determinación y el fuerte ánimo del hermano, del cual Mairi le había hablado.

Debajo, una criada en traje de trabajo y delantal azul que llevaba zuecos de madera, se movía por el montículo hacia la vaquería, balanceando cubas vacías de leche en un balancín. Una lavandera salió y otra le siguió hablando, mientras una de ellas encendía fuego bajo un enorme y negro hervidor de ropas, con una antorcha de aceite que hicieron al aire oler como la grasa de la carne rostizada. Instantes después, cargaban cestas de ropa sucia que colocaron entre varas de ropas y el hervidor que se calentaba, aún charlando amigablemente. Sus días de trabajo comenzaban, así como su vida.

Aquel nuevo sol ya se hallaba completo, balanceándose precariamente en el borde del horizonte, ardiente y colorido. Un silbido agudo hizo que su vista siguiera el sonido. En una de las granjas, más allá de la muralla, un perro se arrastraba tras un niño pastor con un largo cayado, quien saltaba y se apartaba, al ladrar el perro y jugarlo felizmente tras él.

Suspiró larga y trémulamente y cerró los ojos por un momento.

—Siento lo de tu perro. —dijo Lyall calladamente.

—¿Fergus? —dijo, y él bajó la mirada hacia ella.

—Sí. Ojalá y le hubiéramos dejado atrás sano y salvo. Pero no fue así.

¿No puedes llamarle por su nombre ni aún después de su muerte? Pero no dijo nada en voz alta, después de la historia de Mairi acerca de su valiente hermano y un perro llamado Atholl. Apoyó la cabeza en su pecho, porque así se sentía confortada. —Lo extraño.

—Lo sé, corazón. —Y comprendió que lo sabía mejor que cualquiera. Su mano se deslizaba arriba y abajo sobre la espalda, reconfortándola con un toque tierno. Permanecieron así, brazos alrededor de cada uno, abrazándose, con el día amaneciendo ante ellos con luces de color salmón, cada uno perdido dentro de sus propios pensamientos. Se volvió hacia ella, levantó su rostro con manos gentiles y la besó.

La puerta de la cámara se abrió de golpe con un fuerte sonido y el barón llenó la entrada.

Lyall la giró tras de sí para escudarla de la vista con su cuerpo. —Sal de aquí.

—¿Qué dijiste? —la cara del barón, ya enrojecida, se tornó aún más roja. —Soy el Señor de Rossie.

—Debes saber que hay que tocar antes de abrir una puerta cerrada. —dijo Lyall impávido. —De otro modo, tendré que buscar otro lugar para dormir.

Ramsey haló iracundo la sábana de la cama y la lanzó hacia Lyall. —Cúbrela.

Lady Beitris llegó apurada, atando un cinturón en la bata gruesa de damasco que llevaba encima de su traje de dormir. Sobre su cabeza había una capa apretada de seda que aún escondía la mitad de su rostro tras un velo azul oscuro de seda sarracena. Les miró, desnudos y uno en los brazos del otro, y llevó sus manos al rostro diciendo. —Oh, Lyall, no... ¡No lo hiciste!

Aquellas pocas palabras cargaban tanta decepción, que Glenna se encogió ligeramente de hombros y miró hacia abajo, contemplando los pelos pálidos y

dorados en el doblez de su columna. Sintió las manos de Lyall apretarse en ella.

—¿Ves cómo me desafías bajo mi propio techo? —tronó Ramsey con los dientes apretados.

Lady Beitris pasó la mirada de Lyall y Glenna hasta la cama. Caminó y recogió su camisa y se la entregó con voz sin emoción. —Vístete, Lady Glenna.

—Somos marido y mujer, miladi. —arguyó Glenna detrás de él.

—Haz lo que dice, amor. Confía en mí. Aún no hemos terminado. —Lyall se volvió y sus manos se hallaban suaves en los hombros desnudos. La empujó ligeramente hacia su madre.

Glenna obedeció y deslizó la camisa sobre su cabeza. Cuando deslizó sus brazos en el vestido verde, quedó abierto en la espalda y Lady Beitris jaló las piezas de lazos para juntarlas, anudándolas en cada ojal una y otra vez, apretándolas antes de, finalmente, cacarear. —¿De verdad, Lyall? Este traje está recién hecho.

—Te aconsejo coser los futuros vestidos con menos lazos, madre.

Glenna le echó un vistazo encima de su hombro e intercambiaron una mirada privada. Pensó que podría reírse con algo como una burla en la comisura de sus labios, pero su padrastro regresó a la habitación seguido de tres hombres armados.

—Encadénelo. —ordenó el barón.

—¡Donnald! —Lady Beitris se apuró hacia su esposo con la mano en su brazo. —No. Te lo ruego. No lo hagas.

Pero el barón habló directamente a Lyall y estaba claro que su rabia no menguaba. —Tengo otro lugar para que duermas. —dijo regresando las palabras desafiantes de Lyall. —Tienes la errónea impresión de que eres libre de marcharte, pero no lo eres. —El barón se volvió a los hombres que se pararon al lado de Lyall sosteniendo sus brazos, mientras el otro sujetaba las muñecas y tobillos con gruesos grilletes de hierro.

Lyall se mantuvo con la cabeza en alto y los ojos sin ver ni mostrar lo vulnerable que se hallaba, vistiendo nada más que grilletes y cadenas de hierro. Pero Glenna pudo ver algo más. Un hombre tan fuerte y alto, actuando sin emoción, había algo acerca de él que trataba de esconder del mundo, que era frágil como una hebra de azúcar, lista a rajarse y hacerse añicos en mil pedazos.

—Llévenlo a las bodegas y enciérrenlo.

—¡No! —gritó Glenna. —¡No puedes hacerlo! Él es mi esposo. Yo soy su esposa. —su voz se atracó y sintió su garganta apretada.

El barón la miró, sorprendido y sus ojos se enfriaron y su expresión se suavizó. —Esa decisión será tomada por el conde de Sutherland, cuando llegue, miladi. Hasta entonces, mi hijastro permanecerá encerrado en las bodegas.

—Donnald. —dijo con tranquilidad Lady Beitris y su voz llena de emoción. —Sus ropas.

Glenna corrió hacia Lyall y cerró los brazos alrededor de su cintura con la mejilla contra su piel. —No te lo puedes llevar. —Ella se aferró a él.

—No lo hagas, corazón. —dijo Lyall con suavidad.

—¡Entonces, debes llevarme también a mí! —dijo Glenna firmemente y miró a Lyall. —No te dejaré.

Mairi entró en la habitación, ceñuda. —¿Qué es esto? —enfrentó a su madre y luego miró al barón y a Lyall. —¿Qué sucede aquí?

—Estaban juntos después de que tu padrastro le prohibió a Lyall tocarla. —expresó Beitris sin emoción.

—¡Pero fui yo! —gritó Glenna mirando a un lado y al otro entre los padres de Lyall. —¡Yo vine a él! No lo culpen. Estamos casados. —Su voz se quebró. —¡Es la ley! No pueden negar que es la ley. Tenemos derecho a compartir la cama.

—Beitris, Ma... —dijo con firmeza el barón. —Lleven a Lady Glenna a su cámara y velen por sus necesidades.

Las lágrimas quemaban sus ojos y miró a Lyall. Para su horror, las sintió derramarse por sus mejillas calientes.

—No llores, amor. Ve.

—No, Lyall. Te lo ruego. Te amo. —Sollozaba ahora y no podía detenerse y la respiración hipaba en su pecho.

—Ve. —dijo suavemente y lleno de emoción, como si el verla, le torturase.

Ellas gentilmente la alejaron de él, pero ella todavía le alcanzó. —No... No... —el llanto se hallaba al borde de la histeria, respiraba con dificultad, los ruidos que venían de su garganta eran lastimeros, y no tenía orgullo cuando a él se refería. Haría lo que fuera por él. —Por favor, no se lo lleven. No lo culpen...

El barón apartó la vista de Glenna, lanzó una manta sobre los hombros de Lyall y dio a Lady Beitris una mirada condescendiente antes de decir. —

Llévenselo. —Y se marchó de la habitación.

Tras él, los guardias sacaron encadenado a Lyall, su amor, su esposo, y Glenna se deslizó de los brazos de las mujeres y se hundió en el suelo llorando, sin nada que le importase.

Capítulo Treinta y Dos

No hubo pasado mucho tiempo antes de que Glenna hiciera algo. Trataba de llegar hasta Lyall. Realizó siete intentos fallidos de bajar a hurtadillas, mintió yarguyó un plan para sortear a los guardias y colarse en las bodegas, pero únicamente se las había arreglado para hacer que el barón se enfureciera con su cara roja de ira; el castillo entero hablaba de ello y su rutina se hallaba patas arriba.

Las fallas no detuvieron a Glenna, pues se hallaba apenas a una escalera de caracol de distancia de Lyall. ¿Cuán difícil podía ser? Tenía que haber algún modo. Otro modo...

Así que se rindió con ese rumbo, y en su lugar, fraguó un nuevo plan: un ayuno para morir de hambre.

Glenna puso la tercera bandeja de comida sin tocar, fuera de la puerta de su cámara y miró la comida una vez más, muerta de hambre, cerró los ojos y la puerta, recostándose de ésta. Su barriga retumbó y trató de no pensar en pato rostizado y vegetales en salsa de jalea de vino, en el estofado de coles con tocino y cebollas, y en el pan caliente y crujiente y en la mantequilla que había dejado en la bandeja.

La torta de ciruelas.

No pasó mucho tiempo cuando escuchó al barón abajo. —¿Esta es su cena sin tocar otra vez? Por los pulgares de Dios, juro que comerá algo pronto o—

—Donnald. —la voz de Lady Beitris lo interrumpió. —Cálmate. No puedes obligarla a comer.

—Puedo debatir eso, esposa. —refunfuñó.

—Es la hija del rey. No puedes forzarla a hacer nada.

—Pero, ¿Y si no vuelve a comer? No puedo presentarla así ante Sutherland, ‘Aquí, milord, está la hija del rey... su primogénita, la medio muerta de hambre.’

—Ven conmigo, querido. —dijo Lady Beitris. —Vamos a retirarnos a nuestra cámara, donde te serviré vino y llamaré a los músicos para que toquen la flauta y el laúd. La música te calmará. Levantarás tus pies y te olvidarás de todo.

Glenna exhaló cuando escuchó desvanecer los pasos y cruzó la habitación sin energía, se recostó en una mesilla, llenó un cáliz con vino aguado y lo

engulló lentamente para aquietar su estómago.

El humor del barón incrementaba su pesadez, mientras más se rehusaba a comer. Ella le había dicho la primera noche que comenzó a ayunar, que comería de nuevo cuando él liberase a Lyall de las bodegas, pero no antes. Él se rehusó. El pobre hombre todavía no tenía cara de culo con ella. Sus hermanos podrían haberle advertido. Oh, ¿dónde estaban? Si tan sólo El y Al regresaran con la prueba atestiguada.

Su barriga retumbó de nuevo. La contempló. ¿Cómo podía hacer tanto ruido algo tan vacío? Posó su mano en el estómago y deseó que la idea de comer se alejase.

Puedes hacerlo...

Hubo un ligero y quedo golpeteo en la puerta y Glenna señaló con la voz que podían abrirla. Mairi metió su cabeza, miró a Glenna y luego tranquilamente, cerró la puerta tras de sí. —¿Te encuentras bien?

Glenna asintió.

Mairi sacó un fardo de sus faldas y lo desenvolvió. —Ven. Mira aquí. Tengo pan y queso y un poco de carne, no mucho, pero te aparté una pierna de pato y una manzana rostizada de mi propia cena.

La comida la llamaba como si la carne y el queso tuviesen suaves voces que la persiguieran cantando, *ven a mí... ven a mí...*

Glenna se volvió, con los ojos apretados y su mano repeliendo la idea de comer, aún de mirar la comida. —¡No puedo!

—Claro que puedes. Nadie lo sabrá.

—Yo lo sabré. —dijo Glenna firmemente. No podía hacer nada por Lyall.

Mairi puso los ojos en blanco. —De verdad, Glenna. ¿De dónde viene esa necesidad repentina de valor?

—¿Crees que no puedo morir de hambre para ver a Lyall libre? Sí puedo. —Insistió Glenna.

—Claro que puedes. —Dijo Mairi con un ademán que parecía decir ‘tonta gansa.. —Pero de verdad morir de hambre no es el objetivo. El punto es hacer que todos crean que mueres de hambre, en particular, mi padrastro. Ahora, ven y come.

—No puedo. —dijo Glenna teniendo ojos sólo para la comida. —Debo debilitarme lo suficiente para desmayarme.

—¡Su señoría! Glenna, desmayarse es sencillo. Ya lo hiciste una vez.

—Sí, pero no sabía que me desmayaba.

—Desmayarse es un arte, no muy distinto al de tu veloz y ladrona mano — que ya prometiste enseñarme, no lo olvides— ahora necesitarás practicar el desmayo. Aquí, mírame. —Mairi se cruzó encima de la cama y dobló las rodillas. —Lo más importante que debes recordar es posicionarte para que no te hieras al caer o asegurarte de que tengas algo sobre lo que caer, dependiendo del método que escojas. Algo blando como este colchón siempre es bueno.

—¿Hay métodos? —repitió Glenna.

—Sí. Creo que el más realista es dejar que tus rodillas se conviertan en agua y sólo hundirse en el suelo, a...

Un instante Mairi se hallaba de pie, y al siguiente, estaba en el piso, medio de espaldas, los brazos detrás de la cabeza, sus miembros inferiores ligeramente volteados y sus rodillas dobladas.

Glenna rompió a reír y corrió hacia ella. —¡Eso fue maravilloso!

Mairi se enderezó con los ojos muy abiertos y sonrió. —¿Te gustó? Bien. —Se levantó. —Párate aquí y trata de hacerlo. Recuerda mantener tu respiración muy superficial.

—¿Puedo comer primero?

Mairi tomó la pierna de pato y se la entregó. —Come mientras te muestro el método de ‘la caída sobre algo’. Esto es para caer sobre un mueble, una silla, o encima del regazo de alguien. Necesitarás una posición más exacta, pues quieres aterrizar en una cama, una silla o en un hombre noble. —Glenna la miraba mientras masticaba la pierna de pato, contempló a Mairi, quien le enseñaba a caer de espaldas con gracia sobre una silla y luego, encima de la cama. Glenna permaneció a su lado con el pato a medio comer entre sus dientes.

Mairi dijo. —¡Ahora! —Ambas cayeron de espaldas en la cama al mismo tiempo. Mairi comenzó a reír y Glenna se sentó y masticó otro trozo de pato, blandiendo el hueso, ambas riendo.

Y allí fue cuando se volvieron a la vez y juntas vieron a Lady Beitris parada en la habitación, observándolas.

Las bodegas en Rossie habían sido construidas profundamente en la tierra y almacenaban barriles de cerveza e hidromiel fabricadas en la cervecería del castillo, y una sala entera de vinos, muchos importados, a gran costo desde

Bordeaux, Bruges, Briones y Creta. Las puertas de hierro de la entrada de las bodegas se hallaban cerradas y, la antecámara, antes de las salas de almacenaje de los barriles, servía como celda para Lyall. Yacía tumbado sobre un camastro de paja en un rincón, mientras inclinaba los labios hacia una jarra de barro llena de vino, del más costoso de los vinos de Malvasia de Ramsey, traqueteando las cadenas sujetas a sus muñecas y haciendo muecas de dolor al atrapar y retorcer los grilletes el pelo de sus brazos.

Sorbió dentro de la jarra de cuello corto. —Bueno esto. —masculló, ya que hablar consigo mismo era su única opción. Entonces, ebriamente brindó a la salud de su perdido padrastro y tomó otro sorbo.

Se escucharon ecos de pasos en el oscuro descanso de las escaleras. El guardia se había marchado durante cierto tiempo, desde que se llevó la cena de Lyall.

Instantes después de estar encerrado tras las puertas, se hallaba aburrido, casi sin sentido y su remedio fue asaltar los cofres de vino y beber hasta dormirse.

Lyall llamó al guardia por su nombre, y su voz hizo eco en las salas de piedra. ¿Dónde estaría? Conocía al hombre desde hace años.

Más pasos.

—¡Es tiempo de que vuelvas, tú, bastardo, bueno para nada! Descorché un Malvasian. ¡Estoy dispuesto a compartir!

Glenna se hallaba de pie en las escaleras de piedra, un hermoso sueño azul, con su cabello que caía brillante, su mirada sólo para él, de la manera en que la veía cada noche, de la manera en la que perseguía su mente, tan vívidos eran esos momentos, que de verdad creía que se hallaba allí, y no su débil mente que le hacía una jugarreta.

Esta vez así una vela en la mano al decir. —¡Lyall!

¡El sueño habla! En los momentos de mayor locura, pensó escuchar su voz. Alzó la jarra de vino. —Ramsey paga con cariño por esta pequeña maravilla. Por esta cosa poderosa.

—Entonces sírveme un poco. —dijo claramente y usó una llave grande para destrabar las puertas, entró, cerró y las trabó tras de sí.

—¿Glenna? ¿Eres tú, realmente?

Se puso frente a él, con las manos en las caderas del vestido. —No, tonto, es María Magdalena que vino a rezar al pie de tu cruz.

—¿Glenna? —se puso de pie y tuvo que equilibrarse con una mano en la pared. —Glenna...

Se lanzó hacia él, abrazándolo, entonces, la tenía en sus brazos, realmente la abrazaba. Estupefacto, se alejó hacia la pared. —Amor mío... amor mío... —ella era todo lo que él deseaba.

Cubriéndolo con besos, ella era real, su cuerpo suave y tibio, sus besos— Glenna y sus besos, casi rio en voz alta, los sentimientos dentro de él burbujearon. Ella se detuvo y se alejó, mirándole. —¿Has estado bebiendo?

—Durante tres días. —dijo brillantemente y luego frunció el ceño. —O al menos por tres ce... —hizo un ademán con la mano tras él. —Mira allí. Tengo acceso a todas las bodegas de mi padrastro.

—¿Qué planeabas hacer? ¿Beber hasta dejarlo seco?

—El pensamiento pasó por mi mente. ¿Cómo voy?

Ella arrugó la nariz e hizo un ademán con la mano frente a su rostro. — Hueles como si casi hubieras llegado allí.

Veía dos narices. Narices hermosas, y su cara se movía. Lyaal se tambaleó contra la pared, su cabeza nadaba, abrazando la jarra de vino y pasó una mano sobre su rostro. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería verte.

—¿Y te las arreglaste para robar la llave? Creo que alguien vendrá y te sacará arrastrada, más temprano que tarde. El guardia no está, pero regresará pronto. El mundo está en nuestra contra.

—No es verdad. Y el guardia se ha ido por una razón. Tenemos toda la noche y tu madre me dio la llave. —La aventó en su rostro.

—Estoy ebrio. —Meneó la cabeza y casi se cayó como si repiqueteara. — Creo que dijiste que mi madre te dio la llave.

—Lo hizo.

—¿Por qué lo haría?

—Quizá nos entiende.

Él se tranquilizó, internalizándolo todo y se deslizó por la pared cayendo con fuerza sobre el camastro con las piernas al frente, recostando la espalda contra la pared. Pensó que debería pararse. —Estoy ebrio. Muy, muy ebrio.

Ella se acercó y se sentó a su lado, deslizó los brazos alrededor de su pecho y lo abrazó, descansando la cabeza en su hombro. —Entonces, duerme. Estoy aquí. Me quedaré contigo. Estaré contigo. —Se movió hacia abajo, acunándose en la curva de su brazo y posó la mano en su corazón, como lo había hecho antes. —No existe ningún otro lugar donde quisiera estar. —dijo—. Cuando cierro los ojos, aquí es donde estoy a salvo. Sé que no eres

cobarde, porque es aquí.... —continuó, palmeando su pecho. —...donde siempre puedo escuchar cuán fuerte es tu corazón.

Él cerró los ojos, percibiendo la tibia sensación de paz a su alrededor y el dulce olvido justo a un brazo de distancia. —¿Te arrepientes? —preguntó.

—Jamás. —dijo tan fieramente que casi le creyó.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Cómo lo sabes?

Se quedó en silencio y luego preguntó seriamente. —¿Crees que algún día tú te arrepentirás?

—No. Nunca. —Dijo rozando su frente con los labios.

—¿Cómo lo sabes?

Él tuvo su respuesta y sonrió.

Un rayo de luz despertó a Ramsey de los restos de un descanso carente de sueños, y se volvió hacia las cortinas abiertas de la cama, extendiendo el brazo en busca de Beitris. Su lado de la cama se hallaba vacío y las sábanas, frías al tacto. Mientras yacía allí, escuchaba su movimiento alrededor de la cámara: al echar la leña al fuego, el ruido sordo al poner algo en la mesa, arrastrando las zapatillas en el piso de piedra, de repente amortiguados por la alfombra.

Trató de volver a dormir, pero su cabeza palpitaba y al tomar una larga respiración, halló su boca tan seca y pisoteada como el campo de un torneo. Amarga. Luego recordó el vino, cálices y cálices de vino sin diluir. Se sentó y frunció el ceño, encorvando los hombros y emitiendo un gruñido quedo. Se sentía como si le hubieran lanzado un yunque a la cabeza. Pero se levantó y usó el ropero antes de estallar.

Escuchó un soplido y miró por encima del hombro para encontrar a una criada con las manos sobre su rostro. —¿Dónde está miladi? —preguntó a la horrorizada criada.

—Estoy aquí. —dijo Beitris parada en la puerta, vistiendo capa, velo y guantes... cubiertas todas las imperfecciones, con un aguamanil en la mano. — Puedes irte. —le dijo amablemente a la criada y cerró la puerta tras ella. Cruzó la habitación hasta una mesa cercana a la cama y llenó un cáliz del aguamanil. —Temo que el verte, mi señor esposo, con todo tu poder y gloria matutinos fue demasiado para ella.

Él resopló y frunció el ceño, consciente de que tenía la nariz entumecida. —Tengo un hueso para escoger contigo, esposa.

—Puedo ver que lo tienes.

—No trates de evadir el tema con dulce conversación. —Ramsey meneó la cabeza, ceñudo. —Dentro de mi cabeza hay una batalla entera en curso. —Tocó la punta de su nariz y frunció el ceño de nuevo. —No puedo sentir mi nariz. Anoche me emborrachaste.

Se volvió para inquietarse con algo, pero él captó su mirada culpable, al menos la mitad, antes de que le diera la espalda.

Contemplándola, esperando, se preguntó cuán temprano se habría levantado. *El tiempo suficiente como para esconder de mí, la mitad de ella, todavía, después de todos estos años. El mismo ritual de esconderse cada noche y cada día.* —Beitris. Sabré lo que traes entre manos.

—¿Traer entre manos? Toma, bebe esto. —Extendió un cáliz hacia él. —Te sentirás mejor.

Bebió la poción y le devolvió el cáliz vacío tragando un eructo. —No has respondido a mi pregunta.

Permaneció dándole la espalda por largo tiempo, pretendiendo colocar el cáliz en la mesa, luego, finalmente, se volvió hacia él con la expresión seria. —Glenna está con Lyall.

Su reacción a la noticia no fue inmediata. Pero entonces, todo en él se enlenteció. —Si grito como lo deseo, mi cabeza se partirá en dos. —dijo y se hundió en una silla cercana, sosteniendo su palpitante frente en una mano y descansando la otra en su rodilla desnuda. —Estoy demasiado furioso para hablar.

Desnudo, sin nada que lo cubriese, más que su ebriedad, se sentó allí, expuesto. Entretanto, su esposa se hallaba envuelta en telas, velos y capas, cubierta como una hermana de Dios, bien escondidas sus cicatrices que jamás le dejaría ver, sin amarlo ni confiar en él lo suficiente para permitirselo. Eran como dos piezas de ajedrez en puestos opuestos del tablero, una blanca y otro negro.

Y la hija del rey, su responsabilidad, bajo su protección, le había desafiado, ya no era casta y casada libremente con un bribón, su tonto hijastro, y ambos se hallaban abajo, en sus propias bodegas haciendo juntos sólo Dios sabía qué.

Con la mañana apenas comenzando, ¿Qué más podría suceder?

Beitris, quien había permanecido en silencio, caminó alrededor de la cama y se detuvo. —Donnald. —dijo con un soplado suave y temeroso y él la miró a tiempo para verla desmayar.

—¡Beitris! —cuando estuvo a su alcance, ya había caído en la cama con los brazos colgando hacia atrás y flácidos al lado de su cabeza, respiraba tan superficialmente que él tuvo que bajar la cabeza hasta sus senos para escucharla. Palmeó su rostro y continuó repitiendo su nombre, entonces, rugió llamando a la criada, pero su esposa abrió los ojos y lo llamó.

Sostuvo su mano y dijo. —No te muevas. Quiero llamar al cirujano.

—Estoy bien. —Comenzó a sentarse, pero él deslizó un brazo en su espalda y la ayudó, notando que su color estaba bien.

Le sirvió algo de la poción que le había dado a él y le entregó el cáliz. —Bébela.

Arrugó la nariz y tomó un sorbo.

—No puedes estar bien. Te desmayaste. Nunca supe que te desmayases. ¿Te ha sucedido antes?

—Aparentemente, no con la suficiente frecuencia. —murmuró en el cáliz, confundiéndole.

Un guardia fuera de la puerta le llamó palmeando. Donnald se puso las vestiduras encogiéndose de hombros y abrió la puerta.

—Un mensajero ha llegado con noticias, milord. El conde de Sutherland está cerca. Él y sus hombres deben estar aquí antes del mediodía.

Despidió al guardia y comenzó a vestirse.

—¿Vas a las bodegas? —preguntó Beitris ansiosa. —Si es así, quiero ir contigo.

—Acabas de desmayarte. Debes acostarte y descansar.

—No he comido. —protestó rápidamente, levantándose. —Mi desmayo fue por hambre.

Tomó una manzana del platón de frutas y le dio una mordida. —¿Ves? He de estar bien. No me dejarás atrás, Donnald. —dijo con fiereza y él conocía ese tono.

Él debería rendirse ahora. O continuar sintiéndose como si se estuviese golpeando la cabeza contra la pared de piedra. Al final, se rendiría. Así que no se negó.

No pasó mucho tiempo antes de que se hallasen juntos en el descanso de la escalera hacia las bodegas, y ella lo detuvo con una mano en el brazo. —Déjame ir primero.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy pidiendo. —dijo.

Sin palabras, se apartó y la observó mientras alcanzaba el pie de las escaleras e hizo una pausa, luego, después de un momento, hizo ademán con la mano para que le siguiera, y se llevó un dedo a sus labios.

Lyall y Glenna se hallaban dormidos en el camastro de paja, con la espalda de Lyall contra la pared y Glenna plegada bajo su brazo con la cabeza en su hombro. Entonces, notó que la mano se hallaba sobre el pecho de Lyall, descansando sobre su corazón.

La mente de Ramsey volvió a otro tiempo y lugar y sintió el brazo de Beitris enlazar el suyo. *¿Ella sí lo recordaba?*

Una vez, hace mucho, ellos yacieron en los brazos del otro sobre una pila de heno tibio, con su cabeza en el hombro y dormida, como Glenna. Aquel día lo fue todo. La clase de día donde un hombre podía creer que la vida sí tenía sus momentos puros y tiernos, que el amor podía curar el alma de un hombre, un día de revelación. En un momento de capricho, aquel día ella había escuchado a su corazón latir y le hizo escuchar el de ella.

—Laten juntos como uno solo. —le había dicho a él.

Hasta este día, recordaba el sonido de cada latido de su corazón. Cuando le había mirado, se encontró a sí mismo contemplando el color del cielo, en aquel día, el más feliz de su vida. Pero ella no tenía que decirle lo que ya sabía. Él comprendía cuánto la amaba, y aún, apenas dos semanas después, escogió lo que era mejor para ella y se alejó.

Podía sentir su mirada sobre él ahora, y desvió la mirada de su hijo y hacia su rostro velado, sus ojos aún del color exacto del cielo sin nubes. Posó la mano enguantada en su corazón y tomó la suya y la posó entre sus senos. — Todavía laten como uno solo.

Sus palabras mezclaron los sueños todavía en él, los recuerdos de un amor que fue la única cosa en su vida que deseaba revivir, evocar la elección que había hecho de dejarla ir y luego, pasar el resto de su vida arrepintiéndose. Llevando a un lado parte de su velo, bajó la boca hasta la suya, y ella no le detuvo. El beso fue de ellos por largo tiempo, y en aquel toque de sus labios, se hallaba un amor que cubría más que la mitad de una vida. Cuando se apartó, ella enderezó el velo mirando hacia abajo. Aún se escondía.

Pero la mano en su corazón, y las palabras... eran suficientes por ahora.

Miró atrás, hacia las bodegas y encontró a Lyall contemplándole con la mirada ilegible. La vista de Ramsey recorrió desde las llaves hasta la

cerradura de las puertas y volvió un ojo cuestionador hacia Beitris.

Sabía la pregunta antes de pronunciarla y dijo sin rodeos. —elegí concederles una última noche.

—¿Qué sucede? —dijo Glenna con una voz rasposa por el sueño. Estaba despierta y ceñuda.

Ramsey vio los brazos alrededor de su hijastro, quien la atrajo más cerca de sí, como si hubiera de protegerla de ellos. Los grilletes que todavía le apresaban, repiquetearon, en un instante que decía mucho, y Ramsey tuvo la idea de que los dos se hallaban tan cercanos como los eslabones de una cadena y tratando de parecer igualmente fuertes e inquebrantables. Algo cambió en Ramsey al verles, y una duda recorrió su mente, añadida a su confusión.

Su esposa abrió las puertas y extendió la mano hacia Glenna. —El conde de Sutherland está a corta distancia. He de ayudarte a vestir antes de su llegada.

Glenna no discutió, pero hizo una pausa para mirar a Lyall.

Lo que Ramsey vio suceder entre ellos, era demasiado familiar para no causarle dolor e incomodarle por un momento, lo suficiente para preguntarse qué sería mejor, en lugar de qué estaría correcto.

Se levantó dando a Lyall una sonrisa lánguida antes de marcharse con Beitris y dejándoles a solas.

Ramsey se arrodilló, destrabó los grilletes y los tiró a un lado. Lyall hizo una mueca de dolor y se frotó los tobillos, mientras Ramsey luchaba consigo mismo al decidir entre hablar o callar. Se irguió y se alejó, sosteniendo las puertas de las bodegas. —Necesitas prepararte para encontrarte con Sutherland. —Asintió rápidamente. —Puedes irte.

Lyall caminó fuera de las puertas, pero se detuvo al pasar a su lado. Eran de la misma estatura y se podían mirar a los ojos, lo cual era una maldición, más que una bendición cuando, de leerse mutuamente, se trataba. —Quiero que comprendas algo, Donald. Sé lo que hice, y sé que lo hice, a pesar de que lo prohibiste estrictamente. —Hizo una pausa después de su honesta confesión, y posando una mano en el hombro de Ramsey continuó. —Pude decirte que no a ti, pero no pude decirle que no a ella.

Capítulo Treinta y Tres

El conde de Sutherland y su contingente se aproximaba a Castillo Rossie al son de los heraldos sonando las trompetas a su llegada y con todo el desfile posible, los pendones de los colores del conde volaban en líneas de escuderos montados, y tantas tropas, que en la distancia parecían hormigas bajando de un hormiguero.

—¿Cuántos hombres creen que se requiere para mantenernos apartados a tu hermano y a mí? —Preguntó Glenna sarcásticamente.

Pero había temor en la voz de Mairi al decir. —Él es el conde más poderoso en la tierra, canciller y consejero de tu padre, el rey. Un contingente viajero como aquel, demanda reverencia instantánea.

—Oh, temor. —dijo Glenna totalmente preparada a desagradarle a este hombre, quien representaba a su padre, su padre, a quien ya había decidido que no le importaba, a pesar de la sangre que compartían. No sabía nada acerca de este gran conde, excepto que todos parecían inquietarse al mencionar su nombre. —¿Acaso los hombres no entienden que el respeto se gana?

—Sospecho que el conde no se preocupa por tales cosas. Y el respeto es debido y requerido por el rango y el nacimiento de los hombres. Has vivido fuera de la vida que llevas ahora. No ves tales cosas en tu pequeña isla. Pero nuestra tierra es salvaje, y hay hombres que cambiarían el modo de las cosas, hombres que serían crueles y asesinarían y tomarían lo que desean. En el lugar de tu padre, el conde solo es el gran protector de toda Escocia.

—¿Solo? —Glenna se echó a reír. —¿Él y sus cinco mil hombres armados?

—Impresionante es observar desde aquí, aquél es apenas un contingente para viajar. De venir para una batalla, habría cinco veces el número de jinetes, junto a guerreros a pie y una legión de arqueros. —Hizo una pausa y se volvió. —Jamás escuché que sea un hombre cruel o injusto, Glenna.

Glenna cerró los postigos y dijo. —No me importa, porque estoy preparada para la batalla.

—Sí. Tienes fuego en los ojos. —Dijo Mairi y la ayudó a vestirse y a trenzar su cabello.

El conde y sus hombres habían cabalgado por largo tiempo atravesando las puertas, cuando las mujeres terminaron. Glenna se hallaba completamente vestida y peinada, cepillada y trenzada, decorada y parada en el centro de la gran cámara, con los nervios a flor de piel, su corazón latiendo demasiado fuerte, una perla de sudor en el labio superior y meditando mil respuestas posibles.

Llamaron a la puerta, Mairi abrió, vio a Lyall y salió de la habitación.

Se hallaba allí, alto y gloriosamente apuesto, ataviado con una rica túnica azul oscuro con diseños dorados que eran suyos propios, sobre calzas y botas suaves. Su rostro se hallaba limpio y afeitado, sus cabellos dorados tocaban los hombros y pesados anillos enjorados adornaban los dedos de la mano que le ofrecía a ella. Su sonrisa era clara. Su amor por ella se reflejaba en los ojos.

Su señoría, cómo adoro a este hombre.

—Ven, amor. —dijo con facilidad. —Les enfrentaremos juntos.

Sin dudar, Glenna fue hacia él. Su mano tibia se cerró sobre la de ella, y fue afectada por un maravilloso tejido de poder y repentinas fuerzas, y caminaron hacia el salón, bajando las escaleras lado a lado.

Antes de que alcanzaran las escaleras, Lyall tocó la mano de Glenna, quien echó un rápido vistazo hacia arriba y le obsequió una sonrisa —una que él pudo ver, no llegó a sus ojos— entonces, enderezó su mirada hacia adelante, con la boca en una fina línea de determinación, aunque él sabía que se hallaba aterrada. Su espalda se hallaba erguida. Su mentón, alto.

—Eres tan hermosa. —dijo con naturalidad, sin mirarla. —Soy el más afortunado de los hombres.

Sintió su vista hacia él, y él la miró hacia abajo, a su dulce rostro, algo que podría hacer por el resto de sus días. De entre aquellas pestañas oscuras de plumas gruesas, sus ojos eran tan de ébano que parecían tan vastos y sondables como el bosque más oscuro bajo un cielo de media noche. Se mordió el labio con su guardia baja.

Le guiñó el ojo y se recobró rápidamente, con una clara sonrisa en sus labios. Ella dio un soplado exagerado. —Diré que soy la más afortunada de las mujeres. ¿Quién es el más afortunado?

—Déjame pensar. —dijo pensativo. —Quizá ambos nos equivocamos y el hombre más afortunado en el mundo es aquél que tenga el corazón de la Vieja Gladdys.

Ella rompió a reír, honesta y de corazón, y por un momento, pensó que su temor, tal vez, se había sosegado. Lyall palmeó su mano tranquilizadamente

antes de llegar al pie de las escaleras. Ella era una gran imagen, vestida para impresionar. Se hallaba tan adorable que quitaba el aliento, la clase de mujer inolvidable, cuya figura abrasaba la mente de un hombre por toda una eternidad. Como la Canmore que había nacido para ser, era la imagen de la real hija del rey, en el vestido que había aferrado a su pecho y sobre el que había dormido. El color carmesí, que únicamente sería llevado por aquellos de la más alta cuna, y entallado con el brocado raro de terciopelo más fino, con seda tejida por refinadas habilidades flamencas, expertamente decorado con bordados de plata que insinuaban las finas puntadas de su hermana, recortado con armiño real y ceñido sobre sus redondeadas caderas con un pesado cinturón de plata adornado con rubíes.

Su cabellera negra colgaba en olas tormentosas bajando por la espalda y llegando más allá de sus nalgas, pero el cabello cerca de sus sienes lo llevaba hacia atrás, en retorcidas trenzas decoradas con cintas rojas, de las cuales colgaban dijes de plata en forma de estrellas y gotas de perlas de perfecto blanco, al igual que su piel pálida. Las perlas en su cabello hacían juego con un grueso collar que llevaba en la garganta: tres líneas apretadas de perlas redondas con un rubí en el centro, tanto el collar como el cinturón enjoyado eran regalos de su madre y del barón. Él también tenía un regalo, uno que ahora deseaba haberle dado, pero ya era tarde.

Al pie de las escaleras, la cacofonía de voces en el salón menguó lentamente, mientras los muchos ojos curiosos se posaron sobre ellos. El repentino silencio se apoderó de la atención de toda la sala, tan rápidamente como sonaba la campana para la cena. En el centro del gran salón, se erguía un hombre alto y poderosamente construido, con un escueto mechón blanco en su cabello oscuro. Junto a él se hallaban la madre de Lyall y su padrastro, y todos estaban rodeados por racimos de criados —el contingente de caballeros de Sutherland junto con los caballeros de Montrose y sus damas.

El gran conde de Sutherland, Lord Canciller, Valan de Caleone, miró hacia arriba y los encaró. Su ancho cinturón de conde brilló en la luz y sus ojos inmediatamente se posaron en Glenna. Su expresión se petrificó y el color abandonó su rostro. —¿Cait?

Hubo un murmullo repentino y frenético de muchos de los hombres del conde. Glenna se detuvo y miró tras ella, luego se volvió de nuevo, ceñuda, pero Lyall ignoró las extrañas reacciones y murmullos, permaneció calmado y se acercó más.

Ramsey dio un paso adelante y atrajo a Glenna hacia el grupo. —Lady Glenna Canmore, permíteme presentarte al Lord Valan de Caleone, conde de Sutherland, Lord Canciller de Escocia y viejo amigo y consejero de tu padre. Conde Valan, recuerdas a mi hijastro, Sir Lyall Robertson.

El conde había estudiado a Glenna como si viera a un fantasma, hizo una breve reverencia hacia ella y reconoció a Lyall con un ‘el hijo de Sir Ewan.’ Lyall no estaba seguro de si pretendía insultarle o no, o quizá considerando por qué se hallaban allí, pretendía recordarle exactamente quién era.

Pero Lyall estimó rápidamente que no había intención, de hecho, el conde apenas le prestaba atención por hallarse ocupado en estudiar a Glenna.

Cuando el conde agarró su mano, dijo tranquilamente, como si hablase consigo mismo. —Es asombroso.

—¿Qué es asombroso, milord? —preguntó Glenna.

Y su mirada la evaluaba, luego concedió una ligera sonrisa y meneó la cabeza. —Sólo imaginaba, miladi. Los ojos de un viejo hacen oscuras jugarretas. Venga conmigo. Creo que necesitamos hablar en privado. —Enlazó su brazo y asintió hacia Ramsey, pidiendo a dos de los caballeros que le acompañasen. —Y tú, Robertson.

La urgencia de arrancarla del brazo del Conde Valan le abrumó, de poner su cuerpo entre ellos y gritar que esa era toda su culpa, pero su padrastro le hablaba, haciendo una pregunta sin importancia, demandando su atención y caminando a su lado. ¿Su guardián? Lyall hizo un vago comentario, pero nunca quitó sus ojos de Glenna, mirándola enderezar sus hombros y alzar su mentón con exceso en la presencia del más poderoso amigo y aliado de su padre, sintonizando cada movimiento y mirada con sus nervios. Lyall no quería que la hiriesen. Ella trataba de ser su campeona. Todos caminaban naturalmente por el salón—un desfile diseñado para detener el cotilleo de las lenguas— y se dirigieron a la habitación fuera del salón principal, donde había muchas velas iluminando, una mesa con bancos, y dos sillas pesadamente labradas a cada lado. Un aguamanil se hallaba en cada punta de la mesa y una bandeja con cálices. Dos escuderos que vestían los colores del conde, se hallaban ya posicionados en las esquinas traseras sin obstruir el paso. Y los caballeros permanecieron atrás, mientras el conde conducía a Glenna al asiento a su derecha, gesticulando a Ramsey a tomar la otra punta y a Lyall a sentarse a su izquierda.

—Ramsey me cuenta una historia acerca de ustedes dos. —El conde alzó una mano hacia el aguamanil y cada uno de los escuderos se movió a la mesa

rápidamente, sirviendo el vino blanco sin diluir, mientras el Conde Valan se instalaba y se recostaba en su silla con los dedos de una mano tamborileando la madera.

No era buena señal, aunque su voz era uniforme y sin animosidad o rabia, y Lyall se preguntó si todo aquello sería peor para ellos. La mirada que Glenna tenía era tercamente intencionada y la amaba por ello, pero se levantó y habló antes que cualquiera. —Actué tontamente y me he conducido por mi pasado y por mis deseos. Glenna fue una víctima. —Lyall le sonrió. —Ella pretendía ser mi campeona, salvarme de las consecuencias de mis acciones y ha perdonado mi falta en buen sentido.

El Conde Valan le miró con las cejas arqueadas que cuestionaban la elección de sus palabras y demandaban hablar simple.

Lyall levantó su mano. —Ella lo llama falta. Yo sé que lo que hice, es mucho más serio. Fallé y traicioné a mi padrastro, a ti, y a mi rey. —Hizo una pausa. —Y a ella, la única que tiene mi corazón, mi hoy y mi mañana. —La mirada que intercambiaron envió un espasmo de significado hacia él y la comprensión de que ella era su razón de vivir. No quitó los ojos de ella mientras continuaba. —Ella es mi esposa, de cuerpo, corazón y mente, y juro por mi alma negra que la defenderé mejor, porque lo haré con mi vida. Daría todo lo que tengo, hasta mi sangre y mis huesos, para vivir mi tiempo en esta tierra con ella a mi lado, así que no me haré a un lado como me lo han pedido.

La sonrisa de ella se suavizó. Sin ella, no había nada. Él encaró a Sutherland. —Sé esto... no hay otro hombre que la protegerá como yo. —Palmeó su corazón con un puño. —Así de querida es ella para mí.

El conde era un diplomático experimentado y su rostro no revelaba nada. —Glenna cree que puede salvarme, porque ahora soy su esposo y ella es la hija del rey. —Bajó su mirada, riendo con auto menosprecio. —Pero la verdad es esta: que lo que hay entre nosotros es mi más grande regalo y gustoso iré a la horca mañana, sabiendo que ha sido mía por estos pocos días.

La expresión de ella le decía que sus palabras la turbaban, y meneó la cabeza ligeramente, advirtiéndole que se detuviese.

—Puedes llevarme lejos, milord. —juró Lyall. —Puedes encerrarme, puedes encadenarme a las puertas del castillo, clavar mi lamentada cabeza en una pica o descuartizarme, pero no la negaré. Glenna Canmore es mi esposa hasta el fin de mi vida. —Hizo una pausa. —Sin importar cuánto tiempo dure.

El pensamiento de perderla, y de ese modo, de perder al hombre que podía ser, hicieron arder sus ojos y desviar la mirada... desafortunadamente, justo

hacia la intensa y pensativa faz de su padrastro.

¿Acaso era compasión lo que vio? De ser así, no se lo merecía.

Glenna se paró abruptamente y confrontó al conde. —Me dices que soy la hija del rey. Entonces escúchame cuando te digo que estamos casados. Si dañás a mi esposo, me dañás a mí. —Posó sus manos en la mesa y se inclinó hacia adelante. —Él es mi esposo.

El Conde Valan rio suavemente y meneó la cabeza. —¿Por qué pienso que quieres añadir ‘tú, patán’ a tu último comentario?

Dejó de fruncir el ceño, pero dijo. —¿Crees que me conoces así de bien? —rio sin humor y se movió hacia la ventana y se recostó contra la pared sin mirar a nadie.

—Sé que vi un repentino brillo en tus ojos y te alejaste para esconderlo de mí. Te conozco así. He sido llamado por tales nombres muchas veces, miladi. Te comprendo más de lo que puedes entender.

Glenna se rehusó a mirar al conde, y permaneció de brazos cruzados con su hombro contra los postigos abiertos.

Lyall habló desde su corazón, pero se hallaba perdido ahora y no hallaba nada más que decir, se sentó y tomó un sorbo de vino, esperando calmar las cosas de algún modo, mientras su mente buscaba otra menara de persuadirles.

—No condonaré lo que mi hijo ha hecho, milord. —interrumpió Ramsey. —Diré que ha actuado sin pensar y egoístamente. Pero ha tomado algo valioso de todo lo que ha hecho. Creo que conozco a Lyall, quizá mejor que él mismo. Considera esto: hay quienes dirán que no posee la riqueza o la posición debida, para que un hombre se case con la hija del rey. Haré la petición ahora, en este momento, de hacerle mi heredero.

Escuchar aquello fue como ser golpeado en la cabeza con un mayal. Lyall esperaba discutir con Ramsey para que no disolviese su matrimonio... no para escuchar defenderle y apoyarle, apoyo que no merecía y que era difícil de escuchar. Contempló su cáliz de vino.

Podía desafiar la ira. Pero, ¿la amabilidad? Quería colgar su cabeza por vergüenza de sus acciones y por cómo había dejado que la amargura le consumiese, y con aquella vergüenza, acudió un gran arrepentimiento. Estar allí de pie ahora, tan claros sus ojos, consciente de lo que sabía que quería, consciente de cuánto lo había desaprovechado y de cuánto había arriesgado su futuro, era extrañamente reconfortante. No tenía duda. No estaba luchando contra su consciencia, quizá porque esta vez, lo que deseaba no lo hacía por

orgullo. Con Glenna, su orgullo no se hallaba distorsionado dentro de sus deseos.

El conde le concedió una mirada directa a su padrastro. —Bien y bueno, Ramsey. Sin embargo, no estamos aquí para decidir si él es apropiado.

—No, estás aquí para dictaminar sobre la validez de nuestro casamiento, dijo Glenna rápidamente. —Para torcer y dar un giro a mi vida y que no pueda seguir a mi corazón, sino comprendiendo que valgo únicamente para ser maltratada y servir a la corona. Mi matrimonio es sagrado para mí. Un contrato de casamiento es la ley de la tierra.

—Eso es verdad, si no fueras quien eres. No hay matrimonio real sin testigos. Esto, querida mía, es la ley en lo que a ti concierne.

—¿Qué hubiera sucedido si yo, Glenna Gordon, me hubiera casado con un pastor de ovejas antes de que mi padre, el rey decidiese que podía dejar de esconderme?

Lyall tuvo que desviar la mirada. La idea de ella casada con un pastor de ovejas casi le hizo romper a reír.

—¿Crees que eso sería posible? —El conde pareció divertido. —Crees que eras libre de casarte con un granjero de cerdos?

—Pastor de ovejas. —dijo apretadamente.

—Jamás habría ocurrido, miladi, y prefiero no perder mis palabras discutiendo acerca de lo imposible.

—No creí que ninguno de nosotros estuviese perdiendo las palabras. Pero ahora cuestionaré la verdad de las historias que hemos escuchado sobre el gran romance de mis padres. ¿Fue un gran romance? ¿Acaso sólo a mi padre le está permitido casarse por un gran amor? Y si soy la hija de mi padre, ¿acaso el luchar por mi derecho a elegir el hombre que amo no está en mi misma sangre?

Ahora allí, pensó Lyall, se hallaba la mejor pregunta.

El conde la miró por largo tiempo. Glenna trataba desesperadamente de molestarle. Él no rugió ni ordenó nada, una señal de cómo Sutherland había alcanzado su posición. El hombre era pensativo y Lyall tuvo que admirarle.

—Mirándote, miladi, me pregunto... —ijo tranquilamente el Conde Valan. —Eres bastante temeraria.

—Gracias.

—No fue un cumplido. —dijo el conde sin rodeos. —También eres bastante pronta al decir lo que piensas. —Cuando ella comenzó a hablar, él

levantó su mano. —Tampoco es un cumplido. Ha sido mi experiencia que hablar así no es la mejor manera para que una mujer consiga lo que desea.

—Tampoco lo es volverse silente, y yo no conozco su experiencia como mujer habladora, mi señor conde.

Lyall mordió su carcajada, pero su padrastro no, y Ramsey meneó la cabeza, aún riendo. —Te tiene, Valan.

El conde intercambió una interesante mirada con su padrastro y concedió a Lyall un latido de esperanza. Dijo a Glenna. —Podrías estar mejor servida con un esposo que te vigile. —Volvió sus ojos pensativos hacia Lyall y lo estudió, luego se volvió a sentar en la silla. —Hablando de relaciones de sangre, miladi, te pareces mucho a tu hermana.

—¿A mi hermana?

Aquello había atraído la atención de Glenna.

—Sí. Lady Caitrin ha sido mi tutelada todos estos años.

—¿También a ella le mintieron? —preguntó Glenna con amargura.

—Como a ti, también a ella, recientemente descubrió la verdad y ha hecho conocer sus pensamientos hacia mí. —dijo el conde con calma, rehusándose a lanzar una clara carnada hacia Glenna. —Su nuevo esposo debe lidiar con sus opiniones.

—¿Nuevo esposo? Así que, ¿fue empeñada por el bien de la corona? Tal vez ella acepte aquel destino con facilidad, pero yo no seré tan dócil y sumisa.

El conde se ahogó con el vino, tosió y resolló hasta que uno de sus caballeros palmeó su espalda con fuerza, y lentamente se recuperó, con el rostro yendo del rojo brillante al sonrojo. Se aclaró la garganta y dijo. —Las elecciones que tu padre hizo fueron difíciles. Yo estuve allí. Vi por lo que pasó. Sus acciones y órdenes se hicieron para protegerte.

—Lo que llamas protección, yo lo llamo mentiras, Conde Valan. ¿Por qué no podíamos saber la verdad y todavía ser mantenidas a salvo?

—Eres tan joven. La verdad jamás habría valido el riesgo. No sabes la magnitud que tu existencia hubiera avivado la lucha por el derecho a la corona. Los enemigos de tu padre te habrían casado con el tipo de hombre que podría controlarte y a tu padre por sus propios motivos. Te aseguro que sería más desagradable. Tu padre también es tu rey. Hasta que entiendas lo que ha enfrentado, no puedes comprender lo que tuvo que hacer. Tú fuiste criada en la oscuridad y en lo que creímos que era seguro. ¿No te gusta que tu identidad fue mantenida en secreto? Únicamente alguien que conoce poco del mundo querría una vida llena sólo de verdades.

—Como yo lo veo, milord, el rey no está aquí. Pero si lo estuviera, discutiría con él lo que te he dicho a ti. Sin embargo, aquí o en el exilio, ninguno de ustedes, ni él, ni tú, disolverán mi casamiento. Y créalo, mi señor conde, hay demasiados secretos que no conoces acerca de mí. —añadió.

Lyall comprendió lo que decía. Sus hermanos jamás la traicionarían o a sí mismos, al admitir libremente su vida de latrocinio. El Conde Valan no vio el botín dentro de aquella cabaña, y no estaba al tanto de las habilidades de Glenna en lo que había sido su profesión ocasional. Al Lyall mirar a su esposa, tuvo el fuerte sentimiento de que merecía mantener sus propios secretos.

Pasaron largos minutos en silencio, mientras el Conde Valan parecía estudiar la mesa, y luego su padraastro. Ninguna palabra fue dicha y el aire en la habitación comenzó a vibrar, como antes de una gran batalla. Finalmente, el Conde Valan miró a Glenna y dijo. —Yo.

La puerta se repiqueteó estruendosamente con algo que golpeaba sobre ella y uno de los caballeros de Sutherland la abrió. Alastair Gordon se apuró hacia adentro, empujando a su paso al caballero e ignorando a todos, sin aliento, blandiendo un papiro enrollado. —¡Glenna! —Su rostro rompió en una amplia sonrisa. —¡Lo tengo! ¡Tenemos la prueba!

Capítulo Treinta y Cuatro

Alastair estaba allí. Él estaba allí. Glenna tomó el papiro de sus manos y se lanzó en sus brazos, susurrando bajo su aliento. —Te tomó demasiado tiempo. —Se volvió y se aproximó al conde con el contoneo de un guerrero conquistador. —Dices que un matrimonio real debe ser atestiguado. Afirmas que, si hay un testigo, ¿el casamiento es válido?

Colocó el papiro en la mesa áspera, lo desenrolló y lo presionó hacia abajo. —He aquí, milord. Ante ti se halla el documento atestiguado, escrito en la abadía de Beaulieu, y sellado por el mismísimo prior.

Lyall se hallaba justo tras ella y reía bajo su aliento, diciéndole que estaba consciente de que acababan de tomar la reina de su oponente. Deslizó el brazo alrededor de su cintura, mientras ella se enderezó y le dio un rápido guiño. Sonrió y posó la mano en su hombro.

Juntos podían hacer cualquier cosa, pensó.

Hubo otra conmoción en la puerta y El apareció, con su cara excitada y su sonrisa amplia. —¡Glenna! ¡Glenna mira! ¡Mira lo que te trajimos!

Escuchó un sonido precipitado, extraño y familiar, luego un ladrido conocido, su corazón dio un vuelco en el pecho y algo jubiloso se incrementó dentro de ella. La mano de Glenna cayó del hombro de Lyall al éste pararse abruptamente. Entonces, escuchó a Lyall decir, finalmente, el nombre de su perro bajo su aliento, susurrado casi como una oración. Lo próximo que escuchó fue su voz gritándolo. —¡Fergus!

Su sabueso saltó hacia ambos, inmenso y peludo, alto en el aire. A través de una mancha de lágrimas frescas, ella entrevió una sonrisa tonta y enmarañada y una cola que se meneaba como extraños pies voladores...

Fergus fluyó pasándolos a todos y aterrizando incómodamente encima de la mesa, patinando, deslizándose y pateando el aire y la mesa.

—¡Oh, su señoría! Fergus... —lo llamó con la voz flotando en horror, con las manos en la boca al ver los cálices derramarse a derecha e izquierda, y el aguamanil bambolearse y ladearse por las enormes patas voluminosas de Fergus. El vino se derramó como la sangre en un campo de batalla, vertiéndose sobre la mesa y justo encima del conde, mientras el alto rechinar de los cálices plateados sonaban, golpeando el piso de piedra y rodaban alrededor de ella.

Lyall sacó a Fergus de la mesa, mientras ella se arrodillaba frente a su perro y lo dejaba lamer las lágrimas de sus ruborizadas mejillas. —Fergus.

Ella retrocedió y captó el húmedo brillo en los ojos de Lyall, y pensó en la historia de Mairi acerca de Lyall cuando tenía diez años, el muchacho joven que no pudo salvar a su padre, a su hermano, su hogar y, finalmente, a su amado perro llamado Atholl, el último animal que nombrara, porque cargaba aquel arrepentimiento, aquella pena y aquella culpa por su fracaso, desde entonces y todos estos años. Los ojos de Lyall, rojos y brillantes, contemplaban el remanente dejado por la herida de la flecha, un hueco negro, profundo y encostrado, cubierto por cierta clase de unguento seco. La mano de Glenna tocó a su perro y rascó las peludas orejas, e intercambió una mirada de amor profundo con su esposo. Ninguno se hallaba perdido para ella, como lo había pensado. Su felicidad fue, repentinamente, una cosa viviente, dorada como aquel caballero que había contemplado nadando en el océano. Todo aquello entibió su sangre y trajo más lágrimas que se derramaron en su rostro. Sintió a sus hermanos moverse a su lado.

Golpeteó sus ojos y se volvió a la acción en la mesa, donde el barón se erguía en el lado opuesto, mirando perplejo al conde, quien no se había movido en medio de lo que había ocurrido.

Pero sus escuderos sí lo habían hecho. Se apuraron con telas, empapándolas en el vino derramado y gateando para enjugar el desastre, mientras el Lord Canciller se sentaba con las manos al frente; contemplaba hacia abajo, las manchas de vino rojo esparcidas en su túnica y en su cinturón de conde. Uno de los escuderos se arrodilló en el piso, luego se enderezó, sosteniendo en alto el papiro empapado en sus dedos, mientras el vino se mezclaba con tinta oscura y sangrante y goteaba de las puntas del ahora ilegible documento. Sólo el sello circular del prior era aún visible, y se derretía lentamente, llevando consigo la más peligrosa emoción de creer en la esperanza.

Glenna se quedó sin aliento, entrando en pánico. —Leíste el documento, milord. Viste que estaba atestiguado.

—No. —dijo el conde parándose y frunciendo el ceño. —pero...

—No importa, porque el testigo está aquí. —El prior se hallaba de pie en la puerta, observando con una sonrisa burlona en sus labios.

Alastair se inclinó más cerca y dijo bajo su aliento. —Él es la razón por la que nos tomó tanto tiempo. El hombre viaja con un trasero que se mueve tan rápido como una pereza.

Había esperanza de nuevo, aún peligraba, pero todo se hallaba igual. Ella enlazó su brazo en el de él, le dio un beso de agradecimiento en la mejilla rugosa y dijo. —Gracias.

—Fue su idea, una vez que escuchó por qué nos hallábamos allí. Una abadía como Beaulieu necesita patronazgo. Imagino que la oportunidad de anotar la bolsa abultada de Montrose y Sutherland fue demasiado tentadora.

Ramsey se había unido al conde. —Lo siento por el caos, Valan.

—Apesto a vino. —El conde meneó su cabeza y se echó a reír con ironía. Mi propia casa hace que esto luzca tranquilo, Donald.

—También yo lo siento, milord. Pensé que había perdido a mi perro. Pero nos hallamos aquí por mi casamiento. Tendré tu decisión ahora. —dijo Glenna al Conde Valan. —Seguro que no cuestionarás el testimonio del prior. Hacerlo cuestionaría la validez de cada casamiento en la tierra. No puedes renegar de la Iglesia. El único testigo mejor, sería mi padre.

—O yo mismo. —dijo el conde y Glenna no se atrevió a esperar, que quiso decir lo que ella pensaba.

—Te casarás aquí y ahora. —continuó. —Una ceremonia con Montrose y conmigo mismo como testigos y representando a tu padre. Estoy seguro de que el prior estará más que complacido en officiar el casamiento de ustedes dos.

Habían ganado. El rostro de Glenna rompió en una enorme sonrisa.

Lyall se irguió y miró a su padraastro, quien asintió y luego hizo al conde una ligera inclinación de respeto. —Gracias, milord. No se arrepentirá por su decisión.

—No. —dijo el conde y sujetó el brazo de Lyall con amistad. —Pero si Lady Glenna se parece en algo a la cabeza dura de su hermana, mi Cait, vivirás para arrepentirte de la tuya.

Las velas en las púas de la pared estaban apagadas, pues la luna brillaba plateada y se podía ver a través de la ventana de arco de su cámara, dominaba un cielo oscuro y claro, plagado con suficientes estrellas, que hacían a uno creer en cosas como la redención, el amor y Dios. El viento había levantado y lo había despertado. Todavía pudo escuchar el silbido afuera, a través de la almena.

Desde la alfombra cercana a la cama, llegaba un ligero ronquido canino. Fergus dormía sobre su costado, contento, en contraste con la profunda herida

que aún se hallaba visible e inolvidable. Que los Gordon habían llegado por él en su búsqueda de Glenna y lo habían llevado a la abadía, era lo que le había salvado.

Volvió a recostarse en los almohadones de plumas de ganso con un suspiro, cruzando los brazos tras la cabeza, su cadera desnuda tocaba la de su esposa. Se hallaba relajado. La parte de él que nunca pudo descansar realmente, aquella tensión que había llevado muy dentro de él por tanto tiempo, se había ido. El amor lo llenaba como la inflamación del viento afuera, y respiró profundamente con alegría. El aroma de rosas y de mujer colmó sus sentidos.

Mairi y su madre habían puesto jarrones con rosas, hiedra y flores silvestres por toda la sala y cien velas la habían iluminado cuando, finalmente, escaparon de la celebración en el gran salón y se alejaron del resto del mundo. Una pinta de vino y platonos de frutas secas, nueces y manzanas se hallaban sobre la mesa. Al lado de la cámara, las velas más gruesas, velas de la capilla que podían iluminar por días, se encontraban en la mesa, cerca de un florero con rosas rojo oscuro, las últimas que florecerían ese año, como su madre había dicho.

Su esposa yacía a su lado en la cama, dormida, vestida únicamente con el regalo de bodas que él le diera: una diadema de plata que había forjado con piedras ganadas años atrás en un torneo en Normandía, y la perla en forma de gota, grande y perfecta, que encontró en el río Tay, la noche en que comprendió lo que era el amor.

Esta noche, mientras se arrodillaba ante él, había situado la diadema en su cabeza en el lugar de la corona de flores nupcial que llevaba, cuando entró en la capilla de Rossie, donde más temprano, todos habían atestiguado sus votos y su unión final. Contempló el dosel de la cama, perdido en sus pensamientos. Un zumbido repentino sonó, y antes de que pudiera moverse, una abeja se posó en su brazo. Se petrificó, la observó caminar despacio por su piel y esperó el inevitable aguijón.

Pero nada sucedió. La abeja se fue volando, se posó en el centro de una de las rosas al lado de la cama y desapareció.

—Pareces complacido y contento. —dijo Glenna soñolienta y se acercó más, lo suficientemente cómoda como para arrojar una pierna desnuda sobre él, posando la cabeza en su hombro y los senos pesados en sus costillas.

Él la tocó permitiendo a la suavidad ocupar su mano, entonces, se giró y cubrió el cuerpo con el suyo propio, acomodándose entre sus piernas. —Estoy

contento, esposa. —dijo—. Y tú pareces hambrienta.

—Lo estoy. —Enlazó los brazos alrededor de su cuello y sonrió; era la clase de sonrisa con la que él podía vivir y no desear jamás otra cosa... su Glenna, su esposa, la mujer cuya fe en él restauró su confianza y sus creencias en el bien que había en el mundo. Era la ladrona que había robado su caballo y su corazón, y le había salvado de sí mismo. Sonrió. La luz en sus ojos lo decía todo: lo miraba como si esperase a que algo maravilloso sucediera.

Pero para Lyall, algo maravilloso ya había sucedido.

Nota del Autor

Soy una escritora que investiga meticulosamente y, a menudo, encuentro mi trama en las maravillosas páginas de la historia. Pero no sucedió así con esta idea que llegó hasta mí hace muchos años. La idea no quedaba bien con exactitud, así que la dejé de lado. Eventualmente, su llamada atrajo mi atención de tal manera, que no pude ignorarla.

En aras de contar un trabajo de ficción a mi manera, he jugado de algún modo con la historia. William, el León de Escocia, no tuvo tres hijas, y su esposa no era la nórdica que murió en el parto. Sin embargo, existen historias de nacimientos múltiples, aún de quintuples nacidos vivos, bien conocidos antes de esta época, y escritos que sitúan todo acerca de una mujer dando a luz a siete niños (y la posibilidad de dar a luz a los siete), cuya causa se hallaba unida a la cantidad de placer que había obtenido durante el acto sexual.

En cuanto al largo exilio de William, realmente se reveló contra Henry, perdiendo aquella batalla. Se intercambiaron rehenes por rescates severos, incluidos los hijos de los escoceses rebeldes—una buena razón para esconder a los niños que, con seguridad, serían utilizados como peones. Los reyes eran los más valiosos y Henry Plantagenet necesitaba dinero para asegurar su expansión. Además, hubo facciones en disputa por la corona a través de toda la historia de Escocia, así como en muchas partes de Europa, pues, la sucesión en aquellos días, no siempre se veía con claridad, como sucedió en Francia, donde el rey aún vivo, podía nombrar un sucesor. Una corona no pasaba fácilmente a los hijos, incluso a los primogénitos, como se evidencia en ambos períodos de tiempo temprano y tardío.

Es muy interesante que, en ciertos momentos de la historia, las primogénitas del rey gobernante heredaban el trono. La hija de un rey, era justamente aquello —la hija de un rey. Mientras que había príncipes reales, no había princesas. El título no existió hasta el siglo XIV. A menudo el derecho a gobernar, sucedía por extraños caprichos y razones que sólo pueden ser justificadas por aquellos que vivieron la época, muchas de ellas, debiéndose a la fuerza, el poder, la Iglesia, las facciones, la sangre y los aliados.

Extendí el exilio de William por el bien dramático de mi trama, y le concedí una versión romántica y tres hijas secretas. Este argumento está fijado en la Escocia del siglo XII, la cual era normanda en aquel tiempo (el sistema

de clanes escocés, como lo conocemos en períodos más tardíos, no jugaron un rol hasta el siglo XIII). Era una época de luchas de poder, guerras, batallas, traiciones y compromisos difíciles, una época donde los tratados se rompían. Acceder al poder era extremadamente arduo, con numerosas facciones enemigas que ostentaban lazos reales en otras partes de Europa.

Hablemos de las perlas provenientes de los mejillones. Las perlas del río Tay también tienen importancia en la historia. Julio César citó que una de las razones por las que Roma invadió Britania, fue el comercio de perlas escocesas. Las perlas, al igual que el oro, eran la base del sistema monetario romano, y el tamaño y la calidad de las perlas provenientes de los mejillones en los ríos escoceses, eran excepcionales. Estas perlas finas de agua dulce, aún hoy día, se muestran entre las joyas de la corona de muchos países, incluyendo Gran Bretaña.

Los escritores a menudo deben hacer malabarismos con la verdad de la historia y lo que la persona promedio cree que es verdad. Al avanzar el tiempo, más y más historiadores, especialmente, las historiadoras femeninas, encuentran nuevas pistas de una vida de antaño; nosotras continuaremos haciendo que aquella historia llegue viva a nuestras páginas. Durante treinta años traté de ser lo más precisa posible en mis libros, incluso llamando a los personajes con nombres que realmente se utilizaban en la época. Esta es la primera vez que he sentido la necesidad de torcer la historia por el bien de la trama que contaba, y espero que sientas que valió la pena el hecho. —Jill Barnett.

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro es fácil de escribir y, a menudo, toma una aldea entera en completar. He sido afortunada al tener aldeanos maravillosos. A mi amiga Kristin Hannah, por su apoyo constante y su creencia en la trama y en mí, es algo que aprecio. Estoy tan agradecida por aquel cóctel de hace treinta años.

Conozco a Barbara Samuel hace mucho. Es una artista brillante con las palabras y con la brocha, y su ojo discernidor, su perspicacia de escritora y un elogio atento, me permitieron hacer del final lo mejor que podía ser.

Mi agradecimiento más sincero a Doris Cairns y a Pat Riha, buenas amigas, cuyos ojos agudos captaron aquellos escurridizos errores de tipeo y palabras faltantes. Benditas sean ambas.

A mis hermanas de las Joyas de Romance Histórico, por compartir sus conocimientos y experiencias en esta nueva era de publicaciones difícil de manejar, Tanya Anne Crosby, Glynnis Campbell, Cynthia Wright, Kimberly Cates, Cheryl Bolen, Brenda Hiatt, Laurin Wittig, Colleen Gleason, Annette Blair, Lucinda Brant y Lauren Royal. Ustedes, señoras, son lo máximo.

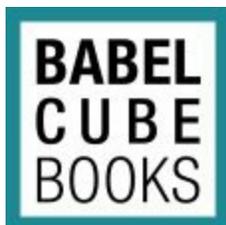
Finalmente, debo agradecer a mi hija Kasey y a su esposo Tom, quienes facilitaron mi encuentro con la alegría de escribir de nuevo. Los amo a ambos.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com